



LA  
GUARDIANA  
DEL  
BOSQUE

JAVIER MONTES

# Índice de contenido

[La guardiana del bosque](#)

[Javier Montes](#)

[Amanecer](#)

[I](#)

[05.45h](#)

[II](#)

[06.50h](#)

[06.55h](#)

[III](#)

[6.15h](#)

[IV](#)

[06.58h](#)

[V](#)

[7.23h](#)

[VI](#)

[VII](#)

[07.43h](#)

[VIII](#)

[7.45h](#)

[08.30h](#)

[El blog de Jane](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[La hora del café](#)

[XIX](#)

[9.25h](#)

[XX](#)

[9.30h](#)

[XXI](#)

[09.45h](#)

[XXII](#)

[10.20h](#)

[10.35h](#)

[11.15h](#)

[11.35h](#)

[XXIII](#)

[11.50h](#)

[12.15h](#)

[XXIV](#)

[XXV](#)

[12.45h](#)

[12.55h](#)

[Las horas de la tarde](#)

[XXVI](#)

[14.30h](#)

[14.40h](#)

[XXVII](#)

[14.45h](#)

[15.05h](#)

[XXVIII](#)

[16.05h](#)

[XXIX](#)

[15.45h](#)

[XXX](#)

[16.50h](#)

[XXXI](#)

[17.20h](#)

[XXXII](#)

[16.45h](#)

[XXXIII](#)

[17.50h](#)

[XXXIV](#)

06.30h

06.45h

XXXV

14.30h

12.05h

19.14h

Las horas de la noche

XXXVI

20.55h

XXXVII

22.15h

02.45h

XXXVIII

23.00h

XXXIX

03.50h

XL

4.45h

XLI

6.05h

XLII

06.15h

UNA NOTA DE JAVIER

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR PUBLICADOS EN AMAZON.

# **La guardiana del bosque**

**Javier Montes**

Para cualquier información adicional sobre los libros del autor, comentar la obra, consultar puntos de venta, adquirir los libros en formato electrónico, contactar con el autor, etc... no dude en consultar nuestra página web:  
[www.javiermontes.com](http://www.javiermontes.com)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la reproducción de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Javier Montes Gómez, 2019

Primera edición: Julio 2019

Foto de portada: Javier Montes.

Diseño de Portada: Lucas Rodríguez

Realización: Rodrigo Rodríguez

*Para mi madre Elisa Gómez,  
por acompañarme en nuestro  
viaje a Alaska en 1992*



*Todos los personajes de la obra, así como las situaciones recreadas, no son más que producto de la imaginación del autor, cualquier parecido con la realidad no es más que mera coincidencia.*

**Amanecer**

# I

**05.45h**

*Juneau, Alaska*

*Enero, 2018*

La acera brillaba bajo el peso de la escarcha, mientras Jane Barret clavaba sus tacones de aguja en ella, dejando sus huellas ancladas en los restos de la superficie helada. Enero apretaba y el frío entumecía los músculos de sus piernas desnudas. Los escaparates se sucedían, todavía exhibiendo en sus vitrinas los adornos navideños. Muy a pesar de que había pasado la Navidad y el día de Año Nuevo, los consumidores no cesaban en su ritmo frenético de adquirir todo tipo de artículos de regalo. Aunque a aquellas horas los locales permanecían cerrados, sumidos en una especie de penumbra fantasmal, la luz de una farola iluminaba vagamente sus vidrieras.

Abandonó la acera para recorrer una pista de tierra, la madrugada arreciaba y el aire gélido calaba sus huesos. La noche había sido larga y el sonido de los altavoces del pub, todavía retumbaba en su cabeza. La sangre le hervía en las venas y el viento helado le abrasaba los pulmones. La oscuridad era total en un punto en que el bosque parecía devorar la ciudad. La frente le ardía, una desesperante ira se estaba apoderando de ella. Su madre había muerto muy joven, Jane nada pudo hacer para impedirlo, se limitó a contemplar como una ciega testigo como la ELA la consumía. Al morir su madre, su padre no pudo soportarlo y se quitó la vida, arrojándose con el coche por un precipicio. Tan solo tenía quince años cuando todo sucedió, desde entonces se encontraba dando tumbos sin sentido tratando de superarlo. Era demasiado joven para rendirse, todavía le quedaba toda una vida por

delante.

Estaba furiosa, las ayudas del estado no le llegaban para poder ingresar en la universidad y había tenido que buscarse la vida trabajando en un geriátrico. En cuanto ahorrara el dinero suficiente pensaba preparar las oposiciones a policía y más tarde estudiar criminología. Había tenido algunos problemas en el hogar de acogida, por lo que le diagnosticaron un trastorno de conducta obsesivo compulsivo con episodios de violencia, solo por intentar defenderse del acoso de su padrastro. El baboso del psiquiatra no quería darle la alta médica y sin ella no podría presentarse a la academia de Policía. Parecía que todo estaba en su contra.

Estaba demasiado desvelada para regresar al piso a aquellas horas. En ocasiones cuando se sentía perdida acudía al bosque para ocultarse en su espesura, tratando de guarnecerse de todos los peligros de este mundo. Aunque pululantes sombras poblaban la noche y podrían hacerle mucho daño. Ella era inconsciente de esa clase de peligros, siempre había sentido lástima por las víctimas de violación, pero no sentía ningún temor por lo que pudiese acontecerle a ella.

En cambio esa noche una especie de angustia inesperada, le trepaba por el pecho y le enardecía las mejillas, cubriéndolas con un improvisado rubor que trató de disimular delante de su amiga Erika, no sin una cierta dosis de pudor, en el momento de despedirse de ella a la salida del pub. Era posible que todo fuese producto del alcohol y las drogas, respiró hondo, tratando de calmarse. Una noche loca la tiene cualquiera. Se alegró de no llevar el auto, si la hacían soplar, seguro que rebasaría con mucho la tasa de alcohol en sangre permitida. En el control de drogas también daría positivo. La helada la estaba despejando, los efectos del ácido estaban menguando y ya hacía más de una hora que tomara el último trago.

Caminaba por la nieve, desorientada, el sonido de lo que le pareció una moto de nieve la sobresaltó a su espalda. Entonces apuró el paso, extrajo el móvil de las bragas y le mandó un enlace con su situación en el GPS a su amiga Erika. Si algo le ocurría al menos que alguien supiese de su paradero. Desafortunadamente en aquella zona no había cobertura, buscaría un punto más elevado para conseguir conectar con ella. El móvil era como su bote salvavidas, lo colocó de nuevo incrustado en las bragas y continuó avanzando,

al alcanzar una hilera de casas, enfiló por una estrecha acera que recorría la zona ajardinada de las viviendas. Los adoquines estaban tan resbaladizos que decidió caminar con más cautela, sin poder evitar bambolearse sobre los tacones de aguja como una prostituta haciendo la calle, aunque más bien pareciese un pato mareado.

El sonido de la moto de nieve fue en aumento, pronto deparó en que se trataba de más de un vehículo. Esperaba no fuese una patrulla policial, podrían pensar que se encontraba allí con intención de asaltar algún chalet y llevarla detenida. Eso supondría un borrón en su expediente y la posible despedida a su sueño de ser agente. Con antecedentes no conseguiría las ayudas necesarias para entrar en la academia, debió acompañar a Erika al hotel donde estaba alojada al salir del pub y no estaría metida en aquel lío. El sonido de las motos de nieve se acercaba, subió la cremallera de la cazadora y anudó el fular al cuello, cruzando los brazos sobre el pecho, intentó protegerse del frío. La luz de los faros, iluminaba sus piernas y no presagiaba nada bueno. Deslumbrada por el potente destello de los focos de las motos, ladeó la cabeza y entrecerró los ojos para tratar de evitar que la cegaran. La aparición de una cancela con portal electrónico resultó un talismán: sus perseguidores creyeron que se trataba de su casa y siguieron de largo.

Al poco rato el sonido cesó, estaba tan aturdida que no se percató de que su frecuencia no se fue reduciendo gradualmente, como ocurriría si las motos se hubiesen alejado de la zona sino que se cortó tajantemente. Los pilotos se habían detenido muy cerca de allí, sin saberlo Jane todavía estaba en peligro. Siguió caminando, el murmullo de la corriente del río le resultó tranquilizador. Los setos de las viviendas más próximas le dieron confianza. Se burló por tener tanto miedo de manera injustificada. Ella llevaba tiempo cuidando de sí misma, sin necesidad de ayuda alguna, uno de los tacones se le enredó en una raíz que sobresalía de la acera y terminó golpeándose el trasero contra el suelo. Aquel morado tardaría días en pasársele, se reincorporó y pensó que estaba loca por caminar sola a esas horas por aquella zona, sin compañía alguna. El peligro estaba presente en todas partes. Sin embargo le pareció demasiado pronto para regresar a su apartamento y decidió prolongar algo más su paseo. Estaba de vacaciones, nadie podría detenerla. Trataría al menos de llegar a la antigua fábrica de la luz que se encontraba un par de millas más arriba, siguiendo el curso del río; una vez allí, se tomaría un café y quizás

pasase la noche en el albergue anexo a las instalaciones, llevaba suficiente dinero para ello.

No podía distraerse, si pretendía conseguir su objetivo, todavía le quedaba un buen trecho caminando y con aquel calzado de putón verbenero, no lograría avanzar demasiado. Se acercó a la orilla, el agua debía estar helada, al otro lado del río percibió un movimiento entre la maleza, eso la turbó. Sintió pánico. Una sombra parecía estar vigilándola, supuso que se trataría de cualquier animal y trató de tranquilizarse. Imposible que cruzase el río hasta llegar a su posición, debido a las bajas temperaturas del agua, antes moriría congelado. Se encontraba a salvo, al menos por el momento.

Al escuchar el sonido de las motos surcando la nieve a aquellas horas tan intempestivas, supuso que solo podía tratarse de cazadores furtivos. Mientras todo el mundo dormía, solo aquellos cabrones se atrevían a alterar la tranquilidad de la ribera. Eran tipos sin corazón, Jane los conocía bien. Tuvo claro desde el principio de quienes se trataba. Eran muy peligrosos, si tenían la mínima oportunidad, podrían hacerle mucho daño. ¡Estaban locos! ¿Qué coño harían cazando por la zona en aquella época del año? Deberían llevar un cuelgue de narices, de otra manera imposible que soportaran las bajas temperaturas. Estaba totalmente prohibido cazar en una estación del año en que los osos permanecían invernando, salvo que alguien estuviese tan chiflado como para perturbar su tranquilidad, pero supuso que esa clase de restricciones a ellos les importaban un carajo.

Las piernas se le estaban paralizando con el frío. Qué estupidez, llevar minifalda en medio de aquella nevada infernal, debería moverse más rápido, antes de que se le paralizase la circulación y quedase impedida de cintura para abajo. Avanzó deprisa, sin deparar en las dos motos de nieve, aparcadas entre unos arbustos a su izquierda. Una de ellas llevaba un remolque cargado con un oseño muerto. Estaba demasiado oscuro y no pudo verlas, sin quererlo se estaba metiendo en la boca del lobo. Nada le hacía presagiar el peligro. De pronto comenzó a nevar, los copos le mojaban el pelo, impidiéndole la visibilidad. Se abrió camino lo mejor que pudo, dada las complicadas condiciones atmosféricas.

Estaba a punto de entrar en shock, cuando al dejar atrás las últimas casas que bordeaban la ribera, alcanzó una pasarela de madera, donde los cazadores

estaban fumando hierba, sentados con las piernas colgando fuera de la estructura. Jane no los vio hasta que fue demasiado tarde, pasó a su espalda como una exhalación, tratando de ignorar su presencia, pero varios de los hombres se volvieron y la invitaron a sentarse con ellos. Ella rehusó la invitación y continuó caminando. El corazón le latía con fuerza, cuando escuchó sus pasos a su espalda. Los hombres habían abandonado los rifles contra la baranda de la pasarela para seguirla.

—¡Espera nena! Solo queremos pasar un buen rato contigo —dijo uno de ellos.

Entonces ya no lo dudó un instante, se deshizo de los zapatos de tacón alto y comenzó a correr, en un intento de poner distancia con sus perseguidores. No lo lograría la oscuridad se cernía sobre ella y casi no podía ver donde ponía los pies. Si la alcanzaban estaría perdida, ignoraba lo que serían capaces de hacer con ella aquella manada de mastodontes. Extrajo el móvil del interior de las bragas y lo puso en modo linterna. Un estrecho haz de luz, iluminaba ahora su camino. Se deshizo de la cazadora que le pesaba horrores, arrojándola al suelo para tratar de avanzar más rápido.

Al final de la pasarela había un puente de piedra que cruzaba el río y se internaba en el bosque. Si lograba cruzarlo antes que ellos podría intentar despistarlos en medio de la espesura. Aunque con los pies descalzos tendría pocas posibilidades de conseguirlo. Escuchó los jadeos de sus perseguidores a su espalda. Cuando uno de ellos, corriendo a buen ritmo, tomaba ventaja sobre el resto. Estaba a punto de alcanzarla, casi podía sentir su aliento. No tenía sentido tratar de huir: su zancada era mucho más rápida que la de ella. El viento horizontal cortaba el aire como un cuchillo y dificultaba su avance, Jane impulsada parcialmente por su empuje, casi perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer al suelo. Afortunadamente en el último momento, logró recuperar la estabilidad y evitando la caída: se detuvo quedando con las piernas separadas en una estrambótica posición que no le impidió mantener el equilibrio. Una vez recuperada la compostura, abrió la cremallera del bolso y sustrajo un bote de gas pimienta de su interior. Esperó a tenerlo lo suficiente cerca y se volvió hacia su adversario. Apuntó a los ojos y apretó el mecanismo. Una nube de aerosol, impregnó el aire, dejándolo ciego momentáneamente. La onda expansiva explotó en su rostro, de manera que

terminó medio aturdido. Fue como si una ola de calor africano tratara de aplastarlo, después de pasar muchas horas expuesto al sol abrasador del desierto.

—¡Maldita hija de puta! ¡No veo nada! —exclamó su perseguidor con las corneas irritadas.

Ella aprovechó su confusión para propinarle una fuerte patada en la entrepierna y prosiguió su huida. Se trataba de un tipo canijo, enjuto, de aspecto ojeroso. Vestía unos vaqueros oscuros y una sudadera de IRON MAIDEN negra, bajo una guerrera marrón. Al llegar sus compañeros a su altura, retorciéndose de dolor, les ordenó que la atraparan. «Si piensas que te vas a salir con la tuya, vas lista cabrona», pensaba entre retortijones.

Jane ya estaba al otro lado del puente, cuando notó como la blusa se le enredaba en unas zarzas de manera que no lograba desprenderla y se vio obligada a detener su avance. Con el corazón a mil, se deshizo de ella sacándola por la cabeza, quedándose en sujetador y con el torso desnudo. Se dio cuenta de que había perdido un tiempo precioso y que sus perseguidores le habían recortado el terreno, rodeándola, esgrimían unos puñales que sustrajeron de la funda de las cartucheras, ante ella. Jane enfocó la linterna del móvil y pudo observar sus rostros sudorosos, llenos de lujuria brillando en la oscuridad.

Eran tres hombres de mediana edad y aspecto siniestro, si se dejaba atrapar la destrozarían. Exhibió el spray delante de ellos, en un desesperante intento de mantenerlos a raya. No podría espolvorearlos a todos. Estaba rodeada de maleza por todas partes y no tenía escapatoria. Entonces fue cuando escuchó un ruido detrás de los hombres. Un oso de más de trescientos kilos de peso, surgió entre la maleza. Uno de ellos se apartó lo suficiente, dando un salto a su derecha para esquivar sus zarpas que aun así, le dejaron de recuerdo la impronta de un pequeño desgarró impreso en los pantalones que lo dejó dolorido y tirado en el suelo. Aunque la brecha abierta en su pantorrilla no alcanzó ninguna arteria importante: en cuanto se incorporó aprovechando una rama de un arbusto cercano que alisó con el puñal, se apresuró a desgarrar con el filo de acero un trozo de sus vaqueros; cortando en varios girones la tela y con ella hecha un guiñapo, la anudó alrededor del palitroque hasta formar un improvisado torniquete en torno a la herida, con el que logró detener la



hemorragia, al menos hasta que llegasen los sanitarios.

No tuvo tanta suerte su compañero, se llevó un terrible mordisco en la parte interior del muslo que comenzó a manar sangre a borbotones. El oso cerró su enorme boca en torno a la pierna y comenzó a zarandear a su presa hasta arrancarle una buena tajada de carne del muslo que se tragó de golpe, casi sin masticarla. Ella aprovechó la confusión para rociar con el espray al tercero de los asaltantes que, asustado con los ojos irritados, trataba de alcanzar los peldaños de acceso al puente. No lo consiguió, desconcertado por los gruñidos del oso, terminó tropezando contra un puñado de hierbajos y cayendo al suelo, con tan mala suerte que en la caída su cabeza chocó fortuitamente contra una roca. El impacto le destrozó el cráneo, quedando finalmente inconsciente tirado sobre la nieve; cuando súbitamente producto de la conmoción su cuerpo comenzó a convulsionarse con violencia. Se trataba de un tipo de unos treinta y tantos años, ojos azules y mirada extraviada; vestía un chaleco de cuero marrón sobre una chaqueta de pana negra. Igual que sus compañeros era aficionado a las motos. Un polar blanco con el emblema de Harley Davidson que se entreveía entre los botones de la pechera lo delataba.

Al pasar a su lado, Jane recogió del suelo el puñal del que se había desprendido accidentalmente al recibir el golpe. El animal había desaparecido perdiéndose en la espesura, de la misma manera fulgurante en que apareció, sin dejar rastro de su paradero. Aterrada atravesó de nuevo el puente corriendo, dejando a su espalda un dantesca y sangrienta escena. Al llegar al otro extremo se encontró con el tipo de la sudadera de IRON MAIDEN que se frotaba todavía los ojos, debido al efecto abrasivo del gas pimienta y le obstaculizaba el paso.

—No consigo ver nada. ¡Maldita sea! ¿Quién eres? ¿Y la zorra? —preguntó presa de una ira descomunal.

—La zorra va a matarte —dijo Jane, esgrimiendo el puñal.

La muchacha blandió con fuerza el arma y la clavó en su abdomen como trató de hacer con su padrastro cuando intentó violarla. En aquella ocasión la hoja no llegó a alcanzar su objetivo, su padrastro logró esquivar el ataque y escapó escaleras abajo. Luego la denunció a los servicios sociales y se libró de pasar un tiempo en una penitenciaría, simplemente porque él no logró reunir

ningún testigo sobre lo ocurrido. En cambio le asignaron un psiquiatra que estaba complicándole la vida. El loquero se había insinuado varias veces para darle la alta médica a cambio de favores sexuales, ella no había transigido. Los hombres eran unos monstruos que no hacían más que tratar abusar de ella. ¿Cómo podría enamorarse alguna vez de alguno? Eso era algo que por el momento, le parecía imposible.

Extrajo el puñal del abdomen de su adversario, la sangre caliente se escurría, chorreando entre sus dedos. El individuo que debía superar con mucho la treintena, cayó fulminado sobre la pasarela. Sabía que si daba parte a la policía se metería en un buen lio y su psiquiatra nunca le daría la alta. Se coló por la baranda de madera en un punto en que la pasarela tenía poca altura, después de apoyar los pies en la fina arena de la ribera, avanzó entre juncos hasta la orilla del río. Limpió bien las huellas dactilares del arma homicida con una hoja de un aliso. Eso lo había aprendido al hackear algunos archivos policiales, en los que explicaba claramente como varios criminales habían hecho lo mismo, librándose así de las pruebas que los incriminaban. Luego, lavando el filo y las manos en el río, se libró de la sangre. A continuación cogió el puñal y lo arrojó lejos. Se quedó un rato observado como desaparecía devorado por las aguas. Deshacerse del arma del crimen era la solución más inteligente, eso también lo había deducido de los archivos policiales.

Volvió a subir a la pasarela y continuó caminando por ella. Llegó a un punto que se encontró con la cazadora y más adelante los zapatos que había abandonado durante la huida. Se los calzó de nuevo y se percató de que se encontraba en sujetador. Abrió el bolso para extraer un fular y lo desplegó envolviéndolo alrededor del torso, de manera que le cubriera totalmente el pecho, realizando el busto, dejaba su ombligo al descubierto, dándole un aspecto exótico. Se puso la cazadora encima y se dirigió de nuevo a la ciudad, tratando de huir de aquella pesadilla. En la que sin querer se había vuelto involucrada.

## II

### 06.50h

La imagen del inspector Swann White recorrió las pantallas de la furgoneta de los federales, que permanecía aparcada entre dos abedules muy cerca de la ribera. Su silueta cruzando la pasarela de madera del río Mendenhall, situada muy cerca de la fábrica de la luz: una antigua central eléctrica que con el tiempo se había convertido en un reclamo para los turistas; se vio proyectada con toda claridad en las pantallas de la furgoneta, junto con todo el contorno de la escena del crimen: grabada por una cámara de última generación, instalada en el interior del dron que sobrevolaba las instalaciones en aquellos instantes; despertó el interés de los agentes. Era un hombre alto de más de dos metros de estatura, fornido y robusto, cuya anchura de hombros formaba un ángulo convexo con los brazos, que llevaba bastante separados del cuerpo como si fuese echar a volar. Más que caminar por su paso descontrolado el inspector parecía querer trotar, igual que un penco o una yegua desbocada.

Los federales lo seguían de cerca, no les gustaba que metiese las narices en asuntos turbios. Sus métodos de trabajo tampoco convencían demasiado a sus superiores. Le habían abierto varios expedientes por su sospechoso comportamiento en algunas investigaciones. A pesar de que hasta ahora nunca habían podido demostrar nada, los de asuntos internos también lo tenían en su punto de mira desde hacía tiempo. Swann White creía que le tenían manía porque era negro. Ni que los negros fuesen peores personas que los blancos, conocía a algunos blancos que era una sarta de cabrones; acaso importaba el color de la piel para ser un buen policía.

Al parecer las mujeres y los negros lo tenían mucho más difícil para ascender en el escalafón policial que el resto de la gente. Por eso la inspectora jefe Alanis Morgan no dudó a la hora de ofrecerle el puesto de inspector en la brigada de homicidios de su departamento: antes de que los criminales

continuasen extendiéndose por la ciudad como el Mildiu por los viñedos. Su inestabilidad emocional preocupaba seriamente a Alanis. La esposa del inspector lo había abandonado recientemente y Swann se negaba a aceptarlo. Desde la marcha de Lisbeth su hogar se había vuelto un estercolero. El desorden reinaba a sus anchas por todas partes y el inspector se había volcado de una manera obsesiva y convulsa en su trabajo. En ocasiones Alanis se preguntaba si no se había equivocado al contratarlo. Una vez que le había costado tanto conseguir su puesto en el departamento policial y le quedaban solo cuatro años para jubilarse, se arriesgaba a perder una suculenta parte de su pensión, si era degradada por cualquier asunto sucio en que Swann debido a su excesivo ímpetu podría verse involucrado. Como jefe de departamento, Alanis era la máxima responsable de las operaciones en que Swann estaba implicado.

Su carácter impulsivo, siempre en busca de la verdad, sin importarle mucho los métodos para lograr desenmascarar a los culpables, lo convertían en una bomba de relojería. Era el policía más efectivo que ella había conocido nunca. Los superiores lo presionaban para resolver rápido casos tan complicados que cualquier otro agente terminaría por archivarlos por falta de pruebas. Solo pretendían que cometiese algún error para poder quitárselo de en medio. Su puesto era muy codiciado por una manada de incompetentes lameculos, cuyo único mérito, constituía en tener grandes amistades entre la jauría de políticos corruptos que ocupaban los puestos más importantes en las altas esferas que rodeaban al gobernador de Alaska, Cameron Thompson.

Cameron ascendió al poder apoyado por un grupo de empresarios conservadores, partidarios del libre comercio de armas y la instalación masiva de tanques de gas por toda la ciudad, en detrimento de las energías renovables. Especialmente destacaba el impuesto abusivo que había aplicado su equipo de gobierno sobre las placas solares y la energía geotérmica. La degradación progresiva de la capa de ozono, acelerando el cambio climático no le interesaba lo más mínimo. Los intereses privados en las empresas petroleras de muchos de los miembros de su equipo de gobierno, prevalecían sobre la conservación del medio ambiente, a la que Cameron como muchos de sus coetáneos, cegados por su avaricia desmedida, trataba de quitarle importancia. El comercio de armas también aportaba demasiado dinero para las arcas municipales, por eso a pesar del aumento del índice de criminalidad

en la ciudad, no pretendía abolirlo.

## 06.55h

A su lado caminaba la subinspectora Norah McCann, toda una promesa surgida de las nuevas camadas recién salidas de la academia, de lo poco salvable de la última remesa de novatas. A pesar de la oposición de Swann que la veía demasiado joven e inexperta para un trabajo tan peligroso como encerrar criminales, Alanis se la había asignado como compañera para que se fraguara en el cuerpo. Por un lado Norah daba la imagen de una chica desvaída y tímida que probablemente no aguantaría mucho tiempo en el departamento de homicidios, pero por otro mostraba una destreza en su trabajo que en ocasiones dejaba anonadado al inspector. Swann White solo esperaba que no le sucediese lo mismo que a Oliver.

Su último acompañante había muerto en un tiroteo con unos narcotraficantes, ocurrido a unas manzanas de allí. Los dos estaban investigando un homicidio y terminaron sin querer metidos en un asunto de la DEA. Esos casos sucedían en ocasiones, ambos ignoraban que su máximo sospechoso estuviese metido en un asunto de narcóticos. El fuego cruzado terminó con la vida del agente, sin quererlo se habían metido en un tiroteo entre agentes de la DEA y unos narcotraficantes, mientras vigilaban la casa del sospechoso. Se encontraban parapetados detrás de unos setos, cuando una bala perdida logró atravesarlos, colándose entre los vericuetos del follaje, terminó con la vida de su compañero. Oliver solo tenía veintiséis años y acababa de casarse con una chica de Texas, apenas llevaba seis meses en el cuerpo cuando ocurrió y Swann quedó muy afectado por su pérdida. Él personalmente se encargó de avisar a la joven viuda de su fallecimiento en acto de servicio, nada pudo hacer para salvarlo, dos semanas después cuando comenzaba a recuperarse de la muerte de su compañero, su esposa Lisbeth hacía las maletas y le decía que lo abandonaba. Eso terminó por romperlo de nuevo.

No tenía nada que reprocharle, ella lo intentó todo por solucionar los

problemas de la pareja, pero llegó un momento que no pudo soportarlo más; pasaba las noches en vela esperando que su marido regresase de una sola pieza, el pánico la devoraba por dentro y ya no se veía capaz de soportar más sus continuas ausencias. Su marcha le rompió el corazón, pero Swann sabía que Lisbeth llevaba razón y nada hizo por impedirla. La quería tanto que todo su mundo se desquebrajó a su alrededor. Llevaban más de nueve años juntos, hacía seis que se habían casado pero todavía no tenían hijos, el tren de vida suicida del inspector Swann se lo había impedido. Era un hombre consumido por su trabajo, lidiar todos los días con criminales había terminado minando su vida personal. Esperaba el momento adecuado para dejarlo y tratar de arreglar las cosas con Lisbeth. Necesitaba el dinero y aquel maldito trabajo se lo proporcionaba. Qué iba hacer un negro para ganarse la vida en una ciudad como Juneau que no fuese limpiar zapatos a los viandantes o vender cds en una esquina. En el fondo Swann sabía que no tenía escapatoria: él no podría abandonar su trabajo y Lisbeth jamás regresaría a su lado, aunque desgraciadamente se negaba a aceptarlo.

Llevaba una foto de ella en la billetera. En la imagen, Lisbeth estaba sonriendo con unos mofletes perfectos y unos dientes de marfil immaculados, tenía unas mejillas redondeadas y exultantes, de sus orejas colgaban unos pendientes plateados enormes, muy finos con forma de aro. Era una chica preciosa. La foto se la había hecho una amiga hacía más de nueve años al comienzo de la relación. Estaba totalmente colado por ella, todas las noches desde que ella lo abandonó, antes de acostarse, sacaba la foto de la billetera y la besaba entre lágrimas. Aquel gesto se había convertido en un ritual, Swann sabía que su vida ya nunca sería igual sin ella, sin embargo no se sentía con fuerzas para intentar recuperarla. Ya le había hecho suficiente daño. Aquella época maravillosa a su lado había pasado como una exhalación. El trabajo estaba arruinándole la vida y emocionalmente se sentía incapaz de hacer nada por impedirlo. El cuerpo de Swann con los primeros rayos de sol matutinos, proyectaba una extraña sombra de tristeza que arrastraba con amarga semblanza por toda la empalizada.

Al escuchar sobrevolar el dron a su espalda, no se inquietó, los federales no pintaban nada allí, aquello quedaba muy lejos de su jurisdicción. La presencia del dron no podía ser más que una casualidad. Las patrullas de vigilancia con drones para tratar de detectar a los incendiarios eran bastante

normales en la época estival. En pleno mes de enero carecían de sentido, solo podía tratarse de un dispositivo especial para localizar a los cazadores furtivos. A pesar de la oposición del gobernador y su equipo, los bosques que rodeaban Juneau habían sido denominados hacía tiempo Parque Nacional y Espacio Natural Protegido. Con el objetivo de tratar de recuperar varias especies en peligro de extinción, en las zonas protegidas del parque estaba prohibida la caza. Muchos republicanos aficionados a la cetrería estaban muy disgustados con la prohibición, el furtivismo se puso de moda entre ellos. La extensión boscosa del parque nacional protegida era tan extensa que resultaba imposible controlarlos a todos. Ante las denuncias de los ecologistas por las constantes capturas ilegales de osos, alces, ciervos, nutrias, lobos, cabras montañosas, águilas y demás especies protegidas; los federales recibieron la orden directa de la Agencia de protección ambiental (EPA) de actuar en consecuencia. Aquel lugar escondido tras altas montañas, formaba parte de la reserva natural más grande el mundo, que comprendía varios parques naturales y una larga extensión virgen de valles desconocidos.

Los drones pasaban los días sobrevolando el parque, tratando de localizar a los infractores. Algo inútil, los cazadores actuaban embozados y desaparecían entre la espesura, tan pronto escuchaban el sonido de los aparatos surcando el bosque. Estaba claro que si querían cogerlos, los federales tendrían que actuar sobre el terreno. Algo poco factible, el bosque nacional de Tongass tiene una extensión de seis millones novecientas mil hectáreas, es el más extenso de Estados Unidos y comprende las islas del archipiélago de Alexander, numerosos fiordos glaciares esculpidos en hielo y algunos de los picos de las montañas más elevados de la costa. Su masa forestal se extiende por el sureste de Alaska a lo largo de la cordillera que separa la costa de Canadá. Se necesitaría un amplio dispositivo humano para cubrir tanto territorio. El presupuesto limitado que disponían las autoridades para ello lo hacía inviable. Desde luego hubiese costado mucho menos que mandar soldados a Irak o Afganistán, pero para ellos proteger la fauna no era una prioridad. Al menos el control aéreo dificultaba la acción de los furtivos. Aunque a la hora de atraparlos resultaba inane. Si continuaban con sus capturas no tardarían ni dos años en cargarse toda la fauna del bosque, eso a Swann lo ponía de los nervios, pero poco podía hacer un inspector de homicidios por impedirlo; era algo que se escapaba de su legislación.

El asesinato de animales no figuraba en la constitución de los Estados Unidos como un crimen, las multas eran demasiado irrisorias para detener el furtivismo, en cambio los precios que se pagaban por las piezas capturadas, compensaban el riesgo con creces. No ayudaba tampoco el aumento progresivo del desempleo, la crisis financiera había golpeado fuerte en la sociedad americana, aumentando la desigualdad entre las diferentes capas sociales. Muchos jóvenes desempleados se echaban al monte tratando de traer algo de dinero a casa. Si bien la reserva natural albergaba el bosque pluvial más grande del mundo: una buena parte de su superficie estaba cubierta de hielo, agua, humedades y rocas; lo que hacía todavía mucho más complicado su vigilancia y la captura de los furtivos.

El inspector Swann enseñó sus credenciales antes de levantar la cinta policial y los agentes afincados al otro lado le permitieron el paso. Una vecina madrugadora que vivía en un chalet cercano a la pasarela había escuchado agonizantes gritos procedentes de la espesura del bosque desde su ventana. Llamó de inmediato a la policía. La ribera se llenó pronto de agentes uniformados.

—¿Qué tenemos chicos? —preguntó Swann a los agentes que estaban custodiando el perímetro.

—Algo difícil de creer inspector, nos hemos encontrado tres fiambres y un herido. Mejor que lo vea por sí mismo —contestó el más bajo.

—Está bien chicos. ¿Algo más que debería saber? —insistió el inspector.

—Sí, hemos llamado a una ambulancia. El herido dice que los atacó un oso salido de la espesura del bosque.

—Eso habrá que verlo. Cuando lleguen los de la ambulancia avisadme. Lo peor que puede pasarnos es que alguien contamine la escena del crimen.

—No se preocupe inspector, aquí no pasará nadie sin su permiso —dijo esta vez el más alto de los agentes.



### III

#### 6.15h

Las luces omnidireccionales de las sirenas de los coches patrullas, irrumpieron en la noche. Jane pudo distinguir sus destellos azules, cuando apenas había alcanzado el final de la pasarela. A su izquierda, tras los altos setos y las verjas de hierro, una hilera de chalets permanecía oculta. Alguno de sus ocupantes había dado el aviso a la policía. Calculó la distancia con las viviendas, dedujo que era lo suficientemente considerable para que nadie pudiese reconocerla. Salvo que usase algunos de esos prismáticos con infrarrojos para ver en la oscuridad que salen en las películas. No le vendría mal uno a ella: la luz del móvil le resultaba insuficiente y aun por encima se le estaba terminando la batería. De pronto se quitó de nuevo los malditos zapatos de tacón alto, los guardó dentro del bolso y echó a correr hacia el sonido de las sirenas. Debería alcanzar la presa y cruzar al otro lado del río, antes de que llegasen los coches patrulla.

Jadeante pasó bajo una baliza, ignorando las señales de PROHIBIDO EL PASO, PELIGRO DE MUERTE y ALTA TENSION; continuó su carrera suicida por el cemento helado: las esquirlas de hielo se le clavaban como agujas en las plantas de los pies desnudos. Los tenía entumecidos por el frío. ¡Maldita noche estaba teniendo! Justo al alcanzar el otro lado de la central hidroeléctrica, aparecieron los coches patrulla, armando un terrible escándalo con sus sirenas. Estaba a salvo había logrado cruzar el río a tiempo, necesitaba un sitio donde refugiarse o terminaría congelada. El viento soplaba con fuerza y se estaba levantando una tormenta de nieve. Se detuvo junto a una puerta metálica que ponía, SOLO PERSONAL AUTORIZADO, estaba cerrada con llave. Iluminó la cerradura con la linterna y resopló aliviada, la llave estaba puesta por dentro. Seguro que existía otra puerta de acceso al interior por eso la dejaron allí. Abrió el bolso y sustrajo un trozo de alambre de su

interior y un folio doblado que desplegó de inmediato, introduciéndolo despacio por debajo de la puerta a la altura de la cerradura.

Metió con cuidado el alambre por el ojo de la cerradura, tratando al principio de no empujar demasiado para no doblarlo y presionado con fuerza al final para que las estrías de la llave se liberasen, limpiamente; impidiendo terminasen obturadas por el mecanismo, siendo imposible extraerlas posteriormente al carecer de cualquier tipo de lubricante que le sirviese de ayuda. Tenía que ser muy precisa pero lo consiguió. La llave al desprenderse de la cerradura, emitió una especie de Clic, cayendo directamente sobre el folio. Luego tiró de este suavemente, rezando para que pasase entre el reducido hueco que quedaba entre el suelo y el borde de la puerta, solo que tocase un milímetro contra él, le resultaría imposible alcanzarla. Además podría resbalar y escurrirse del papel por su ligereza con facilidad. Le hubiese resultado más fácil si tuviese algún trozo de plástico a mano. Aunque ella era muy habilidosa y logró extraerla doblando ligeramente el folio por los bordes, para que la llave permaneciese en el centro del papel y no se escurriese. Una vez lo consiguió, abrió la cerradura y entró dentro de la estancia. Enfocó la linterna y estuvo a punto de activar el interruptor de la luz. Eso podía llamar la atención de los coches patrulla. Lo pensó mejor y decidió permanecer sumida en la oscuridad.

Enfocó el móvil hacia su derecha, allí estaban las taquillas de los operarios. Las puertas permanecían cerradas con candado. Por suerte no había nadie trabajando. A aquellas horas, todavía no había empezado el turno de mañana. Jane sacó de un bolsillo interior del bolso un par de clips grandes. Aquello sería pan comido, lo había hecho muchas veces en el instituto para abrir su taquilla, era muy despistada y solía perder las llaves a menudo. Utilizó uno de los clips como ganzúa y el otro para tensionar el mecanismo, girándolo en el sentido de apertura de un movimiento rápido y preciso: ¡Ya estaba!, respiró hondo, aliviada. Dentro de la taquilla había un mono de trabajo, unas botas de goma, guantes, calcetines y un chaleco reflectante. Se deshizo de la minifalda y se puso el mono bajo la cazadora. Sentándose en un banco de madera, secó bien la humedad de los pies, utilizando el chaleco reflectante para ello. Se colocó los calcetines y se calzó las botas. Luego guardó la minifalda junto con los zapatos en el bolso de lona para no dejar rastro de su presencia allí. Antes de salir de nuevo al exterior, subió la

cremallera de la cazadora de cuero hasta el cuello. Envolviendo el fular alrededor del rostro para protegerse del frío, abandonó las instalaciones y continuó caminando por un estrecho sendero que ascendía hacia el bosque.

En su cabeza todo daba vueltas, había apuñalado a un hombre, así sin más. Los agentes estaban acordonando la zona, pudo verlos desde lo alto de la senda. Desde niña siempre reaccionaba al peligro con rabia y violencia. Eso solo le traería problemas. Pudo largarse de allí, sin apuñalar al tipo de la sudadera de IRON MAIDEN y acudir a la comisaría más cercana para denunciarlo. Estaba cegado por el spray y no la había reconocido. Sin embargo, no fue capaz de detenerse. Resultó casi un movimiento instintivo, la bilis le anuló la conciencia, entonces reapareció la otra Jane; la que permanecía siempre escondida en su interior y solo afloraba cuando la situación lo requería. La rabia se apoderó de ella y ya no se sentía dueña de sus movimientos. Era la otra la que dominaba su mente. La que le dictaba, los pasos y las resoluciones a seguir. Tal vez solo se trataba del espíritu de supervivencia. Acaso no llevamos todos, un asesino escondido dentro. ¿Y si el agresor no estuviese tan ciego? Al pasar su lado, podría quitarle el puñal e inmovilizarla, luego le rajaría el cuello y la violaría como un salvaje.

Estaba claro que la Jane rabiosa había hecho lo correcto. ¡No lo creía! ¡La odiaba por su culpa podría terminar en la cárcel! A pesar de que estaba bastante oscuro, cualquiera de los supervivientes podría reconocerla. La policía haría uno de esos malditos retratos robot, hasta terminar deduciendo su verdadera identidad. Además estaba la maldita blusa que quedó enganchada en las zarzas, era negra con lunares blancos, la había comprado en Zara. La talla era una «S»: no creía que se vendieran demasiadas iguales en la ciudad. Todavía llevaba el tique de compra en la cartera. La había comprado antes de salir de fiesta. Aun encima la dependienta la conocía: se trataba de una antigua compañera de clase. Una de esas pijas que tanto despreciaba ¡La muy idiota siempre la había ignorado! Era demasiado popular para relacionarse con una canija llena de acné como ella. Se creía como un ser superior, nunca la saludaba al pasar, la vida la había puesto en su lugar, suspendió los exámenes de acceso a la universidad para terminar siendo una vulgar dependienta de ropa. ¡Ja, ja, ja! La Jane mala se rio en medio de la espesura. Se llamaba Bryanna, la policía no tardaría en atar cabos y entrevistarla. Se lo contaría todo. Ni siquiera había tenido tiempo de cortarle las etiquetas a la prenda. No

sería necesario: su ADN estaría impreso por todas partes. Debía intentar recuperarla, antes de que la descubriese la policía. Estaba comenzando a amanecer y la noche, iba cediendo paulatinamente su paso al día. El tiempo jugaba en su contra. El sol ya casi se deslumbraba en el horizonte, asomando paulatinamente entre nubes negras.

Entonces pensó en el oso que le salvó la vida, si no fuese por su intervención, probablemente estaría muerta, rodeada de un charco de sangre. Se subió bien el cuello del mono de manera que sobresaliese por encima del de la cazadora. Estaba decidida a abrirse paso como un cuadrúpedo a través de la maleza, llevaba la indumentaria ideal para ello. Llegado a un punto, descendió por un terraplén y trató de avanzar entre un mar de retamas y zarzas. El sonido de un dron surcando el cielo, le alertó del peligro, debía ocultarse del ángulo de visión de su cámara. Solo tendría una oportunidad, tenía que moverse con rapidez.

Antes de comenzar el descenso, trató de alcanzar la altura suficiente para poder deslumbrar con claridad el puente de piedra. Hizo sus cálculos, buscó en la aplicación de Google maps el punto exacto donde se encontraba el puente y lo marcó como favorito. Según el móvil se encontraba a una distancia de doscientos metros de su objetivo. La tecnología jugaba a su favor: ¡Imposible fallar! La aplicación le marcaría la trayectoria a seguir. Estaba a punto de comenzar el descenso, cuando vio al inspector Swann, atravesar la cinta policial. A pesar de la distancia, lo reconoció al momento. Había supervisado su caso, cuando no era más que un inspector de barrio. Se había portado muy bien con ella, aconsejándole que negara las acusaciones de su padrastro y ayudándole a rellenar una solicitud para buscar un nuevo hogar de acogida. Le resultó inconfundible: nunca había conocido a un policía negro tan grande. Le gustaba, llevaba dinamita en la mirada. Parecía igual de perdido que ella. El brillo de sus ojos le recordaba a la otra Jane, la rabiosa, la pérfida, la que reaccionaba violentamente ante las injusticias de la vida.

Ahora estaban en distintos bandos y debería ser más rápida que él. Puso el cronometro de su reloj a cero, antes de presionar el botón de PLAY y, comenzar aquel descenso vertiginoso hacia el infierno. En un documental de animales había escuchado el sonido inconfundible de un oso y le gustaba imitarlo. El animal emitía un gruñido ronco y desgarrador que causaba pavor

entre algunos cazadores. Se percató que debería dejar de ser ella misma y moverse como un cuadrúpedo entre la maleza para intentar recuperar la blusa, antes de que el inspector y su equipo la encontraran. La maleza era mayor de lo que creía y le costaba horrores avanzar a través de ella, tropezó y cayó un par de veces al suelo, volvió a erguirse y embozando parte del cráneo con la capucha de la cazadora que le cubría la nuca y la frente, se ajustó bien el fular al semblante, de manera que solo quedaban sus ojitos de color verde esmeralda a la vista. Reptando bajo las retamas como un cuadrúpedo, continuó avanzando entre tojos y zarzamoras.

El corazón le latía con fuerza y el intenso viento se le clavaba en las costillas, su profundo ulular con su hálito gélido, hacía temblar las ramas de los arbustos que la rodeaban, casi desprendiéndolas de sus tallos. Las manos y las rodillas se hundían en la nieve, impidiéndole reptar con rapidez. La rabia la carcomía por dentro y aprovechando que el sonido del viento ahogaba el de sus pasos, continuó descendiendo a trompicones. Arañando la nieve como un jaguar, avanzó como pudo hacia el punto en que ella creía que se encontraba la blusa. Observó la pantalla del Huawei, solo le quedaban unos cincuenta metros, se le estaba desgarrando la tela del mono y las espinas de las zarzas, comenzaban a clavársele en la piel de las piernas. Terminaría echa un cirio y ya nunca más podría llevar minifalda, notó como la sangre le resbalaba por los tobillos. Esperaba que la tela de las perneras, aguantase lo suficiente, antes de terminar reducida a jirones. Ya quedaba poco. Una vez había llegado hasta allí, debería ignorar las heridas de guerra y tratar de recuperar la blusa.

## IV

**06.58h**

El dron se desvió a la izquierda, de no haber estado nublado habría dejado una estela blanca en el cielo, antes de desaparecer entre la espesura. De todas maneras la estela estaba presente, pero no se distinguía en medio de aquel cielo tan encapotado. El inspector se agachó para observar el primer cuerpo, se encontraba tirado sobre las tablas del suelo de la pasarela en posición supina. La herida en el abdomen era limpia, más propia de un arma blanca que de un asta de cuadrúpedo. El amarillo de las letras de IRON MAIDEN en su pecho, apenas se distinguía en su sudadera empapado por el rojo de las salpicaduras de sangre. El segundo cuerpo lo encontró al cruzar el puente con el cráneo destrozado al impactar contra una roca, tampoco halló indicios del ataque de ningún animal. Al parecer se había golpeado accidentalmente, cuando trataba de huir de la escena del crimen; posiblemente después de apuñalar a su compañero, así lo hizo costar posteriormente en su informe.

No pretendía de ninguna manera que se difundiese la idea por la prensa, de que aquella masacre había sido a causa del ataque de un oso. Sería la excusa perfecta para que el gobernador presionase al alcalde para abrir una veda en todo el territorio y ni siquiera los ecologistas, ni las restricciones del parque podrían detener la avalancha de cazadores que estaban esperando la menor excusa para iniciar una batida.

Encontró el tercer cuerpo en posición fetal entre la maleza a unos metros del puente. Aquello sería más difícil de justificar: los dientes del oso le habían desgarrado la parte interior del muslo cerca de la ingle, destrozándole la femoral; de manera que terminó muriendo desangrado. Una brecha demasiado espeluznante para ser realizada con arma blanca. ¡Mierda, aquello no tenía justificación posible! La excusa perfecta para que el gobernador empezase a tramitar licencias y, puesto que la mayoría de los cazadores no se

limitarían solo a la captura del oso; toda la fauna protegida del parque corría un serio peligro. Le pegó una patada al cadáver y se dirigió hacia el único testigo que quedaba con vida, para tratar de sonsacarle información sobre lo sucedido, antes de que llegasen los sanitarios y se lo llevarasen. Mientras la subinspectora Norah McCann no paraba de fotografiar los cuerpos de los fallecidos, cuando unos destellos entre las zarzas llamaron su atención. Eran como puntos reflectantes en medio de la oscuridad que oscilaban variando de posición, según agitaba el viento las ramas de la planta.

—Inspector, creo que he descubierto algo —dijo Norah, dirigiendo el haz de luz de su linterna hacia la espesura.

Swann se volvió curioso justo a tiempo para observar incrédulo como una mano surgida entre la maleza atrapaba la prenda y desaparecía en el acto. Era una blusa negra con lunares blancos. El inspector con sus más de dos metros de estatura, se lanzó en pos del ladrón, aplastando la maleza a su paso. Sus pies se enredaron en las zarzas y cayó a plomo sobre la nieve, abriendo un socavón con el peso de su cuerpo en el que podría caber un rinoceronte. Jane avanzaba apoyada en rodillas y codos, como un topo alejándose de su perseguidor colina arriba. La tenía, la blusa era suya. Swann se reincorporó y aprovechando su físico imponente, embistió la maraña de retamas y zarzas que le dificultaban el avance. Cada paso de él, hacía por cinco de ella. Jane ya casi sentía su aliento, llevaba un buen rato ascendiendo y no lograba desprenderse de su sombra. Tenía que hacer algo o pronto la alcanzaría. Entonces decidió variar el rumbo. Giró a su derecha y caminó en zigzag durante un buen trecho hasta alcanzar un punto en que el terreno descendía en picado hacía el río, alejándose de la zona del puente.

No lo pensó dos veces, se dejó caer, dando tumbos colina abajo, mientras acumulaba moratones. Esto desconcertó al inspector que ya casi la tenía a mano. Intentó imitarla, rodando sobre sí mismo, pero terminó chocando contra un roble. En cuanto Jane continuaba rodando colina abajo, dando volteretas entre los matorrales espinosos con los brazos pegados al cuerpo y las manos extendidas, las zarzas estallaban contra sus palmas; rasgándole la piel desnuda, le clavaban sus pinchos.

El terreno continuaba descendiendo mientras rodaba, los troncos de los abetos pasaban zumbando a su lado. Se percató de que había perdido el

control, le resultaba imposible parar, trató de extender los brazos para frenar la caída, pero iba a demasiada velocidad y no encontró ningún saliente al que asirse. Escuchó el sonido de la corriente del río: si terminaba en el agua, acabaría muriendo congelada debido a las bajas temperaturas. La inclinación del terreno no la favorecía. Si chocaba contra una roca podría romperse la crisma o peor aún, la columna vertebral y quedar parapléjica, dependiendo de una silla de ruedas el resto de su vida.

De repente todo empezó a desaparecer a su alrededor. El tiempo pareció detenerse y todo se veía borroso en su mente: su infancia pasó ante sus ojos a una velocidad vertiginosa. El cuerpo ingrávido continuaba su descenso vertiginoso por la inclinada pendiente. Swann la había perdido momentáneamente de vista, mientras la perseguía, dando zancadas colina abajo. La nieve estaba muy blanda y era muy espesa, casi no conseguía avanzar; pero él era muy fuerte y triplicó sus esfuerzos para ir recortando terreno a la fugitiva.

Jane continuaba descendiendo como un torbellino. En aquel punto, el río estaba helado: si caía sobre su superficie, la capa de hielo era lo suficientemente dura para no quebrarse y no se rompería a pesar de su peso. En cambio el impacto resultaría mortal para ella y probablemente se rompería el espinazo. Jane conocía perfectamente la zona de sus paseos por el bosque. Sabía a ciencia cierta que aquella colina terminaba en un barranco que se precipitaba al río helado en picado, desde una altura de veinte metros, la suficiente para terminar con los huesos hechos añicos.

Alargó los brazos en un último intento de frenar la caída; cuando estaba a punto de precipitarse al vacío, logró sujetarse a una rama de un arbusto con una mano, quedando suspendida momentáneamente en el aire. Sus piernas tanteaban el abismo, tratando de trepar por las erosionadas aristas de las peñas del barranco. Con el otro brazo, alcanzó otra de las ramas de la planta. Logró tantear la pared vertical con los pies que se le resbalaban con facilidad, las suelas de goma no le facilitaban la labor. Al fin encontró un saliente, donde apoyar una de las botas y logró impulsarse lo suficiente para trepar al borde del precipicio. Se había salvado de milagro. Al volverse, se encontró con la Glock del inspector Swann, apuntándole directamente al rostro. En la caída había perdido el bolso. El inspector lo encontró entre la nieve y se lo



devolvió, sin cesar de apuntarle con el arma, ante la incrédula mirada de Jane.

—No es cuestión de que vayas dejando pruebas incriminatorias por ahí — dijo Swann, bajando la Glock y pasándole el fular y la blusa que también las había perdido en la caída.

De alguna manera entre zancadas y trompicones, Swann había conseguido descender hasta allí, siguiendo el rastro que iba dejando el cuerpo de Jane en su caída; nunca se daba por vencido a la hora de perseguir a un sospechoso.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó Jane extrañada.

—No olvidaría esos ojos nunca. Una vez te ayudé a liberarte del pederasta de tu padrastro y ahora por lo que veo te han intentado violar unos macarras. ¡No haces más que meterte en líos! ¿Qué hacías a esas horas caminando sola por la ciudad?

—Estaba un poco perdida —contestó Jane entre lágrimas.

—Todos lo estamos. Mi mujer termina de abandonarme. Los políticos siguen acumulando poder y cargándose la fauna del bosque. En cambio a ti te salvo un oso de ser violada.

—¿Y ahora qué? ¿Iré a la cárcel porque me he cargado a un hombre?

—Hiciste lo correcto, ese tipo era de todo menos un hombre, te diré lo que haremos, me acompañarás a la comisaría y firmarás una declaración, pero antes debes contarme rápido todo lo sucedido.

Jane no tardó ni cinco minutos en narrarle todo lo acontecido aquella horrible noche. Las lágrimas continuaban empapando su rostro mientras hablaba. No quería matar a nadie, pero la otra Jane, la rabiosa, surgió de su interior y le dio la orden de apuñalar a aquel desgraciado. ¿Por qué lo había hecho? ¡Oh, cielos, les diría que estaba asustada y solo actuó en legítima defensa! Así la tratarían como una heroína. ¿No podía ser? El jurado no la creería y la acusarían de homicidio. Todo su futuro en la policía se iría al garete, con antecedentes no podría presentarse a la academia, era una mujer y aún por encima medio india. No tenía dinero para pagarse un buen abogado y

terminaría en la trena, seguro. De todas maneras ahora que el inspector Swann la había reconocido, no tenía escapatoria. Aunque le daba la impresión de que el inspector Swann no tenía ninguna intención de detenerla, conocía sus métodos y siempre trataba de ayudar a los jóvenes que se encontraban en dificultades de exclusión social. A pesar de que para ello en ocasiones se viese obligado a vulnerar la ley.

—¿Qué hiciste con el arma homicida? —preguntó Swann.

—La arrojé al río, después de limpiarle las huellas. Lo aprendí, husmeando en uno de tus casos.

Se trataba del caso de un sospechoso de matar a su esposa y sus padres, había limpiado sus huellas del arma homicida con una esponja de esparto, y el jurado no consiguió incriminarle.

—Así que, tú eres la hacker que lleva tiempo entrando en mi ordenador. ¿Cómo lo haces? —preguntó Swann.

—Uso un troyano, indetectable para tu basurilla de Pc. Creo que es mejor que dejemos esta conversación para más adelante, únicamente si pretendes detenerme por pirateo informático — aseveró Jane.

—No lo haré, si me prometes que no lo volverás a hacer.

—Lo prometo —asintió Jane— ¿Y ahora qué?

—Déjame pensar, tiene que haber una solución.

—Te puedo rociar un poco con el gas pimienta que llevo en el bolso y finges que me he escapado. Luego puedes declarar que no te dio tiempo a verme la cara.

—Cercarían el bosque y tarde o temprano, terminarían apresándote. Además no serviría de nada, seguro que las cámaras instaladas en torno a la zona de chalets, han grabado tu imagen cuando pasabas por la pasarela. Lo único que te puede salvar, es que en el trecho que has apuñalado al tipo de la sudadera de Iron Maiden, no hay cámaras instaladas.

—Aunque las hubiese estaba demasiado oscuro para que pudiesen captar nada —apuntó Jane.

—Eso es cierto. Has hecho bien en arrojar el arma al río. El agua está a tan bajas temperaturas que no se molestarán en enviar buzos al fondo a buscarla. A pesar de los trajes térmicos, su búsqueda resultaría demasiado costosa y el presupuesto no alcanza para tanto. Menos ahora que hay tanto criminal suelto —argumentó Swann.

—Puedes decir que fue el oso quien se llevó la blusa de las zarzas.

—No es mala idea, pero el gobernador ordenaría tantas batidas que no quedaría un animal vivo en toda la ribera.

—Y si cuento que cuando cruce el puente, el tipo de la camisa de Iron Maiden ya estaba muerto. No diré nada de que recogí el puñal del suelo, omitiré también que lo he apuñalado. ¿Cómo iba hacerlo, sino llevaba ningún arma encima? —preguntó Jane, reflexiva.

—Es totalmente imposible que lo hayas hecho, nadie sospechará nada al respecto. Pero te olvidas de un detalle importante, ha quedado un testigo con vida. Él declarará la versión real de los hechos, incluso la puede alterar a su favor. Cuando lo haga, nadie te salvará de la cárcel. Salvo que utilices ese espray de pimienta conmigo y desparezcas de mi vista de inmediato.

—No resultará, mi imagen saldrá en las cámaras y la policía no tardará en atar cabos —aseveró Jane.

—En realidad, con la oscuridad que hay a esas horas en esa zona, no creo que te puedan identificar. De lo contrario, yo me encargaré personalmente de borrar las imágenes, tengo un contacto en el control de grabaciones del ayuntamiento que me debe algunos favores. Tú trata de que no te cojan. Las patrullas rastrearán el bosque con perros. Si sabes de algún lugar lo bastante escondido para ocultarte, ya puedes ir empezando a correr. Trataré de difamar la declaración del testigo para que cese pronto la búsqueda. Les diré que solo eres una chica asustada, incapaz de matar a nadie. De todas maneras si no encuentran el arma del crimen, no les resaltará fácil incriminarte. Aunque mientras exista un testigo con vida, lo mejor es que desparezcas. No me fio

para nada de los jurados y jueces de este estado. Si no eres blanca, tienes un tanto por ciento muy elevado de terminar entre rejas. Para evitarlo, haz como yo, solo trata de ser más lista que ellos y que no te cojan nunca. En un juicio llevarías todas las de perder, sería la palabra de una mujer con sangre mestiza contra la de un hombre blanco. ¡Vamos, rocíame con el spray de una vez y lárgate de aquí cagando leches!

## V

### 7.23h

Un fogonazo de luz encarnada lo cegó. Notó los ojos abrasados: impregnados de ácido. Trató de frotarlos para recuperar la visión. Su intento resultó inútil, las corneas palpitaban ardientes y gélidas a la vez. Le escocían como si hubieran sido salpicadas por lejía. Se arrodilló sobre un tronco de un abedul tirado en el suelo; clavando las uñas en las mejillas y tirando a continuación de los párpados hacia abajo, intentó amortiguar el efecto del escozor químico, no lo consiguió, ni siquiera frotándose los ojos con un puñado de nieve. Unas manos tiraron de sus codos hacia abajo, tratando de impedir que se siguiera tocando.

—¿Qué te ha ocurrido? —escuchó la voz de la subinspectora Norah McCann a su lado.

—La fugitiva me ha rociado los ojos con gas pimienta y ha conseguido huir —respondió Swann, consternado por las circunstancias.

—¡Seguiré sus huellas! —añadió enfática Norah.

—¡Déjala ir! ¡Ayúdame a mí! No podré regresar solo al escenario del crimen —repuso Swann.

—¿Has podido verle la cara? —preguntó Norah.

—No muy bien, es una chiquilla. Me llamó violador de mierda. Es posible que creyese que era uno de sus agresores. Intenté convencerla de que en realidad solo soy agente de policía y que estaría a salvo conmigo. Estaba muy asustada y no me escuchó. Antes de que me diese cuenta sacó el spray y me roció la cara —dijo Swann, hablando a borbotones, presa del intenso picor.

Sentía como si le estuviesen apretando los globos oculares con unos puños, comprimiéndolos para expandirse después. Al cerrar los ojos, percibía destellos de diferentes colores, prevaleciendo el rojo y el verde sobre el resto. Se los frotó de nuevo con fuerza, emitiendo gritos ahogados de dolor, le escocían tanto que apenas podía moverse. Se obligó a abrir los párpados y vio la imagen distorsionada de su compañera, mezclándose con una mancha verde producida por la difusa silueta que le llegaba de los penachos de los abetos.

—¡Quédate quieto! —ordenó Norah McCann, sujetándole los codos con fuerza—. No te toques los ojos, solo conseguirás irritarlos más y puedes terminar produciéndote una úlcera, mejor mantenlos cerrados.

—¡Me abrasan! ¡Maldita sea! —exclamó Swann White.

La imagen de la agente, se le presentó de nuevo deformada, mientras comenzó a toser en medio de una bruma de gas pimienta que comenzaba a disiparse. A su alrededor todo giraba al revés, se tumbó boca abajo tratando de poner orden en medio del caos. Unas lágrimas incendiarias descendían por sus mejillas, dejándole un sabor agridulce en el paladar. La nariz comenzó a sangrarle, muy probablemente producto del estrés, incluso era posible que se hubiese golpeado con alguna rama mientras perseguía a la joven. McCann le puso un pañuelo para intentar detener la hemorragia. Gotas de sangre, salpicaban la nieve de rojo, mientras trataba de recuperarse del ataque de la muchacha. La historia contentaría a la prensa: un oso salva de ser violada a una joven por unos cazadores furtivos en Alaska.

—¿Has interrogado a ese energúmeno? —preguntó Swann, una vez recuperó la compostura, en referencia al único cazador superviviente de la masacre.

—No tuve tiempo jefe, salí detrás de usted de inmediato.

—Bueno, le haremos una visita más tarde en el hospital.

—¡Perfecto jefe! No sé preocupe por el picor, tengo un colirio en el coche, le ayudará a soportar mejor el escozor.

—¿Quiere que emita el orden de búsqueda de la muchacha? —preguntó la

subinspectora Norah.

—De momento no, mejor démosle un poco de tregua. Esperaremos a llegar al coche.

—Vale. En cuanto te recuperas de la ceguera, podrías contarme algo de tu vida. No tiene que ser personal. Sé que te has separado hace poco, por eso llevas siempre esa cara de perro apaleado —dijo Norah.

—Siento que se me note tanto. Yo y Lisbeth nos queríamos mucho, pero no es fácil convivir con un policía. No tenemos horarios, ni demasiado tiempo para dedicarle a las esposas.

—Ni que lo diga jefe. Yo también estoy más sola que la una. Tenía un novio en Boston, estaba loco por formar una familia, yo por el contrario no tenía prisa ninguna. Un día se hartó de esperarme y se marchó de improviso. A la semana siguiente, perdí la esperanza de que regresará y pedí el traslado.

—¡Vaya pensé que era yo el único chiflado del cuerpo! ¡Bienvenida al club de los desamparados amiga! —exclamó Swann.

—No te preocupes hombre con paciencia y tranquilidad todo se supera. Todavía estoy un poco dolida, pero Paul ya solo es un vago recuerdo.

—Me alegro compañera, lamentablemente lo mío está demasiado reciente —se excusó Swann, que llevaba un rato un poco incómodo con la conversación—. ¡Bueno amiga! Creo que ya me encuentro mejor, casi podemos ir tirando hacia el coche.

—De acuerdo, presiento que nos espera un largo día de trabajo —sentenció Norah, antes de ponerse en marcha.

Era extraño que un oso se acercara tanto a la ciudad, pensó Swann. Seguro que los cazadores lo estuvieron atosigando y decidió lanzarse sobre ellos para vengarse. De todas maneras los hombres debían encontrarse un poco ebrios cuando acorralaron a la chica. De no ser así, no se explicaba cómo no consiguieron asentar alguna puñalada al animal. Ciertamente que a aquellas horas de la madrugada en Alaska en pleno invierno no se veía un burro a tres pasos. De

lo contrario el oso lo tendría mucho más complicado. Por la envergadura y la gravedad de las heridas de los cazadores, debía tratarse de un ejemplar de gran tamaño. Lo importante es que gracias al oso, la chica se había salvado. Se apoyó en la subinspectora para acometer el último tramo de la subida, antes de comenzar el descenso. Le gustaba el olor del perfume de Norah, le recordaba a su esposa que solía utilizar la misma marca. Sino recordaba mal, se trataba de Lancome. Su aroma frugal se extendía por la piel candente de Lisbeth, como la ventisca por el océano cuando hacían el amor.

Al desprenderse del hombro de Norah para iniciar el descenso, sintió un ramalazo de dolor en el estómago, todavía le producía nauseas el pensar en su separación. Aunque legalmente seguían casados y Lisbeth todavía no le había exigido el divorcio, Swann sabía que todo era cuestión de tiempo y trámites. Alcanzaron el puente de piedra y contempló una vez más el escenario del crimen. Dio órdenes a los agentes para que no lo contaminaran antes de la llegada de los chicos de la científica. Lo que le resultaba increíble era que Jane fuese la única que se librara del ataque del oso, parecía que existiese un vínculo especial entre ella y la bestia. Cabía dentro de lo posible que el oso lograra discernir que ella estaba siendo acosada por los cazadores y al ir desarmada, salvo por el spray de pimienta, no suponía ningún peligro para él. El plantígrado debió observar la persecución desde el otro lado del río, siguiendo el rastro de los cazadores, hasta que la chica cruzó el puente y la acorralaron junto a la maleza. Solo entonces, olió el pánico de la muchacha, y decidió arriesgarse a atacar a los humanos para salvarla. La situación para Swann no tenía otra explicación.

Aquello no era muy propio del comportamiento animal, generalmente los osos escapaban de los humanos y no interferían en sus asuntos. ¿Por qué aquel oso actuó de una manera diferente? Era algo muy difícil de dilucidar. Parecía que el animal estuviese adiestrado como un perro policía, entrenado especialmente para atacar a los malhechores. Las cosas en el bosque no solían funcionar así, los cuadrúpedos nunca atacaban al hombre, salvo que se viesan acorralados. Era la ley del bosque. El humano portaba armas de fuego y resultaba invencible.

Avanzaron por la pasarela hasta alcanzar el aparcamiento. Se subieron al Jeep y tomaron rumbo al hospital para interrogar al único superviviente de los



cuatro cazadores. Las calles estaban nevadas y las quitanieves no daban abasto para mantenerlas transitables. Los cruceros en invierno eran suspendidos hasta la llegada de una estación más cálida. Sin los turistas, los habitantes de Juneau se encontraban todavía más aislados, debido a la complicada orografía de la zona, tan solo se podía acceder a la ciudad por aire. La red de carreteras no conectaba con ninguna otra ciudad, muchas de ellas estaban cortadas al tráfico, las autoridades recomendaban moverse lo menos posible de casa, evitando los desplazamientos en coche.

## VI

Los cuatro amigos se encontraban apoyados en una esquina de la barra del Alaska Brewing Company, degustando la gama de premiadas cervezas del local, que incluía las negras, rubias, tostadas e incluso las más suaves y veraniegas. Los cuatro eran de una estatura similar, su edad sobrepasaba bastante la treintena y les gustaba colocarse siempre en la misma esquina de la barra para alardear de sus hazañas, cazando ilegalmente en el bosque. James y Noel Taylor eran hermanos, muy aficionados a la NBA, apostaban en casi todos los partidos a favor de los Warriors. En cambio su amigo Philip Blomk era seguidor de los Cavaliers y le gustaba llevarle la contraria a ambos. En ocasiones el alcohol les nublabla la mente y las discusiones iban a mayores, teniendo que intervenir de moderador Peter Thompson el hijo del gobernador de Alaska para poner paz en el grupo.

Estaba prohibido cazar osos en Alaska durante el periodo de hibernación. Ellos lo sabían y les encantaba vulnerar esa prohibición. Hacía dos semanas los cuatro amigos habían localizado una madriguera de osos negros con los esquíes, se acercaron sigilosos con las armas y prendieron fuego a la entrada con unas latas de gasolina para obligarlos a salir al exterior. La guarida estaba habitada por una madre con sus dos cachorros. Intoxicados por el humo los tres salieron en tromba al exterior y fueron abatidos a tiros por los cazadores. Los oseznos chillaban desconsolados, asustados por los disparos, antes de perder la vida. La madre angustiada trató de protegerlos con su cuerpo, siendo la primera en morir. Al terminar de matarlos, chocaron las manos al estilo NBA, felicitándose por la hazaña lograda. En realidad los cuadrúpedos nunca tuvieron ninguna posibilidad de sobrevivir, pero eso para sus agresores era lo de menos. Luego se sacaron unos selfies con los animales abatidos. Antes de irse descuartizaron a la madre, envolviendo su piel en un plástico y abandonaron la zona, dejando los cadáveres de los oseznos tirados sobre la nieve.

El cabecilla y más sanguinarios de los cuatro era Peter Thompson, más conocido como el carnicero de Alaska por los ecologistas. Nunca habían logrado condenarlo por caza ilegal, solía salir impune de todas las denuncias. Su padre tenía demasiada influencia en los jueces; y los ecologistas no lograban reunir pruebas demasiado concluyentes para meterlo entre rejas. Peter lucía una barba rubia y tenía el rostro ovalado, un carácter muy nervioso y era un fanático de las apuestas deportivas. También presumía de predecir unos meses antes de que terminase la competición, los futuros fichajes de algunos equipos de la liga de baloncesto más importante del mundo con la exactitud de un vidente. Nunca se equivocaba y cuando lo hacía no lo admitía, o aseguraba que lo que él había predicho sucedería más adelante. Jamás leía un libro y apenas ojeaba la prensa, pero nunca se separaba de su teléfono móvil, así estaba al tanto de toda la matraca informativa que se publicaba en internet sobre las principales ligas americanas. Le entusiasmaban las noticias deportivas y vivía siempre pendiente de todos los rumores y acontecimientos del día sobre esos temas. Esa tarde en vez de hablar de deportes, tenían planeada una cacería, por eso apuraron las pintas de cerveza para abandonar pronto el local antes de que comenzase a oscurecer. Al salir del bar se subieron a las motos de nieve y comenzaron a avanzar por el bosque, nevaba intensamente dificultándoles la visibilidad.

La nieve golpeaba el parabrisas y salpicaba el cuadro de mando, mientras avanzaban a gran velocidad por una estrecha vaguada, esquivando las piceas que se encontraban en su camino. Intentaron seguir una antigua ruta que abrieron el siglo pasado algunos buscadores de oro: si se desviaban demasiado de la senda podrían fácilmente chocar contra algún árbol y romperse la crisma. En una moto iban James y Noel, seguidos de Peter y Philip en la otra a una corta distancia. Al salir del bosque atravesaron un campo de hielo, siguiendo el curso de las montañas de la costa. Surcar aquella vasta e indómita extensión de hielo, les llevaría un tiempo, por eso muchos cazadores prefieren sobrevolarla en helicóptero o avioneta, antes que recorrerla por tierra. En verano en ocasiones se pueden ver emocionantes carreras de trineos tirados por perros en aquella zona. A Peter Thompson le encantaba apostar en ellas, incluso poseía varias perreras donde en su tiempo libre acudía para entrenar con los animales; sin embargo en enero era una lata salir de caza con los trineos, debido a las bajas temperaturas, les resultaría demasiado lento el avance y así sería muy complicado sorprender a los osos;

de todas maneras los trineos resultaban más silenciosos y debían de tener cuidado con el sonido de los motores de las motos de nieve, eso les delataría antes de llegar hasta su posición, por eso llegado el momento utilizarían los esquís para moverse con mayor sigilo y evitar asustar a sus presas.

Avanzaban por el enorme glacial con lentitud, pues estaba cayendo una nevada de órdago y en ocasiones tenían que soltar el manillar de las motos para sacarse la nieve de los ojos. Peter había instalado unas cámaras ocultas en unos agujeros realizados por un taladro con batería en el tronco de unos abetos para vigilar la posible presencia de ejemplares de osos grizzlis en la zona. La instalación de esas cámaras era ilegal, solo podían hacerlo con el consentimiento del departamento de caza y pesca de Alaska o del servicio forestal de los Estados Unidos. En varias imágenes aparecían una pareja de osos grizzlis, acompañados de sus tres cachorros paseando por la zona. En cuanto tuvo acceso al video, Peter se las enseñó a sus compañeros y puso en marcha un plan para abatirlos a tiros.

Una vez dejan atrás varios bloques de hielo, se internan en la espesura del bosque, superando la vertiente del valle, comienzan el ascenso por la zona más abrupta del monte. Una pareja de alces huye despavorida, Noel intenta alcanzarles con el rifle pero erra el disparo. James es el mejor piloto de los cuatro, por eso va siempre conduciendo a la cabeza del grupo, se encarga de dirigir la partida y Peter que lo sigue a poca distancia en la otra moto, le ha dado los galones para ello. Se alejan de la cuenca del río, entre manchas boscosas de hayas y acebos. En algún punto del camino se cruzan con un torrente que viene de la cima del monte y detienen las motos en un recodo, aprovechando que, pasando desapercibido para los animales, el sonido del arroyo ahoga el de los motores. James les hace indicaciones para que los apaguen y observan las cumbres nevadas más cercanas. Desde allí tienen una panorámica magnífica de las montañas y valles que bajan hacia la costa.

James hace indicaciones a Peter y a Philip para que tomen posiciones en una loma cercana, mientras él y Noel, tratan de localizar la madriguera de los osos. Dejan las motos amarradas al tronco de un árbol con unos candados y se preparan para una nueva carnicería. Peter y Philip, avanzan con los esquís campo a través hasta lo alto de la loma, con las palas cavan unos agujeros en la nieve para ocultar su posición a los osos. No saben cuánto tendrán que

permanecer allí escondidos como topos, agradecen el tiempo que les lleva cavar los agujeros, pues mientras lo hacen y permanezcan en movimiento, no les cogerá el frío. Una vez terminan se meten dentro, la distancia entre ambos hoyos es de unos trescientos metros: la suficiente para evitar que el fuego cruzado pueda alcanzar por error a su compañero. Son conscientes de que algunos cazadores mueren en accidentes de caza, para evitarlo utilizan solo munición de corto alcance y permanecen atentos a cualquier movimiento sospechoso en medio de la espesura.

La noche se acerca y todavía no saben nada de James y Noel. El frío acecha y deben echar mano del mejor wiski de malta para resistir. Si encienden un fuego pueden alertar a los animales y hacerles variar de ruta en su huida. Por suerte van equipados con unos sacos de plumas para resistir las bajas temperaturas de la noche, se meten en ellos como larvas en su crisálida para evitar morir congelados. Ambos se comunican por walkies talkies, es una manera de evitar el móvil para que su conversación no quede registrada en ninguna compañía telefónica. Usan una antena privada ilocalizable para personas ajenas al grupo, deben ser conscientes de que lo que están haciendo es ilegal y toda precaución es poca.

—Peter me estoy muriendo de frío, sabes si James y Noel serán capaces de encontrar las guaridas de los osos y hacerlos salir para afuera. Corto y cambio —dice Philip.

—¡No seas quejicas, tendrán que instigarlos!. Una vez localicen la guarida, los harán salir; luego avanzarán con los esquís hasta las motos de nieve y los perseguirán hasta aquí para que los abatamos a tiros. Si no se han puesto en contacto con nosotros, se supone que es porque están cerca de la guarida y no pueden usar los walkies, si lo hacen podrían delatar su posición y asustar a los animales. Ahora permanece tranquilo y en silencio, esperaremos a que logren sacar a los osos de su escondite. Corto y cierro —le ordenó tajantemente Peter.

A pesar de que Peter era el cabecilla y el organizador de las operaciones, dejaba en manos de James su ejecución y dirección. James se movía muy bien tanto con la moto como con los esquís, también era un magnífico rastreador, se desplazaba con sigilo y era muy intuitivo. La nieve estaba demasiado blanda en algunas zonas y había cubierto cualquier huella que pudiesen rastrear para

localizar a los osos. Por lo que debían avanzar rápido con los esquís para evitar hundirse en ella. Poco antes de alcanzar el collado donde creían que tenían los osos la madriguera, se encuentran una senda a la izquierda que deben descartar. La nieve les golpea en la cara, si al menos parase de nevar, pero el temporal arrecia, si no se mueven con rapidez, acabarán convertidos en uno de esos muñecos de nieve que adornan algunos porches de las casas en invierno. James echa un ojo a su alrededor, pronto se hará de noche y no hay rastro de los osos. Es posible que la nieve haya taponado la entrada de su guarida, por eso no logran localizarla. Se mueven despacio entre las retamas. Llega un momento en que los matorrales les impiden seguir ascendiendo con los esquís, deben quitarlos y los dejan apoyados contra un arbusto. La nieve cruje ahora bajo el peso de sus pisadas. James prende un cigarrillo y previene a su hermano de que la noche no va a resultar sencilla. Después de horas rastreando el monte, comienza a oscurecer y todavía no hay rastro de los osos. La luz de los frontales, ilumina sus pasos. De momento, deben tener paciencia. Es posible que no les localicen hasta cerca de la madrugada, pero lo importante de una cacería es no errar los disparos al llegar el momento clave de ejecutarlos.

—Recuerdas cuando abatimos a los osos negros, nos llevó doce horas localizar su guarida —dice James.

—Lo que más me gusta de esto, es que lo hacemos sin ninguna obligación, solo por el placer de matar; resulta muy gratificante apretar el gatillo y saber que has vencido a tu presa, eres el cazador y ella está a tu merced. Una buena jornada de caza, para nosotros no significa más que una mera diversión. Nadie nos obliga a hacerlo, apretamos el gatillo solo por puro placer. Tampoco lo hacemos por el dinero, odio a todos esos pringados que cazan para alimentar a sus familias, nosotros nunca nos comemos las piezas que abatimos y casi nunca comerciamos con sus pieles, preferimos regalárselas a nuestras amantes. Aunque ello tampoco es lo que nos motiva. Al fin y al cabo, no necesitamos el dinero, los cuatro somos de buenas familias. Sin embargo aquí estamos pasando un frío de cojones, jugando a ser Rambo, pudiendo estar en casa calentitos o follándonos a unas putas en cualquier parte —dice Noel.

—Exactamente hermano, lo hacemos porque necesitamos sentir la emoción del cazador. La sangre se nos calienta cada vez que apretamos el gatillo,

somos conscientes de que podemos cambiar el destino de esas malditas bestias y mandarlas de un tiro al otro barrio. Lo único que nos mueve realmente, no es otra cosa que el placer de matar, sin tener que dar explicaciones a nadie por ello —concluye James.

Noel no perdía de vista a su hermano, la ventisca les golpeaba y les impedía ver nada a su alrededor. La nieve se les metía en los párpados y se detuvieron un rato a la espera de detectar algún movimiento extraño. Para ellos pasar la noche a la intemperie, no era ninguna novedad; sabían que si pretendían abatir una buena pieza, deberían estar preparados para las inclemencias del tiempo. Por eso nunca usaban prendas de algodón sino de polipropileno, que en contacto con la piel no retenían la humedad y absorbían el calor corporal. Ambos hermanos cubrían la cabeza con un gorro con orejeras y el cuello con un bozo que al desplegarlo, alcanzaba a protegerles el rostro hasta los ojos. Eran conscientes de que al enfriarse la cabeza, la circulación comienza a ralentizarse en las extremidades y hacían lo posible por evitarlo.

Iban armados con dos rifles Stalker, muy ligeros del calibre 308. En caso de que los descubriese la guardia forestal, podían alegar que salieron a cazar ardillas, liebres o zorros; eso les reduciría la multa a una suma irrisoria para sus posibilidades económicas. Estaban seguros de que no tardarían mucho en localizar la guarida de los osos, luego abatirlos dentro, sería coser y cantar. Aunque la pareja de grizzlis que habían visto en las pantallas, nada tenía que ver con la madre y los dos cachorros de osos negros que abatieron la semana pasada, localizar su guarida resultaría igualmente esencial para eliminarlos. Los grizzlis eran de un tamaño muy superior a los osos negros y en un momento dado podrían hacerles frente y volverse peligrosos. Por eso la sorpresa era un elemento crucial para capturarlos.

Estuvieron largo rato quietos, se tomaron unos frutos secos y unas barras energéticas, de pronto había dejado de nevar y las nubes comenzaron a desplazarse, abriéndose un claro en el cielo. El tiempo pasó y no daban localizado la entrada de la madriguera, pero estaba quedando una noche esplendida, aunque el frío no había remetido, al menos podían contemplar las estrellas.

Estaba bastante avanzada la madrugada, cuando se presentó ante sus ojos un

auténtico espectáculo boreal. El cielo se cubrió de intensos haces de luz amarilla, encarnada y violeta. El efecto producía continuas columnas, molinillos, haces, cortinas, llamas y halos de luz ondulante que vibraba ante sus ojos. Entonces fue cuando escucharon unos pasos en la oscuridad viniendo hacia ellos, enfocaron las linternas sujetas a las mirillas de los rifles y los vieron. Iban bastante separados: un enorme oso grizzli de más de trescientos quilos de peso, seguido de su cachorro. En esos instantes la sangre se le congeló en las venas.

El macho adulto aprovechó su confusión para poner distancia entre él y los cazadores, iniciando una larga carrera se perdió en la nieve. Dispararon sobre el cachorro que murió al instante. Luego corrieron como locos en busca de las motos de nieve, para cuando las alcanzaron, su presa había huido hacia la posición en que se encontraban con las armas cargadas sus compinches Peter y Philip. Al poner en marcha las motos, se encargaron de taparle la retirada por si el oso se decidía a dar la vuelta y regresar en busca del cachorro abatido, induciéndolo para continuar ladera abajo hasta la posición de sus amigos. Sin saberlo el cuadrúpedo había mordido el anzuelo e iba directo a la trampa. Escucharon los disparos de sus compañeros, creyendo en el éxito de su misión, pero ninguno de ellos había dado en el blanco. Al llegar hasta su posición con las dos motos de nieve recogieron a Peter y Philip que no daban crédito a haber errado unos disparos tan claros.

Antes de proseguir la cacería, retrocedieron en busca del cachorro abatido. Lo metieron bajo la lona de uno de los remolques de las motos y continuaron en busca del macho adulto. Encontraron sus huellas en varias ocasiones, pero no fue hasta altas horas de la madrugada, cuando lo avistaron en lo alto de una colina. Nada más verlo, James apretó a fondo el manillar de aceleración y salió a toda velocidad en busca de la pieza. El grizzli reaccionó, tratando de alcanzar la zona boscosa para ocultarse. Le dispararon varias veces, un par de perdigones le rozaron las orejas, desquebrajando los troncos de unos arbustos. El animal se movía raudo y veloz, logrando esquivar los disparos por muy poco. Pegó un salto y continuó descendiendo entre una maraña de masa forestal por donde no lograron pasar las motos, hasta desaparecer de su vista.

—¡Maldita sea! Se nos ha escapado por poco, bueno al menos tenemos al cachorro. ¿Qué os parece, si descendemos hasta la presa a fumarnos unos



canutos y nos sentamos en la pasarela antes de que se nos congelen los genitales? —propuso Peter.

—Buena idea, pienso que por hoy ya he tenido bastante —contestó James desde la otra moto, dando por concluida la cacería e ignorando que para ellos, la verdadera cetrería, no había hecho más que comenzar; solo que esta vez, ellos y el plantígrado se intercambiarían los papeles, pasando de cazadores a ser cazados. Además el oso encontraría en Jane un improvisado aliado que le ayudaría a llevar a tres de ellos al cementerio. Tan solo sobreviviría Peter Thompson a la carnicería que les esperaba, los demás ya formaban parte de la historia de las víctimas de la naturaleza y sus habitantes en Alaska.

## VII

### O7.43h

En aquel trecho no había ni líneas eléctricas, ni conducciones de gas, ni tampoco explotaciones mineras, ni siquiera pistas forestales. La masa boscosa era de las más salvajes y mejor conservadas de Alaska. Jane conocía aquellos senderos de su etapa en el club alpino. Los fines de semana solía participar en muchas de sus rutas, incluso había ganado un concurso de escalada en hielo. En su habitación tenía el trofeo en lo alto de una estantería sobre la cama nido. El alpinismo le había ayudado a evadirse del acoso de su padrastro y de los problemas con su psiquiatra. Podía pasar horas caminando por el bosque sin cansarse, pero la noche de copas con su amiga Erika, la había dejado agotada. Bailaron hasta la extenuación y se metieron todo lo que les dieron, hasta que terminaron, sacándose a varios babosos de encima. Luego Jane acompañó a Erika hasta la parada de taxis, después de despedirse de ella, se largó caminando. Iba tan puesta que decidió no regresar todavía a casa.

Echaba de menos su etapa en el club alpino, aunque estuviese atestado de pijos que solo vestían ropa de marca. En cuanto pudiese ingresar en la universidad, volvería a anotarse. Llegado a un punto el sendero se sumerge en un desfiladero, donde apenas hay sitio para poder pasar. Los verticales paredones descienden en picado, ocultando una estrecha garganta, apenas transitada por el hombre que servía de refugio para halcones, águilas, buitres y búhos entre otras especies de aves.

Arrimándose a uno de los paredones, desciende ayudándose de los arbustos que crecen entre los roquedales en una angosta franja de terreno. Desde allí, las caídas son vertiginosas, ningún policía se atrevería a seguirla. La nieve hace de parapeto y evita que se precipite al vacío. El viento sopla con fuerza, levantando una ventisca que reduce su visibilidad. Una vez alcanza el fondo del barranco, camina al borde del cauce de un riachuelo, hasta alcanzar un

punto en que salta entre unas piedras para pasar a la otra orilla.

Un solo error de cálculo y terminaría en el fondo del regato. El corazón le late con fuerza en el pecho. Una vez en el otro lado continúa caminando, todavía siente el efecto del LSD en su cerebro, posiblemente a priori de lo sucedido previamente, sea lo único que la mantiene despierta. Salvo en ocasiones especiales, no solía tomar nunca pastillas cuando salía de juerga toda la noche, normalmente solo bebía wiski, pero últimamente estaba pasando una mala racha y además hacía mucho tiempo que no veía a su amiga Erika, desde su último año en el instituto concretamente y aquello había que celebrarlo.

Los días de trabajo en el geriátrico se le hacían interminables. La primera vez que entró a trabajar en la institución, se le encogió el alma. Los pasillos eran enormes y el edificio contaba con un enorme hall central de gran altura que unía todas las plantas, a través de un gran corredor circular, donde también se encontraban los ascensores. En la planta baja estaba ubicado el hospital, la lavandería, el gimnasio y los vestuarios de los trabajadores. En la primera planta cerca de la recepción, se alojaban los usuarios menos dependientes o con patologías más leves. En la segunda planta se encontraban los chicos de terapia ocupacional, el fisioterapeuta y los dormitorios de los usuarios con demencias más leves. En la tercera planta, su favorita, la de los locos. Allí estaban los casos más críticos de alzhéimer, párkinson y ELA. Al principio le costó mucho adaptarse a esa planta, todos sus compañeros de trabajo, trataban de evitarla. Por eso siempre enviaban allí arriba a los novatos. Aunque con el tiempo Jane terminó sintiéndose a gusto: no tenía ninguna duda de que se encontraba entre los suyos.

Allí nadie conocía a nadie. Unos le pedían la hora, otros le hablaban como si fuera la primera vez que la veían; también los había que la trataban igual que si la conociesen de toda la vida, sin a verla visto nunca antes. Incluso, algunos que estaban atados en sillas con correas para evitar que se autolesionaran, intentaban chantajearla para que los soltara. Llegado un momento, una se adaptaba a aquella atmósfera de irrealidad y lo tomaba todo con naturalidad. Jane creía que estaban mucho más locos algunos miembros del equipo interdisciplinar que se ocupaban de dirigir el centro que los propios usuarios. Había sido testigo directo de cómo algunas jefas de planta

maltrataban a algunos discapacitados. Jane decidió que su sitio estaba allí, entre los que más la necesitaban. Así que se armó de atrevimiento y le pidió a la gobernanta que la dejase trabajar en aquella planta permanentemente. La gran jefaza que tenía una barriga que no le cogía detrás de la mesa de su despacho, aceptó encantada. Aunque le resultó extraño que alguien solicitase un puesto que nadie deseaba, desde luego se había quitado un peso de encima. Era una lata tener que escoger todos los días a los cuidadores que mandaría a la planta maldita, tal como la mayoría la conocía en el geriátrico. Los cuidadores se sentían como si los estuviesen enviando a la guillotina.

La hora de la ducha era una auténtica locura, los usuarios eran levantados a golpe de corneta como en el ejército. Los cuidadores más veteranos daban órdenes y los desvestían a toda velocidad. Los ancianos se despertaban desorientados: a los más viejos aquello les recordaba a la segunda guerra mundial. Cada cuidador debía duchar a una docena de personas en menos de una hora: el tiempo para ello era muy limitado, el ritmo de trabajo frenético. Algunos no tenían tiempo de alcanzar el baño y defecaban en los baldosines camino de la ducha. Jane no terminaba de acostumbrarse nunca al fuerte olor de las heces humanas, pero tampoco es que le resultase demasiado turbulento, un simple manguerazo de agua caliente y todo desaparecía por el desagüe. Lo peor era la manera como trataban a los ancianos como si fuesen ganado en vez de seres humanos.

Los más ulcerosos quedaban para el final, pues antes deberían limpiarle bien las zonas erosionadas de la piel para evitar rozaduras. Algunas úlceras eran como pequeños cráteres y casi alcanzaban el hueso. En esos casos no podían correr el riesgo de ducharlos y debían completar el aseo en la cama. Cambiar las sábanas con el paciente encamado resultaba bastante latoso, sobre todo si lo tenía que hacer ella sola, algunos usuarios pesaban como auténticas ballenas. No le quedaba otra que usar una faja protectora, sino pretendía destrozarse la espalda. De todas maneras, una vez que te acostumbrabas, aunque no estaba muy bien pagado, el trabajo podía resultar en ocasiones gratificante. Lo malo era el horario abusivo al que sometían a los trabajadores, Jane llevaba más de medio año sin coger vacaciones; cuando ese viernes antes de salir de juerga, la gobernanta le concedió quince días libres.

Cuantas cosas le habían sucedido desde que abandonó la institución. A

pesar de que solo pasaran unas horas, había tenido tiempo de comprar ropa, salir de fiesta y de matar a un hombre. Fuese asesinato o no: eso lo tendría que decidir un juez. Aunque para eso tenían que cogerla antes y no pensaba ponérselo fácil a la policía.

Llevaba algo más de cinco kilómetros recorridos, cuando se encontró con un todoterreno que habían dejado allí unos pescadores. La ventanilla del conductor estaba ligeramente abierta, pasó a su lado e intentó abrir la puerta pero estaba bloqueada. ¡Mierda! Todavía había una posibilidad. Se quitó uno de los cordones de las botas de goma del improvisado uniforme de operario que robó en la central hidroeléctrica. Apretando los dientes, hizo un pequeño nudo corredizo en el medio del cordón. Lo deslizó con cuidado por la abertura de la ventanilla, una vez dentro, lo fue soltando paulatinamente, limpiando previamente la nieve del cristal con el codo para poder ver como descendía por el interior del habitáculo. No podía fallar. Estaba acostumbrada a hacer nudos más complicados para escalar. El cordón fue descendiendo, milímetro a milímetro, hasta terminar encajando la soga en el centro del pistón del seguro. Lo tensó a su alrededor como si fuese el cuello de un ahorcado y de un tirón levantó el seguro. Escuchó el clip y abrió inmediatamente la puerta.

Una vez liberado el cerrojo, entró dentro del habitáculo y abrió la guantera. Entre unos mapas y una linterna, encontró unas llaves de repuesto del coche. Estaba de suerte, ni siquiera tendría que hacer un puente para encenderlo. Había visto como se hacía en internet, pero dudaba que lograra prender el motor con ese método. Ajustó el asiento del conductor y encajó la llave del todoterreno en el contacto. Estaba a punto de cometer un hurto por primera vez en su vida.

Se alegró de llevar los guantes puestos, los ajustó y puso las manos sobre el volante. ¡Genial! Así no dejaría huellas. Quitó el freno de mano y giró la llave del contacto. Apretó ligeramente el acelerador y avanzó despacio por la nieve farragosa. Los neumáticos giraron con rapidez, desprendiéndose de las placas de hielo endurecido. Ejerció una presión constante sobre el acelerador: ni muy despacio, ni muy fuerte. Evitando que la tracción se quedara bloqueada en la nieve. Giró el volante y se dirigió hacia la pista de tierra, siguiendo las roderas por donde habían venido los pescadores. Estaba prohibido pescar en aquella época. ¡Qué se jodan los furtivos! El Land Rover se movía a buen

ritmo colina arriba. Puso en marcha el limpiaparabrisas que barrió inmediatamente la nieve de la luna superior. Los neumáticos destrozaban el hielo que se desprendía del suelo, estallando en esquirlas a su paso. La pendiente era muy pronunciada, aceleró de nuevo con mayor fuerza, no podía quedarse atrapada ahora.

El vaho estaba empañando el parabrisas y tuvo que abrir la ventanilla, girando la manivela con la mano izquierda, mientras sujetaba el volante con la derecha. Le entró pánico, apenas acababa de sacar el carnet de conducir y nunca había manejado un automóvil tan grande y viejo como aquel. La pendiente continuaba ascendiendo, el ruido del motor era constante, temía que se le calará el coche en medio de la cuesta, pisó a fondo el acelerador y metió tercera. El auto culebreó y continuó ascendiendo por la pista forestal, alejándose del cauce del río.

Era una pasada, sacó la mano fuera de la ventanilla y sintió el aire gélido golpeando en su palma, mientras recogía los copos de nieve que caían del cielo. Luego se percató de que podría golpearla contra un árbol y metió la mano de nuevo dentro. Encendió la calefacción y la radio. Sonó Leove a light on de Tom Walker y la puso a todo volumen. Los abetos pasaban a su lado, según seguía ascendiendo por la sierra. La situación estaba controlada, ya no la cogerían. Enlazó por una carretera comarcal y luego siguió por un ramal que la llevó hasta la nacional de Juneau. De vuelta a la ciudad, se cruzó con varios coches patrulla, seguro que se dirigían hacia el bosque para atraparla.

Entró por una de las calles de su barrio. La calzada estaba limpia de nieve, las maquinas debieron pasar a primera hora. La nevada había dejado un paisaje muy bucólico, tiñendo de blanco los tejados y los jardines de las casas de madera. Aparcó frente a un parque infantil: a unas manzanas de su edificio.

Apagó el motor y la radio, cerró el coche y tiró las llaves a un contenedor de basura cercano.

Al entrar en su apartamento, se quitó la ropa y se dio una buena ducha caliente. El agua resbalaba por su piel y se perdía en el sumidero. Había conseguido burlar a la policía y parecía al fin encontrarse a salvo, todo gracias a la ayuda del agente Swann. Al salir de la ducha, se envolvió en un albornoz y se acurrucó en la cama. Todavía le quedaban muchos días de vacaciones. Tan solo había una cosa que le perturbaba, mañana tenía una cita

con el psiquiatra, tal vez había llegado la hora de pasar a la ofensiva y enfrentarse a él. Le hablaría claro, necesitaba la alta médica para acceder a la universidad, si para ello tenía que comerle la polla a ese cabrón, después de lo que había vivido esa noche, ya nada le importaba. Pero ahora necesitaba dormir y recuperar fuerzas, tenía el cuerpo lleno de moratones y le dolía todo, aunque por suerte no tenía ningún hueso roto y estaba de una pieza; eso era lo más importante.

## VIII

### 7.45h

El dramático viaje de un oso polar que recorre setecientos kilómetros en busca de comida deja aterrado a Swann. Los ambientalistas alegan que el oso pudo perder la orientación debido al calentamiento global que provoca el retroceso del hielo en el Ártico y aumenta las dificultades de estos animales para alimentarse. Aparentemente el oso viajó al sur hasta la aldea más cercana, llegando sin fuerzas, totalmente exhausto, deshidratado y desnutrido, de manera que no suponía ningún peligro para la población de la zona. En las cámaras de televisión se observa como un vecino le arroja salmones para que pueda alimentarse.

Un grupo de morsas escala un acantilado cerca de una playa en Rusia, una vez alcanzan la cima se lanzan al vacío para morir. Las morsas están habituadas a alimentarse y descansar en el hielo marino, debido a la reducción de este elemento por el cambio climático, tienden a desplazarse en grupo hacia las playas más cercanas. La dificultad para sobrevivir lejos del hielo, las lleva a desesperarse, por eso deciden suicidarse antes de seguir sufriendo las calamidades del hambre. Miles de morsas viven hacinadas en las playas, sin alimento, tratando de escapar de su destino, se ven impulsadas a escalar abruptos acantilados, de los que caen y mueren como algunos refugiados sirios que se ahogan en el mar Mediterráneo tratando de dar el salto a Europa. Mientras los humanos nos molestamos porque el coche eléctrico no tiene tantas prestaciones como una de gasolina, miles de animales padecen las consecuencias de nuestros actos y muchas especies corren peligro de extinguirse.

Los humanos no queremos a los animales salvajes merodeando comida en nuestras poblaciones, pero tampoco los dejamos vivir tranquilos en su hábitat natural, piensa Swann. Los cazadores protestan por las restricciones, pero



ellos también alteran el hábitat natural de los depredadores, exterminando sus presas, los obligan a atacar a los venados y reses de los humanos para poder alimentarse. Swann sospechaba que el ataque del oso esa mañana no fue premeditado, sabía que el único superviviente de los cuatro cazadores, difícilmente les aclararía nada sobre lo sucedido. Esa clase de individuos, solían ser prepotentes y arrogantes, evitando siempre colaborar con la policía.

Estaban llegando al hospital, cuando le lanzó una mirada de reojo a la subinspectora Norah. El uniforme le quedaba de miedo, la camisa azul marino le realzaba el pecho y los pantalones ajustados perfilaban perfectamente su cintura de avispa. Ahora que su mujer lo había abandonado, debería ponerse en forma, estaba echando barriga y necesitaba bajar unos kilos. La vida era así de dura, si quería cobrarse una buena pieza, antes debería sacrificarse para dar la talla o ella se buscaría a otro macho más atractivo. Ninguna chica tan guapa como Norah, querría salir con un negro tan grande y barrigudo como Swann.

Al llegar al aparcamiento del centro sanitario, se desabrochó el cinturón y observó con que habilidad, Norah introducía el Jeep entre un Chevrolet y un Chrysler. Desde luego era una agente muy habilidosa, seguro que en la cama no se quedaría atrás. Estaba demasiado dolido por la pérdida de su mujer, para pensar en la posibilidad de acostarse con otra si quiera, de todas maneras le consolaba el saber que todavía no había perdido el instinto de sentirse atraído por algunos miembros del otro sexo. Si Lisbeth no regresaba, debería buscarse tarde o temprano una nueva compañera.

—¡Mierda jefe! —exclamó Norah—, parece que los federales han llegado antes que nosotros.

—Era de esperar, supongo que no es muy habitual la muerte de un humano en manos de un oso, quizás para ellos supera los parámetros de lo paranormal —dijo Swann.

—Lo siento, siempre que se entrometen, nos cuesta mucho más resolver los casos —lamentó Norah.

—No queda más remedio que hablar con ellos, son los que mandan, seguimos siendo el último escalafón del poder gubernamental. Salvo las ratas,

cualquiera manda más que nosotros, por eso nos hemos hecho policías, nos encanta revolver entre la basura de los más poderosos.

—Lleva la corbata desabrochada jefe —Apuntó Norah.

—Gracias, es importante dar buena imagen o los federales creerán que somos unos paletos —respondió Swann, llevándose la mano al cuello para ajustar el nudo.

La irrupción de los federales en el caso, trastocó momentáneamente los planes de Swann de entrevistarse con el único testigo de la masacre. El agente Bruce Parker le informó a la entrada del hospital que de momento el sujeto estaba siendo sometido a observación y posiblemente sería a continuación intervenido de urgencia de su herida en la pierna. En cuanto recuperase la conciencia y descansase adecuadamente, primero lo interrogarían ellos, antes de devolverle el caso si lo creían conveniente al inspector o colaborar con él en su resolución. La intervención de los federales, nunca era del agrado de Swann que prefería mantenerlos a distancia. Solo faltaba que le quitaran aquel caso en el que se encontraba tan involucrado.

Bruce Parker era un viejo conocido suyo, ambos habían jugado juntos al básquet, defendiendo los colores de Columbia en la liga universitaria en otra época. Era un tipo alto y robusto como Swann, solo que blanco en vez de negro. Ambos habían rivalizado en la cancha por el puesto de base del equipo en el pasado y ahora seguían compitiendo siempre que coincidían en algún caso de asesinato sin resolver. Charlaron un rato sobre el caso y cada uno le contó al otro lo que más le convenía.

—No me fastidies Bruce, ni siquiera me vas a decir de quién se trata —dijo Swann.

—Te informaré en cuanto sepa algo. De momento el tipo no se ha identificado, sé lo mismo que tú.

—Vamos, no estarás encubriéndolo. Acaso te está utilizando el gobernador para tapar su mierda, ahora que se acercan las elecciones —se quejó Swann.

—¡Ni idea! Pregúntaselo a los votantes de Alaska que lo pusieron ahí. Yo solo he recibido la orden de no dejar pasar a nadie. No entiendo cómo se te ha podido escapar esa jovencita, con los bloqueos que solías hacer cuando jugábamos al baloncesto. Desde luego, estás viejo, has perdido práctica, hasta has echado barriga. Mi consejo es que vuelvas a entrenarte, demasiado trabajo no es bueno para nadie. Ahora, dejando de lado tu estado de forma y volviendo al tema de la chica: ¿Sé que me ocultas algo? ¿Seguro qué sabes más de lo que dices?

El inspector Swann negó dos veces con la cabeza, si llega hacerlo una tercera, igualaría al apóstol san Pedro, cuando le negó a su Maestro que esa noche lo abandonaría, según la Sagrada Biblia.

—No sé si creerte, me da la impresión de que me estás ocultando cosas como siempre. ¡Vamos Swann, dame alguna pista! —preguntó Bruce de manera insinuante.

—No tengo pruebas, pero me apostaría el sueldo a que esto es obra del carnicero de Alaska y sus secuaces —dijo Swann.

—No lo sé, supongo que lo mejor es que te vayas de vuelta a la comisaría y esperes la llamada de la oficina del gobernador. Si se entera que andas haciendo insinuaciones de la intervención de su hijo Peter en este caso, sin pruebas, es posible que en breve solicite tu traslado al otro extremo del país —lo amenazó Bruce.

—Vaya lo lamento, ignoraba que el FBI se ocupaba ahora de proteger la integridad de los cargos electos en los Estados Unidos. Lástima que no pusiesen el mismo énfasis en proteger a los Kenedy y a Luther King, ahora estarían todos vivos —protestó Swann.

—Ándate con ojo con lo que dices amigo. El Ku Klux Klan todavía sigue activo —lo amenazó Bruce medio en broma.

—Ni que lo digas, está bien, yo me largo. Esperaré a que el FBI nos dé el visto bueno para que nosotros podamos hacer nuestro trabajo.

El inspector regresó al coche con la subinspectora Norah McCann, que

había observado toda la conversación entre los dos agentes de la ley sin interferir en sus comentarios. Las calles tenían poco tráfico y solo rompía el silencio, el ronroneo del motor del Jeep Cherokee y los copos de nieve al golpear contra el parabrisas. Se detuvieron en el aparcamiento de la comisaría, donde estaban estacionados dos coches patrulla y cuatro motos de nieve. Abrieron las puertas laterales para salir del vehículo y se dirigieron a la entrada principal; tras un largo mostrador estaba sentado un agente de edad bastante avanzada, todo parecía tranquilo esa mañana, nada les hacía presagiar la dura jornada que les quedaba por delante.

Su despacho estaba ubicado en la segunda planta. El edificio de paredes de hormigón, apenas disponía de unas diminutas ventanas enrejadas con cristales blindados. Aquella estructura era un auténtico bunker, estaba preparada para resistir un ataque nuclear, disponía de un refugio subterráneo con provisiones para varios días y varios túneles que llevaban a través de la red de alcantarillado a distintas partes de la ciudad. Aunque el inspector Swann tenía más miedo de sus superiores que de los rusos, nunca estaba de más trabajar en un lugar blindado a prueba de balas y cohetes. La segunda planta estaba compuesta por una serie de pasillos que parecían un laberinto. En ocasiones uno se perdía para ir buscar un café a la única máquina expendedora de la planta que se encontraba situada a la izquierda de los lavados.

**08.30h**

Una vez en su despacho, el inspector Swann envió a Norah hacer unos recados y se encerró en su oficina para buscar información en internet sobre Jane Barret. Estaba de suerte. Ella tenía una URL: [Jane777.blogspot.com](http://Jane777.blogspot.com). Se trataba de un blog que versaba sobre diferentes temáticas referentes a su vida personal. La última entrada estaba registrada hacía más de medio año. Más tarde Swann pudo corroborar que esa fecha coincidía en el tiempo con las semanas previas a los exámenes de su último año en el instituto y su posterior ingreso en el geriátrico. Era como una especie de diario de experiencias variadas, mezcladas con sus prácticas de alpinismo. El blog había sido

registrado el 14 de enero de 2016 y cada entrada podía ser convertida en PDF para su posterior descarga. Eso hizo Swann, convirtió todas las entradas en PDF y las guardó en una carpeta de Word. Estaba ansioso por descubrir los secretos que escondía Jane en aquella dirección de internet.

Los jóvenes no se cortan a la hora de utilizar las nuevas tecnologías, sin mostrar miedo alguno a exponer sus secretos más íntimos. Por otro lado hay millones de direcciones en la red, ¿quién iba a deparar en [Jane777.blogspot.com](http://Jane777.blogspot.com)?

Envió los archivos por Email a su dispositivo eReader y se preparó para la lectura. La tinta electrónica había sido el mejor invento del siglo XXI, si tuviese que leer aquellos archivos directamente en el ordenador, los brillos destrozarían sus pupilas. Escogió el tipo de letra más cómoda para la vista y presionando con la yema del dedo índice sobre la pantalla del Ebook, iba señalando las partes más interesantes para la investigación.

# **El blog de Jane**

## IX

Jane777blogspot.com

Entrada, *date*: 15 de enero 2016.

Inicio con rabia esta primera entrada en el blog, llena de furia y desaliento. Creo que mi padrastro Jonh Larsson es un acosador. Sé que algunos os resultará una acusación muy grave para hacerla tan a la ligera. Llevaba varios días sintiendo una presencia extraña en mi habitación mientras dormía. Estoy segura de que se adentra sigiloso algunas noches en mi cuarto y me observa cuando duermo. En sueños siento una mano de adulto, sudorosa y fría; más bien cadavérica, bajo las sábanas, acariciarme los muslos. Al principio pensé que solo se trataba de una pesadilla, de la que no conseguía despertar. Sentía la mano fría y gris, apartando suavemente la colcha y deslizarse lentamente por mi piel virgen. ¡Me muero de asco! Nada puedo hacer por detenerla, trato de deshacerme de ella, pero los brazos me pesan toneladas y no logro moverlos.

Siento su aliento gélido de viejo enfermo en el húmedo ambiente de la vivienda. Los párpados permanecen cerrados como una persiana de acero de un comercio antiguo y no consigo abrirlos. Me pesan demasiado. Él nota mi agitación onírica y se excita. Al principio pensé que todo eran paranoias mías, pues en cuanto percibía como me desperezaba: unos segundos antes de despertarme salía sigiloso de la habitación igual que si nunca hubiera estado allí. Mi padrastro tiene cuarenta y seis años, es un hombre de baja estatura, nariz aguileña, globos oculares salientes y prominente barriga. Sólo imaginármelo me dan nauseas. Podría haberle comentado algo a la asistenta social, pero me da miedo que me tomen por una paranoica, nunca despierto a tiempo para descubrirlo y de todas maneras será mi palabra contra la suya.

Sé que no es un sueño, siento que me observa mientras duermo. El otro día

coloque una trampa, dejé la puerta entronada y puse una mochila cargada de piedras sobre el quicio. Al entrar mi padraastro la mochila cayó desde el borde superior de la puerta cerca de sus pies. El ruido me despertó y salí disparada de la cama con los ojos inyectados de ira. Eran sobre las cuatro de la madrugada y al fin lo había cazado infraganti con las manos en la masa.

Mi cara quedó situada a unos centímetros de la suya, sus ojos de mochuelo me sostuvieron la mirada por unos instantes, mientras saqué la navaja de montañera del dobladillo del camisón y se la coloqué en la garganta. Solo le dije unas palabras: «Si no me das permiso para salir de excursión con el club alpino, les diré a todos que eres un pederasta». Él se retiró asustado y esta última semana he podido dormir tranquila. He instalado un cerrojo en mi habitación según un tutorial de internet y no se ha atrevido a decirme nada. Creo que ese miserable me tiene miedo, por eso no dirá nada sobre nuestro encuentro nocturno. De momento me veo capaz de manejar la situación, aunque no sé si podré soportarla por mucho tiempo.

Mi madrastra Lila Vanger es una frígida. Ese es el problema: si ella satisficiera los deseos sexuales de su marido, él muy depravado no se haría pajas, observando a una menor mientras duerme. La odio, seguro que lo sabe y lo consiente. Es una fanática, miembro de la Iglesia de la Cienciología. Una especie de secta para sacarles dinero a los ricos. Solo está pendiente de leer la biblia y rezar por las noches antes de acostarse, no me extrañaría nada que llevase puesto el cinturón de castidad. La muy zorra se bebe un vodka todas las noches antes de cenar, luego bendice la mesa y comemos los tres en silencio. Es lo mejor que puede suceder, así no tengo que oírlos. Creo sinceramente que Dios les hizo un favor al no permitirles traer hijos a este mundo. De lo contrario: ¡pobres criaturas! ¡Os imagináis! Hijos de un pederasta y una frígida. ¡Me cago en sus muertos! Si ese baboso me vuelve a poner la mano encima, juro que lo mataré.

Sé que si lo acuso sin pruebas no me escucharán, esperaré a la mayoría de edad para independizarme. Además, después de haberle puesto la navaja en el cuello, seguro que se lo pensará antes de volver a intentar nada. Escribo esto desde mi habitación en esta casa enorme donde estoy prisionera. De momento reina una tensa calma y mi padraastro no me ha vuelto a molestar.

Esta tarde me acerqué a las oficinas del club alpino para anotarme. Su sede



se encuentra ubicada en la parte alta de una tienda de deportes. Me reciben en un cuartucho en el desván con una mesa de formica, un ordenador, varias sillas y unas estanterías con varios trofeos. Los instructores se reparten las modalidades de alpinismo, escalada, senderismo y esquí alpino. En principio me anoté a alpinismo y escalada; luego ya iré mirando. Esas dos modalidades en principio las da el mismo instructor, su nombre es Stephen Ross. Se trata de un hombre de unos treinta y cinco años, pelirrojo, de mediana estatura. El mismo que nada más traspasé la puerta de las oficinas del club, me atendió con una agradable sonrisa. Más tarde descubrí que trabajaba de transportista y los fines de semana libres, se dedicaba a practicar alpinismo. La tienda era de su hermano Ethan que también ejercía de instructor de esquí alpino en el club. Físicamente eran parecidos, solo que Stephen le llevaba cinco años a su hermano pequeño.

Me explicó que eran muy pocos los miembros del club que se atrevían a salir a caminar en aquella época del año debido a las bajas temperaturas. Por lo que no tenían ninguna excursión programada hasta marzo, pero si me animaba tenía pensado salir el fin de semana y lo podía acompañar. Me enseñaría a escalar, además de prestarme el material necesario y compartir conmigo la comida. Yo le dije que ya había hecho prácticas en el rocódromo municipal y que lo acompañaría encantada. En realidad en la vida pocas veces he conocido personas que me trataran con tanta amabilidad como lo hizo Stephen esa tarde; la verdad que un fallo escalando puede constarte la vida, pero a su lado me siento segura. Ya había escuchado hablar maravillas de él en el rocódromo, y al conocerlo parecía que se confirmaban todas las expectativas. Estoy ilusionada, contando las horas que faltan para el sábado como una loca.

Me encantará caminar a su lado. Después de cubrir todos los papeles y entregarle mi carnet de federada, practicamos a hacer distintos nudos con una cuerda, le sorprendió mi destreza con las manos. Luego me invitó una cerveza en un pub que se encontraba frente al comercio de su hermano en el otro lado de la calle. En la puerta había un oso disecado de tamaño gigantesco, estaba erguido sobre las patas traseras y tenía la boca abierta como si sonriera dándome la bienvenida; al mismo tiempo que me impresionaba por su envergadura, portaba una jarra de cereza entre las fauces.

En el lugar había varios conocidos suyos, Stephen los saludó con la mano. Charlamos durante bastante rato, mientras nos bebíamos la cerveza. Conectamos muy rápido. Me contó que estaba felizmente casado y que tenía una niña de cinco años que le encantaba hacer muñecos de nieve. Dijo que si me apetecía jugar un poco su hija, después de la excursión podía quedarme a cenar con él y su esposa. La niña todavía no tenía edad de ir al colegio y le vendría bien un poco de compañía. Me pareció una idea estupenda y acepté la propuesta. Luego nos despedimos con un fuerte apretón de manos y me largué para casa. La cara de amargados de mis padrastros no consiguió estropearme la cena, al terminar me fui a mi habitación, sin ver la televisión, con la excusa de que tenía muchos deberes. En realidad solo estaba pensando en la excursión del sábado y me retiré pronto a la cama, llena de alegría. No sin antes pasar el cerrojo y ponerme el camisón, renunciando a dormir desnuda, por si algún duende nocturno se atrevía a intentar molestarme.

## X

Jane777blogspot.com

Entrada, date: 18 de enero 2016.

Avanzamos pegando patadas sobre la nieve, antes de afianzar los pies para comprobar su dureza. Stephen camina delante de mí y me pide que pise sobre sus huellas, mientras atravesamos un bosque de piceas; bordeando el canal dejamos atrás la silueta lejana de la ciudad que ya casi es un punto en la lejanía. Las montañas frente a nosotros están salpicadas de neveros. Llevamos ya una hora caminando, cuando la dureza de la nieve se intensifica; siguiendo la línea del bosque, encajonada entre altas montañas: una enorme lengua de hielo se despliega ante nosotros, recordándonos una gigantesca autopista de asfalto blanco. La niebla cubre el glaciar y debemos acercarnos más para comprobar el efecto producido por la compactación del hielo, que solo logramos ver cuando la bruma se despeja y, la luz del espectro solar después de filtrarse entre nubes baña con su potencia la superficie acuosa. El agua no parece agua, más bien semeja tinta de un color azul fascinante. Es el azul más intenso que he visto en mi vida.

El casquete glacial se extiende formando nuevos glaciales con la nieve acumulada durante miles de años, separados por riachuelos de color azul eléctrico como pequeñas ramificaciones del cauce principal, cerca de los cuales se posan algunos helicópteros cargados de turistas que se acercan para disfrutar de la espléndida tonalidad azulada del agua. Eso apenas perturba el encanto de una de las maravillas más grandes de la naturaleza.

El día está encapotado, dejando filtrar la luz solar suficiente para teñir de azul el agua contrastando con el blanco immaculado de la nieve. Los colores del glaciar me fascinan, caminar sobre aquel espejo vítreo es un sueño. Hasta ahora solo lo había visto en una ocasión desde el mar, en un crucero que hice

por el Pacífico con mis padres. Tenía solo doce años: el efecto óptico del hielo compacto derramándose sobre el océano quedó grabado a fuego en mi memoria. Es la primera vez que lo contemplo caminando, eso me da una perspectiva diferente que desde el mar. Disfruto de la admirable belleza del glacial que serpentea desde las profundidades del valle para morir en un inmenso lago de hielo que explota fundiéndose entre espectaculares icebergs.

Nos alejamos del glacial siguiendo un sendero que se interna en un bosque de abedules, alejándonos de la orilla del río para acercarnos a las cumbres montañosas. Encontramos huellas de osos que no logran intimidarnos lo suficiente para detenernos. Me tranquiliza saber que su dieta no se compone de alpinistas. El río está repleto de salmones y los osos suelen bajar a menudo a su cauce para alimentarse. Los salmones remontan el río regresando al lugar donde nacieron para poner los huevos y morir al poco tiempo. Eso si los osos no dan cuenta de ellos antes con sus zarpas, encontramos algunos destripados al borde del cauce como prueba.

Según avanzamos el bosque nos atrapa y el recuerdo del glacial se deshace en nuestras mentes como la nieve bajo nuestros pies. El silencio reina a nuestro alrededor. Estoy deseando practicar con el piolet. Al superar el bosque aprovechamos una subida y atando una cuerda de nailon al arnés, me deslizo pendiente abajo a una velocidad de vértigo, dejándome caer sobre el suelo panza abajo, trato de frenar la caída, clavando el pico del piolet, en el hueco que se forma bajo las axilas, cuando separo el brazo del costado derecho; hasta que la hoja va desbastando el hielo y consigo detenerme. Stephen me previene que así lo único que voy a conseguir es golpearme con la pala del piolet en el pecho. El pico del piolet debe colocarse más arriba entre la cara y el hombro, de manera que quede cruzado. Es decir, la punta del mango del piolet en el costado derecho y la pala entre el hombro izquierdo y la cabeza, apuntando con el pico a la nieve.

Tengo que cargar el peso de mi cuerpo sobre el piolet y aunque con las tetas un poco magulladas, salgo airosa de la prueba. Stephen insiste y repito el ejercicio varias veces, el impacto con el suelo es brutal y no siempre consigo detener la caída con rapidez. Al arrojarme boca abajo, no solo me golpeo el torso, sino que termino con las rodillas machacadas. Una vez dominada la técnica, seguimos ascendiendo por un corredor clavando los crampones en la

nieve dura y utilizando el mango del piolet de bastón. Al llegar a una bifurcación, continuamos por la derecha a través de una pendiente moderada de nieve: el paso es angosto y se va estrechando más todavía, hasta convertirse en una cascada de hielo.

Clavando el pico del piolet y los crampones en el hielo, comenzamos a escalar la pared y nos detenemos en un saliente. Llegado este punto conviene asegurarse. Es el momento de encordarse, después de ajustar bien los arneses, anudamos las cuerdas con un nudo de ocho al arnés y de pronto ya estamos unidos como si fuéramos uno. La vía es de un espectacular color gris. Los tornillos que Stephen enrosca en el hielo aseguran la progresión y mediante una cinta exprés pasamos la cuerda. Utiliza sobre ocho o doce tornillos por cordada en función de la longitud de la vía y los va colocando para asegurarnos. Yo los voy retirando según ascendemos y los voy colgando en mi arnés. Para mí todo es nuevo y emocionante, muy diferente de escalar en un rocódromo, además no debemos olvidar que el hielo es un elemento vivo que cambia de forma, tamaño y estado durante todo el año y nada tiene que ver con los paneles de resina reforzados con fibra de vidrio donde suelo escalar cuando no puedo ir a la montaña. Aquí estamos en plena naturaleza y puede presentarse cualquier imprevisto como una avalancha de nieve o el ataque de un ave de rapiña. Escalamos durante horas hasta la cima de la montaña, luego rapeleamos para descender. Ambos somos un equipo, una máquina perfecta, bien engrasada. Al final de la jornada, dormimos en una cabaña propiedad del club. Después de cenar, bebemos vino y hablamos sin parar.

El refugio está situado en una ladera de la montaña y es gratuito para los componentes del club siempre que lo soliciten con la suficiente antelación y no esté alquilado a otros grupos o asociaciones de montañeros para paliar los gastos de mantenimiento. Todo el día cargando con la mochila, me dejó la espalda molida. Nada que Stephen no pudiese solucionar con un masaje que me puso como una moto. Nada sexual, no me malinterpretéis, jamás me tiraría a un tío casado. Más bien me refiero a algo fisiológico: como si con sus enormes manos de camionero, me estirase y encogiese los músculos y las vértebras, dejándolos de nuevo en su sitio. Sin proponérselo consigue al mismo tiempo que mi alma se relaje. Pensé en contarle lo de mi padrastro, pero no quise fastidiarle la velada. Encendimos un fuego y bebimos wiski. Ninguno de los dos fumaba, por lo que la bebida era nuestro único vicio.

En la mochila llevaba un spray de pimienta por si nos encontrábamos con un oso, eso lo dejaría aturdido y tendríamos tiempo de escapar. Stephen me contó que en una ocasión en el Yukón con unos compañeros del club, habían acampado cerca de un bosque. En plena madrugada, mientras dormían, sintieron un animal moviendo las telas de las tiendas, se llevaron un susto de órdago al salir al exterior y encontrarse de lleno con un enorme oso grizzli erguido sobre las patas traseras; tenía las mandíbulas abiertas y los dientes llenos de la sangre de alguna presa que para su suerte terminaba de devorar saciando su apetito; pues de lo contrario, dudaba que no les hubiese atacado; una vez ahíto se limitó a dar la vuelta y desapareció entre la nieve.

—La diferencia entre un oso y un cazador, es que el cuadrúpedo una vez saciado su apetito, ya no se toma nuevas piezas y deja de ser peligroso para los humanos. En cambio los cazadores, disparan a todo lo que encuentran, sin respetar nada. Da igual que se trate de un cachorro como de un ejemplar adulto —me explicó Stephen.

—Me gustan mucho los animales y odio a los cazadores, son muy peligrosos, no es la primera vez que se cargan a una persona que está recogiendo setas por equivocación —dije yo.

—Si intuyes que puede haber cazadores: mejor haz ruido, canta, grita, salta qué te escuchen; si no te oyen pueden confundirte con un animal y dispararte.

—Ellos disparan a todo lo que se mueve, en Oregón se cargaron a un senderista por accidente, son muy peligrosos y están terminando con la fauna del bosque. ¿Tú crees que deberíamos hacer algo? —pregunté.

—En el fondo supongo que la mayoría son personas con poca sensibilidad que no aman la naturaleza, solo piensan en explotarla, pero hay excepciones. Algunos incluso son intelectuales. No todos los cazadores son malos, los hay que respetan las normas e incluso, perdonan la vida a algunas especies en peligro de extinción —me aclaró Stephen.

—El problema —continuó diciendo Stephen— no es el cazador que actúa en solitario cobrando piezas para alimentarse respetando la naturaleza, sino todos aquellos domingueros que cazan en manada; llegan con una caravana de todoterrenos ocupando la sierra, y realizan batidas con la excusa de terminar

con los osos, disparando de paso sobre todas las especies que transitan tranquilas por el bosque. Es como si tú estás tranquila en tu casa y de repente, aparece un comando de elite y comienzan a ametrallarla por todas partes.

—Tienes razón en realidad para los animales, el bosque es su casa — confirmé la teoría de Stephen.

—¿Pero qué podemos hacer nosotros para impedirlo? —me interrogó él.

—Nada, si les disparamos, seremos unos asesinos como ellos o quizás peores, pues matar animales no está considerado asesinato, en cambio atentar contra la vida de los humanos sí; además solo conseguiremos asustar a los animales con el sonido de las detonaciones —dije.

—Salvo que seamos silenciosos y no disparemos a matar, solo como advertencia —inquirió Stephen.

—¿Cómo? —pregunté sorprendida.

—Con flechas, es la única manera de detenerlos, sin liarse a tiros con ellos. Además no delataríamos nuestra posición. Yo y mi hermano Ethan, estamos ayudando a crear un nuevo grupo ecológico denominado los guardianes del bosque. Actuamos con fondos privados y nos dedicamos a proteger la fauna, la atmósfera y la masa forestal de las agresiones de los humanos. Hasta ahora solo es un proyecto, hemos abierto una dirección en internet y ya somos más de doscientos suscriptores en todo el planeta. La idea es, no solo limitarse a protestar en manifestaciones, mientras se deteriora el medioambiente por culpa de los abusos de la humanidad, ni apoyar la financiación de cumbres para aprobar medidas contra el cambio climático que solo sirven para que se reúnan los representantes políticos de las naciones más poderosas del mundo, gastando millones de dólares en lujosos hoteles y cenas de gala que solo sirven para agotar los fondos públicos, pues nunca llegan a un acuerdo y continúan sin solucionar absolutamente nada; sino defender el patrimonio natural con algo más que palabras huecas y promesas inútiles.

—Estás hablando de pasar a la acción. ¿Sería la guerra? —pregunté desconcertada.

—No podremos detener el cambio climático con arcos y flechas, pero tampoco podemos quedarnos más tiempo con los brazos cruzados —aseveró Stephen.

—¿Cómo es la dirección de internet? Quiero Suscribirme —pregunté.

—Losguardianesdelbosque.com —dijo Stephen.

—Está bien, una vez terminemos con las clases de escalada, no nos vendría mal tomar unas de tiro con arco. Aunque dudo que consigamos algo más que asustar a unos pocos furtivos que cazan para llevar algo de comer a sus familias —aseveré rotunda.

—¿Y una vez terminen con todos los animales del bosque que les darán de comer? Para eso están los comedores sociales. A la mayoría de ellos te aseguro que solo les mueve la ambición. El furtivismo es una plaga que debemos eliminar, hay muchas especies en peligro de extinción en el mundo y las multas sirven de poco, cuando son tan irrisorias que les compensa pagarlas y seguir cazando —replicó Stephen.

—¿Y de qué servirá dispararles con arcos de fibra de vidrio? —pregunté desconcertada.

—En principio la idea es enviar mensajes de aviso insertados en el astil de las flechas para intentar concienciarles del daño que están haciendo en el bosque. Un día de estos te enseñaré a disparar con arco. Es muy divertido, ya verás cómo nos lo pasaremos bomba.

—De acuerdo —dije seducida por la idea.

Quién sabe, tal vez yo terminaría siendo una guardiana del bosque. Ya me veo vestida de princesa guerrera, con unas líneas horizontales azules recorriendo mis mofletes de amazona y unas plumas sobresaliendo de mis cabellos; llevaría además una aljaba cargada de flechas a mi espalda y en las manos un arco de fibra de vidrio.

El día siguiente repetimos las prácticas y escalamos toda la mañana. A la tarde regresamos a Juneau y me quedé a cenar con su familia, tal como



teníamos planeado. Stephen acordó encargarse personalmente de mi adiestramiento para participar en el campeonato estatal de escalada en hielo que tendría lugar a finales de marzo. Estoy encantada he pasado un fin de semana genial y he hecho nuevos amigos. Creo que es suficiente por hoy, en mi próxima entrada os hablaré de mi familia. No la que me han asignado los servicios sociales, sino de la verdadera, la que siempre llevo conmigo en lo más profundo de mi corazón.

## XI

Jane777blogspot.com

Entrada, *date*: 28 de enero 2016.

Antes de surgir los nubarrones en el hogar de los Barret todo era felicidad, vivíamos en Haines entre dos calas y las montañas nevadas de la sierra. Muy cerca del agua, en una casa coloreada rodeada de píceas. Solía acompañar a mi padre en sus paseos por los alrededores de la ciudad. Era probable que durante nuestras pequeñas excursiones pasáramos por Fort Seward, antes de internarnos en los bosques camino de algún lago cercano.

De pequeña me contaron que se trataba de un antiguo fuerte amurallado rodeado de una cerca de troncos erectos y puntiagudos, parecido a una de esas fortalezas que el séptimo de caballería montaba en territorios hostiles. En realidad Fort Seward no disponía de murallas, nunca fueron levantadas. Su construcción no era necesaria, pues los indios locales no suponían ninguna amenaza tan seria como para que tuviesen que fortificar el fuerte. Todo obedecía a una broma de mi padre, ayudándome a disparar mi febril imaginación infantil que, siempre fue muy susceptible a inventarse historias de indios y vaqueros, inspiradas en las películas del oeste que proyectaban por la tele.

La fortaleza tenía una gran plaza de hierba cuadrada rodeada de edificios de madera pintados de blanco que permanecían inalterables al paso del tiempo. La mayoría se mantenían intactos: los barracones de los soldados, el lavadero, el hospital, la sala recreativa, la cabaña de telégrafos, las casas de los oficiales, el cuartel general, una herrería, un almacén y otros edificios destinados a la milicia. En mi mente infantil me imaginaba el fuerte rodeado de murallas erguidas y afiladas formadas por gigantescos lápices de colores que se alzaban imponentes hacia el cielo. La fortaleza solo era accesible por

una gigantesca puerta de dos batientes con un águila esculpida en el centro al estilo de los indios tlingit, de colores blanco, rojo y negro, con múltiples ojos que miraban en todas las direcciones. De manera que cada vez que alguien entrase en el fuerte, el águila batiese sus grandes alas a ambos lados de la puerta. Un par de tótems con figuras talladas en madera decoraban la muralla a ambos lados del frente de fortaleza, resguardándola de los malos espíritus. Nunca me acostumbraría a que Fort Seward no tuviese murallas, puesto que me gustaba imaginar que un día existieron de verdad, aunque todo fuese producto de mis ensoñaciones.

Mi padre se llamaba Robert Barret y nunca se preocupaba demasiado por su imagen. Lo recuerdo con la barbita roja abandonada, los cabellos rubios largos, los tejanos mohínos, una visera de los Nets puesta al revés y las botas de cuero negro muy gastadas; a pesar de su aspecto desaliñado: no se trataba de ningún leñador oriundo de la zona; Robert Barret era un biólogo especializado en osos que se había pasado media vida estudiando el comportamiento de los plantígrados, trabajaba para el servicio de caza y pesca, encargándose de controlar a los osos más problemáticos para evitar que causasen destrozos en las granjas de la zona. Después de dormirlos con un dardo sedante, les implantaba un chip para seguirlos y mandaba instalar a los granjeros vallas electrificadas, para disuadirlos de intentar entrar en sus fincas. También se encargaba del control de las presas de recuento de salmones, estaban compuestas por unas barras de hierro clavadas en el río. Al alzar los barrotes, sus ayudantes contaban todos los peces que pasaban, antes de volver a cerrar la reja. Los salmones que no conseguían pasar a tiempo, debían esperar al día siguiente; eso lo aprovechan los pescadores y los osos para darse un atracón a su costa. Mi padre era de origen alemán y una vez terminó la carrera de biología se instaló en Alaska, donde conoció a Sheila Peterson. De la que se enamoró perdidamente y con la que finalmente se casaría.

Mi madre era hija de un francés y una india tlingit. Supongo llevo parte de esa sangre mestiza en las venas. Era una mujer muy entregada a los suyos y de sangre caliente, su relación con mi padre estaba repleta de pasión. Se notaba en sus facciones cargadas de esa aurea de alegría que compartía siempre con todos hasta que la enfermedad la atrapó.

Los medicamentos eran caros y la ELA avanzaba lenta y devastadoramente. Todo comenzó una mañana que iba a coger la cafetera para servirnos durante el desayuno. Sus manos no le respondieron: los dedos no obedecían las órdenes del cerebro, se negaban a cerrarse sobre la asa de vidrio. Su rostro se tornó lívido, todos nos quedamos aterrados mirando. Al principio creímos que se trataba de una broma, pero ella continuaba inmóvil: la mano bordeando el asa comenzó a temblar y sus ojos parecían no mirar a ninguna parte. De pronto de sus párpados comenzaron a brotar lágrimas. Intentaba moverse pero el brazo no le obedecía, tardó unos segundos que se nos hicieron eternos en recuperar la movilidad y ser la de siempre.

Al día siguiente mi padre la acompañó al médico. El doctor le dio un volante para ingresar en el hospital más cercano para hacerse unas pruebas. No sé exactamente cuándo le diagnosticaron la ELA. Mis padres trataron de demorar al máximo la noticia. En ocasiones me encontraba mirando la televisión y me sorprendía el sonido de los platos estrellándose contra el mosaico de las baldosas del suelo de la cocina. Al principio se disculpaba, pero con el tiempo nos quedamos sin vajilla. Yo me ofrecía para ayudarla con las tareas del hogar. Ella se negaba rotundamente y me mandaba estudiar. No insistía, supongo que mientras pudo le ayudó sentirse útil. Llegó un momento que necesitó de muletas para caminar. Avanzaba torpe y lentamente por los pasillos, sin dejar de sonreír cuando me la encontraba por la casa.

Una mañana mi padre se sentó a hablar conmigo en el porche, me confesó lo de su enfermedad con rostro triste y voz grave, los dos lloramos durante mucho rato. Cabe aclarar que éramos una familia muy unida y todo aquello nos había cogido de improviso. Lo bueno de la enfermedad era que solo afectaba a los músculos, la mente permanecía despierta, atenta a cada detalle. Eso no consolaba a mi padre, que le consumía observar cada día como ella era plenamente consciente del devastador avance de la ELA y sus terribles secuelas. El intelecto de mi madre parecía inalterable, mientras su cuerpo no obedecía las órdenes del cerebro. Mi madre siempre fue una mujer muy activa y de pronto se vio prisionera dentro de su propio cuerpo. Un ejemplo claro de esta situación, fue el caso del científico Stephen Hawking; durante los años que duró su enfermedad, su mente se mantuvo brillante y despierta, completando complejísimo trabajos científicos que rozaban la genialidad.

Sabíamos que la ELA era una enfermedad incurable, mi madre podría durar como mucho, dos o tres años. Verla luchar contra ella, me causaba gran admiración. Nunca se quejaba y se mantenía firme y resuelta ante la adversidad. En un intento desesperado de detener la enfermedad, le hicieron varias pruebas con diferentes tratamientos experimentales. Ninguno dio resultado, la ELA continuaba su avance implacable, mientras su cuerpo se consumía de una manera inexorable.

Una tarde se desplomó de repente en la cocina, mi padre la cogió en brazos y la sentó en una mecedora de madera de ébano. Se había orinado encima y no volvió a pronunciar palabra. Los músculos faciales no le respondían y no podía abrir la boca. La recaída había sido terrible: sus labios terminaron sellados para siempre; tampoco se movía, permanecía horas sentada en el sillón junto a la ventana, observando la nieve desprenderse de las copas de los árboles. Comenzamos a darle la comida al principio por una pajita, pero como le costaba aspirar para absorberla, terminamos utilizando una sonda nasogástrica. Después de pasar los alimentos por la batidora, mi padre aspiraba con una jeringa vacua los jugos gástricos de su estómago para comprobar que la sonda estaba bien colocada, luego la cargaba con un poco de agua, limpiando la sonda antes de introducirle la comida lentamente, sin dejar de hablarle y contarle todo lo que le había sucedido durante el día. Cuando no estaba él, era yo quien la alimentaba.

Los medicamentos eran muy caros y nuestros ahorros terminaron consumiéndose. Mi padre no escatimó en gastos, sacó un crédito de cuarenta mil dólares, poniendo la casa como aval; y contrató a una enfermera para que la cambiase y la mantuviese siempre limpia y aseada. Al ver que los medicamentos no funcionaban, subió un día al poblado de los tlingit y se trajo con él a un chamán que había estudiado medicina en la universidad de Vancouver en Canadá. El indígena presumía de haber inventado un componente revolucionario homeopático que había producido resultados extraordinarios en casos semejantes al de mi madre. Un laboratorio canadiense había comprado la fórmula, y al tener que ser fabricado en pequeñas dosis y carecer de productos similares en la competencia, el precio del medicamento se disparaba. Todos conocemos los abusos de las empresas farmacéuticas en estos productos minoritarios. Aquello iba suponer nuestra ruina económica; no obstante se abría una vía de esperanza que celebramos por todo lo alto. Si

algo aprendí en aquellos meses fue a no perder nunca la esperanza, y mostrar siempre serenidad ante la adversidad para no hacer sufrir todavía más a mi madre.

Al perder el habla, comencé a comunicarme con ella a través de una pizarra blanca, donde escribía todo lo que quería trasmitirle con un rotulador negro. Ella me respondía con un simple movimiento de párpados, si los comprimía una sola vez, cerrando los ojos, eso suponía que su respuesta era afirmativa; si lo hacía dos veces consecutivas, significaba que no estaba de acuerdo. En otras ocasiones para facilitarle la labor, solía utilizar unos paneles con imágenes pictóricas o dibujos. Si en el panel aparecía una radio, cuando le apetecía escucharla, ella contestaba con un movimiento de parpados. En caso de que no le gustase la emisora, bastaba que moviese los párpados dos veces y yo continuaba girando el dial hasta dar con una de su gusto. Para una mayor comodidad, terminé organizando los paneles por actividades según sus preferencias, hicimos lo mismo con sus comidas favoritas.

Al cabo de dos meses el tratamiento homeopático no había dado ningún resultado y nos dejó al borde de la bancarrota. La situación en casa era insostenible. Mi padre debía mucho dinero a todo el mundo y le habían embargado parte de su sueldo de biólogo. Visto el percal, llegamos a la conclusión de que el medicamento solo se trataba de un placebo que no servía para nada y decidimos suspender el tratamiento. Nuestra última esperanza de salvarla se había consumido.

Solo teníamos seis meses para intentar pagar los plazos del préstamo, si no queríamos enfrentarnos al embargo de nuestra propiedad. Me costó mucho pero convencí a mi padre de que despidiera a la enfermera y me dejase a mí ocuparme del aseo de mi madre. La comunicación con la enferma era cada vez más difícil, por lo que comencé utilizar fichas con letras magnéticas que pegaba en un tablero metálico para comunicarme con ella, como si de un juego de intelecto se tratará, iba componiendo palabras para mostrárselas en el panel. Cada ficha llevaba impresa una letra diferente. Al volver de clase pasaba mucho rato hablando con ella. Un día la noté extraña, cómo no me prestaba atención, comencé a mostrarle letras para tratar de averiguar lo qué le sucedía. Después de enseñarle varias, conseguí un pestañeo con la letra «C». La coloqué de primera en el tablero y continué, mostrándole más letras,

hasta completar una frase:

## CANSADA DE VIVIR

Aquellas palabras me rompieron por dentro, aunque comprendía a mi madre perfectamente, no se lo dije a mi padre para evitarle sufrimientos. Después de acostarla, me metí en la cama con una sensación de angustia que me estaba matando. Era como si todavía no me hubiese deshecho del cordón umbilical y estuviésemos demasiado unidas. Me dolía el alma, el verla consumiéndose de aquella manera. Ella se estaba muriendo y una terrible angustia, continuaba apoderándose de mí por momentos. No conseguía dormir y el pecho me dolía.

Entonces aprovechando que mi padre todavía no había llegado del trabajo, subí a su habitación. Me metí en la cama con mi madre y la abracé con fuerza sin dejar de llorar. Esperaba que mi abrazo lograra al menos paliar algo su dolor. Permanecí así un rato, hasta que llegó mi padre y nos vio. No dijo nada, se puso el pijama y se metió en el otro extremo de la cama, dejando a mi madre entre ambos; se fundió en un abrazo con nosotras y así nos quedamos dormidos los tres como si fuéramos uno, al menos mi madre podría sentir el calor de nuestras almas envolviéndola en una mágica cortina a su alrededor, mientras su vida se iba desvaneciendo lentamente.

## XII

Jane777blogspot.com

Entrada, *date*: 16 de febrero 2016.

Los inviernos en Alaska son muy duros, el sol sale a las diez de la mañana y se pone a las cinco de la tarde; eso unido a la difícil situación en casa, terminó trastornando la mente de mi padre. Solo con seis horas de luz, mucha gente se vuelve loca. El porcentaje de suicidios es muy elevado y los problemas en los hogares se multiplican por el aislamiento extremo. El mes de enero en especial se hace intensamente duro, pero nunca ninguno lo fue tanto para mi familia como el del año pasado. Mi madre se debatía entre la vida y la muerte. En cuanto a mi padre que hasta la enfermedad de mi madre era abstemio: no soportaba verla así y comenzó a consumir alcohol para tratar de evadirse de la realidad. Mamá había empeorado. En el exterior la nevada no cesaba y el frío era intenso. Esa noche papá como de costumbre últimamente, llegó a casa tarde y bebido. Me encontraba encerrada en mi habitación, cuando sentí a mi padre golpeando las puertas con violencia, entonces salí asustada al salón.

—¡Papá, tranquilo! —exclamé.

—¿Por qué no se muere de una vez? ¡No soporto verla sufrir así! —exclamó exasperado.

En las manos portaba un rifle, lo cargó y me mandó vestir. Pretendía salir a dar una vuelta. Me puse mis pantalones térmicos, las botas de pelo para la nieve, el anorak de camuflaje y lo acompañé al exterior. Esa noche parecía menos ebrio, pero más frustrado que otras veces. Me subí en su ranchera y recorrimos varios kilómetros por una pista llena de nieve, hasta llegar a la reserva natural donde trabajaba con los osos. Dejó las luces largas del coche



encendidas y colocó una diana en un desierto campo de hierbajos, aplastados bajo el peso de la nevada. La luz de los focos del auto iluminaba directamente la diana. Apoyó el arma en el hombro, después de ajustar bien la mirilla y realizó un disparo limpio, alcanzando el centro de la diana. Me sonrió y me mandó poner en posición de disparar. No lo dudé, no quería importunarle. Mi padre odiaba la caza, me sorprendió que supiese disparar tan bien. Hasta aquel día también ignoraba que tuviese en casa un arma. Cogí el rifle y lo apoyé en el hombro, puse el ojo en la mirilla y apunté al centro de la diana, mi dedo estaba acariciando el gatillo, cuando escuché su advertencia que llegaba demasiado tarde.

—¡Espera! Aparta el ojo de la mirilla o puedes golpearte con el retroceso del arma.

Mi índice había presionado sin querer el percutor, justo una milésima de segundo antes de escuchar sus palabras. El retroceso hizo, no solo que la mirilla me golpease en el pómulo, dejándome un buen moratón, sino también que la culata casi me destrozase la clavícula. Solté el arma y me eché a llorar. El disparo había pasado unos metros por encima de la diana.

—Yo no te mandé disparar. ¡No pasa nada! Es un error típico de novata. Tienes que volver a intentarlo, solo así aprenderás.

A pesar del dolor decidí hacerle caso y, los siguientes disparos logré controlar el retroceso del arma y acertar con la diana.

—Esto ya es otra cosa —me felicitó mi padre—. Ahora te llevaré a clase. No te olvides de practicar de vez en cuando. En Alaska la vida no es fácil, mejor es que vayas armada siempre que salgas de la ciudad. No temo a los osos, ni a los lobos; normalmente solo atacan a los humanos, si están muy desesperados y hambrientos. Es muy poco probable encontrar a un animal que tenga tanta hambre para arriesgarse a atacar a un humano. En la reserva natural suelen tener bastante caza. En cambio, en los bosques se oculta gente mucho más peligrosa que los osos, algunos tienen cuentas pendientes con la justicia. Las condiciones climáticas en Alaska son extremas, nadie se viene a vivir aquí sino huye de algo. Muchos son hombres peligrosos que no tienen nada que perder y que podrían hacerte mucho daño. La mayoría sobreviven de la caza y la pesca. Nunca dejes que un desconocido se acerque a ti demasiado. Los

números de violaciones y crímenes han aumentado últimamente en Alaska de manera drástica. Es probable que un día alguno de esos pervertidos te ataque y debes de estar preparada. Aprenderás a desmontar, engrasar y volver montar el rifle con los ojos cerrados. La oscuridad aquí es tanta que es probable que alguna vez necesites saber hacerlo y tu vida puede depender de ello.

»Nuestro país tiene demasiados enemigos, puede desencadenarse una guerra nuclear y entonces Alaska y las tierras del norte, serán el último refugio del planeta, donde todos querrán huir. Se presentaran aquí hordas de yuppies desamparados, con sus trajes de Versace, oliendo a colonia de Loewe; tienen mucho dinero y no vendrán desarmados. El problema es que ellos no conocen como nosotros el bosque y les costará más sobrevivir en Alaska. Debes estar preparada para el holocausto. No sé si provocado por una tercera guerra mundial o producto de innumerables seísmos y glaciaciones que, surgirán como consecuencia del calentamiento global del planeta.

»Se presentarán con sus máquinas de guerra, llenos de arrogancia para intentar expulsarnos de nuestras ciudades, debemos estar listos para parapetarnos en el bosque como en tiempos del Vietcong, escavaremos túneles para sorprenderlos, disparando y desapareceremos por ellos, cuando traten de reaccionar como si nunca hubiésemos estado allí. Colocaremos minas bajo el musgo y les tenderemos trampas desde los árboles: los tlingit nos enseñarán cómo hacerlo. Nuestros enemigos no conocen Alaska: si logramos contenerlos, no sobrevivirán al invierno en esta tierra tan austera. Los atacaremos por las noches y los cazaremos como a conejos, mientras duermen. Sus cuerpos se los entregaremos a los buitres y les comerán los ojos. Los animales del bosque serán nuestros aliados contra toda esa carroña de Wall Street. Eres mi hija, tú debes entrenarte para ser la guía de nuestras huestes. Serás la guardiana del bosque, hazte amiga de los osos y ellos darán la vida por ti.

La voz de mi padre me llegaba lejana, creo que desvariaba. Aquella perorata, no tenía demasiado sentido. La larga enfermedad de mi madre le estaba haciendo perder la razón. No obstante era mejor no llevarle la contraria. ¿Quién sabe si en el fondo sus palabras encerraban algo de verdad?

Nos subimos a la ranchera, apagamos las luces del coche, algunos rayos de sol comenzaban a filtrarse tímidamente entre las nubes y ya no las

necesitábamos. Pensé que iba poner rumbo a casa pero me equivocaba, mi padre continuó avanzando por pistas y caminos, bordeando las montañas que exhibían sus crestas de picos bajos, parcialmente cubiertos de vegetación. Llegamos a una zona más llana, mi padre me contó que los cisnes que vivían en aquel valle, cansados de pasar frío comenzaron a batir las alas y, el hielo que cubría sus aguas se derritió hasta convertirse en un enorme lago. La historia era maravillosa, lo comprendí cuando me bajé del coche para contemplar el lago más grande que había visto nunca, extenderse a mis pies con su enorme superficie cubierta de témpanos de hielo flotando sobre sus azuladas aguas.

—Cerca de aquí comienza la reserva natural más grande del mundo —dijo mi padre, señalando un punto detrás de las altas montañas que nos rodeaban—. Se encuentran los parques de Glacier Bay, Kuane y Wrangell-St. Elias, una larga extensión de arcanos valles. Un poco más abajo donde está la cresta de aquella montaña, se esconde un bosque donde los tlingit enterraban a sus chamanes. Por eso, esos árboles son sagrados y nunca nadie se atrevió a talarlos. Algunos de esos pinos tienen miles de años y la posible presencia del espíritu de los chamanes asusta a los intrusos. En cambio para los osos resulta un lugar ideal para refugiarse, sin que ningún cazador se atreva a perturbar su paz.

Al terminar aquella maravillosa excursión, mi padre me llevó de vuelta a la ciudad y me dejó en el instituto. Sería la última vez que lo vi. Al regresar del colegio, subí para cambiar a mi madre y asearla. Últimamente por mucho que le mudase la ropa, siempre terminaba sin poder evitar: ese olor fuerte producto de las continuas erosiones que se extendían por el mapa de su piel; debido a que no podía cambiarla de postura muy a menudo, al pasar gran parte del día en el colegio. Mi padre se negó a que dejase de acudir a clase para cuidarla y poder así realizar los cambios posturales necesarios para evitar la aparición de esas úlceras y llagas, típicas en todas las personas que se ven obligadas a pasar demasiado tiempo en la misma postura. La mayoría de las heridas eran producto del rozamiento, sobre todo en las zonas de apoyo: talones, muslos, caderas, espalda, hombros, nuca y brazos. Zonas donde la presión o el peso que ejerce el propio cuerpo, induce a las lesiones por sí mismo. También influye la sudoración, humedad y falta de hidratación. En cuanto llegaba a casa, yo hacía lo que podía por evitarlas, utilizando

diferentes almohadillas para amortiguar dentro de lo posible la presión sobre las zonas más vulnerables y separar una pierna de la otra para evitar que se rozaran entre ellas. La desnudaba, le limpiaba las úlceras con suero y volvía a cubrirlas con una gasa.

Al entrar en la habitación, encendí la luz y me quedé sobrecogida. Mi madre estaba en la cama tumbada con los ojos cerrados. Alguien había entrado y le había quitado la máscara de oxígeno. Retiré la almohada, la colcha, la manta y la sábana que cubría su cuerpo. Su piel estaba fría y húmeda. Los labios agrietados, el rostro y las extremidades tenían un extraño color azulado. Fue entonces cuando comprendí que llevaba tiempo muerta. Comprobé que no tenía pulso y llamé de inmediato al número de urgencias. Una ambulancia se la llevó tiempo después.

Al marchar los chicos de la ambulancia, me quedé sola en casa, sin saber nada de mi padre. Al cabo de dos horas que se me hicieron eternas: se presentó en la vivienda un policía enorme; medía más de dos metros, era negro —odio decir de color—; al fin y al cabo, todos somos de algún color: blanco, negro, amarillo, beis... Este era negro como la noche. Cogió una silla de la cocina y se sentó frente a mí. Me miró con ojos enmelados y me preguntó si necesitaba algo, no contesté. Necesitaba solo que en la tierra se abriese una terrible grieta y me devorase, arrastrándome al mismísimo infierno.

—Sé cómo te sientes —dijo Swann, así se llamaba—. Ahora todo es muy complicado, pero eres muy joven y tienes toda la vida por delante. Sé que es pedirte demasiado, no obstante debes afrontar la pérdida de tu madre, a pesar de que solo tienes quince años como si fueras una persona adulta. Piensa que ha dejado de sufrir por su enfermedad y ahora por fin, podrá descansar tranquila.

No sé por qué, pero sus palabras me conmovieron de una manera que hicieron salir todo el dolor contenido dentro de mí al exterior. Estaba tan impactada con la visión de mi madre sin vida en su lecho que todavía no había conseguido derramar una sola lágrima. Fue como si toda la rabia e impotencia que llevaba guardada dentro desde el comienzo de su enfermedad para no disgustar a mi madre, saliese de repente, expandiéndose por todos los poros de mi piel; desbordándose igual que una presa hidráulica; inundando de lágrimas el pecho del inspector Swann que no dudó en acercarse para

abrazarme. Lloré mares de lágrimas, ignorando que la peor de las noticias estaba todavía por llegar. Una vez medio repuesta, el inspector Swann, me mandó sentar y acercando su silla a la mía; me cogió las manos y se dirigió a mí con un tono de voz grave y serena a la vez:

—Siento ser el portador de tan malas noticias, los resultados de la autopsia han confirmado lo que todos nos temíamos, tu madre ha sido envenenada con cianuro. Hemos encontrado más de doscientos miligramos por litro de veneno en su sangre. Según los resultados del forense, la muerte se produjo sobre las doce y media del mediodía. En esos instantes tú te encontrabas en clases, por lo que tienes una coartada sólida. ¿Alguien además de tu padre tiene copia de la llave de vuestra casa?

—Hace dos meses una enfermera se encargó de cuidar de mi madre, pero la despedimos porque no nos llegaba el dinero para pagarle sus honorarios. Ella tenía una copia de la llave, sin embargo yo misma vi como se la entregaba a mi padre al marcharse. Así que ella no pudo ser —respondí consternada, sin terminar de asimilar lo que estaba escuchando.

—¿Alguien más puede tener otra copia? —insistió Swann.

—No, que yo sepa. ¿Qué pasa? ¿Alguien sabe dónde se encuentra mi padre? —pregunté asustada.

—Estamos rastreando la zona en su búsqueda. Siento decir esto, tu padre es el máximo sospechoso de la muerte de tu madre. Antes que conste que yo no estoy de acuerdo en absoluto con este tipo de leyes que me avergüenzan como policía. No quiero asustarte, pero creo que debes saberlo: la pena por eutanasia es de seis a diez años de cárcel. Lo siento, tu padre está metido en un buen lio —me informó Swann.

—No entiendo porque lo hizo, él la amaba. No tenía derecho, sin mi consentimiento —dije cargada de ira.

—Piensa que tal vez no soportaba verla sufrir de una manera tan cruel. La vida en ocasiones nos pone en situaciones muy complicadas —añadió Swann, reflexivo.

—Si lo encierran, lo matarán. Mi padre está acostumbrado a vivir en libertad.

—¡Lo siento! La ley está por encima de todos. ¿Sabes si va armado? — preguntó Swann.

—Sí, esta mañana se empeñó en enseñarme a disparar antes de dejarme en el colegio. Estaba muy raro. Ahora lo entiendo, lo tenía todo planeado hace tiempo —dije devorada por la angustia.

Entonces recordé las palabras de mi madre en el tablero: «CANSADA DE VIVIR». Aunque en aquel momento lo odiase con toda mi alma por matarla, ahora comprendo que lo único que hizo fue liberarla de su agonía. Recuerdo el aspecto lúgubre de su rostro cuando me dejó en el colegio. Me miró a los ojos, la sangre le hervía en las venas. Apretándome los brazos con las manos, me dijo: «No lo olvides nunca, pase lo pase en el futuro, tus padres te querremos siempre». «Yo también os quiero mucho», respondí. Entonces él me abrazó con fuerza, susurrando en mi oído una frase de despedida: «Te adoro, mi pequeña guardiana del bosque, cuídate mucho». Esas fueron sus últimas palabras antes de bajarme del coche, sin saber que no volvería a verlo más con vida. Lamento profundamente su pérdida, supongo que no soporto la perspectiva de vivir solo con una mocosa como yo y echaba de menos a mamá, cuando decidió quitarse la vida, arrojándose con el coche por un precipicio. La idea del suicidio debía llevar ya tiempo rondando por su cabeza y después de terminar con la agonía de mamá, decidió presa de una atroz desesperación ponerla en práctica.

Unas horas después encontraron su ranchera volcada en el fondo de un desfiladero. Mi padre se había precipitado al vacío desde una altura de trescientos metros. La ranchera explotó al impactar contra una roca y luego cayó sobre el río. Mi padre salió despedido impulsado por la onda expansiva de la detonación a través del parabrisas del vehículo. Sus restos desaparecieron arrastrados por las fuertes corrientes del torrente que, dada su turbulencia en aquel trecho del río, las aguas permanecían sin congelarse durante todo el año. A aquellas horas era posible que ya se lo hubieran comido los peces. Encontraron jirones de su piel quemada, adheridos a su ropa; al sustraer su ranchera del río. Necesitaron la ayuda de varios todoterrenos con grúas para sacar el vehículo del agua. La policía científica, utilizó unas pinzas

para separar los restos de piel de la tela de la chaqueta que debía estar en llamas cuando se deshizo de ella, antes de salir despedido del coche, volatilizado en mil pedazos. Los resultados del análisis de ADN, confirmarían su identidad, toda esperanza de que continuase con vida, se esfumó como la niebla.

El sepelio fue una ceremonia solitaria y muy triste, tan solo acudieron unos pocos amigos de mis padres. Al cementerio se accede por un sendero abrupto que atraviesa un trecho de bosque húmedo. El recinto que lo alberga, está delimitado por unas vallas de madera blanca sobre la que sobresalen las cruces de las primeras tumbas. Algunas son tan antiguas que se componen de unas simples placas de madera descantada y con la pintura blanca, tan descascarillada que me recuerdan a una película de terror. A mis padres los enterraron en un rincón aislado, bajo unos álamos. La inscripción de las placas es minimalista: «Robert Barret Adams, 1975-2015. Aged 38 years» y «Sheila Peterson Salander, 1976-2015. Aged 37 years». Algo tan simple, sin ningún recuerdo de su pasado. Eso quedó de ellos, como si nunca hubiesen existido. Tan solo una placa con sus nombres en una tumba solitaria, en un rincón olvidado de un viejo cementerio en los confines del mundo.

Al morir mis padres, los familiares más cercanos estaban muy lejos de Alaska y no quisieron hacerse cargo de mí. Los servicios sociales me enviaron a un orfanato provisionalmente, antes de encontrarme una familia de acogida. Los Larsson cumplían todos los requisitos necesarios para mi adopción. Así que aquí me encuentro un año después de perder a mis padres. En un nuevo hogar que yo nunca habría elegido. Estoy bastante liada con los estudios y preparando el campeonato de escalada, por lo que es posible que tarde unos días en volver a escribir en el blog. Un abrazo a mis lectores y gracias por suscribiros. Besitos de la guardiana del bosque.

## XIII

Jane777blogspot.com

Entrada, *date*: 22 de julio 2016.

El primer tramo de bosque quedó atrás a mi espalda, después de atravesar un arroyo, a través de un estrecho puente de madera. En el camino encontramos álamos, alisos, chopos mezclados con coníferas y trechos de matorral bajo, este se muestra más numeroso a medida que vamos ascendiendo y dejando atrás el río. Mi mochila pesa más de veinte kilos y, me cuesta horrores avanzar con tanto peso por la pendiente. Necesito hacer acopio de todas mis fuerzas para llegar a la cima.

Liam más conocido por Lobo, iba el primero. Mide sobre dos metros: ancho de hombros, luce una media melena rubia y una barba de aventurero a juego. Tiene un carácter infantil que lo caracteriza, calza un cuarenta y ocho, un número enorme por eso siempre va abriendo huella para el resto. Los demás pisamos sobre sus pasos. Le sigue Lila, una joven de apenas metro sesenta, de cabellos claros y ojos azules. Nos contó que está casada con un profesor de piragüismo. Su marido nunca la acompaña en sus excursiones por la montaña, debido que en esta época debe de dar clases a los turistas y en invierno abandona Alaska para residir en la bahía de San Francisco, donde pasa los rigores de una estación tan cruda en un clima más cálido acompañado de sus hijos. Lila es muy guapa y de carácter linfático, ignora todos los intentos de Lobo de seducirla. Liam se comporta con ella como un niño caprichoso y le resulta fácil vacilarlo. El resto del grupo asistimos impávidos, al extraño juego que se trae el grandullón con ella. Stephen y yo, los seguimos de cerca. Avanzando en silencio sobre las huellas de Lobo. Brian un apuesto joven de cabellos claros y angelicales, que parece un príncipe sajón, camina en solitario unos metros detrás nuestra. Tiene unos ojos claros preciosos, un busto atractivo y un carácter mustio. Es dos años mayor que yo y parece no



conectar demasiado con ninguno de nosotros.

En la cola del grupo van Doris y Owen, una extraña pareja, muy dada a fumar porros antes, durante y después de las caminatas. Son novios desde los dieciséis y rozan la veintena. Owen es muy robusto, toca la batería en un grupo de Jazz y se gana la vida fabricando instrumentos musicales folclóricos. Es especialista en la gaita escocesa y aunque construye las mejores del país, nunca ha logrado aprender a tocarla, simplemente se limita a afinarlas. Doris es bióloga, trabaja estudiando las especies marinas del parque, de complexión delgada, mide treinta centímetros más que su novio. Los siete miembros de la expedición pertenecemos al club alpino de Juneau y a los guardianes del bosque.

Atravieso el bosque, examinando cualesquier rincón sospechoso por si hay algún oso, escondido entre los árboles. Ante el ataque de un oso, no sabría muy bien cómo actuar. Stephen me explica que no todos los osos se comportan de la misma manera. Al parecer, delante de un oso grizzli, debes permanecer quieta y no tratar de defenderte. En principio ellos nunca lanzan un ataque directo, antes tratan de intimidarte tanteando el terreno. Enfrentarse a ellos directamente, puede resultar tu perdición. Lo mejor es quedarse quietos para indicarle que no somos ninguna amenaza. En cambio un oso negro es muy probable que te ataque, aunque permanezcas inmóvil, por lo que lo mejor es defenderse a puñetazos y patadas. Son muy peligrosos y también se suben a los árboles, por eso nunca debes trepar a su cima para liberarte de ellos. En realidad eso solo podría valerte con un oso grizzli adulto, sus crías también pueden subir a los árboles pero los adultos no, debido a su exceso de envergadura. Los osos grizzli son difíciles de diferenciar de los osos negros. Los colores de las dos especies son muy variables y no puedes fiarte de ellos para reconocerlos. Salvo por pequeños detalles en el morro y la joroba de los grizzlis, las dos especies son casi idénticas.

Logramos superar el bosque, sin ser atacados por ningún oso, ni siquiera vimos el rastro de alguno, antes de seguir avanzando. El camino continúa entre un pedregal, volviéndose tortuoso, al mismo tiempo que debemos acometer el ascenso de varios barrancos. Al trepar las rocas se desprenden a nuestro paso, por lo que mantenemos la distancia de seguridad necesaria para no alcanzar con una avalancha de piedras a nuestros compañeros. Entre las peñas, crecen

arbustos, utilizo sus ramas para sujetarme e impulsarme, sin perder el equilibrio. Llevo la mochila totalmente ajustada a la espalda, el sudor resbala entre la tela y mi piel, empapándome por dentro. A la izquierda del camino distingo los restos de una antigua ciudad minera, de la que solo quedan las ruinas de varios edificios, donde durante la fiebre del oro, se levantaron hoteles, restaurantes y almacenes para albergar grandes cantidades de mercancías. Entre las ruinas se distingue un antiguo *saloon* lleno de botellas, cuyos vidrios permanecen sobre las estanterías derruidas y podridas por la carcoma y la humedad. El local parece imbuido por tramos de bosque renacido entre los escombros.

Lobo se acerca para ayudarme a superar el último tramo, me carga sobre su espalda y me lleva montaña arriba. Lila le riñe por su actitud, Owen y Doris se tronchan con la risa. Stephen pone orden, mandando a Liam, depositarme en el suelo. Al llegar a cierta altura encontramos los primeros neveros. Estamos extenuados y decidimos detenernos para montar las tiendas. Las chicas dormiremos juntas en una y los chicos en la otra. Está prohibido mantener relaciones sexuales en la montaña. Esto es una broma mía. El motivo es muy simple: nadie en su sano juicio se atrevería a ponerse a ello con este frío. Si alguna pareja lo intenta, puede que los encuentren convertidos en estatuas de hielo dentro de unas horas. La verdad que mi teoría no debe funcionar para Owen y Doris, pues los porros, les despiertan la libido de manera frenética. Tratan de disimular por supuesto, no es el caso de ponerse a morrear como dos adolescentes delante de todos. Owen saca una botella de vodka y lo comparte con los demás. Nos bebemos unos chupitos y brindamos por el éxito de la expedición, cuya misión no es otra que pasar un buen día en la montaña. Ponemos a funcionar la bombona de gas y freímos un poco de beicon. Lobo saca unas cervezas de su mochila y las reparte entre todos. Da gusto tener un porteador así, cargando con todos esos litros de lúpulo y cebada a la espalda, durante toda la travesía a través de la montaña. Luego se sienta al lado de Lila y no para de adularla. Ella se ríe y le recomienda que deje de perder el tiempo coqueteando con ella que es una mujer casada. Le dice todo esto, después de mostrarle el anillo.

—No me digas que no te gustaría tener una pequeña aventura con alguien que no sea tu marido —la azuza Liam.

—En ese caso, tú serías al último que acudiría en todo el planeta — responde secamente Lila.

—Todas las que se han acostado conmigo, nunca se han quejado. Tal vez sea que todavía no has probado algo bueno de verdad —insiste Lobo.

—Mira Liam —respondió Lila, visiblemente ofendida—. Te estás pasando de la raya. Que venga aquí sin mi marido, no significa que vaya buscando un rollo. Eres demasiado infantil para poder discernir lo que es un hombre de verdad, ni ponerte en posición de creerte mejor que nadie. No me gusta que me juzgues y tú no eres nadie para faltarme al respeto.

—No era mi intención, pero tú tampoco eres justa, juzgando mi hombría de esa manera tan cruel —respondió ofuscado Liam.

—Tú te lo has buscado, piensas que voy a dejar amedrentarme por un simple crío.

—Jolines, pero si tenemos la misma edad.

—¡Mentalmente está claro que no! —respondió secamente Lila.

—Eso no es cierto, yo soy tan adulto como cualquiera. ¡Maldita sea!

El enojo de Liam, no sorprendió a Doris y Owen. En una ocasión, cuando se conocieron en otra excursión, Liam había levantado en peso a Doris, cogiéndola entre sus brazos como si fuera un bebé, delante de Owen. Eso no le gustó mucho a su novio, aquellas confianzas estaban fuera de lugar. El gigantón era muy cariñoso, pero en ocasiones se extralimitaba en su ímpetu galante con las damas. Ante la aterradora mirada de Owen, Lobo terminó depositando en el suelo a su novia. Luego se volvió hacia ellos, diciendo que solo se trataba de una broma y que no sabía que Owen era su pareja.

—Lobo —lo llamó Stephen—. No quiero jaleos en el grupo. Aquí tenemos unas normas de convivencia. No pasa nada por fumarse unos petardos o tomarse unas copas en la montaña, pero si una chica no te acepta, no debes forzar la situación.

—Lo siento jefe, solo bromeaba. Ya me conoce, le pediré disculpas, aunque ya ha visto como me vacilaba —dijo Liam.

—¡Olvídalo Lobo! No la fastidies más, déjala tranquila. Mañana ya habrá olvidado el incidente y continuaremos la excursión como si nada —le aconsejó Stephen.

—¡Está bien! En este grupo son todos tan pijos que no hay manera de mojar la pluma —contestó Liam.

—Mira quien habla, que llevas una cazadora de North Face, un forro polar de Salomon, una camiseta térmica Alpine, unos pantalones Columbia y unas botas bestard Spider. ¡Pareces más un gigoló que un montañero! Tenías que venir con chaquetas de lana como los antiguos mineros, esos sí que eran tipos duros y auténticos aventureros —le recriminó Stephen.

Me acerqué a ellos y me acurruqué junto a Stephen, Doris y Owen llevaban bastante tiempo fumando maría y se encontraban muy puestos, aunque nunca se les notaba demasiado. Después de comer los bocatas, todos nos pusimos a cantar canciones de Bob Dylan para matar el tiempo y tratar de ahuyentar el frío.

*Queen Mary, she's my friend*

*Yes, I believe I'll go see her again*

*Nobody has to guess*

*that Baby can't be blessed*

*Till she finally sees that she's like all the rest*

*With her fog, her amphetamine and her pearls.*

*She takes just like a woman, yes*

*She makes love just like a woman, yes, she does*

*And she aches just like a woman*

*But she breaks just like a little girl.*

Me gustaba la letra de aquella canción, Lobo me miró con sus grandes ojos y se interesó por mi estado. Tenía la espalda machacada, pero después de ganar el campeonato estatal de escalda en hielo de este año en mi categoría, supongo que había logrado ganarme el respeto de todos los miembros del club alpino. Los siete éramos como una familia, con nuestras diferencias como en todas las familias. Pasamos el rato cantando y recordando tiempos del pasado.

En una ocasión en un refugio de montaña a Stephen le habían robado unos canadienses una cazadora de *Goretex*. Lobo los persiguió durante horas, pero al final no logró alcanzarlos. Era una cazadora de seiscientos dólares. No tenían por qué hacerlo, sin embargo todos los miembros del club aportaron dinero para comprarle una nueva. Eso había sucedido el año pasado, cuando yo aún no era miembro del club. De suceder este año, no dudaría en ayudarle también a comprarse otra. Stephen era uno de esos tipos que lo daba todo por los demás en la montaña. Jamás ningún miembro del club, tuvo un percance estando él de guía. Todo lo supervisaba con lupa, antes de acometer una ascensión. No quería tonterías en el grupo y si surgía algún problema, lo atajaba cuando antes mejor.

Brian permanecía sentado un poco alejado del grupo, llevaba los auriculares puestos como de costumbre. Le gustaba mucho escuchar música directamente de su iPod, sentía curiosidad por saber de sus gustos musicales. Según mi amiga Erika, la música que escuchas dice mucho de tu personalidad. Me acerqué a él con sigilo, y le pedí que me pasase uno de sus cascos. Estaba escuchando *Breed* de Nirvana. En realidad Nirvana, no me pegaba nada con Brian. Tal vez mi amiga Erika se equivocase en su teoría. No me parecía que su estilo tuviese mucho que ver con el grunge. Me parecía un tipo más flojo. Le pegaban más los backstreetboys. Aunque nunca se sabe, por lo que se ve, en ocasiones la gente te sorprende. Empezaba a oscurecer y arreciar el frío. Nos metimos en las tiendas dentro de los sacos de dormir para descansar.

Mañana tendríamos otra dura jornada, nos esperaba una larga caminata de doce horas, antes de alcanzar el alto Chilkoot Pass.

## XIV

Jane777blogspot.com

Entrada, *date*: 23 de julio 2016.

Ascendimos por escalones excavados en la nieve, sorteando un pedregal de grandes dimensiones que amenaza con desprenderse, en caso de producirse un alud, podríamos terminar sepultados entre las rocas. Usamos los bastones para equilibrarnos y seguimos los hitos de color naranja, marcados sobre las piedras en distintas zonas del camino. Estamos a una hora y media de la cima del Chilkoot Pass y avanzamos a buen paso. En ocasiones debemos salirnos del camino, buscando los trechos más cortos, para ascender más rápido. Doris y Owen me siguen muy de cerca, supero los escalones para que no me alcancen, siguiendo la estela de Stephen que no me pierde de vista. Aquella ruta la habían hecho, cientos de mineros en el pasado, cargados de utensilios para tratar de extraer alguna pepita de oro de las montañas. Solo que ellos cargaban con mucho más peso que nosotros. Algunos contrataban porteadores profesionales que llevaban sus provisiones a la espalda a través de un terreno muy inestable. Al llegar al Canadá debían pagar un peaje por entrar con sus pertenencias.

El silencio lo invade todo y siento el aire puro de la montaña, entrar limpio y cristalino, barriendo mis pulmones de la contaminación de la ciudad. La mente se despeja y respiro profundamente para deleitarme al máximo con la extraordinaria pureza de un aire cargado de oxígeno que me recarga de energía. Si me paro a descansar me enfrió enseguida, opto por seguir ascendiendo para no perder el ritmo. La espalda está rígida como una piedra y en las cervicales se me ha formado una bola dura como un cantazo; todo es producto de la tensión producida por el impacto de la carga y la dureza de la ascensión.

La llovizna se aferra al matorral húmedo que transita invisible a nuestros ojos, cubierto por un velo de niebla. Al acercarnos a la cima, el suave viento marino desplaza a la niebla y nos permite ver mejor los hitos naranjas, que nos guían por si nos fallase el GPS, debido a la falta de cobertura en la zona. Los antiguos buscadores de oro carecían de estos instrumentos y si se perdían o malinterpretaban sus brújulas, terminaban vagando a la deriva a la merced de la naturaleza más salvaje.

En aquella inmensidad de roquedales, una se siente desnuda, notando su pequeñez e insignificancia en medio de un paisaje de dimensiones extraordinarias. Imbuida por la sublime inmensidad de las montañas que me rodean, me dejo arrastrar por ella. Solo soy un átomo en medio del universo, algo tan insignificante que aunque me perdiese para siempre, nadie me echaría nunca de menos.

La montaña me proporcionaba un solaz descanso mental y me ahorraba muchas horas de consulta en el psiquiatra. Desde que me anoté al club alpino, dejé de acudir a sus citas. El psiquiatra me recetaba pastillas de colores para ayudarme a concentrarme en los estudios que no servían para nada. Después de mis estancias en la montaña, mi memoria se reforzaba y mis notas comenzaron a mejorar. Era algo difícil de explicar, como si mis neuronas se reactivasen con el frío. Después de la muerte de mis padres, cuando quede totalmente sepultada por el dolor, las pastillas no lograban hacerme sentir mejor, así que terminé tirándolas por el retrete y, entonces fue cuando decidí anotarme en el club. Mi vida de repente, comenzó a cobrar sentido.

Al llegar a la cima, el brillo iridiscente de las peñas coloreadas por motas de nieve, deslumbrándome al pasar, es producto del reflejo de la luz solar que destella con sus matices, absorbida parcialmente por la lente oscura de mis gafas. La bandera roja y blanca con una hoja de arce en el medio, se agita en lo alto de un mástil. Al fin estamos en Canadá. Una vez sobrepasado el Chilkoot Pass, divisamos dos cabañas de madera pintadas de blanco. Avanzo hacia ellas, toda encapuchada para protegerme de la fuerza del viento. Al entrar dentro de una de ellas, las gafas se empañan de vaho y las limpio con un pañuelo, antes de guardarlas en su funda y meterlas en el bolsillo de la cazadora. Me acerco a una estufa de leña para calentarme y pronto me rodean mis compañeros.



—Seis cervezas frías por favor —dice Lobo al dueño del refugio.

—Enseguida os sirvo, poneros cómodos —responde el dueño.

Nos sentamos alrededor de una mesa de madera, mientras nos sirve las cervezas. Es hora de descansar y charlar de cualquier cosa divertida. Stephen y Lobo se conocieron hace muchos años. En aquella época Liam trabajaba en una plataforma petrolífera en el estrecho de Bering que separa Alaska de Asia. Se pasaba largas temporadas en el mar y al regresar volvía cargado de dinero. En una ocasión, siendo muy joven alquiló una habitación en la casa de una viuda, una señora de setenta y ocho años que ignoraba lo que se le venía encima. La primera noche en tierra salió a tomar unas copas por la ciudad de Vancouver. Entró en el primer garito que encontró abierto, allí conoció a Stephen que por entonces tenía dieciocho años, y bebiendo pintas de cerveza entablaron una gran amistad que duraría años.

Lobo nos contó que entre ambos, después de echar muchas horas bebiendo y hablando sin parar, casi vacían el barril de cerveza. Al terminar salieron a la intemperie, la bebida a aquellas edades la soportaban bastante bien. Se dirigieron a una cafetería y se comieron dos enormes bocadillos de calamares, antes de continuar la juerga. Según Liam después entraron en una discoteca: un haz de luces multicolor inundaba la pista de baile. Los dos se pusieron a bailar, deslumbrando a dos jóvenes enfermeras en prácticas que quedaron anonadadas con su estilo. Las chicas los abordaron y se pasaron el resto de la noche con ellos. Owen y Lila no paran de reírse con las historias de Liam o Lobo como lo conocemos todos. Las enfermeras eran muy guapas, continuó contándonos Liam, al día siguiente volvieron a quedar con ellas. La morena se llamaba Jodie y tenía unos pechos pequeños y duros como manzanas, sus labios carnosos resultaban bastante provocativos, llevaba un pantalón corto de nailon, un cinturón metálico, botas de montaña y una camiseta de asas de marca. Era una chica lista para la guerra y la batalla solo acababa de comenzar: una belleza más pop que grunge, mitad María Carey, mitad Jennifer López; esa explosiva mezcla canadiense y latina que supera los parámetros de lo imaginable, le sentaba muy bien y la convertía en un auténtico bombón.

La rubia se llamaba Eveline, vestía una minifalda de lunares cuyo corte era tan reducido que se le veía el borde de las bragas, sus pechos eran perfectas máquinas de seducción a los ojos de cualquier varón, los labios carnosos

resultaban bastante provocativos. Era más inteligente que su amiga, por eso escogió a Stephen como acompañante. Abandonaron la discoteca y pasaron la noche tomando wiski y jugando al villar en un pub. Poco se podía hacer en la calle en invierno en Vancouver, afuera hacía un frío de mil demonios.

Lobo se llevó a Jodie a los lavados del pub encerrándose con ella en el retrete. La chica estaba totalmente borracha, cuando desabrochándole los pantalones, tiró de ellos arrastrándole las bragas hasta los tobillos y luego mientras la penetraba, le introdujo la cabeza en el inodoro. Sin duda el miembro de Lobo actuó como un auténtico analgésico: la chica comenzó a vomitar dentro de la taza y él sintió que le había salvado la vida, pues evitó que se hubiese ahogado en sus propios vómitos en caso de haberse quedado dormida boca arriba al llegar a casa. Las arcadas le impidieron disfrutar del sexo y Jodie se sacó a Lobo de encima como pudo. Al salir de los lavados, su amiga Eveline la convenció de que sería mejor retirarse a descansar, dando por terminada su aventura nocturna. Liam y Stephen las acompañaron, y luego se despidieron de ellas en el rellano del edificio, donde ellas compartían vivienda.

Al día siguiente Liam y Stephen deciden alquilar un piso vacío en un barrio cerca del centro de la ciudad. No tenían ninguna intención de gastarse demasiado dinero en amueblarlo, por lo que se compraron un par de colchones de inflar para follar a sus conquistas. Lo cuento tal y como lo hizo Lobo aquel día en la cabaña canadiense, para insuflar más realismo al relato. Me recuerda a la manera directa de contar las cosas, sin ambages, de mi compañera de clase Erika. Mi amiga presume a sus dieciséis años de haber visto poyas de diferentes clases y tamaños: su primera mamada a los doce. Era precoz desde luego en eso se parecía a los hombres. Yo siempre he sido muy reservada a la hora de hablar de estas cosas. Erika nunca deja de acosarme, según ella todos los chicos de la clase piensan que soy una frígida. La verdad que me da lo mismo, a mí lo que realmente me gusta es la montaña.

Los colchones estaban inflados y el piso preparado para la fornicación. En realidad nunca llegaron a estrenarlos, aunque a Lobo le gusta presumir de lo contrario. Lo sé, porque en una de nuestras caminatas, Stephen me contó que él y Eveline, terminaron enamorados y no quiso cometer la torpeza de llevarla a un piso sin muebles. Liam lo intentó con Jodie, pero al ver los colchones en

medio de la nada de una habitación vacía, le sugirió que la invitara a un sitio más refinado. Así que Lobo se gastó todos sus ahorros llevándola a hoteles de lujo, donde después de quedarse sin dinero, ella terminó abandonándolo: sin un centavo en los bolsillos ya no le resultaba útil. Lobo decidió entonces regresar de nuevo a la estación petrolífera, para trabajar a destajo y ahorrar algo de dinero; pues en el medio del mar de Bering no había mujeres con quienes gastárselo.

«No le digas nunca a Liam que te lo he contado, le gusta mucho fanfarronear con la historia de los colchones y es mejor no contradecirlo, así nos reímos todos», me advirtió Stephen. «¿Qué pasó con Eveline?», le pregunté. «Era una mujer demasiado extravagante, le gustaba provocarme a todas horas, me tenía loco; cuando no llevaba aquellas minifaldas tan exiguas, solía vestir con un pantalón cortísimo, enseñando media nalga y una camiseta de asas azul cielo ajustada a su pecho de juguete. Nunca conocí a una chica tan insaciable, supongo que nos hicimos mayores, la pasión se apagó y cada uno decidió seguir su camino. Cuando lo dejamos estuve bastante tiempo fastidiado y durante unos meses no paré de beber. Hasta que un día me di cuenta de que estaba haciendo el idiota, era demasiado joven y me quedaba toda la vida por delante. Me busqué a otra chica y todo quedó atrás, así conocí a mi esposa meses más tarde y después de casarnos decidimos venirnos a vivir a Alaska.»

Me gustaba cuando Stephen se sinceraba conmigo. Durante nuestras prácticas de escalada para preparar el campeonato estatal, tuvimos mucho tiempo para hablar y conocernos. A su lado Liam era como un crío que no cesaba de meterse en líos de faldas, esa tarde en la cabaña canadiense no paró de hablar de sus conquistas y beber cerveza. Tenía un físico privilegiado, podía bajarse litros de lúpulo, sin que se le subiese demasiado la bebida a la cabeza.

Al terminar con la enfermera, Liam nos contó que conoció a una chica bajita con cara de empollona y un gran culo respingón en la biblioteca pública de Vancouver. Aquella rata de biblioteca aburguesada y rechoncha, con cara de no haber roto nunca un plato, un día lo llevó a su casa. Una vez en el dormitorio ella se encerró en el baño, mientras él la esperaba en la cama con sus boxes de guepardo. Al poco rato ella salió del baño vestida con un tanga

negro y una fusta entre los dientes. Al parecer le iba el sadomasoquismo y le gustaba fustigarlo, él se dejó azotar. Luego se sentó en el borde de la cama y la tumbó sobre su regazo como a una cría. A continuación le dio unos azotes con la mano abierta en las nalgas hasta volvérselas de color rosado. El truco estaba en pegarle, sin dejarle marcas ni moratones. Aquello la estimulaba tanto que la llevaba al borde del éxtasis. La chica era puro fuego como una explosión demográfica y según Lobo la llevó al límite en muchas ocasiones. Incluso alguna vez la chica, obtuvo tanto placer que llegó a perder el conocimiento entre sus brazos.

Al contarle Lila rompió a reír. Todos permanecimos callados de repente. La mirada que le dedicó Liam resultó aterradora. Luego todos rompimos en una cascada de carcajadas que parecía no tener final, solo de imaginarme a un tipo tan grandullón como Lobo, practicando sado con una enana empollona de Harvard, me rompía el culo con la risa. La verdad era que yo soy una persona muy reservada para estas cosas y nunca se me ocurriría contar algo tan personal en público, aunque Liam era un lobo de Alaska y parecía que le gustaba regodearse de sus conquistas, delante de cuanta más gente mejor.

—Deberías grabar una película porno, seguro que te harías famoso —le aconsejó Owen.

—No habría suficiente dinero en el mundo para contratar a un semental como yo, además dudo que exista el plano de cámara capaz de albergar un miembro de mi tamaño.

—Me pregunto —le atizó Lila—. ¿Si todas esas cosas que cuentas, no son más que fantasías tuyas y en realidad, solamente te has acostado con prostitutas?

Lobo se quedó lívido por unos instantes, antes de contestar; desde luego no le gustó nada el comentario de Lila, noté como se abría una fisura en su orgullo. La tensión entre ambos, seguía viva después de su discusión de ayer. No comprendía porque Lila insistía en provocarle: si en realidad estaba felizmente casada y consideraba a Liam solamente un fanfarrón. Lobo se volvió hacia ella, clavándole una mirada desgarradora. Y nos sorprendió a todos diciendo:

—Has dado en el clavo, jamás he pisado una biblioteca, pero cada vez que regreso de la plataforma petrolera, me gasto todo el sueldo en prostitutas de lujo.

Todos rompimos a reír de nuevo, sin dar demasiado crédito a las palabras de Lobo. Con él nunca se sabía cuándo hablaba en serio o estaba bromeando. Lobo podía ser un ingenuo en ocasiones; sin embargo sin él, nuestras reuniones no serían tan divertidas y fuera de sus terribles bravuconadas era un pedazo de pan. En su compañía lo pasábamos todos siempre muy divertido. Incluso el esquivo de Brian, dejaba de lado los auriculares por un momento, para no perderse detalle de las historias de Lobo.

## XV

Jane777blogspot.com

Entrada, *date*: 24 de julio 2016.

Sigo las huellas de Lobo en dirección a Crate Lake. En la Columbia británica los neveros son más grandes como si el verano no hubiese llegado hasta aquí. Por muy extraño que parezca en esta zona ya no hay hielo en julio. Los efectos del cambio climático son devastadores y se notan más cada año que pasa. Más al norte, los osos han dejado de invernar en primavera, saliendo de sus guaridas para tratar de cazar focas. El grosor del hielo ya no es tan consistente, producto del aumento global de la temperatura del planeta, por lo que en ocasiones se desquebraja y no resiste su peso. Los osos utilizan las plataformas de hielo para cazarlas, las focas se refugian bajo la gruesa capa helada, utilizando las oquedades en la masa congelada para salir a la superficie; ese es el instante que aprovechan los osos para zambullirse en el agua y capturarlas. Si la masa congelada no es lo suficientemente compacta para poder avanzar por ella sin hacer ruido, las focas detectan el peligro y salen huyendo. Eso dificulta la supervivencia de los osos, sobre todo en verano. Algunos de ellos desesperados se ven obligados a variar su zona de caza. El hecho de no conseguir alimentarse en su hábitat natural, los obliga a buscar otras alternativas, se dirigen hacia el sur del ártico en busca de comida. Últimamente han aumentado considerablemente los ataques de osos polares a humanos en el Yukón y Alaska, los ecologistas culpan al cambio climático de ello.

Mi padre era un gran defensor de los derechos de los cuadrúpedos. Le gustaba contarme algunas anécdotas sobre la vida animal. Él y un compañero científico estaban siguiendo el rastro de dos simpáticos glotones. El caribú o glotón es un pequeño mamífero de la familia de los mustélidos que tiene aspecto de osezno. Es fibroso, de gran agilidad y está capacitado para matar a

presas mucho mayores que él. En invierno cazan ungulados como renos, alces y caribúes. Es un animal muy fiero e increíblemente agresivo. Una vez muerde a sus presas, es muy difícil que las suelte. Al seguir el rastro de la pareja de glotones, los vieron desaparecer por un agujero. Los glotones tienen las patas demasiado pequeñas para escavar túneles. Lo que hicieron fue colarse en una galería que una familia de castores utilizaba para comunicar distintas zonas de su madriguera. Al final descubrieron que los glotones habían matado a la madre y a una de las crías de castor que los superaban en tamaño. En medio de la gran nevada que estaba cayendo, los glotones habían olido a los castores y los cazaron como ratas. Son animales solitarios que huyen de la presencia del hombre, su número se ha visto reducido drásticamente, debido a la caza y la intervención humana. En el fondo el glotón se parece un poco a mí: ágil, veloz, valiente, escalador, solitario, curioso y con un apetito sin límite. Si no fuese por el ejercicio físico que hago en la montaña, estaría gorda como una vaca.

El frío y la nieve regresan y me subo la cremallera de la cazadora. El descenso alivia mis maltrechas articulaciones, y aunque en algunos tramos debemos encordarnos para no caer por el filo de la montaña, agradezco la bajada de temperatura según vamos descendiendo metros. El camino se va ensanchando a medida que bajamos por el valle y ya no precisamos de cuerdas. Los líquenes son sustituidos por los hierbajos y la sensación de frío ártico, bañados por unos tímidos rayos de sol, comienza a esfumarse. Los arbustos hacen acto de presencia, intercalados con alguna hilera de abetos. Al llegar al campamento dejamos las tiendas sobre una plataforma de madera. Echo de menos un colchón, pero no puedo llevarlo arrastras por toda la montaña. Entró en la cabaña, el vapor húmedo inunda mis pulmones y empapa mi aliento. La cabaña está llena de montañeros agotados: un penetrante olor a calcetines sudados, plumíferos empapados, polainas mojadas y camisetas térmicas húmedas invade el local. Me acerco a un termo de agua para preparar un té. Necesito urgentemente meter algo caliente en el cuerpo, mañana nos espera otra larga caminata.

Antes de partir de excursión me encontraba preparando las cosas, eso me ayudaba a no pensar en mi padrastro. Desde que terminé el curso me horroriza pasar demasiado tiempo en casa. No lograba quitármelo de encima, lo escuché entrar en mi habitación, mientras me inclinaba para meter las provisiones en el fondo de la mochila. Sentí sus manos sobre mis caderas como los tentáculos

de un pulpo que me atrapaban. Tiró de mí hacia su cintura y noté la envergadura de su miembro rozando mi trasero. Se había bajado el pantalón de chándal y los calzones sin que me percatase, por suerte estaba vestida y solo logró rozar la tela de mis tejanos con su falo. Me aparté horrorizada, estaba a punto de ponerme a gritar, cuando se subió de golpe los pantalones y desapareció de mi vista. ¡Está loco! ¡Es un maldito perverso! Esta noche no me apetece nada escuchar las historias de Lobo y en cuanto montamos la tienda, me meto dentro de mi saco de dormir.

Al amanecer, al sacar la cabeza de la tienda, siento una ligera llovizna salpicar mi rostro. He conseguido dormir bien. No volveré a dejar la puerta de la habitación abierta, cuando él este en casa. Desde ahora, no me desprenderé nunca de mi navaja de montaña. El cielo está grisáceo y me da pereza salir de la tienda. Los chicos nos tienen listo el desayuno y nosotras nos unimos al grupo, sentándonos alrededor de una mesa de madera. Antes ponemos las fundas de plástico de las mochilas sobre el banco para no mojarnos el culo. Me gustaría contarles mis problemas pero no me atrevo. Solo caminar, calma mi angustia. La llovizna aumenta, hasta convertirse en una fina lluvia que terminará calándonos. Este tiempo en la montaña es un agobio y apenas puedo disfrutar del paisaje. En poco tiempo llegaremos a un lago de aguas turquesas. Afortunadamente la lluvia empieza a remitir. El sol se insinúa tímidamente entre nubes rotas. Es una falsa alarma: un viento gélido nos sorprende y regresa la lluvia, esta vez con mayor intensidad. Alcanzamos un bosque de abetos alpinos y nos parapetamos en el refugio de un guarda bosques. Nos secamos como podemos junto a una estufa de leña. El agente forestal nos sirve un café caliente y esperamos tranquilos a que escampe. El olor a humedad lo impregna todo. Esta vez el frío me ha calado hasta los huesos. Menos mal que ya queda poco para volver a casa. De pronto a cesado de llover y nos ponemos en marcha. Al alcanzar el lago, apoyamos las mochilas en el suelo, antes de sentarnos sobre unas piedras.

—¿Qué tal ha ido la excursión? —pregunta Stephen.

—¡Genial! A pesar de que hoy no nos ha acompañado el tiempo — respondo.

El ruido ensordecedor de los motores de un aeroplano irrumpe en el ocaso, asustando a un alce que estaba bebiendo en la otra orilla del lago. El motor del



hidroavión reduce su marcha para aterrizar mansamente sobre las aguas turquesas del lago. Ethan, el hermano de Stephen, surge sonriente del interior del aparato al detenerse el motor. Todos respiramos aliviados al verlo. Lobo entona nuestra canción favorita de Bob Dylan y todos cantamos para darle la bienvenida, las hélices hace tiempo que han dejado de girar, las aguas turquesas del lago son una pista de aterrizaje celestial y nos pone muy contentos su presencia. Ethan se incorpora al grupo y nos acompaña a viva voz, cantando los siete al unísono como si fuéramos uno:

*La reina Mary es mi amiga  
sí, creo que iré a verla de nuevo  
nadie tenía que ocultar  
que mi chica no puede estar contenta  
hasta que al fin se da cuenta  
de que es como las demás  
con su niebla, sus anfetaminas  
y sus perlas.  
Ella aguanta como una mujer, sí, lo hace,  
hace el amor como una mujer, sí, lo hace,  
y sufre como una mujer  
pero se echa a llorar como una niña.*

Lo más importante es que estamos todos de una pieza, disfrutando de un paisaje sibilino en medio de la naturaleza salvaje. Ethan se quita el gorro y las

gafas de aviador y nos da la mano, uno por uno. Entre el bosque boreal de abetos, sauces y alisos que rodea el lago, se escuchan unos disparos que rompen la quietud del momento. En esa zona del parque está prohibido cazar. Nos volvemos furiosos y asustados, entonces vemos cuatro *quads*, persiguiendo a un alce y abatiéndolo a tiros.

—¡Furtivos, maldita sea! —exclama Stephen.

—Los conozco son muy peligrosos. Se trata de Peter Thompson, el hijo del gobernador y sus secuaces. Los ecologistas los han denunciado varias veces, pero su padre es muy poderoso y las denuncias nunca prosperan. Sus amigos James, Noel y Philip, son hijos de importantes magnates del petróleo y empresarios de Alaska. No hacen nada, ni estudian, ni trabajan; sin embargo son gente muy peligrosa con mucho poder —nos informa Owen.

Al vernos se acercan con los quads hasta nuestra posición. Los cuatro superan la treintena y muestran un aspecto fiero, bajo los plumíferos oscuros. Sé que no tengo nada que temer al lado de mis amigos, pero me estremezco cuando los veo tan cerca. Se bajan de los quads con las armas y se plantan delante de nosotros en tono desafiante.

—¡Hombre! Los amigos de las ardillas están aquí —dice Peter Thompson, en referencia al símbolo del club alpino. Se trata de una ardilla alpina subida sobre la rama de un abeto. Ese es nuestro escudo y todos lo llevamos cosido al forro de nuestros polares.

—Me alegro de que tu padre haya ganado las últimas elecciones —lo felicita irónicamente Lobo—. ¿No sé qué pensaría si te descubre cazando venados en una zona protegida del parque?

El tamaño de Lobo no le intimida y lo apunta con el cañón de su escopeta.

—¿Quién es este payaso? —dice Peter.

—Si vas a usar esa arma, asegúrate antes de matarme. De lo contrario te arrancaré el corazón con la punta del piolet —Lobo tampoco se amedrenta.

La tensión se percibe en el ambiente, palpó el mango de mi navaja

montañera en el bolsillo de mi cazadora de *Goretex*, por si tengo que entrar en acción. Sé que Owen lleva un revolver en la mochila por si se encuentra con un oso. Lo veo meter la mano y posiblemente este sujetando su empuñadura. Ethan introduce los dedos en el interior de su cazadora de aviador, siempre lleva un arma encima por si tiene un accidente durante el vuelo y la necesita para sobrevivir. Si alguien no lo detiene esto va a ser una carnicería. Después de haber visto los pliegues del arrugado pene de mi padrastro, ya no tengo miedo a la muerte. ¡Estoy dispuesta para combatir! La tensión corta el aire por unos segundos que se hacen eternos, finalmente Peter baja el arma y todos nos relajamos.

—No os pongáis así ardillitas, solo queríamos haceros una visita para ver si os encontrabais bien. Al fin y al cabo en Alaska todos somos vecinos. No hagamos un drama por un animal de nada. Os conviene estar calladitos, sino queréis recibir unos tiros —advierde Peter.

—Ese animal es un habitante de Alaska como cualquiera de nosotros. Esta es su casa, podías cazar en una zona permitida —dije, apretando con fuerza mi navaja, desplegué la hoja con los dedos, después de retirar el seguro, sintiendo como desgarraba la piel de mi palma: vertí unas gotas de sangre sobre los helechos, dándole un mayor dramatismo a la escena; clavé mi mirada en sus pupilas.

—¡Joder con la cría! Putos ecologistas de mierda. Esto no quedará así.

Estaba fuera de mí, de repente ya no tenía miedo, mis ojos estaban inyectados en sangre y solo quería matarlo. Noté los brazos de Stephen sujetándome y sentí su voz, tratando de calmarme.

—Déjalo Jane, no merece la pena. Estos señores ya se van —dijo Stephen.

Mis músculos se relajaron de pronto y guardé la navaja. En ese momento Peter Thompson puso en marcha el *quad* y desapareció junto con sus secuaces. Luego cargamos las mochilas en el hidroavión de Ethan. Lo último que recuerdo de la excursión, es la imagen de las enormes moles negras de las montañas con sus cumbres nevadas, surgiendo a través de la ventanilla de la avioneta. Lobo rodeaba mi hombro con su enorme brazo. No paraba de decirme lo valiente que era. Si alguna vez lo necesitaba, solo tenía que

llamarlo. En los guardianes del bosque necesitaban gente como yo.

Le hablaría de mí, al hombre de la cabaña. Nadie conocía su verdadera identidad, Lobo me contó que él había sido el fundador de los guardianes del bosque. Todo el mundo le llamaba así porque vivía en algún punto de las montañas, entre Alaska y Canadá en una cabaña, cuya ubicación era desconocida por todos. Nadie sabía con certeza dónde se encontraba. Se comunicaba con ellos a través de internet. Lobo era su único contacto en la ciudad. Lo cierto es que desde aquella excursión, Lobo nunca ha dejado de enviarme algún *wassat*, de vez en cuando para preguntarme que tal estoy. La rabia me invadió al ver el cuerpo del pobre alce muerto sobre el remolque que arrastraba uno de los *quads*. Solo de pensar que lo había contemplado lleno de vida, unos minutos antes, bebiendo mansamente en las cristalinas aguas del lago, me rompía el corazón. No soporto el sufrimiento de ningún animal. ¿Qué le voy hacer? Es posible que sea una ecologista radical o que este loca de remate. Pero si me vuelvo a cruzar delante alguno de esos cabrones, lo mataré con mis propias manos.

## XVI

Jane777blogspot.com

Entrada, *date*: 12 de octubre 2016.

Los días que me quedaba a estudiar en casa, me costaba concentrarme en los estudios; sabía que mi padrastro vigilaba mis pasos y me sentía como una larva atrapada en la resina. De una u otra manera tenía que buscarle una solución a la situación. Así que, poco a poco, en mi mente se fue elaborando un plan para librarme de él para siempre. No quería perder la virginidad en manos de un adulto. Tenía miedo pero estaba decidida a tomar cartas en el asunto. Era consciente de que había una psicópata dentro de mí, escondida en alguna parte, solo debía enojarme mucho como el increíble Hulk y transformarme en otra persona. Si permitía que mi otro yo dominase mi personalidad: el miedo desaparecería como por arte de magia y la psicópata que albergaba en mi interior, encerrada como una princesa dentro de un castillo, saldría por fin al exterior a enfrentarse con el mundo real. La rabia me consumía por dentro y de repente comencé a transformarme en la otra Jane. Una vez concluida la mutación, ya no había vuelta atrás. Estaba preparada para acometer la misión que me había asignado mi lado más cobarde. Ignorando mis miedos, la Jane más taimada estaba preparada para la acción.

Algunas chicas de mi edad, todavía les gusta jugar a las muñecas. A mí me encanta poner trampas para atrapar a pederastas. Utilicé la cuerda de escalar: un extremo lo até a la pata de la mesa del escritorio y el otro a la de la cama. Me puse la falda gris de colegiala y unos pantis negros que me los subí hasta el borde de las rodillas desnudas; me pinté los labios de rojo y dejé tres botones de la camisa abierta, quedando al descubierto el nacimiento de mis pechos. Bajé la persiana y encendí la luz de la lamparilla de la mesita de noche. Me puse en la pose más erótica que pude y esperé su llegada. Mi padrastro John Larsson que aparte de un acosador es un verdadero racán,

motivo por el controla al máximo el consumo de la factura de la electricidad, le sorprendió ver el haz luminoso surgido de mi lámpara, vertiéndose por el pasillo saliendo de mi cuarto, a través de la puerta entornada adrede por mí. Acudió raudo a la trampa como las abejas a la miel.

—¿Qué hace esa luz encendida? —le escuché decir al otro lado de la puerta entornada.

—Te estoy esperando gatito —dije con la voz de Lolita, más provocativa que logré sacar de las profundidades de mi garganta.

Al abrir la puerta, el baboso se quedó petrificado, sus pulsaciones de depredador debieron acelerarse, precipitándose dentro de la habitación, no deparó en la cuerda y se pegó un trompazo de órdago; cayendo de bruces contra la tarima de madera del suelo, los huesos de su tabique nasal se quebraron. Le puse una rodilla en la espalda, la navaja en el cuello y le sostuve la cabeza tirando de su cabellera, mientras sangraba a borbotones por las narices.

—¡Si vuelves a poner un solo pie en mi habitación, la próxima vez juro que te mato!

Luego lo solté, se puso en pie de un salto y se acercó hacia mí, intenté apuñalarlo con el filo de mi faca y logró esquivar mi arremetida por milímetros, asustado, retrocedió y escapó escaleras abajo, encerrándose en el aseo de la entreplanta. Entonces cogí mi mochila de montaña y descendí por las escaleras abandonando la vivienda. Afuera me esperaba mi compañera de clase Erika con su motocicleta, atravesé rauda el jardín y abracé su cintura, mientras me montaba a su espalda. Erika no tenía ni idea de lo que había sucedido dentro de casa. Solo le dije que era cuestión de vida o muerte que me esperase con la moto en la entrada del jardín. Supongo, supuso que estaba bromeando, pero a la hora señalada: ella se encontraba en el punto acordado. Ahora ya sabéis porque hace tiempo he dejado de jugar a las muñecas. Nos acercamos a la playa y pasamos el resto de la tarde bañándonos.

Al otro lado del fiordo se extendía la superficie congelada de un glaciar. El agua estaba helada de verdad y los pezones se me pusieron durísimos con el frío. Un par de pelicanos merodeaban cerca de nuestras toallas cuando salimos

del agua. Estaban tan acostumbrados a la gente que, no se apartaron demasiado, cuando nos acercamos. Erika desprendió su cabellera, quitándose el gorro de natación que, descendía en hebras sobre su espalda. Sus bucles bañados por una tenue luz solar resplandecían en tonos ambarinos, destellando como pavesas antes de terminar reducidas a cenizas.

Le gustaba mucho presumir que se había llevado a todos los chicos de la clase al huerto, pero yo no me tomaba muy en serio sus comentarios, sus relaciones no debían pasar del mero contacto sexual, pues siempre volvía rauda junto a mí. Nunca conseguí convencerla para que se anotase al club alpino. Es demasiado urbanita. Sus pies son tan finos que, no me los imagino calzando otra cosa que no sean unos zapatos de tacón o unas zapatillas de esparto; no me la imagino en lo alto de la montaña con las botas de trekking, los crampones y el piolet. Una pena nos lo hubiéramos pasado de miedo.

Al caer la noche me llevó a casa, la policía ya estaba esperándome, me requisaron la navaja y me mandaron entrar en el coche patrulla. En la comisaría un sargento con cara de cerdo no cesó de intentar atosigarme, agradecí que terminase su turno. El muy cabrón no había logrado sacarme una sola palabra. Entonces se ocupó de mi caso el inspector Swann. Era la segunda vez que lo veía, la primera fue cuando murieron mis padres. Me metieron en una de esas salas acristaladas, donde suelen interrogar a los criminales. Se sentó en una silla de madera de pino frente a mí: mirándome con sus ojos enmelados, me sentí un poco derretir por dentro. Se trataba de un hombre alto y muy atractivo. Su olor a animal, me poseía de una manera extraña que no dejaba de desconcertarme. Le conté lo sucedido; todo aquello que no me había atrevido a contarle al anterior agente. Me escuchó atentamente, antes de comenzar a hablarme:

—Entiendo todo lo que has tenido que pasar. En este caso, te asignaré un abogado de oficio, que negocie con tu padrastro para que retire la denuncia y renuncie a tu custodia. Así evitaremos abrirte una ficha policial y será un borrón menos en tu expediente. A tu padrastro no le interesa llevarte a juicio. Sería tu palabra contra la de él. En casos de pederastia el jurado es muy sensible y suele ponerse siempre del lado de los menores. Lo único malo es que tendrás que volver de nuevo al orfanato, hasta que termines el instituto. ¡En fin! Te queda poco para la mayoría de edad, luego te aconsejo que busques

un trabajo, no creo que tu asignación te dé para conseguir una beca que cubra todos tus gastos en la universidad.

Asentí triste, Swann me invitó a cenar una hamburguesa. Tuve que pasar unas horas en comisaría, mientras los abogados no llegaban a un acuerdo. Me asignaron una habitación compartida con otras dos chicas que ya llevaban varios años en el orfanato y eran grandes amigas mías, hacía años que las conocía y lo compartíamos todo. Se trataban como no de mi compañera Alison y mi inseparable amiga Erika.

Yo estaba encantada con mis nuevas compañeras de cuarto. Me extrañó la primera vez que las sorprendí besándose sobre el tejado del patio a las dos de la madrugada. Pensé que estaban ensayando para cuando saliesen con chicos. No las habría visto de no haberme despertado en plena noche, de una pesadilla horrible en la que mis padres me habían encerrado en mi habitación como castigo por olvidarme de darle la medicación a mi madre, que permanecía inmóvil en la silla de ruedas víctima de la ELA. Al despertar me había acercado a la ventana a través de la cual pude ver las extrañas escenas afectivas ocurridas entre mis dos amigas.

Dos semanas después mientras me hacía la dormida, volví a verlas pero esta vez en la cama de Erika totalmente desnudas. Alison acariciaba los pechos de Erika y besaba su boca de puro deseo. Sus sexos húmedos se frotaban en una especie de limbo sobrenatural a la espera de la llegada de la primavera en pleno otoño. Era la época de la caída de la hoja, pero sus pechos en flor no habían decaído. Alison lo sabía, atrapándolos con su exquisito paladar, succionaba sus afilados pezones como si fuese una aspiradora. Erika gemía suavemente mientras aplacaba la furia de su orgasmo, sujetándose con fuerza a las sábanas. Yo no entendía como podían disfrutar tanto sin necesidad de penetración. Eran mis amigas y no pensaba delatarlas: porque me habían ayudado mucho a adaptarme a aquel estúpido orfanato.

Erika tenía unos pechos muy grandes para su edad que atraían sin duda mucho a los chicos del orfanato; aunque a ella quien realmente le gustaba era un chico de fuera del centro, para mi sorpresa se trataba de Brian mi compañero del club alpino que trataba de cortejarla a menudo. Eso no le agradaba nada a Alison que la quería para ella sola, a pesar de que su cuerpo, no se había desarrollado lo suficiente todavía, como para ser la increíble



mujer en que se convertiría dos años más tarde, tal vez por culpa del sobrepeso y el acné que aún permanecía cubriendo parcialmente su rostro; a pesar de ello Alison se sentía capacitada para satisfacer plenamente a su compañera, sin necesidad de que Erika buscara consuelo en ningún hombre.

Yo, aunque no me consideraba lesbiana, me gustaba contemplar a mis amigas desnudas haciendo el amor con vehemencia por las noches, sobre todo cuando Erika se ponía por encima encorvada sobre Alison como un depredador acechando a su presa. Sus pechos grandes colgaban desgarbados sobre la boca de Alison que los atrapaba a bocados amamantándose con exquisita finura, sus manos recorrían las nalgas de su amiga como elevadas colinas verdes rasgando el horizonte, sus vellos púbicos se unían como dos bosques para formar una espesa selva tropical y sus lenguas jugueteaban dentro de sus bocas relamiéndose con un frenesí orgiástico. Tengo que reconocer que ver a mis dos mejores amigas haciendo el amor me resultaba muy tierno.

Alison estaba locamente enamorada de su amiga, pero Erika tenía claro que aquello solo era algo temporal. Erika la había traicionado con Brian entre la maleza que se extendía junto al río en los alrededores del orfanato. Alison la había descubierto accidentalmente mientras hacía footing conmigo. La pareja no se había molestado mucho en ocultarse, cualquiera que pasase por allí a esas horas podría verlos. Era cierto que aquel sendero entre piceas, apenas lo frecuentaba algún corredor ocasional como nosotras o cualquier cazador o leñador que pudiese pasar casualmente por la zona. Nos habíamos detenido súbitamente, en cuanto nos encontramos con ellos que ignoraron por completo nuestra presencia. Aquel acontecimiento no cambió nada lo que Alison sentía por su amiga, al contemplar como gemía ante las embestidas de Brian, su sexo lésbico despertó y se humedeció de deseo mientras lloraba.

—¡Maldita sea, tú sabes que yo puedo hacértelo mejor! —gritó Alison al verlo con él.

Brian, que estaba poseyendo a Erika por detrás mientras se abrazaba aún árbol, miró hacia nosotras y nos dijo, mientras lo contemplábamos en pleno acto con los pantalones bajados:

—¡Venid si queréis que para vosotras también tengo!

—Solo con la condición de que nos dejes a las tres satisfechas, aunque para ello pongas en riesgo tu vida. ¿Piénsalo bien? —lo retó Alison.

—De acuerdo, creo que podré con las tres; de lo contrario merece la pena morir en el intento —contestó Brian, sin pensárselo demasiado.

Yo que al principio no quería participar: me dejé convencer por mis amigas. Brian nos puso a las tres en fila contra un tronco de un árbol caído, apoyamos las manos en la rugosa corteza y nos bajó las bragas. Fue penetrándonos un rato a cada una, vaciando sus testículos de semen hasta el punto de que un terrible dolor se apoderó de sus genitales, después de correrse varias veces seguidas. Nunca pensé que mi primera vez con un chico, iba suceder de aquella manera tan espontánea, en medio de una orgía. Aunque me dolió al rasgarse mi himen al comienzo, a pesar de la sangre debo reconocer que según volvía a entrar en mí, cuando me llegaba el turno, después de penetrar a mis amigas, sentía cierta excitación: cada vez me gustaba más y terminé totalmente húmeda. Aunque me dé vergüenza admitirlo, estaba totalmente cachonda. Llegó un momento que nosotras queríamos más y él estaba agotado y seco, sin reservas. No sirvieron para nada sus protestas, pues la maquinaria de guerra de nuestros organismos femeninos había pasado de estado de emergencia a latente situación de combate, cuando esto ocurrió nos convertimos en auténticas depredadoras.

Lo empujamos hasta que cayó al suelo encima de unos matorrales. Alison le arrancó de un tirón los pantalones: tres bocas se encargaron de obrar el milagro de una nueva erección que para él, sólo supuso un horrible suplicio. Luego nos lo follamos según lo acordado hasta que quedamos satisfechas, dejando a Brian al borde de un coma profundo, exánime, debatiéndose entre la vida y la muerte. La última vez que eyaculó, sólo fue capaz de expulsar sangre, luego perdió el sentido. Fue en ese momento cuando Alison extrajo varias agujas de una caja y comenzó a clavárselas en el pene como venganza por haberse liado con su novia sin su permiso, y después haberse aprovechado de su situación ventajosa de macho dominante para perturbar la paz del templo lésbico en que se había convertido su inocente útero como el de cualquier muchacha de diecisiete años.

Dejamos allí al pobre Brian, tirado en la hierba, exangüe, víctima de nuestras prácticas deletéreas con las agujas clavadas en el pene. Cuando

fuimos conscientes de lo que habíamos hecho, huimos del lugar del crimen como atrabiliarias cobardes, ignorando si continuaba con vida o necesitaba nuestra ayuda. Por suerte para nosotras Brian logró recuperarse, después de casi haberla palmado como resultado de una acupuntura realizada en un lugar poco adecuado para semejante tratamiento. De lo contrario era probable que acabásemos las tres en la cárcel encerradas por homicidio involuntario. Pasó semanas sin volver a hablarnos, ni acercarse a nosotras, estaba claro que éramos unos monstruos. En realidad me sentía culpable por nuestro nefando comportamiento, sin embargo nunca me atreví a acercarme a Brian para pedirle disculpas, la verdad es que después de haberme desflorado, me daba bastante vergüenza.

Hasta aquel día mis dedos jamás habían acariciado una verga. Era cierto que mis inocentes manos nunca habían tocado el sexo de hombre alguno. En realidad parecían destinadas a venerar a las ninfas del celestial cosmos. Eran como hadas marítimas buceando en busca de la Atlántida, según la leyenda siglos atrás desaparecida en el fondo del océano.

*Eran manos de ángel.*

*Manos de ninfa.*

*Manos de polen.*

*Manos de sirena.*

*Manos de iluminada.*

Manos virginales en busca de una puerta, una salida a mis miedos y temores, a mi soledad. Al tocarla sentí una curiosidad tremenda, por suerte Brian tenía una polla preciosa llena de nudosidades que surgían en el mapa de la piel de su marcado astil y no me lo pensé dos veces antes de metérmela en la boca. Éramos tan solo unas niñas traviesas de diecisiete años: oculto bajo el bosque de nuestro vello púbico se escondía el más preciado de los tesoros, su única función consistía en dar placer sexual a la mujer, su glande asomaba como un botón en la parte superior de la vulva y se extendía bordeando los labios vaginales. Allí estaba la verdadera Atlántida, la puerta al orgásmico cosmos vaginal. Brian, viejo buscador de tesoros perdidos, se unió a nosotras en aquella mística aventura tras el Coito Verde, perpetuado por los cuatro en plena naturaleza. Nada le excitaba tanto como la posibilidad de entrar dentro de nosotras. Alison y yo jamás habíamos probado algo parecido. Ella solo se había acostado con chicas. Ninguna de nosotras dos hasta entonces sabía a ciencia cierta lo que se sentía durante una felación, pero ambas habíamos tenido en ocasiones alguna fantasía con ello.

Aunque horas después me sentía fatal por lo que había sucedido. Acababa de perder la virginidad de una manera horrible. Los remordimientos me invadieron y me dominó un extraño sentimiento de culpa, dolor y humillación. Lo cual acabó provocándome náuseas y vomité parte de la comida sobre unas zarzas. Me había vuelto un poco loca y desde entonces comencé a mantener relaciones con otros chicos que no me hicieron sentir nunca nada especial. Supongo que echaba de menos a mis padres y debido a la falta de afecto materno, me metía en el cuerpo cualquier cosa con tal de tratar de llenar su ausencia.

## XVII

Jane777blogspot.com

Entrada, *date*: 2 de marzo 2017.

Alison, Erika y yo solíamos correr juntas a menudo, nos sentíamos como si todavía estuviésemos en plena adolescencia; en una época de nuestra vida en que se mezclaban las ganas de descubrir nuevas sensaciones con una gran inexperiencia por nuestra parte en casi todos los campos. Tomamos un desvío por una pista estrecha de tierra, dejando atrás un aparcamiento; desde donde comenzamos a ascender por unas escaleras que nos llevaron a la entrada de una cueva. Por el lado derecho de la boca de la sima, cogemos un sendero que continúa ascendiendo a través de un bosque de piceas, mantenemos un buen ritmo aunque la pendiente es de órdago. Los latidos de nuestros corazones se aceleran y las piernas empiezan a resentirse, pero las vistas de Juneau desde la cima merecen la pena. En realidad apenas nos detenemos a mirar para evitar enfriarnos.

Las temperaturas son todavía muy bajas en esta época del año y podrían agarrotarse nuestros músculos, producto de la congelación. Por lo tanto continuamos nuestro trote, atravesando un pasillito herboso que delinea justo a la izquierda de la arista rocosa que corona la cima. Comenzamos el descenso bordeando una alambrada que limita una propiedad privada. Las tres gacelas trotamos por un caminito que deriva en un serpenteante sendero, desde donde contemplamos la belleza salvaje de la bahía recortándose contra el océano. La entrada del fiordo tenía un aspecto descomunal, recortándose contra la costa, bañada por la luz plateada del sol, parecía sacada de una de esas postales que se venden en las tiendas de suvenires para turistas.

En ocasiones nos escapábamos del orfanato de madrugada y ascendíamos hasta allí, para contemplar con todo su esplendor la aurora boreal tiñendo el

cielo de colores: madejas de amarillos tenues, verdes neón y rosas pálidos; descendían en remolinos purpura, cayendo como pañuelos de seda sobre el firmamento. La luna actuaba de ciego testigo con su eléctrico brillo. A veces el cielo se tornaba de color verde y se iba denigrando con manchas amarillas y rosadas. El espectáculo no tenía parangón. Nunca nos habíamos citado allí con ningún chico, pues aquella magia no la queríamos compartir con ningún varón. Era como nuestro observatorio secreto.

De todos modos, después de lo sucedido con Brian, los chicos de nuestra clase nos temían y preferían mantenerse alejados de nosotras. Por su parte, Erika se había negado a volver a mantener relaciones con Alison. Esta se lo había tomado muy mal al principio, luego se había acostumbrado; aunque seguía locamente enamorada de su amiga y no perdía la esperanza de recuperarla. Pero la mente de Erika estaba puesta en Brian, no conseguía borrarlo de la memoria y después del incidente con nosotras, tras una larga discusión, ambos hicieron las paces. Brian era dos años mayor que ella, de cabellos rubios, muy valiente, pues solía trepar el muro del orfanato y, esquivar la estrecha vigilancia de las monjas para colarse en nuestra habitación, mientras todas dormíamos. Erika le regañó en una de esas ocasiones.

—Es que necesitaba verte —contestó Brian, mientras se desnudaba y se metía en su cama.

Todo ante la mirada de rabia y celos de Alison que quería a Erika para ella sola. Mientras tanto los amantes se susurraban confidencias al oído. A la espera de una mejor oportunidad para desahogar sus instintos más básicos, sin ser observados por mí y, sobre todo por una Alison enojada. Nosotras nos sentíamos intrusas en aquella habitación que olía a efebo por todas partes y aquellos efluvios sin duda nos excitaban, de tal forma que odiábamos a Erika por no compartir su presa con el resto de la manada. A Alison en principio no le gustaban los chicos, pero como hubiese alguna de nosotras por medio, siempre quería participar. Era la ventaja de ser una lesbiana declarada, pero abierta a probar cosas nuevas.

Aquel orfanato era para Erika como una cárcel cuyos barrotes solía doblegar con facilidad cada vez que se lo proponía sin ser descubierta por las monjas. Y casi siempre lo conseguía a través del sexo. Era su manera de

vengarse de las rigurosas normas de una institución tan retrograda regentada por las religiosas. Erika amasaba sus grandes pechos contra la dura caja pectoral de Brian, el cual entre sus logros deportivos estaba el haber ganado el campeonato Alasqueño de esquí de travesía en la modalidad de cadetes. Brian frotó violentamente su paquete contra las bragas de ella, intentó bajárselas de un tirón pero ella le apartó la mano bruscamente.

—Aquí no, que están estas —dijo Erika, en referencia a nosotras que nos hacíamos las dormidas, pero no cesábamos de vigilar los movimientos de los amantes.

Brian tuvo que conformarse con mojarse los calzoncillos con sus propios fluidos mientras le chupaba los pezones a su novia. Al principio cuando comenzó a salir con chicos, Erika apenas lograba acercarse al orgasmo, por eso se había convertido en lesbiana, durante el tiempo en que salió con Alison. Yo nunca supe de su relación hasta que me asignaron su misma habitación. En realidad salvo yo, nadie en el orfanato, ni el instituto que ambas compartían conmigo, sabía nada de que eran boyeras. Erika con los chicos nunca conseguía correrse, siempre terminaba recurriendo a la masturbación para alcanzar el orgasmo, hasta que se enamoró de la feminidad que para ella desprendía su amiga Alison. Aquello la avergonzaba, era algo que no podía ser. Entre dos chicas no estaba bien, lo prohibía la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Románica; y Erika por encima de todo era una chica católica.

En cambio con Brian todo era diferente a con los otros chicos. Sus orgasmos con él eran largos y tremendamente dolorosos; sobre todo aquella vez que la penetró analmente. Hasta ahora ningún chico le había hecho semejantes cosas y Brian tampoco había conocido a ninguna chica que le permitiese hacérselas. Por esto ambos encajaron perfectamente desde el primer instante.

Cuando nosotras fingimos quedarnos dormidas como hacíamos siempre, Brian aprovechaba para descender con su boca al manantial de agua clara y cristalina que brotaba desde el corazón de las bragas de Alison. Apartaba primero la telita de seda, tan metida en el culo de Erika que tuvo que rasgarla para acceder al cántaro de sus esencias, según acariciaba aquella almeja con su larga lengua rosácea. Ella mordía las sábanas para evitar emitir algún

gemido que nos despertase a nosotras que fingíamos estar dormidas, aunque en realidad no perdíamos detalle del envite. Mientras la lengua de Brian trabajaba por los bajos fondos, sus manos parecían poseer vida propia, palpando con acalorada pasión los grandes pechos de Erika; cuyos pezones habían hinchado tanto que parecían dos enormes globos a punto de explotar. Aquello desembocó en una cadena de orgasmos que Erika no había experimentado antes en toda su vida, ni siquiera cuando se acostaba con chicas.

Brian siempre había sido una persona un poco pizpireta. Así que decidió comprar un sombrero blanco para exhibirse, al salir de la única iglesia católica de la ciudad, delante de las chicas de Juneau. Así conoció a Erika, enseguida se acercó a ella para cortejarla. Especialmente le llamó la atención su precioso culo, y un par de pechos levantados forzosamente por un sujetador dos tallas más pequeño de lo adecuado para su estructura. Erika se lo ponía adrede porque le realzaba mucho el busto y le gustaba llevar las tetas bien apretadas. Unos días después de conocerla a la salida de la iglesia, se coló en el orfanato, mientras Erika que lavaba la ropa en un lavadero situado por detrás de los baños no lo vio llegar. Brian aprovechó que no había nadie por la zona a aquellas horas, para acercarse sigilosamente por detrás de ella. La sujetó por el abdomen con un brazo, mientras con el otro le subió las enaguas, en cuanto ella protestaba:

—¡Brian! ¡Estate quieto! ¡Brian! ¡Brian, qué haces! ¡Maldito Granuja! ¡Sigue, sigue no pares! ¡Ay, ay, ay Brian! —decía Erika.

No tardó demasiado en penetrarla. Ella se sintió satisfecha tras aquella salvaje acometida por parte de aquel díscolo muchacho. Si alguna de las monjas hubiese pasado por allí y los descubriese se meterían en un buen lio. La suerte estuvo de su lado y eso no ocurrió. Así fue la primera vez de Brian con aquella hermosa y pícara jovencuela.

Alison seguía enamorada de Erika a pesar de las negativas de ella a la hora de proponerle relaciones sexuales desde que se acostaba con Brian. Las maquinaciones de Alison terminaron una noche de borrachera, en las fiestas de Juneau, cuando sorprendentemente en una lesbiana, cogió al amante de su



amiga Erika y le pidió de rodillas que la follara, quería sentir lo mismo que ella cuando la penetraba.

Erika y yo nos encontrábamos tonteando con unos alasqueños en el otro extremo de la barra. Brian no se lo pensó dos veces, la cogió de la mano y se la llevó detrás de unos arbustos donde nadie pudiese verlos, mientras la Blue Orchestra tocaba una balada de Country. Alison era muy atractiva, diferente a Erika, morena, muy velluda. El pelo le brotaba con facilidad por todo el cuerpo, su sonrisa era un collar de perlas, sus glúteos estupendas posaderas para una penetración anal. Era una diosa, una diva con complejo de Peter Pan, con miedo al sexo con varones; miedo a lo que ocurriría si algún intruso se colaba en su vida por la puerta de atrás, sin papeles, amenazando con desgarrarle las paredes anales. Brian se desabrochó la entrepierna del pantalón a través de la cual emergió con fuerza su fálico miembro viril delante de la cara de Alison que comenzó a chuparlo con rabia, sin estar segura si aquello le agradaba o más bien podría provocarle arcadas.

—Así, así bonita —gemía de gozo Brian.

En cuanto hablábamos con los lugareños, los había visto desaparecer por el rabillo del ojo entre la espesura. Me excusé con los alasqueños, diciéndoles que nos íbamos a una esquina echar un pis y volvíamos enseguida. Arrastré a Erika conmigo y aprovechamos para escondernos entre unas matas y vigilar los movimientos de Brian y Alison, sin que nos vieran.

A pesar de que Alison siempre se había considerado una lesbiana acérrima, impulsada por unos celos enfermizos, esa noche sintió por primera vez en su vida la angustiada necesidad de probar algo diferente y lo hizo primero con su boca. Luego Brian la penetró en diferentes posturas, algo que hizo desencadenar en el interior de Alison una montaña rusa de orgasmos en cadena, provocándole un extraño vértigo que llegó a su fin con el semen de Brian empapando su rostro; salpicaduras de esperma mancharon su blanco cutis, como unos brochazos de un excéntrico pintor sobre un niveo lienzo. Erika aprovechó ese momento para salir de su escondite, y participar en aquel exquisito banquete de aquella maravillosa obra de arte, lamiendo el semen de Brian de la cara de su amiga, llenó su boca con él. A continuación introdujo su lengua en la boca de su amiga, dándole a probar el exquisito manjar: algo que Erika no compartiría con otra que no fuese ella y eso Alison lo sabía.

Al contemplar la escena, Brian no pudo evitar que su verga entrase de nuevo en erección, separó con ella sus tiernas bocas y se unió a aquel extraño ritual. Después de golpearlas con el falo en sus rostros, besó sus labios y lamió el vello púbico de sus sexos con ese morboso fervor propio del final de la adolescencia masculina, mientras tanto ellas seguían mordiéndose en el cuello y la boca, víctimas probablemente de la furia que la lengua de aquel semental desprendió en sus sibilinos clítoris. Ni siquiera la lluvia que caía con fuerza fue capaz de detener aquella orgía, que ahora se desarrollaba a unos tres metros de distancia de donde yo me ocultaba, espionando sigilosa sus movimientos. Se tumbaron sobre el barro bajo una conífera; cuyo elevado tronco apuntaba hacia un tormentoso cielo, a pesar de ello apenas sobresalía unos escasos metros sobre el palco de la fiesta, donde la Blue Orchestra tocaba una balada de George Mikel.

Las amantes untaban sus cuerpos totalmente desnudos con barro. Erika y Alison comenzaron a dar vueltas alrededor de la conífera, cuando por los altavoces se escuchaba: *Is This Love de Bob Marley*. Brian se les unió en aquel extraño ritual al que más tarde acordaron en llamar: *La Danza del Apareamiento*. Desde aquel día Erika y Alison, comprendieron y aprendieron a aceptar su bisexualidad sin remordimientos, como algo natural, una opción más dentro de su controvertido mundo idílico.

Tenía ganas de terminar el instituto, estaba en el último curso y me las apañaba como podía para sacar los exámenes adelante. Las juergas con mis amigas eran constantes y hacía tiempo que no salía con la gente del club alpino. Mis tutores en el orfanato no querían asumir riesgos, si me ocurría algo escalando, les caería el pelo. Sin excursiones, el último año del instituto resultó un calvario. Erika comenzó a acostarse con otros chicos a pesar de su relación con Brian, lo cual no le gustaba nada a su novio que, en ocasiones aceptaba formar parte de tríos u orgías, solo para satisfacer a su amante. No le agradaban pero lo aceptaba, consciente que de lo contrario la perdería; aunque ignoraba el tiempo que podría resistirlo.

En ocasiones yo también tomé parte de aquellas orgías, bebíamos más de la cuenta, nos metíamos unas rayas de cocaína y ya no había vuelta atrás. Los chicos nunca ponían pegas para montárselo con nosotras. Éramos jóvenes y hermosas, teníamos el mundo a nuestros pies. Nunca llegamos a prostituirnos,

pero ellos lo pagaban todo: alcohol, cocaína, éxtasis, marihuana, ácido, anfetaminas y metadona —según se prestase la ocasión—. Todo valía para que la fiesta continuara. En el orfanato nos comportábamos como unas santas pero fuera de él, éramos unos auténticos demonios. Al fin y al cabo no éramos reclusas y en nuestro tiempo libre, cada una hacía lo que quería. Con tal de estar a la hora señalada para cenar en el orfanato, podíamos hacer lo que nos diera la gana.

## XVIII

Jane777blogspot.com

Entrada, *date*: 21 de mayo 2017.

La relación entre Brian y Erika, como suele ocurrir con todas a esas edades, estaba llena de conflictos propios de la falta de madurez. Lentamente se fue consumiendo hasta quedar reducida a una tenue llama, solo avivada por la voraz pasión, relativa a una pareja que termina de dejar atrás la adolescencia. Esa llama estaba condenada a la extinción, solo los cuerpos se buscaban, pues las almas deambulaban por universos muy distintos. Una de las manías de Erika que nunca pudo soportar Brian, era la de follar en la estrecha habitación del apartamento donde vivía, observados por el ojo cíclico de una cámara de vídeo escondida al fondo del armario a costa por Erika, para luego deleitarse e invitar a los amigos de la pareja para visionar juntos en la televisión del salón, las escenas pornográficas a las que ella se prestaba como una fanática internauta que sentía una delirante obsesión por el sexo.

A ella no le importaba en absoluto que luego Brian se masturbase en compañía de sus amigos visionando la película, mientras ella se encargaba de la distribución de vasos de plástico con un poco de agua para el depósito de la eyaculación. Cuando los chicos terminaban de eyacular, vertía el contenido de los vasos en una pequeña jarra de cristal. Mientras Brian le vendaba los ojos con un pañuelo de color rojo y le daba a probar toda clase de frutas del bosque, sus colegas, que estaban condenados a mirar pero teniendo totalmente prohibido por Brian participar, guardaban en sus pantalones sus doloridas pollas. Yo también estuve alguna vez con ellos compartiendo una de esas sesiones pornográficas en grupo, pero nunca participé activamente en ellas, pues después de la experiencia con Brian, prefería acostarme solo con un chico a la vez —sin la presencia de terceras personas—, salvo que estuviese

muy colocada.

Brian vació el contenido de la jarrita en la boca de su novia. Ella saboreó con cierto nerviosismo el semen de los compañeros de su novio, resbalando parte de él por su barbilla, manchando su escote de pinceladas de deseo.

—¡Uuuuuuh, uuuuuuh, uuuuuuh! —exclamó Erika y de repente sus pollas volvieron de repente a ponerse todas duras.

Brian, que se percató enseguida de ello, arrastrándola de un brazo decidió llevársela de allí antes de que la cosa pasase a mayores.

—¡Qué ácida es esta compota! ¿De qué está hecha? —preguntó escondida tras su ceguera Erika.

—De amor, mucho amor— contestó Brian, que todo lo compartía con sus amigos, menos el cuerpo de su novia, Erika.

Ella era para él sólo. Para Erika era sencillo hacer el amor, tanto como montar a caballo o comprarse un vestido en una tienda de moda. Pero para sentirse realmente complacida necesitaba estar enamorada, para ella, ese sentimiento era algo irremplazable. El problema era que su amor no se centraba en una sola persona, tenía carácter concupiscente, universal, era como algo más global. Y ella estaba enamorada de la vida y del mundo en general, incluso de la comida. Después de una buena mamada nada como un buen trozo de tocino en sus labios carnosos.

Era una auténtica viciosa y una obsesa sexual. Los días del período Erika los llevaba muy mal, sobre todo si coincidía a finales de mes, con la cuenta corriente en números rojos, después de haberse gastado, todo lo que le enviaba su tío desde Boston en compras de última hora. En ese caso siempre solía consolarse introduciendo un dorado vibrador por el ano, pues si lo hacía por la vagina, le horrorizaba el hedor de la sangre que su flujo desprendía. Esos días de regla solía comerle la polla al primero que aparecía. En una de esas ocasiones Brian la descubrió con dos chicos chupándosela en los lavados de una discoteca. Se enojó muchísimo con ella, después de una larga discusión decidieron romper. Brian le explicó que encontró su amor a través de su deseo de poseerla, guiado por sus instintos más primarios. Fue el deseo el que le

llevó al amor y no el amor lo que le llevó al deseo. Primero la deseó y luego se enamoró, y no se enamoró antes de desearla: como realmente le hubiese gustado. Por eso lo suyo no podía funcionar nunca. No era un amor verdadero sino algo condicionado por el deseo. El sexo con el tiempo se había vuelto algo enfermizo para él y no podía soportar compartirla con nadie. Eran todavía demasiado jóvenes para comprometerse y su relación, aparte del sexo no tenía ningún futuro, por lo que Brian decidió que lo mejor para ambos era no volver a verse. Se encontraban a las puertas de la pubertad y cada uno debería encontrar su propio camino. Al cortar con ella, Erika enseguida retomó su antigua relación con Alison.

Llegó un momento que mis notas comenzaron a empeorar, aunque no había suspendido ninguna asignatura, necesitaba graduarme con las notas más altas posibles, para en el caso de conseguir una beca, tener más sencillo el acceso a la universidad. Así que decidí centrarme solo en mis estudios, dejé de salir con chicos y abandoné las fiestas. Mis compañeras de cuarto acordaron hacer lo mismo, se acercaban los exámenes finales y no nos quedaba otra que apretar los codos. Para matar el mono del alcohol y las drogas —ya que no me permitían salir con la gente del club alpino— me anoté a un grupo de *hip hop*. Se trataba de un baile de movimientos rápidos y secos. Convencí a Erika y Alison para que me acompañasen. Las dos tomaron la decisión de cuidarse y abandonar aquella vorágine de orgías y tríos que podría acabar dañando seriamente sus vidas. Aunque siempre utilizaban preservativo —un embarazo podría resultar letal para su futuro—; tanto chupar poyas comenzaba a afectarles al cerebro, creo que a mí también, pues dejé en la estacada a todos mis novios.

Bailando *hip hop*, se abrió un mundo nuevo para nosotras. Los chicos estaban buenos y macizos. Era un baile muy sensual en ocasiones, casi rozando lo obsceno. Los miembros del grupo en vez de pelearse a puñetazos como todos los muchachos de su edad, se retaban bailando. El ganador se llevaba el favor de las hembras y todas revoloteábamos a su alrededor como locas. Lo bueno del baile era que llegábamos al orfanato reventadas. Ya no teníamos ganas de sexo, ni de nada. Nos quedábamos enseguida dormidas y al día siguiente, nos despertábamos todas espabiladas para estudiar. El curso va

pasando rápido, los exámenes se acercan. Entre el baile y los estudios, casi no tengo tiempo libre. En unos días cumpliré la mayoría de edad. Al terminar los exámenes, me anotaré a un curso de asistencia socio sanitario para trabajar en un geriátrico. Debo abandonar el orfanato y necesito dinero para poder alquilar un apartamento. Erika tiene un tío en Boston que le dará alojamiento y le pagará los estudios para presentarse a celadora en una academia. Hasta ahora su tío no había podido ocuparse de ella, al parecer le ha surgido un buen empleo últimamente y ahora ya puede ayudarla. Alison la acompañará, se buscará un trabajo en un bar y alquilará una habitación, cerca de donde vive Erika.

Sé que me queda poco tiempo para compartir con ellas, pero quizás sea lo mejor, cada una tiene que buscar su destino. Erika dice que no dejará de visitar Alaska, puede que nos encontremos alguna vez en el futuro. Me da la impresión de que ella, no tiene del todo claro su condición de lesbiana, supongo que se lo hará pasar mal a Alison. ¡Qué le vamos a hacer! Ella está totalmente enamorada y la seguirá al fin del mundo.

En realidad lo que quiero es ingresar en la universidad, no trabajar en un geriátrico. El problema es que las ayudas del estado no llegan para entrar en la universidad, ni siquiera con una buena beca. Otra solución es ingresar en la academia de policía, pero después del incidente con mi padrastro, me han asignado un nuevo psiquiatra diferente al que me trataba por el impacto que supuso en mi vida la muerte de mis padres. El nuevo loquero es peor que el anterior. Él muy cabrón me ha diagnosticado un trastorno de conducta obsesivo compulsivo con episodios de violencia. Mientras no me dé la alta médica, no podré ingresar en la academia de policía.

Puedo acostarme con él y problema resuelto, me lo ha insinuado varias veces. Dice que el sexo con un adulto, puede ayudarme a superar mi trastorno bipolar. Ese cabrón, piensa que tengo doble personalidad, puede que tenga razón porque una parte de mí quiere matarlo. No quiero acostarme con él es superior a mis fuerzas. Me trata como si fuese oligofrénica. Una cosa es acostarme con chicos de mi edad que me atraen por voluntad propia y otra muy distinta, hacerlo con un matasanos apestoso que tiene aspecto de ser un carnicero. Podía intentar denunciarlo a las autoridades; aunque después de la experiencia con mi padrastro, no tengo ganas de ensuciar mi historial con otro

altercado con un adulto. La reiteración de dos hechos tan similares, jugaría en mi contra y esta vez, sí que me abrirían un expediente policial y ya no podría ingresar en la academia. Así que la única forma de que mi psiquiatra me diese la alta, sería chupándole la polla. Ante mi difícil situación, decidí no meterme en más en líos. Trabajaría en el geriátrico cuidando ancianos y trataría de ahorrar dinero, para en un futuro poder acceder a la universidad.

Si estudiaba criminología, ya no ingresaría en la policía como un simple agente de calle, me asignarían un buen puesto; entraría al menos con el grado de teniente y podría dedicarme al terreno de la investigación criminal. Acaso podía hacer otra cosa que limpiar las calles de la ciudad de una amalgama de defecaciones, eccemas, sinusitis, mucosas, bilis y toda clase de basura inmunda, compuesta por gente como mi padrastro y el baboso de mi psiquiatra. ¡Pervertidos de mierda! La verdad por su culpa, a pesar de haberme acostado con chicos muy guapos, nunca he podido disfrutar del sexo. La gente como mi padrastro o el asqueroso de mi psiquiatra, me revuelven las tripas; aunque este último individuo merece un capítulo aparte. No voy a contaros más de las depravantes y humillantes terapias a las que me somete. Es un enfermo mental y seguro que hace lo mismo con otras pacientes. Supongo que será como esos loqueros fascistas que trabajaron para Hitler durante la segunda guerra mundial. Bueno creo que es hora de concentrarme en mis estudios. Al terminar el curso comenzaré las prácticas para trabajar en un geriátrico, por lo que tal vez pase algunos meses sin volver a entrar en el Blog. Un millón de gracias por seguirme y podéis suscribiros si lo deseáis, solo será un minuto; así os será enviado un Email de manera automática, cuando publique nuevas entradas en el blog.



# **La hora del café**

## XIX

9.25h

*Juneau, Alaska*

*Enero, 2018*

En el tiempo que llevaba trabajando en el geriátrico, Jane no había vuelto a escribir ni una sola entrada. Por el resto su blog no arrojaba demasiada luz sobre el caso. Después de su lectura Swann no había sacado mucho más en claro de lo que ya sabía. Su contenido versaba sobre una amalgama de excursiones en las montañas, mezcladas con una serie de relatos de orgías adolescentes. ¡Cosas de críos! Nada destacable, salvo su encuentro con los cazadores en el lago. Si la identidad de los furtivos coincidía con la de los fallecidos en el altercado de la pasarela, la cosa cambiaba, puede que no se tratase de un intento de violación, sino de un ajuste de cuentas entre montañeros y cazadores. Aunque también podía ser ambas cosas. Sin embargo, de momento, a la espera del informe del forense sobre la verdadera identidad de los fallecidos, todo eran hipótesis.

La lectura del blog de Jane dejó al inspector Swann, meditativo. Cuatro meses atrás circulaba por la Alaska Highway en una furgoneta Volkswagen, acompañado de la inspectora jefe Alanis Morgan. Abandonaron la autopista para ascender por una carretera siguiendo la estela de la cadena montañosa. Se encontraban a principios de agosto y allí arriba la vegetación se extendía en una alfombra inmensa de ocre, beis, marrones y rojos. Los colores del otoño ya habían alcanzado los collados, antes de la llegada de la estación. La niebla estaba tan pegada a las cumbres que parecía nieve y le daba un aspecto mágico al paisaje.

Los cabellos flácidos caían blanquecinos sobre el rostro de Alanis, que parecía superada por los años de servicio, esperando el momento más adecuado para acogerse a una buena jubilación. Swann bajó la ventanilla para evitar que se llenase de vaho el parabrisas. En el horizonte una capa de humo azulado cubre los valles, dándole un aspecto tenebroso al paisaje. El sol apenas logra abrirse paso entre la neblina. Asfaltar la carretera a aquellas alturas no serviría de mucho, pues debido a las bajas temperaturas el chapapote se quebraría, llenándose de agujeros por lo que mejor era conservar el pavimento de tierra compacto sobre el permafrost congelado que hay debajo. El pavimento debe ser limpiado de nieve y hielo constantemente por las máquinas para que la carretera se mantenga transitable. Aunque resulta muy caro su mantenimiento, los gobiernos de Canadá y Estados Unidos decidieron mantenerla en funcionamiento —al menos durante la época estival— para evitar dejar aisladas a varias poblaciones del interior. En invierno una gruesa capa de nieve de varios metros de profundidad cubre la calzada, dejándola sepultada hasta la llegada de la primavera y prácticamente intransitable.

Avanzan hacia la frontera canadiense, donde pueden divisar el humo de un enorme incendio. Los hidroaviones no paran de cargar agua en el canal, cada viaje supone unos cuantiosos beneficios para las empresas aeronáuticas y un gran coste para las arcas públicas. Es casi imposible que a aquellas alturas arda nada, sino es por la intervención humana. Los guardas del bosque no dan abasto para vigilar tan larga extensión de terreno. Las Brigadas antiincendios se encargan de cercar el fuego por tierra. La situación es muy difícil de controlar, mientras la mayoría de los incendios probablemente sean provocados debido a intereses económicos. Algunos brigadistas ya han sido detenidos por generar distintos focos a la vez, que, vuelven locas a las patrullas. En verano el ejército colabora en las tareas de vigilancia y extinción. El problema no solo son los brigadistas, que si no arde el monte les reducen el contrato y pasan meses sin poder trabajar —por eso en ocasiones deciden provocar ellos mismos los incendios—; sino también las empresas de extinción aéreas que son las más interesadas en que ardan los bosques: cada vez que un aeroplano alza el vuelo, le sale sobre cinco mil dólares la hora a las arcas públicas.

El gobierno no gasta un duro en prevención y los bosques de píceas arden con facilidad. Los montes están llenos de maleza y eso es un combustible muy

inflamable para el fuego. La posibilidad de que los mismos brigadistas pagados por los dueños de las empresas aeronáuticas prendan fuego a los bosques, también entra dentro de lo posible. El coste ecológico y medioambiental es brutal. Los incendios provocados no hacen más que acelerar todavía más el cambio climático. Es como si la humanidad caminase irremediabilmente hacia su autodestrucción, cada incendio equivale a lo que contamina una bomba lanzada desde un bombardero durante un conflicto bélico, desgraciadamente la empresa armamentística tampoco ayuda a reducir las emisiones de CO2 en la atmósfera.

Un caribú cruza la carretera huyendo del fuego y Swann se ve obligado a dar un bandazo con el volante para esquivarlo, pierde el control del coche y termina saliéndose de la calzada, quedando atrapado en medio del fango y la maleza al borde de un barranco. Los dos están bien, llevan el cinturón de seguridad puesto y no les ha pasado nada. El auto ha quedado ladeado con dos ruedas metidas en la cuneta y no consiguen sacarlo del fango. Por suerte dos todoterrenos de los brigadistas que van hacia el incendio los remolcan y así consiguen proseguir su avance. Llega un punto que deben aparcar la furgoneta en un descampado. A partir de ahí, tienen que seguir a pie. Un cordón policial les cierra el paso, lo rebasan después de enseñar sus acreditaciones y avanzan por un estrecho sendero en silencio.

—Hola soy Elisabeth Blonkuist de la policía forestal —les atendió una agente—. Los incendiarios han utilizado pequeños globos aerostáticos que van cargados de material inflamable, al entrar en contacto con el suelo explotan, la deflagración abrasa todo lo que tiene a su lado, iniciando los fuegos. No sé dónde vamos a llegar, lo próximo será usar drones para iniciar la quema, así nos resultará imposible atraparlos.

—Yo soy Alanis Morgan y este es mi compañero Swann —la inspectora jefe hace las presentaciones, dándole un apretón de manos—. Me da mucha pena todo esto, pero somos de homicidios y estamos aquí por lo del cuerpo quemado.

—Síganme, por favor —dijo Elisabeth.

Entraron en una zona calcinada por las llamas, que habían dejado un paisaje desolador a su paso. Lo que antes era verde y floreciente foresta, ahora se había transformado en un crematorio.

Se acercaron a un enorme abeto totalmente quemado. El fuego había pegado duro en el árbol. De una de sus ramas, atado por una cuerda, colgaba suspendido un hombre boca abajo. Su cuerpo estaba calcinado, sin duda había muerto abrasado por las llamas. El forense, debido al estado del cadáver, no conseguiría sacarle una sola huella. Su rostro estaba irreconocible, tendrían que intervenir con un análisis exhaustivo de ADN para averiguar su identidad. Se trataba de Henrik Vanger: un varón de treinta y seis años condenado a cuatro años de prisión por provocar varios incendios en la zona fronteriza con Canadá. ¿Quién sabe si sería también el responsable de aquellos nuevos focos? Llevaba dos años en libertad condicional. Al parecer el sistema judicial no funcionaba y alguien tan peligroso estaba de nuevo en la calle, prendiendo fuego a los bosques.

Aunque Swann no descartaba la hipótesis del suicidio, Henrik pudo haberse atado el mismo la cuerda a los tobillos y luego pasarla por la rama, antes de trepar hasta lo alto del árbol, maniatarse las muñecas y lanzarse de bruces al vacío, de manera que quedase expuesto al fuego que el mismo probablemente había provocado. Todo era posible. No había pruebas de la presencia de nadie más en varias millas a la redonda. El caso quedó cerrado por falta de pruebas. Seguro que ese hombre era solo un mandado y los que le pagaban quedarían libres como pasa siempre.

En realidad Swann no volvería a pensar en él, de no haber oído hablar de los guardianes del bosque en el blog de Jane. Entró en su página web, efectivamente todos los miembros del club alpino pertenecían a los guardianes. Los suscriptores se habían disparado de los doscientos que había hablado Jane en el blog hace casi dos años a los más de doce mil de la actualidad. El ecologismo estaba avanzando en el mundo. No podría investigar a tanta gente. Además tampoco tenía ningún interés en hacerlo. Aquel pobre desgraciado igual se merecía un final así. Siempre pensó que los crímenes ecológicos deberían ser elevados al nivel de homicidio. Todos somos naturaleza y venimos de la naturaleza, si la destruimos nos matamos a nosotros mismos.

Eso todo quedaba muy bonito, pero los pirómanos tal vez no merecían la muerte. Se trataba de enfermos mentales que deberían ser tratados de su mal por profesionales. No podían dejarlos en libertad, mientras no estuviesen curados. Lo de culpar a los guardianes del bosque de aquel crimen era toda una temeridad. No tenía pruebas. Tal vez, consciente del daño que le estaba haciendo al medioambiente, el pirómano decidiera quitarse la vida. Eso era lo más probable que pasara.

Se suscribió a la página. Ahora ya era el guardián del bosque número doce mil cinco, toda una proeza. ¡En fin! De repente también se había convertido en un sospechoso más. Eran demasiados. Repasó la lista de suscriptores. Era obligatorio poner todos los datos y el número de identidad para suscribirse a la página. Estaba feliz por ello y se preguntó: ¿Si sería ético matar personas para salvar el planeta? La respuesta por supuesto era sí. ¿Qué pasa cuando las armas están en manos de los más ricos y poderosos que por otra parte son los que más contaminan el planeta? Lo cierto era que poco podríamos hacer en una guerra abierta contra ellos para salvar el medioambiente, llevaríamos todas las de perder. Solo existe una manera de ganar esta guerra y era concienciando al consumidor de no adquirir productos que a corto o largo plazo, terminasen acelerando el cambio climático y nuestra autodestrucción. Deberíamos evitar el consumo de plásticos y de más materiales derivados del petróleo, así como reducir las emisiones producidas por las explotaciones agrarias, los procesos industriales altamente contaminantes y el inadecuado tratamiento de residuos. La única solución es volver a la agricultura extensiva, los textiles sostenibles, la ganadería sustentada por el pastoreo y el papel ecológico que a diferencia del reciclable: se evita para su fabricación utilizar elementos nocivos para el medio ambiente. Los políticos nos mienten diciendo que todo esto no sería rentable, pero varios estudios constatan lo contrario, no solo obtendríamos mejores resultados económicos, además causaríamos un menor impacto medioambiental.

El petróleo es el ligamento de una de las capas tectónicas del planeta, su extracción abusiva induce a una mayor frecuencia de terremotos en la corteza terrestre, además la extracción de petróleo y gas, puede llegar a contaminar aparte del aire, los manantiales de agua y poner seriamente en peligro la salud de todos los seres vivos de la Tierra. La única solución es convertirnos en una sociedad lo más autosuficiente posible, dependiendo de otras fuentes de

energía alternativas. En este debate, podrían entrar las energías renovables y la nuclear. El problema surge con los residuos que ambas producen, pero cuyos efectos contaminantes son menores que los del efecto invernadero provocado por el petróleo en nuestra atmósfera. Lo cual puede llevar en poco tiempo, a la extinción de muchas especies de animales, incluida la raza humana.

El problema es cómo justificarían las fuertes inversiones económicas los magnates del petróleo, dueños de los oleoductos más grandes del mundo. En realidad la financiación de esos megaproyectos está más que amortizada con los cuantiosos beneficios que generan sus empresas. Tal vez sea el momento de ser realistas y buscar otras alternativas menos dañinas para el medio ambiente.

La energía solar y la geotérmica, son por el contrario, mucho menos contaminantes; pues en principio no deterioran el aire de la atmósfera. Una vez finalizado el periodo de vida de las placas policristalinas de silicio que ronda entorno a los veinticinco años, deben ser sustituidas por otras. Eso es debido a la baja calidad de la aleación del silicio con otros materiales de que está compuestas las células fotovoltaicas que son las encargadas de transformar la energía de la luz solar en electricidad. Tal vez llegase la hora de que para evitar los residuos producidos por las placas solares, las fabricasen de más calidad, así durarían más años; quizás los gobiernos deberían sufragar parte de esos gastos. Lo mismo deberían hacer con otros productos como los coches, electrodomésticos, consumibles, bombillas, televisores, relojes, textiles, teléfonos móviles, ordenadores, impresoras y equipos de sonido; premiando a las empresas por la calidad y la duración de los productos, y penalizándolas por su rápido deterioro.

El sol en Alaska durante los meses de invierno tiene muy poca presencia, por eso las placas solares son más efectivas en climas más cálidos. De todas maneras la potencia del astro solar bien aprovechada, genera una energía mucho más limpia que las energías provenientes de los combustibles fósiles que por otra parte comienzan a escasear en el planeta. En cuanto a la energía geotérmica aprovecha el calor del subsuelo a través de una serie de bombas que pueden mantener caliente la vivienda y el agua durante todo el año, sin depender de ningún otro tipo de energía exterior.

Esta clase de energías alternativas terminaría con las petroleras y las grandes compañías eléctricas, pero a la larga podrían suponer la salvación de la humanidad. Al menos por el momento, mientras no sepamos gestionar comunalmente la energía y reciclar adecuadamente los residuos. Al hablar de gestionar comunalmente, me refiero —debido al aumento progresivo de la población de la Tierra— a aprovechar al máximo la energía por el bien de la humanidad, utilizando más el transporte público, las bibliotecas, cibernets, cafés, baños y duchas comunes para ahorrar lo más posible en el consumo del agua y electricidad. Si nos podemos duchar con cinco litros de agua diez personas, mejor que lo haga una sola como ocurre con el modelo de gestión actual de aguas. Con esto no quiero decir que tengamos que ser más guarros, pero sí más conscientes de que los recursos naturales tienen un carácter perentorio, y también pueden llegar a agotarse sino los gestionamos bien. Otra de las grandes mentiras de la industria fue la supresión del bidé de los aseos modernos y la inclusión del papel higiénico en nuestras vidas, su uso además de irritar las hemorroides anales produciendo su sangrado, acelera de forma trepidante la deforestación del planeta, eliminarlo no solo mejoraría nuestra higiene, además detendríamos la tala indiscriminada de árboles, tan necesarios para producir el oxígeno en nuestro planeta, que es lo que nos da la vida.

Tal vez haya que retroceder unos años en la historia y dar valor a otras cosas que hemos perdido con el progreso. Antes la vida discurría, en parte, en muchas poblaciones en torno a los ríos. Los vertidos de muchas industrias junto con las centrales hidroeléctricas han terminado con gran parte de la fauna que los poblaban, acelerando la desaparición de especies enteras de peces que llevaban miles de años dependiendo de sus aguas para su subsistencia.

Los antiguos moradores de la Tierra utilizaban el agua de los ríos para bañarse, la canalizaban para regar los huertos, construyendo molinos en los cauces para moler el trigo y enormes norias para distribuirla por las poblaciones. Todo era mucho más ecológico que ahora. La tecnología aunque ha traído muchos adelantos: su abuso también nos lleva irremediabilmente hacia el desastre y la autodestrucción. Las bicicletas son uno los pocos inventos que no contaminan y sirven para descongestionar de vehículos a motor el tráfico. El caballo durante siglos fue explotado y utilizado para nuestro confort, como medio de transporte. Los cuadrúpedos eran obligados a cargar con carruajes de dos, cuatro o incluso más ruedas con fines muchas



veces comerciales. ¿Qué culpa tiene el caballo de nuestros problemas de desplazamiento? Algunos jinetes, estrellas de la hípica, están aprovechando una nueva conciencia ecológica, que parece estar arraigando mucho más lentamente de lo necesario en la humanidad para dejar de lado los vehículos de combustión, y aprender a montar todos a caballo como en tiempos del lejano oeste. Tal vez a costa de los pobres cuadrúpedos, logremos salvar el planeta. Seguro que su precio se dispararía, y a los pobres no nos quedaría otro remedio que adquirir un asno como Sancho Panza el mítico escudero, en vez de un caballo como el maltrecho y enjuto Rocinante, que montaba con grácil abolengo, su señor don Quijote.

## XX

### 9.30h

La fachada del hospital de Juneau está compuesta por una serie de paneles azules, grises y beis de aspecto metálico; combinada con las zonas acristaladas de las habitaciones y otros espacios compartidos, muestra el aspecto de una nave industrial moderna. En la habitación de Peter Thompson, tras una mañana ajetreada, reina la calma. Los gemelos y el sóleo le duelen horrores, después de ser intervenido de urgencia por un grupo de cirujanos de guardia esta madrugada. La herida había sido provocada por las garras de un oso grizzli del tamaño de un hipopótamo. Después de la intervención lo han trasladado a una zona reservada del hospital para mantenerlo alejado de los medios de comunicación. Salvo los médicos y el personal sanitario, nadie puede entrar en esa ala de la residencia.

El torniquete que improvisó para detener la hemorragia, logró salvarle la vida. No se puede decir lo mismo de sus compañeros de cacería. Los tres están muertos. Los echará de menos. James y Noel eran hijos del magnate del petróleo Adam Taylor. Ambos hermanos tenían un aspecto montaraz, típico de los cazadores de alta montaña y les encantaba coleccionar armas de fuego. En cuanto a su otro compañero fallecido: Philip Blomk, cabría destacar que era hijo de Enzo, un importante empresario republicano, que año tras año obtenía la concesión para encargarse de la extinción de incendios en Alaska. Poseía varias flotas de aviones, así como de camiones cisterna para su cometido. En ocasiones las tormentas veraniegas, podían producir varios fuegos a la vez, provocados por los rayos que caían en distintos puntos del bosque. Cuando las fuerzas meteorológicas, no favorecían sus intereses y llevaba demasiado tiempo si arder el monte: echaba mano de su hijo Philip y sus amigos para provocar algunos incendios. Algo así ocurrió el verano pasado. Estaba siendo una estación muy tranquila, sin fuegos que apagar en Alaska. Enzo Blomk, no

dudó en apoyarse en su hijo.

Philip avisó a Peter, James y Noel. Los tres lo acompañaron en su viaje por la montaña. Philip había decidido contactar con Henri Vanger, un expresidiario que junto con su ayuda, a la larga provocaría el incendio más grande que se conocía hasta la fecha en Alaska. Se citaron con él en un bar restaurante situado en una pequeña población cercana a la frontera de Canadá. Habían viajado hasta allí los cuatro en una furgoneta robada, para cometer el atentado y reunirse con el incendiario. Nada más entrar en el local, contemplaron impresionados, un montón de matrículas antiguas de Alaska —de fondo amarillo con letras y números negros— que decoraban una de las paredes del local. Encima de la barra, colgaban decenas de suvenires para turistas como camisetas y tazas con asas con el logotipo de Alaska grabado. El techo estaba cubierto de una amalgama de viseras de diferentes tamaños y colores. En torno a la barra descansaban varios taburetes forrados en piel de alce. En una esquina había una máquina de discos de las antiguas que funciona con monedas y una mesa de villar al fondo que estaba vacía. Se sentaron en los taburetes y pidieron cinco cervezas.

—¿Habéis traído todo el material? —preguntó Henri, visiblemente nervioso. Los años pasados en la cárcel por provocar varios fuegos intencionados en el bosque, no lo tranquilizaban demasiado.

—Todo está en la furgoneta. Una docena de globos aerostáticos con material inflamable, además de una veintena de botellas con gasolina y aceite, por si fallasen los globos —le informó Philip.

—¿Y el dinero? —preguntó de nuevo Henri.

—Aquí tienes —dice Philip, dejando un sobre sobre la mesa—. Cinco mil dólares ahora y los otros cinco al terminar el trabajo. Si algo sale mal, recuerda que no nos conocemos de nada.

Piden algo de comer con las cervezas, antes de ponerse en marcha. Una camarera cincuentona, les sirve varios pasteles de frambuesa y arándanos, una galleta enorme rellena de chocolate del tamaño de un ladrillo y varios sanguis de pavo. Al terminar lo dejaron todo sin recoger y subieron los cinco a la furgoneta. Ascendieron por una pista forestal, entrando en el bosque. Se

detuvieron en algunos puntos para prender fuego a los trapos que utilizaban de mechas y lanzar las botellas de gasolina para incendiar el monte.

Al terminar con las botellas, continúan ascendiendo hasta el puerto de montaña, dejando un rastro de lumbre a su espalda. Desde arriba contemplan el intenso verde de los bosques de piceas negras y abedules que se extienden a sus pies. Entre los matorrales se encuentra escondido un vehículo. Sacan las cajas con los globos aerostáticos de la furgoneta y las cargan en la ranchera. Luego se despiden de Henri y suben de nuevo a la furgoneta, desapareciendo monte abajo por el lado opuesto de la montaña, al que le han prendido fuego. Aquella fue la última vez que vieron a Henri con vida. Nadie sabe cómo, pero cuando el fuego comenzó a propagarse, calcinando miles de hectáreas de bosque, las brigadas de extinción de incendios encontraron su cuerpo calcinado, colgado de la rama de un árbol por una cuerda rígida.

Esa noche al regresar a Juneau con la furgoneta, los cuatro amigos se montaron una gran juerga. El incendio se había expandido de una manera vertiginosa. El cielo de la ciudad estaba cubierto de humo y las pavesas circulaban libremente por las calles. Aquello parecía el fin del mundo. Algunos habitantes de Juneau, caminaban por las aceras con máscaras de oxígeno. Mientras mucha gente no conseguía conciliar el sueño, asustados por el pánico provocado por la oleada de incendios, ellos lo celebraban por todo lo alto, emborrachándose en un club de alterne.

El padre de Peter y el de Philip, llevaban muchos años asociados. Los incendios provocados les dejaban una buena tajada a ambos. Si el monte no ardía, los aviones cisterna no volaban y sus padres no ganaban dinero. En realidad saldría mucho más barato para las arcas públicas invertir en prevención y vigilancia, pero eso no les interesaba. El sistema actual de extinción de incendios favorece claramente a una minoría de compañías privadas. Aunque lo pagamos todos de nuestros bolsillos. El gobernador de Alaska y padre de Peter, no dudaba en condenar públicamente, delante de las cámaras de la BBC, los actos vandálicos provocados con su consentimiento por su hijo Peter y sus amigos, que le proporcionaban unos cuantiosos beneficios.

—Esta noche nos han dado donde más nos duele. Alaska entera llora. Los que han provocado esta oleada de incendios, son una banda de criminales.

Pero no quedarán impunes, os puedo asegurar que pagarán sus fechorías con la cárcel.

Cuatro meses después de pronunciar estas palabras Cameron Thompson, delante de las cámaras de televisión, todavía no había ningún detenido. Como esta vez no podían culpar de los incendios a las fuerzas meteorológicas, pues no se produjeron tormentas cuando sucedieron los fuegos, se afanaron en echar la culpa a un grupo de inocentes jóvenes que estaban haciendo una barbacoa al aire libre cerca de la frontera con Canadá. Se levantó un poco de viento y se expandió un fuego que, una pequeña brigada ayudada por los jóvenes, extinguió en pocos minutos. La prensa ni siquiera se molestó en comprobar que todo era una farsa. A los jóvenes los amenazaron con una fuerte sanción económica si abrían la boca. La mayoría de los periodistas estaban comprados o, le debían algún favor al gobernador y publicaban lo que las autoridades les imponían.

Luego todavía hay personas que creen en la libertad de prensa. Todo está manipulado para hacernos creer que el mundo es un lugar seguro. Eso Peter Thompson el hijo del gobernador de Alaska y sus amigos lo sabían, pero lo único que les importaba era pasarlo bien y disponer de dinero para sus vicios. Los demás asuntos no les concernían.

Ahora en los alrededores de Juneau, solo quedaba un mar de piceas calcinadas en medio de una clamorosa alfombra verde. Una herida letal en el corazón de Alaska, casi tres millones de hectáreas quemadas. Los bomberos no pudieron hacer otra cosa, que esperar a que la lluvia apareciese para lograr reducir todos los focos. Provocar aquellos incendios no fue buena idea, pensaba Peter, postrado en la cama del hospital. Era como si los espíritus del bosque quisieran vengarse y hubiesen enviado al oso para terminar con ellos. Él era el único superviviente de aquella carnicería, ahora sus mejores amigos estaban muertos.

Su padre le había ordenado que mantuviese la boca cerrada. Él no se encontraba en la pasarela cuando todo sucedió. Tampoco había sido testigo de cómo la muchacha atravesaba el abdomen de James con un puñal. Eso no pudo verlo, se encontraba en el suelo tirado cuando el oso lo derribó. Ni vio como el oso se llevaba media pierna de Philip. O como Noel se rompía la crisma contra una roca al caer al suelo huyendo del cuadrúpedo. Eso tampoco pudo

verlo, porque nunca había estado allí. Eso al menos era de lo que trató de convencerlo su padre.

En realidad lo había visto todo, menos lo de la puñalada a James. De eso se enteró más tarde, cuando salió la noticia publicada en internet. Él se encontraba malherido al otro lado del puente y no pudo presenciar la escena. Todavía no se habían hecho oficiales los nombres de las víctimas, la maquinaria puesta en marcha por su padre para retardar la salida de la luz pública de los hechos parecía funcionar. El gobernador de Alaska tenía ojos en todas partes. Los informes de la identidad de los fallecidos, le llegarían antes incluso que al inspector Swann que, era el encargado de llevar el caso. Trataría de demorar la noticia lo máximo posible. Para ello, tenía al forense y media policía en el bolsillo. Ojalá pudiese domar también a los animales, pero el bosque tenía sus propias reglas. El oso le había dañado el sóleo y los gemelos de su pierna derecha de un zarpazo a su hijo. Tardaría al menos dos semanas en poder volver a caminar sin muletas y un par de días en ser dado de alta en el hospital. Lo operaron de urgencia, en cuanto llegó. Esperaba que no se le infectasen los puntos y poder recuperarse, cuanto antes mejor. Una estancia demasiado prolongada en el hospital podría alimentar la rumorología del lugar. En una ciudad tan pequeña como Juneau, las noticias se expanden igual de rápido que la ventisca.

Estaba demasiado oscuro, cuando se afanaron en perseguir a la chica. Fue una auténtica locura. Iban demasiado colocados y el bajón de la cocaína, los puso cachondos. Lo que hicieron no estuvo nada bien. Ellos eran cuatro y ella solo una. Habían bebido y fumado mucho, después de pasar toda la noche cazando. La cocaína les servía para mantenerse despiertos y el alcohol para espantar el frío. De todas maneras el rostro de la chica le sonaba de algo: no era la primera vez que la veía. Aunque con lo oscuro que estaba, nunca estaría seguro del todo. Entonces un atisbo de lucidez invadió su mente, ese rostro no se le podía olvidar tan fácilmente, se trataba de la chica del club alpino que lo amenazó con una navaja en el lago Lindeman. ¡La muy hija de puta! Quién podía ser sino ella. Cogió el Iphone en la mesilla. Entró en internet y la buscó en la página del club alpino: no figuraba por ninguna parte, seguramente se había dado de baja como miembro. Tenía que averiguar su verdadera identidad. Ella había matado a su amigo. En cuanto se recuperase de su herida, la mataría de una manera lenta y atroz. Quizás perforándole el cráneo con un

taladro eléctrico en distintos puntos, y luego llenando de gusanos los agujeros para que devorasen lentamente sus sesos, antes de estrangularla. No podía denunciarla, ellos la habían intentado violar primero. Si lo hacía, terminaría en la cárcel y su padre lo mataría por abrir la boca.

Juneau era una ciudad pequeña, resultaría fácil averiguar su paradero. Pero antes debía esperar a que las cosas se calmaran. Su padre estaba muy enfadado con él, debía ser cauto. Con sus amigos muertos, no se atrevía a dar ningún paso, antes de recuperarse de sus heridas. Primero trataría de reponerse, y luego la buscaría. La estrangularía con sus propias manos y cuando su cuerpo estuviese todavía caliente, la penetraría: el rigor mortis lo ponía de lo más cachondo. Siempre había deseado hacerlo con un cadáver, sería su manera particular de vengarse por la muerte de sus amigos, ni siquiera tendría que cometer el sacrilegio de tener que profanar una tumba, la necrofobia la cometería utilizando sus propias manos. Él no era ningún asesino, pero no podía dejar sin vengar la muerte de sus mejores colegas. Después se encargaría del oso, llenaría el bosque de trampas y lo perseguiría día y noche, hasta dar con él. ¿Cómo lo reconocería? Sería imposible, todos los osos grizzlis son iguales. Los mataría, uno a uno, hasta que se extinguiesen.

Quería ver Alaska libre de esos malditos plantígrados, ¡maldito oso!, no sabía si sería buena idea, el espíritu del bosque podría tratar de vengarse de él, como hizo con sus amigos. Quizás fuera mejor colgar la escopeta y no volver a cazar nunca más. En cuanto a la chica, primero tendría que averiguar dónde vivía y cómo diablos se llamaba. Entró de nuevo en la página del club alpino en internet, nada ni rastro. Empezó a mirar fotos antiguas, tal vez apareciese por alguna parte. Tan solo hacía un año y medio que se había encontrado con ella en el lago Lindeman. ¡Mierda! Allí solo venían fotos de las excursiones más recientes. Después de pasar un largo rato mirándolas, se dio por vencido. Seguro que algo había pasado por alto. Necesitaba descansar, dejó el móvil apoyado de nuevo sobre la mesilla, y cerró los párpados tratando de dormir un rato.





## XXI

09.45h

La inspectora jefa Alanis Morgan se encontraba ayer en Chicago visitando a su familia. De madrugada cogió un avión hasta Vancouver, donde hizo escala y luego otro vuelo hasta Juneau. Terminaba de llegar a la oficina cuando el inspector Swann la informó de los hechos acontecidos en la pasarela esa madrugada. Apenas tuvo tiempo de asimilarlos. Estaba agotada del viaje, necesitaba un café. El inspector desapareció por la puerta y al poco rato le trajo un expreso de la máquina expendedora para a continuación dejarla sola. Entonces se recostó en el respaldo del sillón de su despacho y con la cucharilla se puso a remover el líquido brebaje. Apenas acababa de llegar a la ciudad y ya se había cometido un nuevo crimen. El teléfono de su despacho sonó de repente: una agente le pedía permiso para pasarle una llamada del gobernador de Alaska. Se reincorporó sobresaltada: rara vez Cameron Thompson se molestaba en hablar con ella, salvo que se tratara de algún asunto turbio. No le agradaba nada tratar con los políticos. Era probable que de alguna u otra manera, intentaran atraer el favor de la policía para sacarles de cualquier embrollo. Aun así, se armó de valor y le mandó a la agente, pasarle la llamada.

—¿A qué se debe el honor, señor Cameron? —dijo Alanis.

—Señora Alanis, usted lleva años sirviendo fielmente a nuestra comunidad. Además de ser una buena madre y una estupenda esposa. Como madre sabrá que uno lo da todo por sus hijos, aunque a veces salgan algo descarriados, a uno no le queda más remedio que velar por sus intereses. Esta madrugada ha ocurrido un hecho muy desagradable, muy cerca de la fábrica de la luz ¿Me imagino que ya está usted informada?

—Efectivamente, señor Thompson —contestó Alanis, fríamente.

—¡Bien! Iré al grano, sé que es usted una persona muy ocupada. Un padre en ocasiones es demasiado indulgente con sus retoños. Le consiente demasiadas cosas, pero mis hijos igual que los suyos, ya hace mucho que han alcanzado la mayoría de edad y por lo tanto han optado por seguir su propio camino lejos de la política. Tengo dos hijos igual que usted. Mikel el mayor tiene sobre treinta y cinco años, es arquitecto y el orgullo de la familia, varios de los edificios más modernos de Juneau llevan su firma.

Alanis conocía su obra, había levantado una torre de hierro y cristal destinada a albergar la biblioteca universitaria de Anchorage. Una obra totalmente perfecta, sin una sola arista. Para Alanis ese era el problema, muy representativo de la arquitectura actual, la obra estaba pensada para deslumbrar al viandante, pero su falta de practicidad para el usuario, la convertía en una especie de presidio para alumnos. Al carecer de ventanas, se veían avocados a soportar el aire acondicionado y la calefacción todo el año, sin posibilidad alguna de ventilar las instalaciones. Imposible airear las salas como se hacía antiguamente, permitiendo que entrara el aire del exterior, bastante devaluado últimamente por la construcción de una refinería a las afueras de la ciudad. La refinería era otra de las obras magnas de Mikel Thompson, meritoria de un master en polución y contaminación del medio ambiente, cuya explotación solo beneficiaba al gobernador y sus socios petroleros. La brisa oceánica, aliviaba en parte esa polución.

—Mi otro hijo Peter —continuó diciendo Cameron— es diseñador gráfico, pero apenas ejerce como tal. Nunca he pretendido que mis hijos fuesen unos vagos, pero Peter siempre ha sido una especie de niño mimado con ideas altruistas. Y aunque no es mal chaval: no hace más que meterse en líos y poner en evidencia a su padre. Llevo más de doce años ganando las elecciones en este estado: tratando de responder a la confianza de mis votantes, trayendo la riqueza y la prosperidad a nuestra tierra. Las restricciones del parque nacional han frenado en seco nuestro proyecto de abrir nuevos pozos petrolíferos en la zona, pero con el tiempo y la ayuda de Dios, conseguiremos los permisos pertinentes.

—Conozco sus progresos, pero quizás el petróleo solo nos traerá la riqueza a corto plazo y terminará a la larga siendo perjudicial para todos. ¿No cree señor en la amenaza del cambio climático? —preguntó Alanis.

—Qué aumente algún grado la temperatura del planeta: no nos vendrá mal, al contrario, ¿acaso a usted le gusta el frío? Es malo para las articulaciones y a nuestra edad hay que cuidarse —repuso Cameron.

«¡Es un inepto! —reflexionó Alanis—. El problema es que el mundo está lleno de tipos así, que aún por encima gobiernan naciones. La economía es una bestia que todo lo devora, dirigida por hombres como este, terminará arrastrando a la humanidad a su extinción. Los recursos naturales deberían estar al servicio de la humanidad para hacer uso de ellos con coherencia y no que nuestra vida gire a su alrededor, abusando de su explotación solo lograremos destruir el equilibrio del ecosistema. Pero no nos equivoquemos nosotros no lograremos acabar con el planeta, este se adaptara a los cambios mejor que nosotros y nos borrará sin piedad de la faz de la Tierra. Nuestra batalla contra la naturaleza está perdida de antemano, solo lograremos subsistir aprendiendo a convivir en paz con ella».

Le hubiera gustado explicarle al gobernador que los casquetes polares se están fundiendo y el nivel del mar está subiendo. Además en muchas regiones los fenómenos meteorológicos extremos y las inundaciones son cada vez más frecuentes; en otras se registran olas de calor y en consecuencia aumenta la sequía que provoca a su vez un aumento progresivo de los incendios, poniendo en peligro la subsistencia de la masa forestal del planeta. Los efectos del cambio climático son ya una realidad devastadora para la humanidad, las inundaciones afectan a millones de personas y causan pérdidas económicas por miles de millones de dólares. Muchas plantas y especies animales, incapaces de adaptarse a los cambios, corren un serio peligro de extinción. Tratar de explicarle todo eso a aquel personaje que parecía tener monedas por neuronas en el cerebro, resultaría toda una pérdida de tiempo. Así que Alanis se limitó a asentir, además le quedaba poco para jubilarse y no pretendía poner en peligro su paga, llevándole la contraria a alguien tan poderoso.

—Le estaba hablando de Peter —prosiguió Cameron—. Lo peor de este muchacho, es que últimamente no hace más que meterse en líos. Se ha juntado con una pandilla de moteros, son hijos de importantes empresarios de la zona que se aprovecharon de la benevolencia de sus padres para darse grandes juergas, niños mimados que nunca han trabajado y se dedican a derrochar

parte de la fortuna de sus padres. Ya sabe gentuza de lo más indeseable, todos tatuados y con esas horribles camisetas negras de Heavy Metal. A mí lo que me gustaría, es verlo con traje y corbata como su hermano Mikel.

«Tampoco tiene nada malo ser motero y amante del Heavy Metal —pensó Alanis—. Un poco desorientada y sin intuir donde quería llegar el gobernador».

—¡En fin! A lo que iba —continuó Cameron—. No sé cómo, pero mi chico se vio involucrado en el jaleo que hubo esta madrugada en la pasarela. La buena noticia es que la fortuna ha querido que sobreviviese. Según me informó, él y los tres desgraciados de sus amigos se propasaron un poco con la bebida y la marihuana. Ya sabe cosas de críos. No sé les ocurrió otra idea que la de contratar a una prostituta para pasar el rato. Algo normal que todos hemos hecho alguna vez en nuestra vida y no supone ningún delito. Al parecer la muy zorra sacó un cuchillo y apuñaló a uno de ellos. Seguro que iba puesta de metadona hasta los topes. Siempre aconsejo a mis hijos que no contraten a ninguna chica de la calle, es mejor que vayan a un club de alterne: allí hay gente seria.

«Claro les retiran el pasaporte y las retienen allí a la fuerza, así ninguna se rebela —pensó Alanis—. Este tipo está loco, cada vez me está gustando menos este asunto, seguro que me traerá problemas».

—Luego me contó que entre los matorrales surgió un oso que atacó y mató a otro de sus colegas. El tercero de ellos tratando de escapar del animal, tropezó en algo con tan mala suerte que se rompió la cabeza contra una roca.

—¡Bien! ¡Conozco los hechos! —interrumpió Alanis—. Le aseguro que haremos todo lo posible por encerrar a la culpable.

—No lo dudo, continuarán rastreando el bosque hasta dar con esa desgraciada. Usted misma vigilará los grupos de búsqueda. Mientras tanto enviaré una solicitud a la EPA para que autorice una batida por el parque nacional. Le recuerdo que ahora tenemos dos enemigos, esa muchacha y los malditos osos. Pero antes quiero que de una rueda de prensa, informando de todos los hechos que le he contado, pero omitiendo la identidad de mi hijo. La identidad del testigo debe ser protegida a toda costa. Lo hemos trasladado a

una planta del hospital privada para que no puedan interrogarlo, deberán fiarse de lo que yo les he contado, por algo soy el gobernador.

—Jamás pondremos en duda su palabra señor —añadió Alanis.

—En fin, lo más importante es que no trascienda el nombre de mi hijo en todo este asunto. Eso podría costarme caro en las próximas elecciones, pero a usted le costaría su puesto y no le conviene complicarse la vida, menos ahora que tiene tan cerca la jubilación. Si en cambio se comporta como una chica lista y hace la vista gorda, se ganará una condecoración y será ascendida a jefa de departamento. Eso mejorará considerablemente sus emolumentos y ayudará a engrosar su pensión cuando se jubile.

—¡Gracias señor! No habrá errores. Encontraremos a la culpable y cerraremos este caso lo antes posible —concluyó Alanis.

—En cuanto a un posible juicio no se preocupe, el éxito de mi carrera política se basa en saberme anticipar a los hechos. Temía que mi hijo pudiera darnos algún problema, por eso tengo un doble contratado, muy parecido a Peter físicamente y de su misma edad. Se llama Stephen Ross y acaba de ser dado de alta en el hospital con una leve contusión en una pierna, supuestamente provocada por el ataque de un animal. Él corroborará mi testimonio, está bien pagado y dará el pego delante de la prensa. Le daré su dirección para que puedan interrogarlo. Excuso recordarle que esta información es del todo confidencial y esta llamada nunca ha existido, será borrada automáticamente de los registros telefónicos.

—No se preocupe señor, anotaré la dirección y será como si nunca hubiésemos hablado —añadió Alanis.

Alanis cogió un bloc y anotó los datos de Stephen Ross antes de colgar el teléfono. Nunca pensó que precisaría la ayuda de un republicano para llegar a lo más alto, jefa de departamento, eso suponía una oficina para ella sola. Ya le estaba cayendo bien el gobernador Thompson, incluso era posible que en las próximas elecciones le votase por primera vez en su vida. Aunque para ello debiese renunciar a sus principios de demócrata: que más daba de todas maneras ella sola no podría cambiar el mundo, eso lo dejaba para idealistas como Swann White o Norah McCann que, en ocasiones habían conseguido

contagiarle su espíritu ecologista. Ante un probable ascenso, no dudaría en traicionarlos. Les contaría solo lo que el gobernador quería que supiesen, así continuarían dando palos de ciego en este caso.

## JEFA DE DEPARTAMENTO

Alanis Morgan

Ya estaba viendo el letrero en una inmensa oficina en la planta más alta del edificio de policía, desde donde podría disponer de unas increíbles vistas, tanto del canal como de las montañas que rodeaban Juneau.

## XXII

### 10.20h

Los datos que le aportó la inspectora jefe Alanis Morgan, según el criterio de Swann, arrojaron algo de luz sobre el caso: si en realidad Jane se dedicaba a ejercer la prostitución y había asesinado deliberadamente a uno de sus supuestos agresores, la cosa cambiaba; debería localizarla y hablar con ella antes de sacar más conclusiones, aunque primero interrogarían al único testigo superviviente de la reyerta. Al parecer ya había sido dado de alta en el hospital y se encontraba en su domicilio descansando. La identidad del testigo coincidía con la del viejo instructor de Jane en el club alpino. Si Stephen Ross y Jane ya se conocían: ¿Qué sentido tenía el intentar violarla? Pudo haberlo hecho durante sus excursiones por la montaña, Stephen se había encargado de su preparación para el campeonato estatal de escalda en hielo. ¿No tenía ninguna lógica que Stephen se arriesgase a violar en grupo a una de sus mejores escaladoras? Jane lo conocía y podía denunciarlo. El perfil de Stephen no coincidía con el del típico agresor sexual. Los montañeros suelen ser personas pacíficas, muy respetuosas con el medio ambiente y un ejemplo en su ámbito social. Claro que siempre hay excepciones. Estaba claro que alguien mentía. Uno de los dos, Jane o Stephen no decía la verdad. Aquello no tenía sentido. El caso estaba resultando de lo más confuso, ni Jane le parecía una prostituta, ni tampoco Stephen un agresor sexual. Por el amor de Dios, si estaba casado y tenía una hija pequeña.

En ese momento una alerta lo avisó de que entró un correo en su ordenador con las grabaciones adjuntas de lo sucedido aquella noche. A pesar de la escasa luz, esperaba que sirvieran para algo. La sorpresa fue mayúscula, y las imágenes de las grabaciones arrojaron bastante luz sobre el caso. En las secuencias, las cámaras mostraban a la joven iniciando la huida, perseguida por un grupo de cuatro hombres. La declaración del único testigo saltó por los

aires. La supuesta contratación de una prostituta era una farsa, Stephen Ross había mentido. Tal vez debería hacerle una visita. Después de examinar las fotos de los cadáveres que no arrojaron nuevas pistas sobre el caso, Swann las metió en una carpeta, junto a la del testigo que por fortuna Norah había tomado, instantes antes de introducirse en la maleza para tratar de alcanzar al inspector que corría en pos de Jane. A la postre esa imagen del testigo, resultaría reveladora.

## 10.35h

Swann conducía su Jeep por las calles atestadas de nieve, los tacos de las ruedas deshacían las capas de hielo en esquirlas a su paso. Stephen Ross vivía en una casa cercana a la playa con su hermana que se encontraba trabajando en el hospital estatal en aquellos momentos. Aparcó frente al porche de su casa y se bajó del coche para llamar al timbre. Unos segundos después Stephen le abrió la puerta. Era un hombre pelirrojo de treinta y siete años, mediana estatura. En sus facciones se adivinaban rasgos de origen irlandés. Lo recibió en el salón y le ofreció una cerveza que Swann rehusó con la excusa de que no podía beber estando de servicio. Se sentaron en un gastado sofá de piel de búfalo y después de contarle las imágenes que había visto en las cámaras de video vigilancia, comenzó a interrogarlo. La explicación que le dio Stephen, era que Jane le había robado la cartera a un compañero, por eso aparecían los cuatro corriendo detrás de la chica en las grabaciones.

—¡Mientes! —exclamó Swann—. En las cámaras se ve claramente como la chica pasó delante vuestra ignorándoos. En ningún momento se detuvo con vosotros, ¡imposible que os robara una cartera! ¿Sabes lo que te puede caer por perjurio durante un juicio en un caso de intento de violación y asesinato?

Stephen no contestó, se puso blanco y comenzó a temblar. Cuando aceptó el encargo, nunca pensó que podría verse implicado en un crimen de aquellas dimensiones. La situación le superaba, Swann sacó la foto que le había hecho Norah esa mañana y la observó con detenimiento, algo no cuadraba. Stephen



tenía una marca de nacimiento, una especie de hoyuelo en la barbilla que no se apreciaba en la imagen. Aquel asunto olía muy mal.

—¿Tú no eres este, verdad? —preguntó Swann, arrojando la fotografía sobre la mesa de centro.

El rostro de Stephen se quedó pálido, aterrorizado y superado por las circunstancias comenzó a hablar.

—Hace unos meses atropellé a una niña, le aseguro que no la vi. Nevaba muchísimo, mi mujer terminaba de dejarme y estaba pasando una mala época. Soy transportista, necesito conducir para ganarme la vida. La pobre criatura cruzó sin mirar, yo regresaba de Noatak con un cargamento de legumbres para abastecer el mercado de la ciudad. ¡En fin! Cuando la sujeté entre mis brazos, pensé que estaba muerta. ¡Gracias a Dios! Solo sufrió contusiones y algunas costillas rotas. Logré frenar a tiempo. La ambulancia se la llevó y me sometieron a un control de alcoholemia. Había parado en casa de un amigo al salir de Noatak y habíamos bebido algunas cervezas. No muchas, pero si las suficientes para dar positivo en la prueba. Si me retiraban el carnet estaba perdido. Tengo una hija y mi ex está en el paro. No podría pasarles su asignación, me bloquearían las cuentas bancarias y tendría que declararme insolvente. ¡Casi me volví loco! Cuando recibí una llamada de un número oculto. No me dijo quién era. La voz sonaba distorsionada para evitar que la reconociese. El individuo me avisó de que me iban a liberar de la multa y del proceso judicial, pero que algún día era probable que me volviese a llamar para pedirme un favor.

—¿Y esta mañana te ha vuelto a llamar? —preguntó Swann de una manera que casi parecía una afirmación.

—Sí, otra vez desde otro número oculto. Yo no estuve esta madrugada en la pasarela con esos tipos, le juro que no los conozco de nada. La voz me dio instrucciones para que le constase lo contrario. Me advirtió que de no obedecer su orden, me juzgarían por lo de la niña, pero jamás creí verme implicado en un caso de asesinato y violación. En fin, sí que me parezco al tipo de la foto, pero no soy yo. La voz me dijo que pretendía que me hiciese pasar por él. No me pasaría nada, solo debía confesar que habíamos contratado una prostituta y que la chica había apuñalado a uno de nosotros.

»Más tarde unos tipos se presentaron en mi casa, me dijeron que sería una herida superficial y me hicieron una brecha en la pantorrilla con un cúter, como si el desgarró me lo hubiese hecho un oso con sus garras. Luego me llevaron al hospital, donde me dieron unos puntos, que no me impiden caminar con normalidad, y me vendaron la herida. La historia del oso no me daría problemas, pues existían pruebas concluyentes de que había sido verídica. En resumidas cuentas no me quedaba otra que obedecer. La realidad es que nunca estuve en el lugar del crimen, ni he visto a ninguna chica, oso, ni nada por el estilo. Cuando todo sucedió, yo me encontraba durmiendo plácidamente en mi cama. ¡Es la verdad jefe!

—¡Está bien! ¡Tranquilícese! Es posible que lo necesite para declarar, pero por el momento esta conversación debe quedar entre nosotros —dijo Swann.

—Si declaro me juzgaran por conducción temeraria. Era solo una niña. ¡Maldita sea! Mi mujer hizo bien en abandonarme. La niña de la carretera podía ser mi hija. Nunca antes había tenido problemas con el camión. ¡Maldita vida! Si me encierran no podré ver a mi hija, tiene solo cinco años. ¡No me imagino estar mucho tiempo sin verla! —exclamó Stephen, rompiendo a llorar y cogiendo una foto del aparador para enseñársela al inspector.

—¡Es muy guapa! —exclamó Swann, pasándole un clínex para que limpiara las lágrimas del rostro—. Yo y mi mujer también queríamos tener hijos, pero nos faltó tiempo. Sé cómo se siente uno cuando la mujer que amas te abandona, no es agradable. Intentaré ayudarle, averiguaré quien le llamó esta mañana. Debe ser gente muy importante para poder paralizar un proceso judicial contra usted a cambio de prestar falso testimonio a la policía. Continúe haciendo vida normal como si yo no hubiese estado aquí. No hablé con nadie de este asunto. Si alguien le pregunta, usted nunca me ha visto. Si vuelven a llamarle, grabe la llamada y luego póngase en contacto de inmediato conmigo —dijo Swann, entregándole una tarjeta.

El inspector Swann prefirió ocultarle el detalle de que la chica a la que habían tratado de violar había sido alumna suya en el club alpino, solo él sabía de la implicación de Jane en el caso y de momento prefería que siguiese siendo así. Luego le preguntó sobre el funcionamiento del club alpino y le contó que estaba proponiéndose anotarse algún día para sacarse unos quilos de encima. Su comentario logró sacar una sonrisa de Stephen, que por unos

momentos consiguió olvidarse de la dura situación que estaba atravesando.

—¿Se puede saber cómo ha sabido de la existencia de nuestro club? Actualmente somos muy pocos miembros —preguntó Swann.

—El otro día estuve en la tienda de su hermano para comprarme unos guantes y vi un cartel anunciándolo. Su hermano fue muy amable informándome de sus actividades. Entre en la página web del club y vi que era usted quien dirigía la parte de alpinismo, su hermano ya me lo había comentado —mintió Swann.

En realidad lo sabía todo por el blog de Jane, pero el caso era darle un poco de conversación para que se tranquilizara. Un rato más tarde, se despidieron con un apretón de manos y Swann regresó conduciendo a la comisaría.

## 11.15h

Su oficina se hallaba situada a la derecha del despacho de la subinspectora, entró en su despacho y encendió el ordenador, previamente le hizo una señal a Norah para que viniese. Nada más entrar le entregó la foto del testigo herido por el oso en la pasarela, la puso al tanto de todo lo acontecido con Stephen, y la mandó investigar la verdadera identidad del hombre de la imagen. Norah quedó sorprendida por toda la historia y abandonó su despacho para cumplir con el cometido que le había asignado su superior.

Una vez se encontró a solas, Swann buscó en facebook el perfil de Jane Barret, salían más de doscientas personas. Seleccionó las nacidas en Juneau y no tardó en encontrarlo. Solo había dos perfiles, uno de ellos superaba los noventa años. Se centró en la chica joven. Aquellos ojos eran inconfundibles. En sus pupilas marrones titilaban como esmeraldas diminutos puntos verdes. Su cuerpo le recordaba a su esposa Lisbeth cuando se conocieron. Al casarse había engordado unos cuantos quilos que no le sentaban nada mal. Al contrario

a Swann le gustaban sus redondeces. Empezó a moverse con el cursor, no había entradas recientes, la última cursaba de hacía ya más de un mes. Había colgado unas fotos con sus compañeros de trabajo. Él estuvo hace poco en ese geriátrico, estaba regentado por la iglesia anglicana, reconoció la sala donde se tomó esa imagen. En un despacho continuo a esa sala, lo había recibido la gobernanta del centro, pretendía organizar un acto benéfico con la participación de la policía. Los ancianos agradecerían pasar un rato rodeados de los agentes. Invitarían a los familiares y la prensa, se trataba de intentar conseguir fondos para luchar contra la ELA. Al final todo quedaba pendiente de una fecha que les viniese bien a ambas partes.

Luego tenía colgadas muchas fotos escalando. ¡En fin!, nada sospechoso. Consultó en el listín de direcciones urbanas al que solo tenía acceso la policía, localizó su dirección actual y su número de móvil. La llamó, el teléfono estaba en silencio. Es posible que todavía se encontrara en el bosque, oculta de las patrullas que la estaban intentando localizar en esos momentos. Necesitaba comprobarlo, se puso la chaqueta y el anorak, dispuesto a dirigirse de nuevo a la calle, cuando la subinspectora Norah entró en su despacho.

—¿Has averiguado algo? —preguntó Swann.

—Lo tenemos jefe, se trata de Peter Thomson el hijo del gobernador.

En ese momento la inspectora jefe que los había escuchado desde el pasillo, irrumpió como un terremoto en el despacho de Swann y sin preámbulos, les contó todo respecto a la llamada del gobernador esa mañana.

—¡Por Dios Alanis! ¡A esa chica han intentado violarla! —exclamó Swann —. Tenemos grabaciones de como la persiguieron esos cabrones.

—Sí, pero mató a uno de ellos —añadió Alanis.

—Es posible, aunque si no encontramos el arma del crimen no podremos demostrar nada. En caso de que declarase que actuó en legítima defensa, si la detenemos, las feministas se nos echarían encima —repuso Norah.

—¡En fin, chicos! ¿Qué os proponéis? —preguntó exaltada Alanis.

—No pretendo estropearle su ascenso jefa, pero tampoco queremos que ese cabrón se cargue a todos los animales del bosque. Le diré lo que haremos.

—¡Dispara Swann! —exclamó Alanis desconcertada.

—A cambio de las grabaciones, le pediremos al gobernador que retire la petición a la EPA del permiso de veda. Cuando usted sea nominada jefa de personal, yo ocuparé su puesto. Me ascenderán a inspector jefe, estoy harto de solucionar todos los entuertos y que sean otros los que den las órdenes. Y por supuesto mi compañera Norah será ascendida a inspectora, ella dirigirá mis operaciones. Quiero que también anule la orden de buscar a la chica.

—Me acaban de telefonar de que unos pescadores han denunciado el robo de un todoterreno en el desfiladero de Broks, la fugitiva lo utilizó para huir. Lo hemos encontrado aparcado en la calle Willow. Enviamos a analizar la tapicería y la carrocería del vehículo en busca de posibles huellas y restos de ADN. Me acaban de llamar informándome de los primeros resultados: negativos. Los únicos restos hallados, son los que coinciden con el ADN de los legítimos dueños del coche. Seguirán intentándolo, pero no creo que encuentren nada. Seguro que no se trata de una principiante, habrá usado guantes, algo habitual en Juneau, debido a las bajas temperaturas en esta época del año. De momento no tenemos ni idea de la identidad de la chica —lo interrumpió Alanis.

—Gracias jefa. He ampliado las imágenes de las grabaciones, pero la oscuridad es casi total, tan solo se distingue su silueta, imposible averiguar su identidad a través de ellas. El caso debe cerrarse cuanto antes por falta de pruebas. Y que conste que todo esto lo hago para salvar a esa pobre chica y al bueno de Stephen que solo es una víctima de las circunstancias —Swann narró brevemente a Alanis lo de su entrevista con el supuesto testigo, antes de continuar hablando—. ¡Es un pobre hombre! Solo cometió el error de conducir con unas cervezas de más. ¡En fin! ¿Quién no lo ha hecho alguna vez? Tiene una hija preciosa de cinco años y deberá cuidar de ella. ¡Qué vaya a la cárcel no servirá de nada! Dígame de mi parte al gobernador que ate en corto a su hijo: si alguna vez, vuelve a intentar ponerle la mano a alguna chica encima, yo mismo lo encerraré con mis propias manos. Y entonces ni el presidente del gobierno podrá salvarlo de la cárcel. Comuníqueme también que encontramos un osezo muerto en el remolque de una de las motos de nieve pertenecientes a

su hijo y sus amigos. Tiene suerte que no lo sepa la prensa, de lo contrario su reputación quedaría por los suelos.

»En unos minutos convocaremos una rueda de prensa y variaremos el discurso inicial que pretendía dar el gobernador. Les contaremos a los medios que los tres hombres habían muerto al tratar de defenderse del ataque del oso. Obviaremos contarles la intervención de la chica en el crimen. Eso lo conseguiremos ocultando las imágenes de las grabaciones del paso de la muchacha por la pasarela. Para la prensa será como si ella nunca hubiese existido. Silenciaremos a las patrullas que estuvieron buscando a la chica, diciéndoles que todo se tratara de una falsa alarma, pues la prostituta que estaban buscando se encontraba en su casa a salvo y ya no se hallaba con las víctimas, cuando les atacó el oso. Todo obedecía a un error de interpretación de la policía del testimonio de un vecino que se encontraba demasiado ebrio en el momento de tomarle declaración y les condujo hacia una pista falsa. La prostituta ya había abandonado a las víctimas media hora antes del ataque del plantígrado, por lo que era totalmente imposible que estuviese involucrada en sus muertes.

»Nos centraremos en darle una explicación lógica a la prensa, sin fisuras, para que ningún periodista curioso encuentre ningún hilo por dónde tirar y desbaratar nuestra trama. Les contaremos que una de las víctimas fue apuñalada por un compañero accidentalmente al tratar de defenderse del oso, algo muy probable debido a la oscuridad que reina en Alaska a esas horas y la tensión del momento. Eso contentará a la prensa y en unos días se olvidarán del asunto. Las elecciones estatales están cerca y pronto ocuparán toda su atención.

—¡Está bien! ¡Esperad aquí! Hablaré con el gobernador y le diré vuestras condiciones y como procederemos en este asunto —dijo Alanis, saliendo por la puerta hacia su despacho que se encontraba a continuación del de Norah.

**11.35h**

La inspectora jefa reapareció al cabo de un rato con una sonrisa de oreja a oreja. El gobernador había aceptado las condiciones de Swann, la semana siguiente tendrían lugar todos los nombramientos. Al gobernador no le interesaba nada que su hijo se viese involucrado en un asunto de violación y por la vida de los otros chicos nada podría hacerse. Debido a la crueldad de los incendios del verano pasado, la población de Alaska estaba muy sensibilizada con el tema ecológico y medioambiental, no les gustaría nada que se autorizara la caza de osos en pleno enero, justo cuando estos animales están invernando. Le resultó fácil convencerlo, Cameron era consciente de que si abría la veda de caza en pleno invierno, eso no haría nada más que atraer la atención de los medios sobre el caso y no le convenía. Al fin y al cabo, la intervención del oso impidió que la violación sobre la joven se consumara y que su hijo se viera involucrado en un asunto mucho más feo. Ni tampoco le convenía que se supiese que estaba cazando ilegalmente, la noche que le atacó el Grizzli. Y mucho menos que la policía encontrara un oseño muerto en el remolque de su moto de nieve. Aquel trató aseguraba el silencio de los agentes. Las próximas elecciones estaban cerca y tendría que andar con tiento de no escandalizar a la opinión pública.

El caso no podía terminar de mejor manera, de pronto había mucho que celebrar, los ascensos les vendrían de maravilla para impulsar su carrera en el cuerpo de policía. Sin apenas ser conscientes de ello, se habían convertido en unos corruptos de la noche a la mañana. A ese hecho apenas le dieron importancia, una mentira piadosa era en ocasiones mucho mejor que la verdad. Nada ganaban si unos supervivientes del sistema como Jane o Stephen, terminaban entre rejas. Además los ascensos les vendrían de maravilla. El inspector Swann canceló su visita a Jane, la joven necesitaría descansar y se dirigió al despacho de Alanis, para ayudarla a preparar el informe que leería a la prensa.

La inspectora jefa estaba insultante, el cargo de jefa de departamento le venía como anillo al dedo, ahora que le quedaba tan poco para la jubilación. A pesar de su edad, su cutis se conservaba perfectamente, estirada la piel, no se percibían apenas las arrugas, muy marcadas en la mayoría de las mujeres de su edad. Muchas presentaban en comparación con ella, un semblante totalmente demacrado por el inexorable paso del tiempo que siempre deja su huella, especialmente en los rostros femeninos. Estaba pensando en celebrar los

ascensos haciéndose un lifting facial, la piel le quedaría sedosa como un bebé, luego se haría las uñas y se teñiría las raíces, para evitar que se le viesan las canas. Llegaría a casa hecha una leona y le pediría a su esposo que la invitara a cenar en el mejor restaurante de la ciudad.

En unos minutos daría una rueda de prensa secundada por el inspector Swann y su vida comenzaría a dar un espectacular giro hacia la cúspide de su carrera que jamás habría imaginado a aquellas alturas del día, desde luego en ocasiones merecía la pena ser algo corruptos; siempre y cuando la recompensa fuesen unos ascensos de esa categoría que mejorarían la calidad de sus vidas. Eso no quería decir que no se lo mereciesen, habían trabajado muy duro y en inferioridad de condiciones, tanto ellas por ser mujeres como Swann afroamericano. Los tres eran grandes policías que se jugaban el cuello cada día por mantener las calles libres de la delincuencia y el crimen organizado.



## XXIII

11.50h

La declaración televisiva al inspector Swann le pareció una pantomima, lo agobiaban las cámaras y los flashes; secundando a la inspectora jefa Alanis Morgan, aguantó el tipo lo mejor que pudo. Se alegraba de encontrarse de nuevo encerrado en su despacho, podría entrar otra vez en el Facebook de Jane, le gustaba mucho aquella joven que apenas conocía y tanto le recordaba a su esposa. Su pérdida lo estaba consumiendo. Hacía tan poco que lo había abandonado que el dolor de su ausencia todavía le escocía demasiado. Era consciente de que no era normal que Jane le recordara tanto a Lisbeth: suele pasar que cuando una pareja te abandona, durante el periodo de duelo, todas las mujeres que deseas te recuerdan a ella. En el caso de Jane, al ser mucho más joven que Lisbeth, le recordaba aún más a como era su esposa cuando se conocieron nueve años atrás. El mirar las fotos de Jane en Facebook le hacía rejuvenecer.

Le halagaba haber salido en un par de las entradas de su blog y compartir con Jane su amor por la naturaleza. Quizás Swann también debía aficionarse a las excursiones por la montaña como ella. Eso tal vez le vendría bien para quitarse el estrés de encima. Se encontraba agotado. La noche anterior no había conseguido pegar ojo. En varias ocasiones intentó coger el teléfono para llamar a Lisbeth. Su ausencia le producía un profundo dolor. Ya no conseguía dormir por las noches y su alma parecía estarse diluyendo en medio de un estanque de lodo. Necesitaba un café, se puso la chaqueta y bajó a la calle. La comisaría estaba demasiado concurrida a aquellas horas de la mañana y le vendría bien un poco de aire fresco. En la entrada se encontró con la subinspectora Norah McCann y se detuvo a charlar con ella.

—Voy a subir a descargar e imprimir unas fotos del crimen de la pasarela que sacaron los de la científica —le dijo la subinspectora.

—¡No hay prisa! Esperaremos al informe de la policía forense sobre los fallecidos, antes de archivarlo todo. ¡Es buena hora para tomar un café! ¿Quieres acompañarme? —preguntó Swann.

—¡Cómo no! ¡Qué extraño jefe! ¡Usted haciendo un alto en el trabajo! ¿Seguro que se encuentra bien?

Swann respondió a su comentario, resoplando y se dirigió por Village Street hacía The Riber Café: uno de los locales que preparaban los mejores capuchinos de la ciudad. Se sentaron en una mesa de anea de color beis con las patas de aluminio, cerca de la máquina de tabaco. Swann pidió un café solo para él y un descafeinado para su compañera a una camarera rubia con el pelo teñido de color platino, que lucía un vestido estampado debajo de una cazadora vaquera corta y lo observaba con atención, tomando nota de su pedido en una aplicación para hostelería de su móvil. La camarera tenía solo dos años menos que Swann que terminaba de cumplir los treinta, pero en comparación con él parecía mucho más joven. El aspecto ojeroso del inspector no le ayudaba demasiado.

—Tiene mala cara jefe, debería tomar menos cafés y dormir mejor por las noches —comentó Norah

—Es cierto, pero no logro sacármela de la cabeza —contestó Swann, en referencia a Lisbeth.

—Pues está de suerte, cuando me gradué hice un master en psicología criminal, si me lo cuenta todo, ¿tal vez pueda ayudarle?

—No sé qué tiene que ver mi caso con el de un criminal.

—Para mí es un crimen verle así. Necesito saber qué le pasa para poder ayudarle. ¿Aunque igual prefiere que su caso lo trate un loquero? —preguntó Norah.

—Nada de loqueros. Está bien, pero te advierto que nuestra historia es muy larga, aunque trataré de abreviar —le advirtió Swann.

—¡Vamos jefe! Qué prisa tenemos, desde que le conozco se ha dejado la

piel trabajando para el departamento, porque pare unos minutos, el mundo seguirá girando igual. Lleva dentro una ponzoña que lo está matando. Para poder ayudarlo, necesito saber toda su historia con ella, desde que se conocieron hasta hoy. Siempre que mis amigas han tenido una ruptura me llamaron y todas reconocen que mis consejos le han sido muy útiles —lo animó Norah.

Swann se centró en su imagen reflejada en el negro café y comenzó a contar su historia con Lisbeth Brown, antes le pidió a Norah que no lo interrumpiese hasta que terminara su relato.

## 12.15h

### *La historia de Lisbeth y Swann*

Me encontraba en el último curso, se acercaban los finales y necesitaba un poco de aire fresco. Así que, cogí mi viejo Wollsvagen blanco y salí disparado de la gran manzana. Me dirigí por la costa, hacia una de las playas de arena blanca más hermosas de Montauk. Aquel año había sido especialmente duro, me costó mucho compaginar mis estudios con el equipo de baloncesto. De todas maneras, aunque nunca he pretendido ser Mikel Jordán, necesitaba las dichas ayudas que les dan a todos los deportistas para poder costearme los estudios. Después de aparcar, cerca de un faro, me bajé del coche y tras descalzarme, salí a dar un paseo por la playa. Llevaba unos bermudas floreados y una camiseta de asas del equipo universitario de Columbia. Ya te puedes imaginar la escena, un negro enorme caminando por una playa de arena blanca, con unas rayvat negras para protegerse del sol. Era como una mierda de conejo en medio de un mar de nieve.

Me acerqué a la orilla un momento para contemplar el oleaje, hasta que el agua terminó lamiendo mis pies. Su contacto estimuló mis sentidos y terminé

desviando la mirada hacia unas calas cercanas. Entonces la vi, estaba sola sobre una toalla estampada con un dibujo de un coche de carreras. Sentada con las piernas separadas mirando fijamente hacia mí. Me acerqué hacia ella caminando despacio, lentamente mi mirada se fue perdiendo dentro de aquellos hermosos ojos que parecían querer engullirme mientras sus labios me recibían con una sonrisa de oreja a oreja. Se llamaba Lisbeth, tenía unas piernas preciosas. Éstas continuaban abiertas cuando me invitó a sentarme a su lado. Fue así como la conocí. Era también de Nueva York como yo. En fin, nos pusimos a hablar y la tarde se nos pasó volando.

Ella me contó que vivía con su padre en la calle 110, en unos apartamentos baratos de ladrillo rojo situados cerca de Brodway y que daba clases particulares de violonchelo para costearse los estudios. Su padre trabajaba de taxista y soñaba con ver triunfar en la vida a su única hija. Aquella tarde ella dibujó, utilizando un rotulador negro, un corazón en mi muñeca; luego escribió su nombre en el medio. Yo escribí el mío en letras grandes de manera que ocupaba casi totalmente su antebrazo. Aquello era un sueño, unos instantes robados al tiempo que no me pertenecían. Fuese como fuese, yo estaba en él algo nervioso e incómodo al mismo tiempo. Estaba tan fascinado como un vagabundo en una gran mansión.

Lisbeth me sorprendió acercándose a mí gateando sobre la arena con los ojos muy abiertos como un par de pantallas de esos viejos televisores Sony Trinitron de cuarenta y dos pulgadas. Ella estaba dispuesta a devorarme. Nada pudo impedir que me envolviese con sus morenos brazos en una especie de onda magnética: mis dedos trataban de luchar contra tal magnetismo, acariciando torpemente su pelo. «No puedo detenerme ahora», pensé en ese momento y besé aquellos labios hundido en una ola de frenesí, que terminó apoderándose totalmente de mí.

El sol prendió en nuestras cabezas como un brasero en el rostro de un cocinero empleándose a fondo con su asado; por muy deliciosa que estuviese esa comida cualquier chef hubiese estado de acuerdo en que nada tenía que comparar con el sabor de los labios de Lisbeth. «¡Que rica está!», pensé por unos instantes. Olvidé quién era, ni de dónde venía, envuelto como estaba en el cálido abrazo de aquella chiquilla de aspecto exótico que, desprendía un áurea deslumbrante sobre el magnífico paisaje que nos envolvía: las olas, el

mar, la playa, el plancton, las gaviotas...

Comenzaba a oscurecer, recostados sobre la arena, nos quedamos mirando hacia el cielo azul; luego di media vuelta hasta colocar mi cuerpo encima de ella, que no hizo el mínimo esfuerzo por rechazar mis enormes brazos rodeándola en un cálido abrazo. Nos sorprendió la noche: el sol se fue apagando gradualmente dejando paso a una brisa fresca. El astro rey tomó un tono de color naranja y fue devorado lentamente por el inmenso océano. Fue muy dulce conmigo y accedí a su invitación de cenar en la furgoneta Mercedes Vito, que su padre le había regalado como premio por haber sacado matrícula de honor en varias asignaturas del anterior curso. Después de una exquisita cena a base de vegetales de distintas clases, Lisbeth corrió las cortinas y pronto me vi atrapado entre la espada y la pared, cuando ella comenzó a quitarse la ropa ante mi atónita mirada. Estaba nervioso, así que decidí seguir mis instintos y ella hizo suyo el mayor lema hippy: «haz el amor y no la guerra». Ambos terminamos desnudos en aquella pequeña cama cuyo colchón estaba más duro que cien piedras, después de hacerlo, decidimos dar un paseo bajo la luz de la luna por la playa.

Lisbeth estaba preciosa, se terminaba de hacer esa mañana un piercing en el labio inferior que le daba cierto morbo. Vestía un conjunto negro, muy ajustado a su cuerpo de muñeca perfecta. Sobre la pechera exhibía una cruz de madera de ébano, intuí que aquel objeto formaba parte de su indumentaria habitual.

Aquella tarde con Lisbeth quedó grabada en mi memoria a fuego por dos razones. La primera fue que a pesar de nunca haber estado enamorado, disfruté como nunca, paseando con Lisbeth de la mano por una de las numerosas playas de Montauk, en concreto una situada en Hither Hills State Park, donde el fuerte oleaje y las rocas sumergidas consiguen que bañarse en sus aguas sea muy peligroso. Sin embargo, lo hicimos y desnudos. Por supuesto la playa era nudista. Cuando Lisbeth me abrazó entre el fuerte oleaje, sentí el contacto de sus grandes y redondeados pechos contra mi cuerpo: una sensación mágica que nunca olvidaré. La segunda razón fue aquel húmedo beso con lengua que me dio mientras me abrazaba, sentí el frío contacto del metal de su piercing en mi paladar; contrarrestando con el cálido sabor de su rosada y juguetona lengua.

Más tarde caminamos durante largo rato hasta alcanzar un acantilado. Adoraba los ojos de Lisbeth, mitad marrones, mitad castaños, del color de una encimera de piedra marrón báltico. Permanecíamos largo rato sentados a poca distancia del acantilado que descendía verticalmente hasta hundirse en el mar, un par de gaviotas sobrevolaban la superficie acuosa, difuminándose en medio de la rosada línea que marcaba el horizonte. Ella se quedó con expresión distante, con la mente vagando por un submundo interior, vistiendo sus pensamientos del color de la pasión. Me acerqué a su cuello y lo besé impregnándome del agrisulce sabor de su tersa piel. Mirándonos a los ojos pronto comprendimos que lo nuestro era posible, nos lo estábamos diciendo con las pupilas sin necesidad de palabras.

Yo soñaba con tenerla siempre a mi lado, mientras bailábamos sin música en lo alto del acantilado, marcando los pasos para bailes apretados que había aprendido en unos videos de Youtube, sentía mis manos rodeando su cintura hasta entrelazar mis dedos, obligando a su pecho a apretarse contra el mío. En cuanto imaginaba mis dedos bajando la cremallera de su corto vestido de noche tras unos arbustos: una balada de Bryan Adams sonaba dulcemente en nuestra imaginación. Lisbeth estaba preciosa haciendo crecer en mi interior el deseo de hundir mi cara en su pelo oscuro y besar sus labios, acariciando sus mejillas bajo la blanquecina luz de luna.

Mis labios ya estaban tomando el camino de los suyos para detenerse de repente, al observar a Lisbeth desprenderse de mí y mover la cintura con sensualidad siguiendo el ritmo del oleaje. De repente mis ojos chocaron con los suyos como trenes viajando por la misma vía compartiendo destino: el mío en sus brazos y el suyo en los míos. Parecía un Don Juan del siglo XXI, con el cuál ella podría compartir sin problema su vida. Un ser que enamora a las mujeres extrayendo de su interior hasta el último soplo de su seducción e incomparable belleza, hasta arrastrarlas haciendo de sus miradas plegarias de deseo para poseerlas luego con su inmortal romanticismo.

Se me hiela la piel cada vez que recuerdo aquel baile sin música en la playa, unidos por unos lazos invisibles, nuestras miradas no cesaban de cruzarse. Ella rodeaba mi cuello con sus brazos: sentía su calor junto a mí, mientras respiraba su presencia a través de los poros de su piel. El corazón me latía muy deprisa, danzamos llevados por la música sin atrevernos a

gesticular palabra alguna, preguntándonos si eso era lo único que había entre nosotros: una canción, un baile y luego... luego vi en su rostro los rasgos de la posible madre de mis hijos.

La canción terminó. En nuestras mentes se apagó el iPod imaginario que conducía nuestros pasos. Era ya demasiado tarde y decidimos regresar a la furgoneta, en vez de quedarnos a dormir allí al aire libre. Tomamos el camino de regreso guiados por la amarillenta luz de nuestras linternas como un par de luciérnagas atravesando la ciénaga. Durante el trayecto charlamos largo rato sin mencionar nada acerca de lo que estábamos viviendo. De pronto volvíamos a ser unos completos desconocidos, pero nuestros sentimientos iban más allá de la amistad. Me atreví a coger su mano de nuevo, la misma mano que me había guiado hasta lo alto del acantilado. Mis ojos rezumaban llamaradas de salvaje albedrío al sentir el dulce contacto de sus palmas en las mías. Si conseguía conquistar su corazón arrancándolo de cuajo de su pecho y sostenerlo en la cuenca de mi mano todavía latiendo: ella sería mi único y verdadero amor. Me sentía un auténtico caballero cuando caminaba a su lado.

## XXIV

### *La historia de Lisbeth y Swann*

Nos volvimos a ver unos días después en la ciudad. Paseamos por Tavern on the Green y continuamos a lo largo de Whest Drive, luego fuimos hacia el sur rodeando el fondo del parque hasta llegar a East Drive. Ciertamente era que Central Park era el pulmón de Manhattan, por ello me encantaba pasear por Reservoir, lejos de las aulas de la universidad y de las asfixiantes avenidas que atravesaban la isla de norte a sur, cuya temperatura a finales de junio era muy alta. El sol parecía intentar derretir los enormes rascacielos que se elevaban sobre el resto de los edificios. Desde luego no se podía comparar con el desierto de Nevada. El año anterior había visitado Palms Springs, era un lugar fascinante. Todas aquellas lujosas casas amotinadas se alzaban desafiando al resto de la civilización humana, pues en principio nadie en su sano juicio construiría una ciudad en un lugar donde no se detenían ni los pájaros debido a las altas temperaturas. Sin embargo no muy lejos de allí se encontraba también la ciudad de las Vegas. Era como una especie de casino urbano de dimensiones gigantescas, cargado de luces de neón que desde la lejanía lo hacían parecer una nave espacial. Sus habitantes eran extraterrestres dedicados exclusivamente al juego, el espectáculo y la prostitución. La ludopatía ardía en sus venas y tenían un extraño brillo de oligofrénicos en sus ojos al apostar. Con sus vestidos de gala llenaban las salas, esperando mejor suerte en el juego que en el amor. Al menos esa era mi impresión según le conté a Lisbeth, mientras continuábamos caminando atravesando central Park.

Guardo un especial recuerdo de ese día; no recuerdo muy bien si fue un jueves o quizás un viernes por la tarde, sólo sé que fue la primera vez que quedábamos en la ciudad. Digamos que habíamos hecho de todo mientras estuvimos en su furgoneta, incluso habíamos fumado hierba. Nos lo pasamos como un par de críos, el tiempo que estuvimos juntos. Pero lejos de nuestro encuentro casual en la playa, aquello era algo más oficial: en realidad, nuestra



primera cita de verdad en Nueva York.

Caminamos, cogidos de la mano sobre una capa de hojas muertas. Luego nos detuvimos sentándonos sobre el césped a repasar unos apuntes, ya que los dos teníamos controles al día siguiente. Llevábamos un rato estudiando cuando ella me sorprendió contemplando sus piernas. Hay que comprender que con aquel par de delicias tan cerca, resultaba muy complicado concentrarse en el artículo 1001 del código penal.

—¿Qué haces Swann? —me preguntó Lisbeth.

—¡Cómo crees que puedo estudiar cuando me muero de ganas de besarte!  
—contesté.

—Entonces; ¿por qué no lo haces? —dijo ella, dándome un ultimátum.

Apenas me ruboricé mientras respiré hondo. Era mi turno y cuando llega su momento un hombre no puede fallar. Sin embargo, antes de que moviese un solo músculo de mi cuerpo hacia ella, Lisbeth, una vez más tomó la iniciativa; dejó los libros sobre la hierba y vino hacia mí. Así fue como estuvimos un buen rato abrazados, luego ella acercó su rostro y pronto sentí la blandura de sus labios en los míos. Fue algo tan dulce como la caricia de una pluma, sólo que a mí me supo mucho más y por unos momentos tuvimos que afrontar el hecho de que habíamos dejado de comportarnos como unos críos para hacerlo como auténticos adultos, que realmente era en lo que nos estábamos transformando. Lisbeth se echó hacia atrás y de repente aquel instante mágico terminó.

Lisbeth era una estudiante muy ambiciosa. Lo que más me gustaba de ella era que nunca tenía nada planeado. La parte organizativa me la dejaba llevar a mí, puesto que yo era dos años mayor que ella; sin embargo siempre me superaba en las notas, por lo que a menudo comentaba:

—Es que soy superinteligente, chico.

—Y una chapona —decía yo.

—Lo que cuenta es el intelecto —contestaba Lisbeth.

—¡Chapona!— le volvía a decir, sacándole la lengua.

—Idiota, ¡ya vale! Cualquier inepto estudia más que tú —concluía ella.

Recuerdo al principio de empezar a salir y de aquellas incesantes peleas por salvaguardar nuestra intelectualidad. Una noche en Central Park, se me ocurrió invitarla a ver uno de mis partidos de baloncesto con el equipo de la universidad de Columbia.

Acababa de cumplir los veinte años y la liga se acercaba a su fin. Era un componente destacado en el equipo titular, con todo lo que eso significa cuando uno tiene un padre que fue dos veces medalla de oro en unos Juegos Olímpicos en la modalidad de lanzamiento de jabalina y además posee una vitrina de su propiedad donde guarda como un auténtico tesoro todos sus trofeos; todo un auténtico atleta que espera que su sucesor, un mozalbete de veinte y dos años, llegase como mínimo a la NBA. Pero por mucho que mi padre me viese con los Kings el próximo año, mi rodilla y yo no aguantaríamos el fuerte ritmo de una temporada en la mejor liga del planeta.

Durante las semifinales transformé una serie de seis canastas de siete intentos, cogí un amplio número de rebotes y di cinco asistencias. Entonces me dirigí a la grada donde se encontraba mi padre; mirándole a los ojos levanté el dedo pulgar: era el Number One. Luego hice el símbolo de la victoria esperando arrancar de su rostro insensible una forzada sonrisa. Fui ingenuo al creerlo, mi padre retiró su mirada dando media vuelta como si yo fuese un completo desconocido. Nada más llegar a casa me golpeó una y otra vez con sus conocimientos técnicos.

—¡Hijo!, deja de moverte en los bloqueos. Tienes que jugar más en equipo y aprovechar mejor tus penetraciones a canasta. Se necesitan muchas agallas para ser el mejor en la liga. Yo a tu edad era el mejor atleta del colegio. Has de estar en buena forma, sino siempre te quedarás atrás en los bloqueos.

Luego hizo una pausa. Creí que iba a abandonar su acoso, pero me equivoqué. Siguió hasta asegurarse de que había clavado bien su jabalina en lo más profundo de mi ego.

—Deja de mirar tanto al suelo, parece que estás buscando una moneda, ¿cómo vas a entregar bien la bola a tus compañeros si no los miras?

Por supuesto, no le importaban en absoluto los dolores que sentía en mi rodilla derecha, a la que debía aplicar hielo tras finalizar los partidos. No mencionó una palabra sobre el tema, por eso yo sabía que lo único que le importaba era inflar su ego delante de mí para caerme encima con el peso de sus medallas. Al fin y al cabo yo sólo era un mal escolta.

De todas maneras, yo siempre preferí jugar de base y al comienzo de la temporada así fue, hasta que el equipo empezó a perder partidos. Para mi padre, estaba claro que cuando el base no juega bien todo el equipo se viene abajo pues, según su parecer, un equipo sin un buen base es como un coche sin ruedas. Una simple llamada suya al entrenador bastó. ¿Quién iba oponerse en Columbia a los caprichos de uno de los mayores atletas de su historia? Una leyenda viva de nuestra universidad y de todo New York.

Tras hablar mi padre con el entrenador, pronto me vi jugando de dos, lo cual a mí no me gustó nada. Yo siempre preferí jugar de uno, ya que el base es el verdadero alma de un equipo. Lo peor de todo fue cuando mi entrenador me sustituyó en el puesto de base y empecé a jugar de escolta: las pedradas que solía lanzar a canasta por una extraña jugarreta del destino comenzaron a entrar.

Un tipo de tercero que años más tarde se convertiría en agente del FBI, creo que esta mañana has tenido el placer de conocerlo llamado Bruce, alto y con el pelo rapado al cero dirigía el equipo, botaba el balón con la mano derecha sobre la zona enemiga, cuando los defensas rivales le presionaban impidiéndolo penetrar, doblaba el pase y allí estaba yo desde una especie de luna privada como una ametralladora, convirtiendo en canasta todo lo que lanzaba. Éramos un dúo demasiado letal para las defensas enemigas; además contábamos con unos buenos pivots que resolvían por dentro, cuando nosotros no podíamos lanzar. Aquello de romper la caja desde fuera me encantaba y pronto deje de ser un director de orquesta, para convertirme en un experto tirador. Lo más importante era que nos habíamos clasificado para la gran final. Todo el país estaría pendiente de nosotros, las grandes potencias de la NBA y,

por supuesto mi padre. Esto desde luego no podría compararse a sus medallas olímpicas pero, por lo menos, podía convencer al viejo de que yo no me asustaría ante un acontecimiento de tal índole.

Sólo faltaba un día para la gran final, nos jugaríamos el campeonato contra el equipo de la prestigiosa universidad de Indiana. A pesar de su prestigio tenían fama de leñeros. Yo me encontraba con Lisbeth en la biblioteca preparando los exámenes finales, ella no le daba ninguna importancia al partido de mañana. Cuando trataba de convencerla para que asistiese a verme en algún partido de liga, solía decirme: «ya te enseñaré a ti donde tienes que meterla». Esta vez era distinto, era la gran final y si Lisbeth no venía, creía que no podríamos ganar.

—Estarán todos: profesores, alumnos, amigos, familiares. Jugaremos en la cancha de los Nets —le dije tratando de convencerla. Las entradas ya se habían agotado pero yo reservaba una para mi pedazo de cielo.

—¡Vamos Lisbeth, deberías venir! —insistí.

—¡Venga, hombre! Los dos sabemos que si voy no darás una. Además los dos sabemos dónde tienes que meterla.

Así terminó Lisbeth con todos mis intentos de convencerla para que asistiese al partido. De todas formas metí la entrada en el bolsillo de su camisa, por si cambiaba de opinión. Me despedí de Lisbeth dándole una palmada en su precioso trasero.

—Adiós, mi yegua.

—¡Quieto ahí, jinete! —respondió con una media sonrisa.

La vi desaparecer. Me quedé con los codos sobre la mesa de la biblioteca, más que estudiando: pensando en el partido de mañana. Me vi a mi mismo convirtiendo la canasta de la victoria desde más de siete metros de distancia. Mis ojos refulgían emoción, era la hora de demostrarle a mi padre lo que valía su hijo.

El partido comenzó a las cinco de la tarde. Una estúpida decisión del

entrenador me mantuvo en el banquillo, algo que yo no esperaba y por supuesto, no acepté de buen grado. Ganábamos de cinco puntos, 25 a 20, cuando salté por primera vez a la cancha sustituyendo a un compañero, que acababa de cometer su tercera falta personal. En ese momento, ellos empezaron a meterse en el partido cobrando rápidas ventajas. Yo me limitaba a ir a los rebotes y asistir a los pívots, ya que nuestro base estaba leyendo muy mal el partido. Sólo me pasaba la bola cuando tenía a algún defensor encima. Todo iba mal. En un tiempo muerto pude ver el rostro tétrico de mi progenitor mirándome desde la grada con las manos sobre la cabeza y resoplando airadamente como un colegial que se estuviese colocando la melena.

Perdíamos de diez puntos al final del segundo cuarto. En los vestuarios hubo broncas para todos. A pesar de que salimos muy motivados al comienzo del tercer cuarto: no llegó la esperada reacción. Nuestro equipo comenzó a hacer una fuerte presión en defensa sobre el rival consiguiendo, gracias a ello, recuperar algunos balones pero Bruce seguía totalmente descentrado. Esa era la causa de que yo solamente llevara dos puntos anotados. A pesar de que estábamos dando bastante caña en defensa, en ataque estábamos parapléjicos. Yo tenía la muñeca caliente, pero no me entendía con el base. Teníamos que hacer algo urgentemente, pues perdíamos 75 a 60 y, cada vez quedaba menos tiempo para finalizar el partido.

El sudor resbalaba por mi frente empapándome por completo. En ese momento nuestro noble entrenador solicitó un tiempo muerto a la mesa; ya que las cosas estaban poniéndose cada vez más feas. Rápidamente todos los jugadores de Columbia formamos una piña rodeando por completo al místico. Estaba bastante tenso, así que antes de que comenzase a repartir instrucciones, grité:

—¡Quiero la bola! ¡Pasadme la jodida bola!

Bruce era un chupón y tenía su peor día, entonces me dirigí hacia el entrenador y le sugerí:

—¡Entrenador!, déjeme jugar de base.

—¡Swann!—respondió sorprendido.

—¡Venga entrenador! Me comeré a esos cabrones.

Mis comentarios no le sentaron nada bien a Bruce que se interpuso entre ambos y dijo:

—Vamos Swann, si ni tan siquiera eres un buen escolta.

Los dos estábamos fuera de control y la emprendimos a empujones.

—¡Ya vale! Ahora a cabrearse como siempre —dijo nuestro entrenador tratando de detener la trifulca.

—Swann, ni siquiera recuerdas como se bota un balón —dijo Bruce, delante de nuestro entrenador.

—Tal vez tenga razón Swann —confirmó el entrenador.

Claro estaba que mi padre lo había convencido de ello. Desde que habló con él, el místico dejó de creer en mis posibilidades en esa posición de la noche a la mañana, como por arte de magia, sin tener en cuenta que yo había jugado toda mi vida en ese puesto. Los intentos de nuestros compañeros por separarnos llegaron demasiado tarde, no pudieron evitar que yo y Bruce nos enzarzáramos en una pelea a puñetazos. Los árbitros reaccionaron rápidamente pitando dos técnicas descalificadorias contra nuestro equipo que supusieron nuestra expulsión del partido.

Nos dirigimos a los vestuarios como un par de coches hacia los boxes, sólo que esta vez no nos permitirían volver a la carrera. Yo llevaba un labio hinchado y él un ojo morado. Antes de introducirnos en el túnel: alcé la vista hacia el público y pude ver el rostro enojado de mi padre. No me importó demasiado, pero vi algo más que de veras me disgustó: unos asientos a la derecha de mi padre, contemplé el afligido semblante de Lisbeth. ¿Qué pensaría ella de aquello? Me había comportado como un auténtico animal participando en una pelea, además de haber jugado muy mal me habían expulsado de la cancha por comportamiento antideportivo. En unos instantes todo sucedió delante de ese par de preciosos ojos, sin ser capaz de hacer nada para poder evitarlo.

Sobre mi cabeza pesaban como piedras los silbidos de la gente. En mi mente no paraban de fluir las palabras que me había cruzado con Bruce: «Cuando tu madre te parió no parió un jugador de baloncesto», «no te metas con mi madre cabrón o te como el hígado»; y demás sandeces que el público de las primeras filas debió escuchar perfectamente, entre ellos mi padre y Lisbeth.

Bruce y yo no nos volvimos a dirigir la palabra hasta salir de las duchas. Hacer las paces con él, no fue tarea fácil pero, en definitiva yo tuve que asumir la parte de culpa que me correspondía; él terminó imitándome. Ahora sólo quedaba esperar, ver como se defendía el equipo sin sus estrellas. Desde el exterior pude escuchar los gritos de un público eufórico.

—¡Vamos chicos! ¡No necesitáis para nada de este par de alcahuetas! — grité.

Realmente por mucho que pudiera dolernos a ambos era verdad, los nuestros ganaron la final por, 101 a 100; demostrándonos que también sabían ganar sin nuestra participación. Al percatarnos de la victoria de nuestro equipo, tras el pitido final, salimos en tromba de los vestuarios corriendo a abrazarnos con nuestros compañeros.

«Bien hecho muchachos, sois los mejores», pensé mientras el público chillaba enloquecido. Habíamos puesto el broche de oro a una temporada muy dura, jamás olvidaría aquel momento y el rostro de mis compañeros repletos de satisfacción. Miré hacia la grada, mi progenitor ya no estaba allí. En cambio pude ver a una Lisbeth entusiasmada aplaudiendo alocadamente.

Me encontré con ella a la salida del estadio. Corrí a abrazarla, la sentí en mis brazos como una muñeca gigante de trapo necesitada de afecto.

—Fue increíble, todos estuvisteis muy bien, además tu compañero y tú disteis una auténtica exhibición de boxeo —comentó Lisbeth.

Permanecí en silencio, puesto que todavía me dolía el labio y no me apetecía hablar. Creo que Lisbeth se lo había pasado bien en el partido, era una chica con una sensibilidad a prueba de bombas. Cualquiera otra novia se hubiera enfadado por haber montado un espectáculo tan bochornoso, mientras

que ella se limitó a comentar:

—Creo que esa pelea actuó de revulsivo para el equipo. Solo lo siento porque esta noche no voy a poder besarte.

—Sí. Mejor que no lo hagas, todavía me duele.



## XXV

### *La historia de Lisbeth y Swann*

Al finalizar el partido la llevé a mi apartamento que compartía con otros cuatro compañeros de equipo y me olvidé de mis heridas de guerra. Por suerte todos habían salido a cenar fuera con los demás para celebrar la victoria y tardarían en regresar al menos unas horas. Deberíamos aprovechar la coyuntura, para pasar un rato, juntos a solas. Dejé las llaves puestas por dentro para que nadie pudiese abrir la puerta desde fuera.

Nos sentamos en el sofá del salón, mirándonos en silencio, hundidos en la espuma de caucho como un par de náufragos en medio del océano. Contemplaba aquellas desnudas paredes con el rostro de ella descansando sobre mi hombro. Me imaginé aquel sitio como una especie de paraíso terrenal, pues en aquel precioso instante salvo Lisbeth y yo, no había nadie más, ni siquiera algún dios que nos prohibiese comer de cualquier tipo de fruta o nos impusiese ninguna orden o restricción. No necesitaba nada, ya que tenía a mi lado a la mejor Eva que cualquier hombre hubiera podido desear. Esa noche nos encontrábamos en el paraíso y no temíamos en absoluto a ninguna clase de divinidad, ni tampoco teníamos motivos para sentir vergüenza alguna de nuestra desnudez, tal vez el dios bíblico sintiese una impúdica envidia, pero no entraba en nuestros planes compartir aquel momento con él.

Besé la mejilla de Lisbeth suavemente y ella se dejó abrazar. No quería estar en otra parte que no fuese aquel extraño salón, ni en otro momento que no fuesen aquellos preciados instantes. Se quitó sus zapatos de charol negros, como una noche oscura sin estrellas, quedando sentada en cuclillas sobre el tapiz del sofá. En seguida la imité, adoptando la misma posición, me situé frente a ella. Nos quedamos absortos mirándonos fijamente a los ojos, como si estuviésemos leyendo algún íntimo mensaje en las pupilas del otro. Mientras proyectaba mi mirada en aquellos preciosos ojos de color castaño, me atreví a

sostener sus manos entre las mías. Luego, ambos, como dos cachorros hambrientos, decidimos poner fin a aquel tierno instante. Lo hicimos a nuestra manera, lanzándonos el uno sobre el otro como un par de salvajes, dando lugar a un profundo y emotivo abrazo. Impulsé a mis manos a deslizarse bajo su jersey de lana virgen; de repente ella me detuvo:

—Espera, este no es el lugar adecuado.

Pero, antes de llegar al lugar adecuado, besé sus labios y sentí como todo mi interior se me escapaba con aquel beso, igual que mi rosada lengua de mi boca a la de ella. Los belfos todavía me dolían de los golpes, sin embargo era como si el mismo diablo se hubiese apoderado de mi alma; sentí al mismo tiempo dolor y pánico, pues no cesaba de pensar que sería de mí si por cualquier circunstancia adversa a nuestra voluntad, algún día, la perdía. Sería duro volver a acostumbrarse a ser el terco y solitario Swann de siempre.

Ella se puso en pie, su hermoso trasero abandonó el confortable sofá, me cogió de la mano conduciéndome a través de un corto pasillo hasta mi habitación. Una vez dentro cerró la puerta y apagó la luz, era la hora de conocer un mundo nuevo. Tiré de las sisas de su vestido hasta que cayó al suelo. Ella me ayudó a quitarme el nike de un fuerte tirón, ya era mía, ¡al fin había perdido el control! Mientras me acercaba a ella, cerré los ojos para entrar en trance y pensé: «Esta es mi chica». En ese momento sentí la suavidad de sus labios y noté el contacto de sus redondeados senos contra mi caja pectoral. Fue la segunda vez que hicimos el amor, la primera había sido en su furgoneta, mientras la poseía me embargó la extraña sensación de haberla amado siempre.

A finales de mes conseguí la licenciatura, junto con treinta alumnos de mi clase, entre los que figuraban algunos de mis compañeros de equipo. Fue un día grande, ¡por fin conseguí algo por lo que Lisbeth tendría que esperar todavía al menos dos años! Me sentía feliz, ella siempre solía llevarme la delantera en todo, pero por una vez podría presumir de ello delante de sus narizotas angelicales.

Fui a verla a su piso en la calle 110, con la diplomatura en la mano. Llevaba la toga todavía puesta. Tiré el aparatoso gorrito, cuyo nombre no recuerdo, en un contenedor situado en la acera frente al portal. Pulsé el botón

del portero automático con fuerza, sabía a ciencia cierta que su padre no estaba en casa, se encontraba conduciendo su taxi a través de las atestadas arterias de la herrumbrosa ciudad. Lisbeth me abrió, me dirigí al ascensor, aquella vieja máquina comenzó a subir renqueante. Por suerte, Lisbeth no vivía más arriba del piso número doce. Salí del ascensor, ella me esperaba con la puerta entreabierta. Nada más me reconoció, saltó sobre mí como un lince. Nos abrazamos con fuerza, cerrando la puerta a nuestra espalda.

—Lo conseguiste, ¡enhorabuena, chico!, pero no olvides, cariño, que el día que yo me gradúe, lo haré con una nota superior a la tuya— dijo.

Opté por concederle esa ventaja, consciente que en cuestión de neuronas me superaba en número. Además, últimamente me encantaba sentirme humillado por su intelecto. Eso venía a confirmar mi teoría de que a una chica de la edad de Lisbeth es mejor no contrariarla. En el caso contrario, te arriesgas a que te machaque una y otra vez con sus dotes cerebrales de superdotada, por lo que para contrarrestar su poderío en este juego mental, me decidí por pronunciar las palabras mágicas, tratando de compensar sus amplios conocimientos en cualquier materia, con un toque de escepticismo:

—Sí, cariño, pero te recuerdo que poseo además del título de criminología, amplio conocimiento de los idiomas: castellano, italiano, alemán y francés.

Juro que traté de cerrar la boca y aplicar la teoría que anteriormente acabo de exponer, pero por alguna extraña jugarreta verbal, tal vez debida a cuestiones genéticas, no pude evitar volver a la carga, en vez de limitarme a pronunciar las susodichas palabras mágicas: «Sí, cariño», aunque me sobró el, «pero te recuerdo...» Los peros siempre sobraban cuando estaba con ella.

—¡Escucha cariño! —replicó Lisbeth— Yo no sólo los hablo, también escribo correctamente en cualquiera de esos idiomas.

—¡No mejor que yo! —repuse con los ojos rojos de ira.

Ella sonrió, luego me abrazó de nuevo con fuerza. Lisbeth sabía que yo no llevaba razón, pero sabiendo lo cabezota que era no se molestó en replicarme. En vez de ello, me premió con un beso que me rompió el corazón. Sólo se trataba de una estrategia antes de regresar al combate.

—Eres tan estúpidamente orgulloso que no eres capaz de reconocer tus limitaciones —. Esta vez eran sus ojos los que me devolvían la mirada con rabia.

Reconozco que se me hizo un nudo en el estómago al escuchar sus palabras, y sabía que llevaba gran parte de razón en ello, sin embargo, ¿por qué demonios aquella mocosa siempre estaba poniendo mi intelecto por los suelos? ¿Acaso ella era superior en cualquier faceta intelectual a mí? Lo cierto era que sí, pues Lisbeth siempre aprobaba con matrícula de honor la mayoría de las asignaturas. No me extrañaba con tantos espacios libres de memoria RAM en su cerebro, le resultaba muy sencillo almacenar todo tipo de conocimientos en su cabeza. Pero, ¿con qué clase de monstruo estaba saliendo? Tal vez debía buscarme una chica más normal. Cómo podría competir con semejante espécimen. Me encontraba ya en boxes, en una especie de estado catatónico, a punto de arrojar la toalla, cuando decidí resurgir como el ave Fénix entre las cenizas:

—El secreto de que saques en todo mejores notas que yo, está en que tú no diversificas tus actividades, te dedicas en cuerpo y alma a la carrera. En cambio, yo poseo un título de Liga Universitaria de básquet.

—¡Vaya primicia! ¡Desde luego es usted todo un primate! —replicó Lisbeth, dejándome de nuevo en evidencia.

Yo permanecí en silencio, ella llevaba razón a su lado no era más que un primate. A continuación ella me contó sus planes de dar conciertos por todo el mundo ¡En fin! Luego nos enamoramos, nos casamos y ella renunció a su sueño por estar conmigo. Me lo ha dado todo durante todos estos años y me ha dejado una herida tremenda en el corazón. La primera noche cuando se fue me volví loco, intenté cortarme las venas con un cúter; no obstante me faltó el valor y me falló el pulso, apenas me hice un rasguño. Ahora ando como alma en pena, nunca he conocido a una mujer tan maravillosa como Lisbeth. Era inteligente, culta y presuntuosa, siempre me llevaba la delantera en todo.

Debo reconocer que en algún momento mientras duró lo nuestro: me perdí, según progresaba en mi carrera profesional mi vida personal se iba al garete. Los primeros años juntos fueron los mejores de nuestras vidas, hacíamos el amor a todas horas y siempre llegaba puntual a las cenas. Entonces, en el

distrito de Bronx donde estaba destinado, ocurrieron una serie de crímenes horrendos que acapararon toda mi atención durante meses. Al principio ella me esperaba paciente, pero por las noches cada vez llegaba más tarde, el sexo comenzó a escasear y el trabajo me absorbía de una manera atroz. Las imágenes de las víctimas se me aparecían una y otra vez en mi mente y yo tenía que encontrar a los asesinos. Resolví muchos casos pero perdí el más importante, lograr hacer feliz a mi amada esposa. Acepté el traslado a Juneau para intentar salvar mi matrimonio, pensé que al tratarse de una ciudad pequeña, tendría menos trabajo. Me equivocaba, desde mi llegada no han parado de surgirme casos, siempre los más virulentos. Se ve que los jefazos de arriba me tienen manía. Espero algún día tener las agallas para dejarlo todo y vivir como cualquier ciudadano normal.

Hace tres días la llamé, estaba en Boston de gira con un cuarteto del que forma parte. Le rogué que volviese, me dijo que la olvidase. No funcionaría. Está intentando rehacer su vida, la que yo le he robado. No soporto estar un minuto más sin ella; siento como unas manos que me atenazan la garganta y no puedo respirar. Estoy pensando en coger un avión a Boston e ir a verla al concierto. Una vez la localice: no dudaré en plantarme de arrodillas y pedirle perdón, besar el suelo por donde pisa, arrastrarme a sus pies como un gusano y entregarle mi alma en una bandeja.

Es posible que ella nunca me perdone, pero yo la amaré siempre. Nunca le haría daño, por eso he decidido dejar de ser un egoísta y acosarla. Eso nunca. Ayer me pidió que por favor, siga con mi vida y no la llame más. Le prometí que lo haría. Unos segundos después de colgar el teléfono, rompí a llorar como un niño. ¡Mi dulce ángel!, ¡cuánto daño te he hecho! Se me hace durísimo dormir solo en la misma cama que he compartido tantas veces con ella. Cada rincón de nuestro apartamento me trae miles de recuerdos de ella. No me atrevo a mudarme, pues todavía noto su presencia en todos los rincones del piso. Sus cosas están tal como las dejó, no he tocado nada. Al terminar la gira, dentro de unos meses ha quedado de venir a recogerlas. Esperaré a que regrese, para volver a verla. No me atrevo a llamarla, prefiero no molestarla más con mis cosas. Nuestra separación supongo también será dura para ella, debo dejar de atormentarla con mis reproches.

## 12.45h

Swann guardó silencio de repente, mientras se bebía el último sorbo de café. Se quedó pensativo después de contarle su historia con Lisbeth, mientras aguardaba a que Norah dijese algo.

—Debe abandonar ese piso cuanto antes jefe, es como si se encontrara viviendo en el museo de los horrores, le alquilaré una habitación en mi apartamento.

—Gracias, pero no puedo. La esperaré hasta que regrese de la gira. Entonces la miraré a los ojos y le diré que todavía la quiero. Es lo menos que le debo, después de lo mucho que la he hecho sufrir.

—Está usted peor de lo que pensaba —se lamentó Norah—. Mejor que volvamos al trabajo. Así dejará de darle vueltas a algo que no tiene solución. Al menos por el momento —le aconsejó Norah—. Debe dejar de torturarse, la decisión de abandonarle ha sido de ella. No es nada fácil vivir con un policía, pero con un músico no le digo nada: a los artistas hay que darles de comer a parte. Si ella quiere viajar y cumplir su sueño: no se interponga en su camino. Hágame caso, déjele saborear las mieles del éxito. Si realmente lo ama, algún día regresará a sus brazos, mucho más dulce y tierna que nunca. Yo de usted no me haría ilusiones y empezaría a disfrutar de la libertad que le ha sido concedida. El matrimonio es una verdadera esclavitud, las parejas solamente están juntas por conveniencia. En el momento que tú le prestabas mucha atención ella era feliz, por eso no necesitaba la música y dejó de lado sus sueños para estar contigo. Le convenía. Desde el momento en que esa atención la comenzaste a centrar en tu trabajo, dejó de convenirle y te abandonó para regresar a su antigua vida.

—¡Vaya veo que tienes un concepto un poco nubloso de las parejas! —exclamó Swann.

—Soy un poco gris, ¡qué le vamos hacer!, pero no suelo equivocarme nunca, con el tiempo verá que llevo razón —concluyó Norah, antes de regresar a comisaría.

## 12.55h

Entró de nuevo en su oficina, Swann se sentía mejor después de charlar con Norah y contarle su historia con Lisbeth, le había dado el resto del fin de semana libre; aunque entonces Norah ignoraba que un nuevo acontecimiento le impediría disfrutarlo por mucho tiempo. Además antes de irse debería hacer un par de cosas en la oficina, no le llevarían más que unos minutos. La subinspectora le parecía muy atractiva, pero no era su tipo, demasiado pragmática para su gusto. Él era un hombre fogoso, de meter y sacar, y la ausencia de su esposa lo estaba volviendo completamente loco. Seguía enamorado de ella como el primer día, pensó en llamarla de nuevo o quizás se decidiese por enviarle un wassat, casi mejor terminaría de recogerlo todo y pensaría solo en los ascensos, no ganaba nada siguiendo dando le vueltas al asunto, la dejaría tranquila antes de que lo denunciase por acoso. Una vez terminó de ordenar su despacho salió al pasillo, se encontró de nuevo con Norah que acababa de archivar las fotografías y los informes del forense que, terminaban de llegar por Email a su correo, justo cuando estaba a punto de apagar el ordenador e irse a su casa.

Swann la mandó esperar un poco, avisaron a Alanis, los tres tenían mucho que celebrar; encargaron unas pizzas y Swann fue a buscar a una tienda cercana unas botellas de champán, pronto sería nombrado inspector jefe y dirigiría aquella maldita brigada, los criminales temblarían ante el peso de la ley.

# **Las horas de la tarde**



## XXVI

14.30h

*La furgoneta negra permaneció toda la mañana estacionada frente al 48 de Mendenhall Lopp. Cuando salí del geriátrico, aquel monstruo comenzó a rugir. Se trataba de una furgoneta Volkswagen de color negro. El monstruo se detuvo delante de mí, en un breve instante la puerta lateral se abrió.*

*Dos siluetas vestidas con traje de cuero negro, adornados con pasamontañas saltaron de su interior y apuntándome con un arma, me obligaron a subir al vehículo. Una vez dentro, uno de los hombres puso la furgoneta en marcha. Su compañero me ordenó ponerme unos guantes y enfundarme un pasamontañas, su voz me resultó totalmente familiar. Al principio creí que alguien trataba de secuestrarme, a sabiendas de que mi padre pagaría mucho dinero por mi libertad. Pero estaba equivocada, llevé una gran sorpresa cuando los supuestos secuestradores me mostraron su verdadero rostro. Se trataba de Liam y Stephen, mis compañeros del club alpino. Esto supuso un gran alivio para mí, ya que me había llevado un susto de muerte. De repente, Liam me dijo:*

*—Prepárate Jane, vamos a atracar un banco.*

*Pensé que se trataba de una broma pesada. ¿Cómo diablos íbamos a cometer nosotros un atraco?, no éramos ladrones de bancos. Sin embargo, aquello parecía que iba muy en serio; lo supe cuando la furgoneta se detuvo frente al First Bank en Vintage Blvd. El frenazo dejó marcado el asfalto con el dibujo de los neumáticos de la furgoneta.*

*Las piernas me temblaban igual que cuando era tan sólo una niña de trenzas y me obligaron a saltar el potro por primera vez en clases de gimnasia. La única diferencia radicaba en que esta vez no pensaba mearme*

*encima. Si mis amigos pensaban atracar un banco, lo atracaríamos. Ajusté bien el pasamontañas, cogí el revólver que me ofreció Stephen y salí disparada de la furgoneta; ellos me escoltaban a ambos lados.*

*Era el atraco más mal organizado que se había perpetrado en toda la historia de la ciudad. Si lo hubiésemos planeado con antelación, por supuesto me hubiese negado a participar. Pero claro, una vez allí y con el corazón acelerado y a punto de estallar, no pensaba abandonarles; aunque juré, que si todo salía bien, cambiaría de amigos. Me gustó la idea de utilizar revólveres que al final resultaron ser pistolas de aire comprimido en vez de recortadas. Si utilizásemos recortadas, la gente pensaría que éramos terroristas y se pondrían nerviosos. Aquello de utilizar pistolas nos daba un aspecto más serio, la gente los prefiere profesionales.*

*—¡Manos arriba, esto es un atraco! —gritó Stephen.*

*Los clientes que estaban en el interior del banco comenzaron a tumbarse en el suelo, cubriéndose la cabeza con las manos.*

*—¡El dinero, coño! —gritó de nuevo dirigiéndose al tipo de la caja y entregándole una saca blanca.*

*Hasta ahora todo parecía ir bien. El joven banquero, de aspecto asustado, comenzó a llenar la saca con manojos de billetes de cien dólares. Luego llegó la parte más difícil del atraco, la retirada. Stephen educadamente dijo:*

*—Por favor, disculpen las molestias. Por el bien de sus preciadas vidas que nadie se mueva de su sitio en diez minutos.*

*Un señor de pelo canoso me ofreció, asustado, su cartera.*

*—Guárdesela, no somos chapuceros —le dije amablemente.*

*Nos dirigimos corriendo hacia la salida.*

*—¡Alto o disparo! —dijo una voz a mi espalda.*

*Miré de reojo hacia atrás, pude ver al tipo que me acababa de ofrecer su*

*cartera. Debía ser de la secreta. Me estaba apuntando con un arma.*

*—¡Alto o disparo!, no lo repito más —gritó de nuevo.*

*En ese momento nadie podía ya detenerme salvo una bala, seguí corriendo con la esperanza de superar los metros que me separaban de la salida. Entonces sonó un disparo o quizá dos, no lo recuerdo bien. Sólo recuerdo ver los baldosines de la acera antes de pegar con la cabeza contra ellos. Un minuto después creí oír el sonido de una sirena, tal vez fuesen los tipos de la ambulancia. Sentí también como si me deslizase por el cielo, como Superman, pero sólo eran los celadores que me trasladaban en una camilla por los pasillos del hospital.*

*Más tarde, escuché un latido, luego silencio, después otro latido. Alguien presionaba mi pecho con ambas manos. Creo que también usaron esas planchas descargando corriente sobre mi pecho. Todo fue inútil, yo no podía moverme. Llegaron mis padres, mamá lloraba, papá trataba de tranquilizarla. Poco a poco fue apareciendo el resto de mi familia, más sollozos. Al cabo de un rato me quedé sola, entonces apareció un sacerdote. Se esforzó en practicar me una digna extremaunción. Mi fe se había extinguido hacía mucho tiempo.*

*Pasaron unas dos horas. Uno de los celadores me metió en una bolsa de plástico con cremallera, parecía una de esas bolsas donde meten los cadáveres, y me sacó de allí. No me acuerdo del momento en que me realizaron la autopsia, pero sí recuerdo aquel celador gordo y seboso. Tuve que soportar que me tapase los orificios corporales con algodones como si llevase varios días muerta. Aquel cerdo no se daba cuenta que olía peor que yo. Recuerdo como me vistió con un traje azul cielo especialmente diseñado para la ocasión por algún modista local importante, lo cual era de suponer sabiendo los gustos de mi madre. Antes de vestirme me había quitado los dichosos algodones, menos el que me había puesto en el trasero; no se daba cuenta de que los muertos no defecan.*

*Más tarde, lo veía todo a través de un cristal. Quería salir a abrazar a mi amiga Erika, pero ella no vendría al funeral. Me preguntaba qué sería de Liam y Stephen. ¿Los habría matado el de la secreta igual que a mí? Creo que no porque aparecieron más tarde. Iban muy elegantes, enfundados en un*

*par de trajes de Adolfo Domínguez. Pensé que habían conseguido escapar con el dinero, pero cuando se acercaron a mi preciosa caja, logré ver como las metálicas esposas rodeaban sus muñecas. Estaban acompañados por la policía. Debían haber pedido permiso para verme antes de ingresar en prisión. Debería odiarles, ellos tenían parte de culpa de que yo estuviese dentro de este estúpido ataúd. Sin embargo, una parte de mí sabía que lo que realmente me había matado era mi orgullo. Jamás debí salir corriendo al oír aquellas palabras, «¡alto o disparo!», pero una Barret nunca se detiene ante nada aunque sea a costa de perder la vida. Esto lo había heredado de mi padre. Podía verlo detrás del cristal; entonces, hice algo que muy pocas veces en vida había hecho delante de él, lloré. Seguro que ninguno de los asistentes al entierro había visto antes a un cadáver llorar. Mi padre también lloró. Entonces lo supe, a pesar de nuestro orgullo, a nuestra manera, nosotros nos queríamos mucho.*

*Las coronas que rodeaban el ataúd eran enormes. Algunas cintas que conseguí leer tenían las inscripciones típicas de cualquier funeral católico: tus padres, tus tíos, tus compañeros de clase, tus amigas del orfanato, los miembros del club alpino... (Esta última fue la que más me gustó).*

*Me sorprendió ver entrar en la sala a Alison. Entonces, albergué las últimas esperanzas de ver aparecer a mi amiga Erika, pero no fue así.*

*Entonces cerré los ojos.*

*Silencio...*

*Silencio...*

*Silencio... más silencio, pues los muertos no hablan.*

JANE BARRET

JUNEAU, JUNIO DE 2000

ENERO DE 2018

R.I.P

**14.40h**

Se despertó aturdida como si le hubiese caído un oso encima. Cuando sonó el despertador Jane se encontraba en medio de una terrible pesadilla, donde había perdido la vida después de atracar un banco con sus mejores amigos. Agradeció que todo no fuese más que un mal sueño.

Miró hacia el otro lado de la cama instintivamente, buscando a su padre, como si todavía siguiese con vida. Pero por desgracia no era así. Su fotografía estaba allí, sobre la mesilla, junto a la lámpara, posaba delante de la cámara, sosteniendo un enorme salmón por la cola. Estaba empapada de un sudor frío. Entonces lo pensó: «Ojalá mi sueño fuese real, porque aunque se tratase de una brutal pesadilla, mientras soñaba no fui consciente de la tragedia acontecida ayer en la pasarela. Por unos momentos mientras estaba atrapada en aquel horrible ataúd, incapaz de moverme, mi inconsciente se figuraba a mis padres todavía con vida. A sabiendas de que mi padre no vendría al funeral, pues él sentía auténtica aberración por los ataúdes y los entierros. Una vez me lo había confesado: “Si un día te mueres, Jane, quiero que sepas que no acudiré a tu funeral porque no tendría sentido. Un cuerpo sin vida ya no me sirve para nada. Odio todo tipo de celebraciones religiosas, sean del tipo que sean, porque están llenas de reglas y normas, y el verdadero ser debe ser libre. Dios está dentro de cada uno de nosotros, pues por eso nos ha hecho a todos diferentes. No necesito ir a una iglesia, mostrar un culto ciego a unas figuras para encontrarlo”. Pero lo cierto era que Dios lo había abandonado hacía mucho tiempo, mientras conducía por una carretera y su coche se precipitaba por un barranco perdiendo la vida, o tal vez no, quizás el Señor fuese voluntariamente a su encuentro».

Le costó un mundo levantarse de la cama, preparó un café y se lo tomó junto con un par de aspirinas, tratando de aliviar la resaca. Le dolía la cabeza y tenía que ponerse en marcha pronto. La noche había pasado volando, mezclando ácido y alcohol sin deparar en las consecuencias. En cuanto a lo sucedido en el bosque, parecía pertenecer a los dominios de la ciencia ficción. Nadie en su sano juicio se creería que tan solo unas horas atrás, un enorme oso Grizzli del tamaño de un elefante, terminaba de salvarle la vida. Al menos le había ayudado a darle su merecido a esos cabrones que trataban de violarla, impidiendo terminase siendo un nuevo caso de mujeres víctimas de la violencia de género.

Erika y ella habían bailado como locas toda la noche. Erika le había contado que si encontraba trabajo en el hospital de Juneau, se quedaría en Alaska a vivir y no regresaría a Boston. A pesar de que terminaba de romper con Alison, si volvía, no le resultaría fácil quitársela de encima, ya sabía lo pegajosa que era. Muchos rincones de la ciudad le recordaría demasiado a ella, además echaba de menos a Brian, tal vez lo llamase algún día para tratar de retomar su relación donde la habían dejado. Aquel triángulo amoroso entre Alison, Erika y Brian, nunca terminaría de comprenderlo. Suponía que lo de Erika eran las relaciones abiertas y con Alison en Boston controlándola, se sentiría demasiado atrapada. Las relaciones monógamas no parecían hechas para ella. Sin embargo cuando le habló de volver con Brian, la dejó desconcertada; tal vez Erika lo quería de verdad y de una vez por todas estaba dispuesta a asentar la cabeza. Se alegraba por ello y le deseaba lo mejor a ambos.

Jane le contó que ante sus problemas para conseguir que su psiquiatra le diese la alta, estaba pensando seriamente en abandonar la idea de estudiar criminología y sacarse el título de auxiliar de enfermería. Eso no le impediría seguir trabajando en el geriátrico y de pasó ahorrar algo de dinero. Debería encontrar el modo de sacarse del medio a su psiquiatra, como hizo con James en la pasarela. Acababa de ver su nombre en el portátil, salía en la prensa en internet. Los periódicos en cambio no mencionaban nada sobre ella. Mejor, parecía que se había convertido en una sombra.

Desplegó sus habilidades de hacker para entrar en los archivos de la policía, como solía hacer habitualmente, y tratar de averiguar el punto exacto

en que se hallaba la investigación del caso. Al parecer habían descartado la idea de que se encontrase una chica en la escena del crimen. La puñalada que recibió James, la atribuyeron a un desgraciado accidente con su amigo Noel. Según el informe que emitieron a la prensa, al tratar de abalanzarse sobre el oso, presa del pánico, James apuñaló a Noel por error, después de tropezar contra una mata de hierbajos, terminó hundiendo el filo de acero en la blandura del vientre de su compañero. Estaba tan oscuro que probablemente lo confundió con el cuadrúpedo, de manera que en vez de matar al oso, liquidó accidentalmente a su amigo. En realidad había sido Jane quien lo había matado, pero eso era lo de menos. La gente se tragaría todo lo que el gobernador quisiese contarles para no arruinar la reputación del delfín de la familia. Un intento de violación sería una mancha imborrable en el expediente de su hijo que podría afectar seriamente a su carrera política y valía la pena mentir por ello. Las próximas elecciones estaban cerca y no pretendía verse involucrado en ningún escándalo de este tipo.

Para justificar la muerte de Noel por conmoción cerebral, por culpa del impacto contra una roca que le destrozó el cráneo, dijeron que al tratar de abalanzarse sobre el oso que estaba amenazando a James, Noel puñal en mano, arremetió con tanta fuerza que al tropezar contra los hierbajos, después de acuchillar por error a su amigo, con el impulso cayó al suelo, golpeándose la cabeza contra una piedra y falleciendo en el acto, súbitamente, producto del impacto. En realidad Noel estaba tan cagado de miedo, después de que Jane lo rociase con el spray; que muy a pesar de tener totalmente nublada la visión, trató de alcanzar los peldaños de acceso al puente, huyendo del oso con tan mala fortuna que, tropezó destrozándose el cráneo en la caída. Por lo que era imposible que fuese él quien apuñaló a James, sino Jane, la vengadora. Por suerte para ella, la opinión pública se tragaría todas las mentiras del informe policial, incluido la de que no había ninguna chica con ellos, cuando se produjo el ataque del oso.

La tranquilizó saber que en principio se encontraba libre de toda implicación en el crimen. Que le atribuyeran a Noel la muerte de James, la exoneraba de cualquier participación en la reyerta. Ahora solo le quedaba un último eslabón que resolver. Por la identidad de los fallecidos, no le resultó difícil de dilucidar, cuál era la del testigo protegido. Recordaba su impávido semblante junto al lago Lindeman, un año y medio atrás, cuando ella estando

con varios miembros del club alpino lo amenazó con una navaja. Mientras Peter Thompson continuase con vida, ella nunca estaría segura.

Por suerte vivía cerca del hospital y podía conectarse desde allí a su wifi local que no estaba configurada correctamente. Consiguió hackear la clave de su red y acceder a todos los dispositivos que estaban conectados a ella. Entró en uno de los ordenadores del hospital, buscó el plano de las cámaras de seguridad y su ubicación exacta dentro del edificio. Lo convirtió en PDF y lo imprimió para examinarlo exhaustivamente. Después de estudiarlo con detenimiento, buscó los ángulos muertos para penetrar en el edificio sin ser grabada por ninguna de las cámaras. Le costó más trabajo encontrar los archivos, donde figuraba la ubicación de las habitaciones del ala privada del hospital, en la que ingresaban a los pacientes VIP. Tuvo que hacerlo con un software especial para engañar a los antivirus y conseguir descifrar la contraseña que protegía las listas de los ingresos.

«¡Te tengo cabrón! Habitación 202 en la planta de traumatología. Peter Thompson Blomk, ingresado a las 7.20h con una fisura que afecta al sóleo, el peroneo lateral largo, el tibial anterior y ligeramente al tendón de Aquiles; causada en un accidente de moto por una caída. ¡Oh, qué mentiroso! ¡Acaso no fue provocado por la zarpa de un oso! ¡Más te valía que fuese provocado por un accidente de moto, cabrón! Operado con éxito a las 8.05h por el Doctor Fox. La evolución es favorable... Necesito librarme de ti, Peter Thompson, hijo del gobernador de Alaska. Sé que me reconociste, instantes antes de intentar violarme junto a tus amigos, por eso nunca estaré segura mientras vivas. ¡Ahora todos están muertos!, ¡preparate, tú serás el siguiente!.»

Introdujo una rebanada de pan en la tostadora, una vez listo, lo untó con paté y se lo comió, necesitaba reponer fuerzas para afrontar lo que se le venía encima. Al terminar de almorzar, cogió el móvil del cargador y llamó a Erika. Que no se tomó muy bien que la despertara a aquellas horas, después de la terrible juerga que se habían corrido juntas anoche.

—Perdona por molestarte a estas horas, pero necesito un favor urgentemente —dijo Jane.

—Está bien, dime —respondió Erika.



—Necesito tu uniforme de celadora para una sesión de fotos esta tarde. Es para un catálogo de bricolaje, pagan muy bien y me vendrá bien el dinero — explicó Erika.

—Vale, estaré en el hotel Driftwood toda la tarde, habitación 228, puedes pasar a recogerlo cuando quieras.

—Muchas gracias guapa, pasaré dentro de un rato —dijo Jane y colgó el teléfono.

Antes tenía que hacer una especie de experimento químico. Entró en una habitación donde tenía un pequeño laboratorio doméstico compuesto por una mesa de madera alargada pero estrecha, y unas estanterías con varios frascos de cristal con extraños brebajes y algunos componentes químicos para los experimentos de clases, junto con otros productos prohibidos que había conseguido en el mercado negro.

Sobre un soporte metálico situado encima de la mesa, colocó varias probetas vacías. En una de ellas, vertió de una botella el cloroformo. En otra el cianuro y en una más pequeña, un poco de agua. Después de pensárselo un rato, puso una probeta más, vacía, sobre un hornillo de cruz en una placa calefactora que funcionaba con infrarrojos, donde vertió un poco de éter. Luego giró el mando de la placa para calentar de una manera rápida y uniforme el contenido de la probeta.

En otro hornillo de gas, colocó sobre un trípode la probeta que contenía el agua y también la calentó hasta que superase los cuarenta grados de temperatura. Al terminar vertió el agua en la cubeta del éter caliente. Esta mezcla resultaba totalmente inocua, pero podría tener que echar mano de ella, si veía que corría el peligro de ser descubierta durante su periplo por el hospital. En la cubeta del cloroformo líquido, vertió la suficiente cantidad de cianuro hasta asegurarse de que este resultaría letal. Luego colocó un estuche plateado abierto en una esquina de la mesa del laboratorio. Su interior estaba forrado con un tapete negro, donde descansaban sujetas por unas bridas, dos jeringuillas doradas. Extrajo una de ellas, la llenó con la sustancia inocua y en la otra introdujo el veneno.

Al acabar cerró el estuche y lo colocó con cuidado sobre la mesa. Salió del

laboratorio, se quitó el pijama y se metió en la ducha. El agua le ayudaría a despejarse, tenía el cuerpo lleno de moratones y rasguños, la mayoría provocados por las ramas y guijarros en su caída en la pendiente del ribazo al tratar de huir del inspector Swann. Sus heridas de guerra no menguaban un ápice su increíble hermosura, ni la ligereza de unas curvas que delineaban un busto magnífico, que bajo el agua la hacían parecer una amazona. Al contrario, las contusiones en vez de desfavorecerla, le daban un aspecto épico, como de una diosa guerrera, dominadora de las estrategias bélicas, sus lesiones deslumbraban en el mapa de la piel, como estrellas fugaces en el firmamento.

Necesitaba relajarse y librarse de toda la tensión que la rodeaba, si quería que su misión tuviese éxito. Un solo fallo y podía terminar fácilmente entre rejas. En su mente repasó de nuevo la situación de las cámaras en las salas del hospital, tenía que evitar a toda costa salir en las grabaciones. Si quería tener éxito, debería moverse sigilosamente como una serpiente venenosa en una jaula para leones. De no ser por el inspector Swann probablemente ya estaría en la cárcel. En ese momento sonó el timbre y Jane se asustó, ¿quién sería a aquellas horas? Cerró el agua y salió de la ducha precipitadamente, descolgando un albornoz de la percha situada detrás de la puerta para ocultar su desnudez.

Antes de abrir escondió el estuche con el veneno, levantando un trozo de escayola que estaba suelto en el techo del baño. Luego volvió a colocarlo como si no ocultase nada. El timbre continuaba sonando y Jane se apresuró a abrir la puerta; fuera quien fuese, debería aparentar normalidad y deshacerse de él, cuanto antes mejor, para poder proseguir con sus planes de envenenar a Peter Thompson. Por la manera impulsiva de tocar el timbre: no tuvo dudas en deducir que se trataba de un varón. Al abrir se encontró con el rostro adusto del inspector Swann. Jane lo invitó a pasar, tapándose como pudo con la confortable prenda de algodón que se había puesto de prisa, todavía a medio secar, las gotas se escurrían por el parqué formando un reguero de agua a su paso.

Llevaba el pelo mojado y unas ojeras kilométricas. El semblante del inspector Swann no era mucho mejor. Se había pasado la noche sin pegar ojo, bebiendo grappa y viendo videos de su ex, tocando el violín con su nuevo grupo en Youtube. Le escocían los celos y se preguntaba, cuál de sus

compañeros de grupo se la estaría tirando. Jane lo invitó a sentarse en el sofá del salón y le sirvió un café. Swann la miró con ojos enmelados. Al observarla descubrió que tenía una brecha cerca de la ceja, un labio hinchado y algunos pequeños rasguños en los mofletes.

—¡Espera! —dijo Swann—. Deja que te cure esas heridas, aunque son superficiales pueden infectarse. ¿Tienes un botiquín por alguna parte?

—En el armario del baño hay uno —respondió Jane.

El inspector le cerró la brecha con unas tiras de aproximación y luego, antes de echarle en las heridas Betadine, las limpió con alcohol, produciéndole un fuerte escozor que ella trató de disimular para no parecer una quejica. Empezó con los hombros y continuó con los brazos. Lo hizo todo con mucha delicadeza, ningún hombre la había tratado nunca así. Ella se ruborizó al subirse el albornoz para dejar al descubierto las piernas. No llevaba ropa interior y se cubrió el sexo como pudo. Él parecía no inmutarse y continuó con las curas. Una vez terminó con las piernas, la mandó darse la vuelta y descubrirse la espalda. Ella apretó fuertemente el albornoz contra los pechos y lo dejó hacer. Afortunadamente todo eran heridas superficiales y no tardó mucho en terminar. Lo peor eran los pies, los tenía hinchados por el frío y con unos sabañones de órdago, llenó una tina de agua caliente y la mandó meterlos dentro. Ella le miró a los ojos y sintió un extraño cosquilleo en su interior. A pesar de que le llevaba doce años, aquel hombre le parecía muy atractivo. Mirándolo a los ojos podía desnudar su alma, en su interior parecía esconder una tristeza infinita.

Jane no se sentía digna de su compañía. En cambio sus miradas al cruzarse generaban, una de esas corrientes de electricidad que, iba mucho más allá de lo que con las palabras pudiesen decirse. Es más, desde que él atravesó la puerta de su apartamento, todo lo demás pasó a un segundo plano. Había tenido una noche de perros y se encontraba toda magullada, le dolían todos los huesos del cuerpo, acababa de matar un hombre y casi no podía sentarse de lo morado que tenía el trasero. En un momento sintió como si todo su mundo se derribara a su alrededor, se lanzó en los brazos de aquel desconocido y comenzó a llorar a moco tendido. Las lágrimas empañaron la americana de Swann, pero ni siquiera se paró a aflojarse el nudo de la corbata. La abrazó con fuerza y trató de consolarla. Una vez se desahogó, se compuso lo mejor

que pudo y volvió a ser consciente de la realidad y del peligro que corría.

—No te preocupes, hemos llegado a un acuerdo con el gobernador y nadie salvo yo, te ha visto la cara. Estás a salvo, solo he venido para decírtelo. Aunque supongo que ya has visto las noticias en internet —trató de consolarla Swann.

—Muchas gracias por todo, estaré en deuda contigo toda la vida por lo que has hecho —respondió Jane muy cariñosa.

Ella se guardó mucho de contarle nada sobre la sospecha que tenía, de que el único superviviente junto a ella de la masacre, Peter Thompson el hijo del gobernador de Alaska, conocía su verdadera identidad y trataría de quitársela del medio como fuera, se trataba de un hombre muy peligroso y no descansaría hasta verla muerta. En cuanto siguiese con vida, ella continuaría en peligro a pesar de lo que creía Swann.

—No hay de que, tu sola presencia ya ha sido suficiente pago —dijo Swann.

Ella se sonrojó al oírlo decir eso y sonrió tímidamente, reprimiendo las ganas de abrazarlo de nuevo. Necesitaba que se marchase cuanto antes para continuar con su misión. Se quedó callada y Swann creyó que le vendría bien descansar, por lo que se despidió de ella con un par de besos en las mejillas. Antes de irse le comunicó que pasaría a visitarla al día siguiente por la tarde para ver cómo se encontraba y volver a hacerle la cura de las heridas. Mañana cuando pasase a visitarla, se pondría su mejor traje y la invitaría a cenar en el mejor restaurante de la ciudad. Le encantaba tenerla como amiga y le ayudaría en todo lo que estuviese a su alcance. Al marcharse, el inspector Swann, cerró la puerta del apartamento y un lúgubre silencio se extendió por la estancia, devorando toda la candidez que con su sola presencia había iluminado la vivienda, tan solo unos instantes antes, para luego volver a desvanecerse como por arte de magia, dejando a Jane, sola, de nuevo en medio de la inmensidad de un tenebroso mundo, donde debería sortear todo tipo de dificultades para tratar de sobrevivir.

## XXVII

### 14.45h

La capital del estado duerme en un lecho de fiordos y estuarios. La ciudad, al carecer de demasiados edificios altos, es una de las más bonitas de Estados Unidos. Las calles están llenas de flores, los tiestos cuelgan de las farolas y hasta en las barandas de los jardines de las casas bajas se muestran repletos de colorido. En el canal que la bordea, circulan barcos de pesca, lanchas recreativas y se posan como gaviotas sobre las olas, los omnipresentes hidroaviones. En los meses más calurosos, lo que más resaltan son los camarotes de lujo de los cruceros que llenan la ciudad de una marea de turistas ávidos de nuevas experiencias, aunque de momento muchas tiendas de souvenirs permanecen cerradas esperando su llegada.

El gobernador de Alaska tiene su despacho en la parte alta del edificio que alberga el capitolio de Juneau. Al contrario de las otras capitales de Estados Unidos: el capitolio de Juneau no es una réplica del de Washington, se diferencia de este sobre todo en que carece de cúpula. Está construido con una masa informe de hormigón armado y rematado con cuatro columnas dóricas de mármol que coronan una larga hilera de escaleras de piedra. El gobernador es uno de esos políticos que le gusta lucir percha: lleva un traje gris ceñido sin ninguna arruga y una corbata negra, impoluta, que se enreda como una serpiente de cascabel alrededor de su cuello. Encabeza un gobierno muy conservador, poco amigo de hacer demasiadas concesiones a los ciudadanos, aunque no dudará en apoyarlos económicamente, cuando eso favorezca las expectativas de expansión de alguna de sus empresas o de las de sus socios inversores.

Cameron Thompson es el único gobernador de Estados Unidos que se atreve a pasear sin escolta por las calles de la ciudad y lo hace habitualmente con total impunidad. Su aspecto físico es el de un hombre vigoroso, su estatura

supera el metro ochenta. En las mangas de su chaqueta luce unos ojales de platino y esconde un Rolex de oro blanco con diamantes de dieciocho quilates, a pesar de ello camina siempre por la ciudad sin miedo ninguno a ser atacado. Luce además un abrigo de astracán que le costó una fortuna y le ayuda a soportar mejor el frío en invierno. El sistema judicial come de su mano, tiene a muchos jueces, fiscales y abogados en el bolsillo. Lo mismo se puede decir de la policía y los funcionarios públicos. Sus votantes le adoran y el resto de la población le teme.

En los últimos tiempos pocos crímenes habían quedado sin resolver en Alaska y cuando no conseguía encontrar a los culpables, siempre buscaba a algún hispano o afroamericano sin recursos al que incriminar en una rueda de reconocimiento, amañada, sin importarle que fuese un inocente a la cárcel. La cuestión era sencilla, solo se trataba de sobornar algún testigo para que acusara a alguien sin recursos. Este se pasaba una buena temporada entre rejas sin haber hecho nada, hasta que no le quedaba más remedio que aceptar algún tipo de trato de favor con la justicia, a cambio de su silencio y lograr así, una reducción de condena; tras verse forzado a reconocer los hechos de un crimen que nunca había cometido.

Si sus votantes fueran conscientes de estas prácticas, por otro lado muy habituales en la sociedad americana en las últimas décadas, no se alterarían demasiado, mientras ayudase al hombre blanco a mantener su supremacía sobre los estamentos más elevados del status social y económico de la nación. Tampoco supongo les perturbaría mucho, tener conocimiento de su militancia durante su juventud en las filas del mismísimo Ku Klux Kan. En el que participó activamente en varios linchamientos a personas, solo por el odio sistemático que siente hacia la gente de otras razas. Es posible que perdiese algunos votantes si lo supiese la prensa y eso podría hacerle perder el gobierno de Alaska.

Esa etapa de su pasado había sido enterrada hacía tiempo. Si saltase a la luz, siempre podría alegar que no era cierto y sería muy difícil de que el público no le creyese. Al ir todos con la cara tapada, sería imposible demostrar que había pertenecido al Ku Klux Klan, la gente lo achacaría a una maniobra de propaganda política de los demócratas para desacreditarle. Su discurso era bastante moderado en la actualidad, pero no lograba convencer a

los miembros del ala más progresista de su propio partido, que estaban deseando cometiese un error para desbancarlo de su cargo.

El odio racial era algo que su familia le inculcó desde pequeño, una especie de epidemia generacional transmitida de padres a hijos que deja en muy mal lugar a ciertos estamentos de la sociedad norteamericana, para ellos lo que es diferente supone un peligro, en vez de intentar comprenderlo, tratan de execrarlo como si de un enfermedad se tratase. Lo importante era que comprendiesen ciertos conceptos básicos que contra natura, ellos están convencidos de que supone una amenaza para la sociedad de bienestar y sin embargo son necesarios para la supremacía del sistema. Es como si pensarán que el hombre blanco se encuentra en la cima de la pirámide alimentaria y los demás debiesen de guardarle pleitesía. La igualdad de derechos entre los ciudadanos de Estados Unidos, sin importar el color de la piel, raza o religión; debería suponer uno de esos conceptos básicos anteriormente mencionados; que son vulnerados una y otra vez por los elementos más tóxicos de una sociedad, infundada en el odio y la desigualdad. Un problema que en América no han sabido solucionar, sin tener que recurrir a la extorsión y los gases lacrimógenos.

## 15.05h

En contra de su voluntad, Cameron había tenido que pactar con un policía negro para salvarle el culo a su hijo, eso le revolvió el estómago, la bilis se le incrustaba en la garganta solo de pensarlo. Debería librarse de él, cogerlo en un desliz y echarlo de Alaska para siempre. Desde su llegada no había cesado en intentarlo, incluso poniendo en jaque tanto a los federales como a los de asuntos internos, pero Swann era un agente muy inteligente y siempre parecía ir un paso por delante de ellos. Cameron había escogido Alaska para desarrollar su carrera política, porque supuso que allí la población afroamericana era una minoría aunque abundasen los indios. Por supuesto no era a los indios a los que odiaba. El salvaje oeste ya quedaba atrás. Era la gente de color como la llamaba él, los que realmente le irritaban. Habían

trabajado en las plantaciones de algodón para su familia durante generaciones. La abolición de la esclavitud había resultado una catástrofe económica para sus antepasados. Los confederados nunca debieron perder la guerra de sucesión, como sureño Cameron Thompson creía que el hombre negro había nacido para servir al blanco. Y ahora debería ascender a uno de ellos a inspector jefe, incluso alguno como Obama había logrado llegar a lo más alto de la Casa Blanca, pero eso no logró cambiar su manera de ver las cosas. Para Cameron, un negro jamás debería tener los mismos derechos que un blanco.

Enfrascado en estos pensamientos, abandonó el capitolio para dirigirse al hospital en un vehículo oficial con las ventanillas tintadas de negro. Al entrar en la habitación de su hijo, cogió una silla y se sentó cerca del borde de la cama. Los analgésicos comenzaban a hacerle efecto y lograron hacer remitir el dolor de su herida. Su pierna derecha estaba apoyada sobre una almohadilla, ligeramente elevada para favorecer la circulación y su cicatrización. Peter Thompson tenía muy buena memoria para las caras como su padre; también había heredado su odio racial y sus ideas de supremacía. A Cameron no le quedó otro remedio que contarle su acuerdo con la policía sobre su caso, sabía que a su hijo no iba a gustarle, aun así decidió hacerlo. Peter reaccionó iracundo, sin entender nada, algo atontado por el efecto de los analgésicos.

—¡Pero papá, te has vuelto loco! ¡Cómo se te ocurre hacer un trato con ese negro! ¡No podemos permitir que la muerte de mis amigos quede impune!

—¡Harás lo que yo diga! ¡Debes obedecerme en todo y dejar de meter la pata! Tu aventura en la pasarela ha podido costarme el puesto —dijo Cameron regañándole, antes de tomar aire y moderar su discurso—. Debes tener paciencia hijo, al inspector Swann le llegará su día. A mí me desagrada lo mismo que a ti, pero las elecciones están cerca y debemos ser cautos. Ahora cuéntame todo lo que sabes de la chica.

—Es medio india, nos la encontramos con la gente del club alpino en una ocasión, cuando estábamos cazando en el lago Lindeman. Tuvimos un encontronazo con ellos y me amenazó esgrimiendo una navaja, debí liquidarla entonces, ahora solo sé que en cuanto me recupere, pagaré cara la muerte de mis amigos. ¡Ella fue quién apuñaló a James! —dijo Peter con rabia.

—¡Calma hijo!, yo me ocuparé. Debes comprender que ostento un cargo



político importante y no quiero que te metas en más líos. Es mejor que se ocupe de ella un sicario. Antes debemos averiguar su verdadera identidad. Tengo un agente infiltrado en las filas del club alpino. Ese hombre estaba con ellos en el lago, cuando ella te amenazó con la navaja. La conoce bien, se ha granjeado su amistad, uniéndose a ese grupo de paranoicos denominado los guardianes del bosque. No quiso decirme su nombre por teléfono, nunca se sabe cuándo las líneas pueden estar pinchadas. Si vamos cometer un crimen, debemos asegurarnos antes de nunca dejar ningún rastro. Él se encargará de matarla.

»Uno tiene que tener ojos y oídos en todas partes: si quieres permanecer en la cúspide debes estar mucho más cerca de tus enemigos que de tus amigos. Mantenerte siempre alerta y nunca dejar rastro de tus actos. Así se me ocurrió la genial idea de colocar un espía en el club alpino. ¿Qué mierda hacías persiguiendo a esa chica en plena noche? Estas cosas hay que hacerlas con discreción. ¿Acaso no sabías que en esa pasarela hay varios tramos controlados por cámaras?

—Lo siento padre, se nos fue la olla. Era muy tarde y estábamos muy cachondos.

—¡Tú verás hijo! Si vuelves a intentar algo así, ese negrata de inspector ha prometido cortarte los cojones.

—¡Mierda, padre! Y aun por encima vas a ascenderlo. ¿Cómo puedes permitir que ese cabrón dirija la comisaría de nuestra ciudad?

—Es política hijo, tener un inspector jefe negro, nos hará quitarle unos cuantos votantes a los demócratas.

—Está bien padre, no me meteré en más líos. ¿Cuándo te reúnes con el infiltrado?

—Lo llamaré más tarde, en cuanto regrese a la oficina. Él nos dirá la identidad de la chica. Es un chico joven, pero con muchas agallas. Para mí este chico es casi de la familia. Su padre era muy amigo mío, murió en Irak, defendiendo a su país. Yo era un año más viejo que él entonces, nunca olvidaré cuando lo vi regresar del frente en una caja de pino. Me entraron

ganas de alistarme para vengar su muerte, pero por desgracia ya era demasiado viejo para ello y me encontraba en plena campaña para conseguir la presidencia del estado. Ese año arrasamos y fui embestido gobernador de Alaska. Desde entonces la oposición nunca ha logrado desbancarme. En cuanto te recuperes trabajarás con él para mí, estoy harto de verte hacer el ganso y causarme problemas.

—Está bien padre, se lo prometo. ¿Cómo se llama ese espía que ha colocado en el club alpino y con el que supuestamente tendré que trabajar?

—Se llama Brian Butcher, y te aseguro que no le temblará el pulso a la hora de degollarle el cuello a esa chica.

—¿Cuánto le pagará padre?

—Una fortuna, pero no te preocupes. Me encargaré de que los padres de James, Noel y Philip, me proporcionen el dinero suficiente para que este asesinato nos salga gratis. Al fin y al cabo sus hijos están muertos y tú sigues con vida.

—La hubiera matado yo mismo si no fuera por esta maldita pierna —dijo Peter.

—Eso sería una tontería. ¿Para qué arriesgarse? Lo mejor es que haga otro el trabajo. Uno debe aprender a manejar los hilos desde la sombra, así conseguí hacerme gobernador de Alaska, sin ensuciarme nunca las manos de sangre.

—Usted siempre ha sido muy listo padre. En cuanto Brian le desvele la identidad de la chica y sepamos su nombre, debe ir a por ella con todo. Dígale a Brian que tenga cuidado, suele llevar un espray de pimienta en el bolso.

—La ventaja que tenemos es que ella no desconfía para nada de Brian. Nuestro amigo es un seductor, no te extrañe que trate de llevársela primero a la cama y después la degüelle mientras hacen el amor. En esas condiciones no habrá spray de pimienta que valga.

—Si es tan seductor como usted dice padre y han coincidido juntos en las

excursiones del club alpino, es posible que ya se hayan acostado juntos y a ella no le apetezca repetir la experiencia.

—Todo puede ser, pero no pretendemos que se la vuelva a follar hijo sino que la mate. Lo importante es que la chica desconoce que Brian trabaja para nosotros y podrá acercarse a ella, sin que sospeche nada. Puede citarla para una de esas caminatas que hacen los del club alpino y degollarla mientras orina en el bosque. Me da igual, Brian no fallará y la quitará del medio para siempre. La próxima vez que venga a verte es posible que ella no siga con vida.

—Pero si la mata, romperá el pacto que hizo con la policía —insistió Peter.

—Tienes razón hijo, lo mejor será hacerlo de forma que parezca un accidente. De todas maneras me acabo de enterar que mis amigos Enzo y Adam, después de enterarse de la muerte de sus hijos, contrataron a unos sicarios mexicanos, son amigos de un narcotraficante aliado suyo y miembros del cártel de Juárez. Llegarán a Juneau en unas horas en avión, para asesinar al inspector Swann y a todos los miembros del club alpino. No los culpo, después de la muerte de sus hijos están sedientos de sangre y a pesar de que no me conviene tanto jaleo con las elecciones tan cercanas, ellos siempre han apoyado nuestra candidatura y debemos ayudarles en todo lo que podamos. Con nuestros enemigos muertos, los ecologistas perderán peso en el gobierno y será más fácil construir nuevas explotaciones petrolíferas en Alaska.

—Eso, que se carguen a los guardianes del bosque o, nunca podremos hacer nada tranquilos en Alaska sin tenerlos vigilando nuestros pasos.

—Eso es lo que ocurrirá, ahora debes de descansar hijo —le aconsejó Cameron.

—¿Ya se va padre? —preguntó Peter.

—Todavía no, hijo. Me quedaré un rato más, dándote conversación como cuando eras pequeño, hasta que vengan las enfermeras a traerte la merienda.

## XXVIII

16.05h

Al salir del ascensor se encontró con una sombra acurrucada en la puerta de la entrada de su apartamento. La sombra fue tomando formas de mujer y la sorpresa resultó mayúscula, cuando reconoció la figura de Lisbeth, llevando una bolsa de mano y su violín como único equipaje. Lucía un atuendo demasiado fresco para la época, compuesto por una minifalda negra, unos pantis y una blusa blanca floreada; campeaba el frío lo mejor que podía con un plumífero color verde oliva. Al verla, el inspector Swann se quedó sin respiración por unos instantes. Las lágrimas se le escurrieron de los ojos con la emoción y se vio incapaz de pronunciar palabra. Ella sonrió tímidamente, su mente pareció nublarse y tampoco dijo nada, esperó a que fuese él quien rompiese el hechizo en medio de aquel incomodo silencio. Swann se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y abriendo la puerta, le ayudó a meter dentro el equipaje.

—Me alegro de verte. ¿Cómo te encuentras? —preguntó Swann.

—Siento presentarme sin avisarte, pero por problemas técnicos se suspendió el concierto que íbamos a dar mañana en Seattle y decidí acercarme hasta aquí para recoger mis cosas.

—Están tal como las dejaste —dijo Swann—. Siento en el alma que hayas dejado tus sueños de lado por estar conmigo.

—Tampoco te creas que se me ha perdido tanto, después del aplauso del público, una siente un vacío enorme. Es una vida muy dura, entre los ensayos, viajes, entrevistas y conciertos, una apenas tiene tiempo para sí misma. Te mereces a alguien con una vida más estable, una chica menos voluble y con los pies en la tierra. En cuanto no me importará ser tu mejor amiga, ¿si tú quieres?

—dijo Lisbeth.

—No sé si podré, cada vez que hablo contigo o te veo, siento como si un hilo invisible tirase con fuerza de mí hacia ti. Cuando te marchaste me volví loco, casi me corto las venas. Estaba dispuesto a dejar este mundo por no tener que soportar pasar tanto tiempo lejos de ti. En esos momentos de angustia, una especie de luz iluminó la noche, filtrándose a través de la ventana y decidí que quitarse del medio en un momento así, sería una completa estupidez. Un acto egoísta y lo nuestro que fue lo más maravilloso que me pasó en la vida, no merecía terminar así. Intentaré ser tu mejor amigo, si eso te hace feliz, pero no puedes pedirme que deje de quererte.

—Siento lo hayas pasado tan mal por mi culpa. No pretendo molestarte demasiado con mi presencia, tardaré poco en recogerlo todo. Para mí también ha sido muy duro. Echo de menos tu compañía, pero en ocasiones debemos ser fuertes y tomar decisiones por el bien de los dos. En realidad, ahora mi trabajo me absorbe tanto como el tuyo y comprendo mejor lo que sentías cuando llegabas agotado y tarde a casa, sin ganas de nada. Esa misma apatía que acabó con lo nuestro, la siento ahora en ocasiones al finalizar los conciertos. Mientras estoy en el escenario y la música suena, todo es maravilloso; deslumbro como una estrella en medio del firmamento, me siento viva, como cuando empezamos a salir juntos. Sin embargo al apagarse las luces, una tristeza infinita me invade. Y aunque todavía te quiero, las distancias no son lo nuestro. Ambos somos fogosos y necesitamos tener a alguien cerca. Tal vez no encuentre otra alma con la que conectar como lo hago con la tuya, pero debemos sacrificar nuestra relación por el bien de ambos. Yo también siento ese hilo invisible que nos une, tirando de mí. En cambio debo de ser valiente y romperlo, aunque nos duela, a la larga será lo mejor. Sabes que en cualquier momento encontrarás a otra chica que te quiera más que yo. Más guapa, más estable y que podrá entregarte todo lo que te mereces.

—No, te esperaré. Da tus conciertos, diviértete. Ve mundo, pero por favor, tómate tiempo antes de tomar una decisión definitiva sobre lo nuestro —suplicó Swann.

—Sabes que no puedo hacerlo, no puedo prometerte fidelidad, pero si una gran amistad —contestó Lisbeth.

—Está bien, no te preocupes. Estaba pensando en trabajar menos horas, espero un ascenso con su posible aumento de sueldo. Si quieres puedo acompañarte en alguno de tus conciertos. Si te haces muy famosa, seré tu guardaespaldas.

—Avísame cuando puedas venir, pero no quiero que lo tomes por costumbre. Sé que no te gusta viajar en avión y nosotros nos movemos constantemente. Es una locura, sé realista, nuestras vidas tienden a tomar distintos rumbos.

—¿Puedo ofrecerte un té? —preguntó Swann.

—Sí, nos sentaremos un rato a charlar en el sofá, al menos te debo eso —respondió Lisbeth.

El inspector caminó por el encerado suelo del apartamento, esquivando cajas vacías de pizzas, envases de comida para llevar, montones de botes de Coca-Cola, cerveza, ginebra y cartones de vino barato. Llegó hasta la cocina en medio de aquel caos y calentó un poco de agua. Luego llenó la tetera, vertiendo unas hojas machacadas sobre una rejilla insertada en la boca del recipiente: la cogió por el asa y la acercó a la mesita con un par de tazas. Mientras el té reposaba, la miró intensamente y le preguntó algo que no debía.

—¿Hay alguien más en tu vida?

—¡Por Dios Swann! En todo caso eso sería algo que a ti no te concierne —exclamó Lisbeth.

—No soy tu mejor amigo, deberías contármelo todo.

—Está bien, alguna vez me he liado con el contrabajo, pero fue solo sexo, nada más —explicó Lisbeth.

—¡Maldita sea! ¡Pero cómo has podido! —Swann lloraba desconsoladamente— ¿Lo quieres?

—No, solo fue un par de veces, son cosas que tiene este maldito trabajo. Después de los conciertos, sales por ahí y bebes unas copas, se supone que

todo lo tienes controlado, pero la carne es débil —dijo Lisbeth—. Ves porque no podemos seguir juntos, podría mentirte, pero eso me haría sentir fatal. Tú eres lo más importante para mí, incluso más que mi propia familia, por eso no me gustaría perder nunca el contacto contigo.

El imaginársela en los brazos de otro lo cambió todo. Era demasiado doloroso para él. Se sentía traicionado y herido a la vez. Aun así, se contuvo y se puso a servir el té. La mano le temblaba, ahora era ella la que lloraba. El té reposaba en las tazas, nadie se atrevía a ser el primero en beber. Swann estaba a punto de explotar, trató de contenerse, pero los celos son el animal salvaje más fiero de una relación y le estaban desgarrando las entrañas.

—Ni siquiera has esperado un par de meses desde que me abandonaste para engañarme, todavía no hemos firmado la separación y ya te acuestas con otro —le recriminó Swann.

—Soy una mujer libre y no tengo que pedirte permiso para nada —replicó tajantemente Lisbeth.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—No es nadie, ya te dije que no supuso nada especial para mí. Si vas a comportarte como un marido celoso, será mejor que no vengas a los conciertos.

—Sabes que yo puedo hacértelo mucho mejor —dijo Swann—. Conmigo viajarías de nuevo al cielo y se te quitará esa careta de rancia que llevas puesta.

—Lo sé, cariño, pero si lo hacemos, al separarnos todo será más difícil, sufriremos mucho y no merece la pena.

El inspector no contestó e imprevisiblemente se abalanzó sobre su esposa, sus manos comenzaron a desnudarla y ella temblaba bajo su contacto, tiró de la minifalda, luego envolviendo poco a poco los pantalones, le quitó las bragas y comenzó a besuquearle los muslos. Sabía lo que le gustaba y ella terminó abandonándose a sus deseos. Desabrochó los botones de su blusa y llenó su boca con los gigantescos pezones que se endurecieron al contacto con su

saliva. Lo habían hecho tantas veces en el pasado que ya se sabía el camino de memoria. Comenzó a besuquearle el cuello, sus labios gruesos se deshacían en el ámbar de su garganta, mientras las manos de ella, le desabrochaban con ansia los pantalones. Él se incorporó para ayudarle y arrojando toda la ropa sobre la alfombra con el miembro inhiesto, arrodillado sobre el parqué, tiró de sus caderas y entró en ella con delicioso deleite para sus sentidos. De vez en cuando lo sacaba, restregando el glande por su clítoris, le hacía ver las estrellas. Lisbeth que llevaba tiempo sin echar un polvo como es debido, cogió sus enormes manos y comenzó a chuparle los dedos con ansia. Se retorció de placer y estaba a punto de llegar al orgasmo cuando Swann, súbitamente, se salió de ella a pesar de sus protestas.

—¡No pares ahora! ¡Vamos, sigue!

El semblante de Swann había cambiado de repente. Sin decir ni palabra, comenzó a vestirse.

—¿Qué te pasa? —comentó Lisbeth.

—No puedo, me voy a dar una vuelta, coge tus cosas y márchate. Es mejor que llames al tío del contrabajo para que termine lo que yo he empezado. Envíame rápido los papeles de la separación. Los firmaré todos y de paso, tramitaremos el divorcio. ¡No quiero volver a verte nunca más! —exclamó inesperadamente Swann.

—¡Por Dios!, solo fue una mierda de polvo, es a ti a quién realmente quiero. No me dejes así, podemos hablarlo y tratar de arreglarlo; podía haberte mentido y sin embargo elegí decirte la verdad.

—Demasiado tarde —dijo Swann, poniéndose el abrigo y desapareciendo por la puerta de la entrada.

Al salir a la calle, la nieve le golpeó en la cara. No sabía a donde ir. Las lágrimas resbalaban por su rostro, pero era consciente de que ya no había vuelta atrás. Ella había traicionado su confianza y todo se desmoronaba a su alrededor. El aire gélido le impedía respirar, las manos se le estaban congelando y las guardó en los bolsillos del abrigo para intentar hacerlas entrar en calor. La imagen de un músico desconocido acostándose con su



esposa; ambos beodos le torturaba demasiado. Llamó a la subinspectora Norah McCann y quedó con ella para tomar un café. Estaba roto, pero necesitaba hablar con alguien. Entraron en un local decorado con un alicatado imitando a los guijarros de un río que, cubría las paredes hasta metro y medio del suelo. Se sentaron en un banco y Swann le contó todo lo ocurrido con Lisbeth hacía unos instantes.

—¡Vamos Swann!, al menos ha sido sincera. Sabías que eso iba a pasar. Ya no estabais juntos cuando ocurrió. ¿Qué esperabas? —interrogó Norah.

—No sé, lo nuestro es tan intenso que no puedo soportar imaginármela en los brazos de otro —respondió Swann.

—Está bien jefe, lo comprendo. La vida es muy dura. Pero si la deja marchar así, la perderá para siempre.

—Entonces, ¿piensas qué lo mejor es que regrese junto a ella?

—No lo sé, pero creo que ella está tan perdida como usted y yo no soy nadie para darle ese tipo de consejos —añadió Norah.

Se quedó un rato pensativo y decidió regresar corriendo a su apartamento, al llegar ella ya no estaba. Había recogido sus cosas y dejó una nota sobre el sofá, enrollada entre sus braguitas rosa. Se apresuró a desenvolverla y la leyó con ansias:

*Hola cariño:*

*Lo del contrabajista era mentira, te lo conté para ver como reaccionabas. No me he acostado con nadie en este tiempo que hemos estado separados. Supongo que ya te habrá pasado el enfado, cuando leas estas letras, ya estaré lejos, camino de Seattle en el primer vuelo que salga de Juneau. Si realmente me amas debes dejarme marchar. Por desgracia ahora pertenecemos a mundos muy distintos. Cualquiera día, durante una gira, terminaré conociendo a otro hombre y entonces, sí que te haré daño de verdad y tú no te mereces nada de eso.*

*Un abrazo fuerte.*

*Lisbeth Brown*

*PD. Besos y abrazos de tu mejor amiga.*

Apenas terminó de leer la carta, bajó a toda prisa a la calle. Se montó en su Jeep Cherokee y condujo rápido camino del aeropuerto. Utilizó la sirena policial para saltarse algunos semáforos en rojo. Al llegar dejó el coche en el aparcamiento y comenzó a correr hacia la zona de embarque, demasiado tarde, en esos instantes su avión estaba despegando rumbo a Seattle. Al verlo alzar el vuelo rompió a llorar desesperadamente. La quería, pero tal vez Lisbeth tenía razón, sus vidas giraban en torno a mundos totalmente distintos y quizás lo mejor era separarse para no continuar haciéndose daño. Nervioso, observó el Boeing donde viajaba Lisbeth, elevándose sobre el cielo de Juneau y luego desaparecer en el horizonte. Había perdido una oportunidad de oro de recuperarla, comportándose como un estúpido. Al menos le quedaban sus braguitas rosa, tal vez Lisbeth se cansase de sus giras, su música y sus espontáneos amantes —reales o ficticios— y regresase de nuevo a sus brazos algún día.

## XXIX

15.45h

Una ambulancia la hizo retroceder y Jane tuvo que arrimarse al contrachapado de la pared para esquivarla. Unas celadoras aprovechaban un momento de descanso para abandonar la residencia e irse tomar un refrigerio al burger de la esquina. El corazón le latía con fuerza según se acercaba a la entrada del hospital. Llevaba el plano del edificio memorizado en su mente y sabía que si entraba por la puerta de urgencias, evitaría las cámaras de seguridad. Así que al llegar a la entrada principal, pasó de largo y bordeó el ala izquierda del hospital siguiendo el sonido de la sirena. Entró en urgencias al mismo tiempo que los camilleros sacaban a un anciano de la ambulancia, atado con correas de seguridad a una camilla. Los casos de gripe se multiplicaban en aquella época del año y los pacientes colapsaban la sala de espera.

Una vez dentro giró a la izquierda y se deslizó por una zona de boxes, donde los pacientes recibían las primeras atenciones por parte del personal sanitario. Atravesó nerviosa el pasillo hasta alcanzar las escaleras interiores que descendían a los vestuarios. Allí se cambió de ropa y puso el uniforme de celadora que le prestó Erika. Era una sala pequeña y angosta, con azulejos blancos y una hilera de taquillas que parecía no tener final. Dejó la bolsa con su ropa de paisana dentro del armarito y lo cerró con un candado de color violeta. Una mujer rubia de comprensión delgada y ojos claros, entró en ese momento en el vestuario.

—¿Eres la nueva de trauma? —le preguntó la recién llegada.

—Sí, me ha tocado el ala Este —contestó Jane—. ¿Sabes que contraseña necesito para entrar? Me la dijeron ayer pero con los nervios, se me olvidó.

—Dieciocho, doce, veinticuatro. Los primeros días son los más duros, después con el tiempo te irás familiarizando con las instalaciones y el trabajo.

—En realidad solo estoy de prácticas, pronto me trasladarán al hospital de Vancouver —mintió Jane.

—Te envidió, aquí el invierno se hace muy aburrido mientras no llegan los turistas.

Se despidió de la enfermera y salió disparada, recorriendo un largo pasillo donde se encontraba la farmacia y varios laboratorios, antes de llegar a un ascensor interior, destinado solo para uso de personal sanitario, dejó atrás una máquina expendedora de bebidas. Había estudiado la zona con detalle en los planos, allí tampoco se molestaron en poner cámaras de seguridad. Subió al segundo piso, y después de meter la clave de acceso a la planta que le dijo la enfermera, entró dentro del ala reservada, donde se encontraba su objetivo. Debería matarlo antes de que hablase de ella con nadie. Llevaba el estuche con el veneno en uno de los bolsillos de la bata. Se cruzó con varios doctores y continuó andando impasible. No tuvo que recorrer demasiado espacio para encontrarse de lleno con la puerta de la habitación 202 entornada. Se precipitó dentro como un ciclón, ni siquiera deparó en la silueta del gobernador Cameron Thomson, que estaba sentado en un rincón de la estancia en medio de una extraña penumbra. Su hijo dormía plácidamente, Jane pensó que tenía suerte, si estuviese despierto podría reconocerla. Abrió el estuche para sacar la jeringuilla con el cianuro, cuando la voz del gobernador la detuvo, sobresaltándola.

—Acaban de darle la merienda y la medicación, duerme como un angelito.

—¡Qué susto! ¡Pensé que no había nadie! Le voy a dar algo que le ayudará a descansar mejor —dijo Jane, disimulando la sorpresa como pudo.

Al verse descubierta, retiró el tapón de la sonda, y optó por inyectarle la solución de éter que era totalmente inocua. Eran dos personas ya las que la habían visto, contando con la enfermera: no podía arriesgarse a inyectarle el cianuro delante de testigos o probablemente se pasaría el resto de su vida en la cárcel. Su misión había fracasado de momento, pero tenía el código de acceso a la planta y podría regresar otro día, si lo creía conveniente.

—Mejor, así me marchó más tranquilo —dijo Cameron, saliendo de la habitación, mientras ella guardaba la jeringa en el estuche y simulaba revisar el contenido del suero, despidiéndose del gobernador.

Una vez se quedó a solas, sopesó la idea de inyectarle el cianuro. La descartó de inmediato, su padre la había visto, no tardarían en localizarla y detenerla por asesinato. Bajó de nuevo a los vestuarios. La rubia ya no se encontraba allí, se vistió con unos vaqueros ajustados, una blusa azul y un plumífero rojo. Luego metió el uniforme de sanitaria en una mochila gris de Nike y se marchó del hospital. Ahora que el gobernador le había visto la cara, todo se complicaba. Seguro que Peter ya le transmitió sus sospechas y pronto enviarían a alguien para deshacerse de ella. Necesitaba esconderse y desaparecer por un tiempo. El principal problema era que no podría huir muy lejos por carretera, Juneau era la única capital de estado que no tenía comunicación con otras ciudades, su línea de asfalto se limitaba a las calles de la ciudad y una red de carreteras que unas morían en el filo de la montaña, otras en la orilla del océano o recorriendo parte de la isla Douglas que se encontraba frente a la ciudad y casi formaba parte de ella.

Al menos si tuviese un todoterreno podría perderse por las pistas de los bosques. Sabía que Peter Thompson no se atrevería a denunciarla a la policía por la muerte de su amigo James. Solo le quedaba la posibilidad de que no la hubiese reconocido cuando la acorralaron en el bosque con los puñales. Sin embargo pronto descartó esa hipótesis: los ojos de Peter le transmitieron lo contrario. Solo fueron unos segundos en que sus miradas se cruzaron antes del ataque del oso, pero resultaron suficientes para que Jane percibiese un cambio en la expresión de su rostro, iluminado por la tenue luz de la linterna de su móvil, que le delataba como la odiosa mocosa, capaz de amenazarlo con una navaja, tan solo hacía un año y medio en el lago Lindeman.

Antes de salir de casa había borrado todas las fotografías que quedaban de ella en la web del club alpino. Necesitaba hablar con Lobo y el resto de los miembros del club para que no la delataran. Estaba en peligro y necesitaba ayuda. ¿En quién confiar? Tal vez el inspector Swann podría ayudarla, ya lo había hecho en dos ocasiones. Una cuando trató de violarla su padrastro y la otra cuando se encontraron en el bosque: ¿por qué no iba hacerlo una tercera?

Si Peter ya le había contado todo a su padre, ya no tenía sentido intentar

asesinarlo. Es más, no ganaba nada enfrentándose al hombre más poderoso de Alaska. Que movería todos los hilos necesarios para vengar la muerte de su hijo. Debía tratar de calmarse y pensar cuál sería su próximo movimiento. Lo primero sería devolverle el uniforme a Erika, luego trataría de conseguir un arma en el mercado negro, sin la alta de su psiquiatra no estaba autorizada para comprarla en una armería, ya no estaba segura en la ciudad; tarde o temprano sus enemigos darían con ella.

Anoche había caído una de las mayores nevadas del año y las máquinas quita nieves, no daban abasto. Nunca se había sentido a gusto en aquella ciudad. Los blancos la miraban como si fuera india y los indios como si fuera blanca. Jane tenía un poco de ambas razas, pero no se sentía parte de ninguna. La nieve había cuajado incluso cubriendo el tendido eléctrico y le costaría caminar sin hundirse en algunos tramos hasta la rodilla. Alcanzó el hotel donde se hospedaba Erika y sacudió la nieve de sus botas, antes de entrar en el hall de recepción. Era muy amplio con una de esas enormes lámparas de araña que descendía del techo. Subió en el ascensor acristalado, y saludó a los bañistas de la entreplanta donde se encontraba la piscina que le devolvieron, divertidos, el saludo.

Una vez en su habitación, las dos amigas se abrazaron. Jane le entregó el uniforme y le dijo que había salido esplendida en las fotografías. No quería detenerse demasiado, pero Erika insistió en que se quedara a tomar el té. Había telefoneado a Brian y estaba a punto de llegar. Si no se quedaba Erika iba a sospechar algo y prefería pasar desapercibida. Erika le contó que la habían aceptado en el hospital de Juneau, mañana comenzaría a trabajar en traumatología. Esto al principio desconcertó a Jane, por eso la enfermera rubia le había preguntado si era la nueva de trauma: sin duda, la confundió con Erika. Menos mal que no le había inyectado el cianuro a Peter, de lo contrario estaría muerto y era posible que culparan a Erika por ello. Si su mejor amiga terminaba en prisión por su culpa, nunca podría perdonarse por ello.

—Entonces va en serio, ¿piensas volver con Brian? —preguntó Jane.

—La verdad que no lo sé, si quieres puedes quedarte y hacemos un trio como en los viejos tiempos —dijo sonriendo Erika.

—Lo cierto es que llevo muchísimo tiempo sin acostarme con nadie, desde

el instituto. Brian está para comérselo, pero mi cabeza está en otro lado en estos momentos.

—No me digas que estás enamorada, puedes contarle los detalles a tu mejor amiga —la presionó Erika.

Jane se quedó pensativa, le gustaba el inspector Swann, pero era doce años mayor que ella y terminaba de abandonarlo su esposa, no creyó muy prudente comentárselo, aunque tampoco quería contrariarla y mentirle. Erika no tardaría en darse cuenta de ello. De pronto se desmoronó, toda la tensión vivida en el hospital, pareció pasarle factura y comenzó a llorar. Erika se sentó a su lado en el sofá y la abrazó con fuerza. No entendía nada de lo que le sucedía a su amiga. Anoche se mostraba desenvuelta y no parecía tener ningún reparo en flirtear con todos los chicos que se encontraban en el pub, mientras ingería grandes dosis de alcohol y tan solo unas horas después, su mundo parecía derrumbarse como un castillo de naipes.

—Lo siento he tenido un día horrible —se excusó Jane.

Erika le pasó un pañuelo de papel para que se limpiara las lágrimas y le sirvió el té caliente en una taza, pensaba escuchar todo lo que tenía que decirle su amiga, paso a paso, sin prisas. En esos momentos, sonó el móvil de Erika y aunque en principio lo ignoró, ante la insistencia de Jane, decidió cogerlo. Erika mantuvo una conversación corta y colgó.

—Era Brian, parece que el gobernador precisa de sus servicios para un trabajo, y en estos momentos se dirige hacia el capitolio para encontrarse con él, por lo que no podrá venir a nuestro encuentro. ¡Es una pena! Nos lo tiraríamos y se te curaría ese mal de amores que parece consumirte el alma.

Súbitamente, el gesto de Jane cambió en su rostro, de profunda desolación a alerta desgarradora. La llamada de Brian a Erika la había desconcertado. En ese momento Jane pensaba contarle a Erika lo de su encuentro inesperado con los cazadores, pero aquella llamada lo cambió todo. ¿Qué clase de trabajos hacía Brian para el gobernador? ¿Por qué lo iba a visitar precisamente hoy? Algo olía mal en todo aquel asunto. Debería tener cuidado con Brian, puede que el asunto que debía tratar con el gobernador esa tarde, nada tuviese que ver con ella, pero no se fiaba. Entonces comenzó a pensar en la actitud de

Brian en el club alpino, siempre estaba con sus auriculares ajeno a todo. No parecía disfrutar demasiado con las excursiones, ni se involucraba apenas con el grupo.

—¿Qué clase de trabajos hace Brian para el gobernador? —preguntó Jane.

—Hasta lo que yo sé, le ayuda con sus campañas políticas, repartiendo folletos de publicidad y cosas así. En ocasiones ayuda a acarrear a los ancianos de los geriátricos a las urnas en furgones. No es una actividad muy ética, ni creo que sea legal, pero ya sabes cómo funciona la política, les proporcionan una papeleta de su partido y solo tienen que identificarse e introducirla en la urna. Da igual que tenga demencia, párkinson o no sepan a quién votan, el caso es ganar las elecciones. Al parecer el gobernador y el padre de Brian eran muy amigos de jóvenes. Desde que murió en la guerra de Irak, Cameron nunca dejó de ocuparse de Brian. Acaso piensas que viste bien por su cara bonita. Esos trajes que usa son muy caros. ¿De dónde piensas que saca Brian el dinero?

—No tenía ni idea —respondió Jane.

—Pero, cuéntame, ¿qué te ocurre? ¿Por qué llorabas antes? —preguntó Erika.

—Nada, un compañero del trabajo en el geriátrico del que estoy enamorada y no me hace ningún caso —mintió Jane—. Lo siento mucho tengo que marcharme, acabo de recordar que he dejado un hornillo encendido en la cocina.

—Bueno, pues vete rápido y vuelve pronto a contarme lo que te ha pasado con ese chico. Ayer no me hablaste nada de él en toda la noche. ¿Qué me estás ocultando Jane? —la interrogó Erika que no terminaba de creerse su historia.

En esos momentos sonó el vibrador del teléfono de Jane en su bolso. ¿Quién sería a aquellas horas? Era su psiquiatra. El Doctor William Borg le pedía que si podía adelantar su cita de mañana a esta tarde. Le quedaba un hueco libre y si se pasaba en media hora lo atendería gustoso, pues le había surgido un viaje y debería partir muy temprano, casi de madrugada y mañana no podría atenderla. Parecía de buen humor, Jane creyó que sería mejor no



contrariarle y aceptó. Le dijo que estaría allí en veinte minutos. Aquella llamada desconcertó a Erika que no le quedó otro remedio que dejarla marchar.

—Prométeme que me llamas más tarde, sino dame tu dirección e iré a visitarte —insistió Erika.

—No te preocupes, me pondré en contacto contigo en cuanto pueda. ¡Suerte con Brian! —dijo Jane a modo de despedida.

Aunque por el tono de su voz, Erika supo que no iba regresar, la dejó marchar igualmente. Algo la incomodaba, sobre todo después de la llamada de Brian, tenía que averiguar de qué se trataba. Es posible que solo fuese que Jane le tenía aversión al gobernador de Alaska y no le agradase que Brian trabajase para él. Antes nunca había tenido secretos con ella, pero eso parecía haber cambiado. Algo muy fuerte debía estar sucediéndole para no contárselo a ella, trataría de interrogar a Brian sobre su conversación con el gobernador para intentar sonsacarle algo. Aunque Brian tampoco le diría la verdad. Erika tenía un especial olfato para detectar las mentiras, podría llamarse intuición femenina, pero ella prefería creer que se trataba de una especie de radar deductivo heredado de sus padres que, habían fallecido durante su infancia en un desafortunado accidente de avioneta.

Al salir a la calle Jane marcó el número del inspector Swann para informarle de su situación y pedirle ayuda. ¡Maldita sea! Estaba apagado. Seguro que el inspector la llamaría pronto en cuanto viese la llamada perdida. Puso el teléfono en modo silencioso, se dirigía a la consulta del doctor William Borg y allí no estaba permitidos los móviles. Lógicamente la terapia no debía ser interrumpida por ningún elemento ajeno a la misma. Estaba nevando otra vez, la nieve fría y rasposa se le metía en los ojos. Los copos descansaban sobre los ladrillos de terracota, adheridos a su superficie, parecían trepar por ellos como grumos de restos de espuma, esperando que el sol los absorbiera, igual que los folículos cedían bajo la presión de una cuchilla de afeitar. La pequeña verja de entrada en el edificio del doctor Borg estaba abierta. Estupendo, así se ahorraría el trabajo de tocar el timbre, y tener que soportar su asquerosa voz varonil a través del interfono.

Las paredes de la consulta del doctor William Borg están llenas de diplomas, la mayoría pertenecientes a distintas convenciones, cursos o

estudios de psiquiatría en los que ha participado. La frialdad de la decoración de la sala, sin ningún tipo de adornos, le recuerda a Jane a las habitaciones de aislamiento del geriátrico, donde llevan a los usuarios más conflictivos, carentes de cualquier objeto punzante con el que puedan autolesionarse o hacerse daño. Colgó el plumífero en el perchero y se tumbó en el diván, siguiendo las instrucciones del doctor. Este la mandó permanecer en silencio y se preparó para escuchar su voz en *off*, durante largo rato como si se tratase de un prolongado y extenso monólogo, donde el profesional, despliega sus conclusiones clínicas, redactando un largo diagnóstico, ante el que su paciente no tiene derecho a réplica, ni nada por el estilo. Sin más preámbulos el doctor William puso la grabadora en marcha y comenzó a hablar.

**XXX**

**16.50h**

*Consulta del Doctor William Borg*

*Voz en off*

El estudio en profundidad de tu caso, me ha llevado después de un análisis exhaustivo a definir tu enfermedad, como un desdoblamiento de la personalidad, provocado por una esquizofrenia poco común, pero que sin embargo se presenta como una variante biológica grave de esta clase de patologías, ya que tiene lugar en una etapa tan crítica del desarrollo de una persona como es el final de la adolescencia. Al principio atribuí tu comportamiento a un trastorno de conducta obsesivo convulsivo con episodios de violencia, producto del repentino fallecimiento de tu padre, pues se supone que el de tu madre tras su larga convalecencia, ya lo tendrías asimilado. En cambio después de leer tu blog en internet detenidamente, determiné un diagnóstico diferente del caso. Desde luego es posible que tu enfermedad te haya llevado a pensar que realmente existen dos entes diferentes dentro de ti: una Jane buena y otra Jane mala. En realidad eso es incorrecto; es la enfermedad la que acaba provocando ese desdoblamiento de personalidad y te convierte en otra persona. Las pruebas neurológicas que te realizaron no hallaron ningún tumor en el lóbulo temporal que pudiese provocar una hemorragia intracraneal o una malformación vascular como pensé al principio. Esa es la buena noticia. Lo cual me lleva a deducir que tu enfermedad se debe más bien a un trastorno del déficit de atención con hiperactividad, que a cualquier lesión de carácter cerebral o fisiológico; dando como resultado una sintomatología esquizofreniforme, cuya cepa de momento me es desconocida.

Después de llevar a cabo una exploración exhaustiva, durante muchas sesiones, se perciben claramente grandes alteraciones en tu capacidad asociativa, lo que nos lleva a la tendencia a un trastorno en el pensamiento provocado en parte por un déficit de atención prolongado. Lo cual me lleva a creer que si no eres capaz de controlar tu pensamiento, tampoco serás capaz de actuar con coherencia. La Jane mala domina a la Jane buena. Los cambios bruscos en tu estado de ánimo también son producto de la enfermedad. En cambio los síntomas depresivos es posible que sean posteriores a la aparición del cuadro clínico de la esquizofrenia.

En cuanto a las alucinaciones que te han llevado a pensar que tu padrastro Jonh Larsson había intentado todo tipo de tocamientos o abusos sexuales sobre ti, resultaron el detonante para tu comportamiento agresivo que puso en peligro la vida del sujeto en cuestión. Si realmente Jonh Larsson intentara en algún momento abusar de ti, no te hubiese denunciado a la policía. Los pederastas nunca denuncian a sus víctimas, siempre es a la inversa. Esas mismas alucinaciones han terminado por hacerte deducir erróneamente: que yo no quiero darte la alta médica porque soy un obseso sexual y deseo mantener relaciones con una paciente a la que doblo en edad. En realidad para mí no representa ningún estímulo acostarme con una chica tan joven. Siempre me han interesado solamente las mujeres maduras y adultas, nunca me fijaría en una niña como tú.

Tienes miedo a la oscuridad, por eso tus sueños son convulsos, y al despertarte, se prolongan en la realidad, sin verte capaz de distinguirlos de ella. Así creíste que tu padrastro Jonh Larsson estaba intentando tocarte mientras dormías. Lo conozco, es una persona con un comportamiento intachable, de otra forma el estado nunca le habría dado tu custodia. Jamás haría nada que te pudiese perjudicar. Lo mismo se podría decir de tu madrastra Lila Vanger. El tiempo que conviviste con ellos, te trataron como a una hija, pero tu mente los rechazaba. Te negabas aceptar que alguien intentase suplantar la ausencia de tus padres biológicos y buscaste la manera de hundirlos. Sabías que si lo acusabas a él de pederastia, te librarías de ellos para siempre, la ley del menor no admite dudas al respecto. Luego tu mente enfermiza proyectó la fantasía de los tocamientos y los denunciaste en el blog, consciente de que la policía lo leería. Eres una gran narradora por eso me desconcertaste al principio.

Lo siento no puedo darte la alta médica, pero si puedo diagnosticarte una discapacidad transitoria. Eso te da derecho a una paga por minusvalía intelectual y no tendrías que trabajar más. Sé que quieres ser agente de policía y no dudo que tengas cualidades para ello, pero si todo lo que has escrito en el blog es cierto: no me cabe duda de que tiendes al pensamiento mágico, irracional, con intrusiones súbitas de alucinaciones paranoicas. En general confundes la realidad con la fantasía, tienes delirios sobre persecuciones que no existen y aires de grandiosidad, casi quijotescas; aunque en realidad nada de lo que te imaginas este sucediendo, al menos de la manera que tú lo proyectas en tu mente. Eso te vuelve una persona muy peligrosa.

Es posible que muchos de los hechos narrados en tu blog sean reales, sobre todo en lo relativo a tus experiencias en el club alpino. El deporte atenúa en parte los efectos de la enfermedad y logra sin duda que tengas un mayor contacto con la realidad. En cambio he investigado sobre todo lo acontecido con tus amigas en el periplo durante tu estancia en el orfanato y algo no me cuadraba. En sus instalaciones los dormitorios compartidos son de dos personas. En una de las entradas del blog, narras como erais tres las chicas que compartíais cuarto: Erika, Alison y tú. Visité personalmente el complejo y pude acceder a los listados de las residentes en esa época, guiándome por las fechas que marcan las entradas en tu blog; efectivamente compartías habitación con Erika, pero no había ninguna Alison ingresada en la institución.

Desde luego se trata de un personaje producto de tu invención. Es posible que nos hallemos ante un nuevo caso de desdoblamiento de personalidad. Esta vez proyectaste tu imagen, creando un personaje inexistente. Al principio me costó unir los cabos, luego caí en la cuenta de lo que sucedía: en realidad Alison nunca existió, todo fue producto de tu enfermedad. Eras tú la que estaba enamorada de Erika, quién la deseaba y al no ser capaz de aceptar tu identidad sexual, pues te avergonzabas de ella, tu mente creo el personaje de Alison y comenzaste a tener celos de Brian.

Para que lo comprendas mejor, esta vez ya no te valía transformarte en la Jane mala para justificar tus actos. La Jane mala nunca aceptaría la homosexualidad de la Jane buena, siempre la tomaría como una debilidad. Entonces inventaste el personaje de Alison y te metiste tanto en el papel que terminaste manteniendo relaciones con Erika, sin sentir ningún tipo de

remordimientos. El problema era que Erika estaba enamorada de Brian, en ese momento sentiste unos celos enfermizos de tu compañero del club alpino, lo odiabas porque Erika prefería acostarse con él, antes que hacerlo contigo.

Entonces entró en acción la Alison más heterosexual, como otro desdoblamiento de personalidad de la Alison lésbica. Ya que no podías conseguir que Erika se sacase de la cabeza a Brian, decidiste seducirlo y terminar formando un trío. Así perdiste la virginidad, participando en una orgía, con las manos apoyadas contra un tronco de un árbol caído, mientras Brian os penetraba a ti y a Erika por turnos. En tu cabeza a veces penetraba a Alison, otras a Erika y después a ti. En realidad tú y Alison erais la misma persona. Esperaste a que Erika se largase, un poco enojada porque sentía celos de ti, sobre todo cuando comenzaste a mantener relaciones con Brian, aunque más tarde cuando fue consciente de que a ti Brian no te interesaba demasiado, tan solo te acostabas con él para provocarla a ella, dejó de tenerlos. Incluso no le desagradaba que os lo montarais los tres juntos.

Ese día al largarse Erika, tú te abalanzaste como una loca sobre Brian, hasta dejarlo agotado. Luego proyectaste en tu mente la fantasía de que le calvabas agujas en el pene, para vengarte por haber interferido en tu relación con Erika. En realidad si Brian estuviese tan agotado como en tu relato: lo hubieses hecho, se las clavaría hasta matarlo. Gracias a Dios, los varones a esa edad tienen mucho aguante y cuando se cansó de ti, Brian te abandonó sin ningún tipo de miramientos, dejándote sola con las bragas bajadas y con tus fantasías con las agujas en medio del monte.

Hasta hace unos días que localicé tu blog en internet por casualidad y me puse a leerlo, siempre tuve serias dudas sobre tu enfermedad. Vienes aquí, te tumbas en ese diván y comienzas a contarme cada día las mismas cosas que he leído en el blog, todo lo tienes memorizado, mezclando fantasía y realidad. ¿Quién eres en realidad Jane? No hace falta que me contestes. La esquizofrenia es una enfermedad en ocasiones muy difícil de detectar.

Estudí tu comportamiento durante tu vida escolar y en varias sesiones, traté de que me hablastes lo máximo posible de esa etapa. De todo lo que me contaste he deducido que has tenido algunas dificultades a la hora de relacionarte con tus compañeros, debido a tu carácter taciturno e introvertido y tu actitud antisocial, ello te ha llevado a ser objeto de burlas

y rechazo por parte de los demás, llegando a padecer incluso agresiones físicas y verbales. Lo que ha terminado por encerrarte todavía más en ti misma. Además mostrabas un extraño temor por contraer enfermedades mortales, sin motivo aparente, tu comportamiento intrusivo y perturbador, provocado por una cadena de pensamientos hipocondriacos, te conducía hacia conductas absurdas como lavarte las manos continuamente antes de entrar en contacto con alguien o limpiar previamente las manillas de las puertas con un pañuelo para evitar contagiarte con algún virus mortal. Este comportamiento te aislaba de tus compañeros de clase y te volvía una persona reservada y triste. Tus manías te llevaban a sentirte siempre en constante peligro y a tomar precauciones abusivas, lo que te hizo interesarte por la geriatría. Cuidar a tanta gente enferma logró que te preocuparas un poco menos de tu salud y resultó ser una muy buena terapia para mejorar tu autoestima y dejar de lado tus fobias sobre el aseo personal.

Lo siento mucho, pero a pesar de tu mejoría, en este estado no puedo darte la alta médica. Ni tampoco ninguno de mis colegas en su sano juicio lo haría. No dudo que tienes una mente deslumbrante en ocasiones y probablemente serías la mejor policía del mundo. Si te doy la alta y te presentas a la academia, seguro que superarías todas las pruebas y conseguirías graduarte como la primera de tu promoción. El problema resultaría que serías capaz de imaginarte cosas que no existen y encerrar a inocentes sin cometer crimen alguno o todavía peor, disparar contra ellos en medio de alguno de tus desvaríos, creyendo que se trata de criminales potenciales que te están persiguiendo.

Sé que no estás tomando la medicación que te receto y a veces abusas del alcohol y las drogas, si no cambias de actitud, tendré que dar la orden de que te encierren en un centro psiquiátrico. ¿Y tú pretendes que te dé la alta?, si ni siquiera eres capaz de dominar tus alucinaciones. La única manera de controlarlas, es tomando los neurolépticos que te he recetado. Estos medicamentos no curarán tu enfermedad, pero al menos reducirán tus delirios. Es la última oportunidad que te doy: sé que los efectos secundarios te harán sentir demasiado sedada, pero acabarás acostumbrándote y llevarás una vida normal y sin demasiados sobresaltos. Es mejor eso que terminar en una institución mental, encerrada en un cuarto acolchado, rodeada de dementes que son incapaces de reconocer su propia sombra. Además la medicación

impedirá que desarrolles una demencia precoz, que podría derivar con el tiempo en un caso de alzhéimer o algo peor.

Al principio te notarás cansada e incluso es posible que engordes un poco, pero debes mirarlo todo por el lado positivo, no padeces ninguna enfermedad mortal; podrías tener una vida larga e incluso casarte y tener hijos. Claro que antes de eso debes tener claro tu orientación sexual. Aunque yo de ti, tampoco me preocuparía demasiado por eso. Ya lo veras la excesiva sedación te quitará las ganas de sexo y reducirá tu agresividad, te aficionarás a pasar las noches en casa viendo la televisión sin moverte del sofá; tendrás una vida cómoda y sin sobresaltos.

Además tienes la ventaja de que no deberás guardar ningún tipo de dieta, podrás comer de todo; solo es cuestión de que te acostumbres a la mediación y te prometo que tu vida será muy sencilla. De momento como tu esquizofrenia parece leve todavía, si me prometes tomar todos los días la medicación, dejaré tu caso como pendiente de evolución y no solicitaré ninguna minusvalía, así podrás seguir trabajando en el geriátrico y haciendo una vida normal. Nos veremos dentro de veinte días, puedes levantarte del diván y recoger la receta encima de la mesa, gracias por venir hoy, mañana no podría atenderte. No es costumbre mía adelantar las citas, así de repente, pero me ha surgido un imprevisto: mi hija acaba de ingresar en el hospital, pronto romperá aguas y seré abuelo. Estoy muy feliz. Así que tengo que dejarte, esta vez sé buena chica y tomate la medicación o la próxima vez que nos veamos, te enviaré directamente al manicomio. ¡No lo dudes! Es la última oportunidad que te doy.



## XXXI

17.20h

### *Consulta del Doctor William Borg*

El intervalo entre el final de la adolescencia y el comienzo de la juventud en una mujer es tan extraordinario que resulta difícil de analizar para un profesional de la psiquiatría. Ese lapsus de tiempo que suele durar entre los dieciséis y los dieciocho años fascinaba de manera especial al doctor William Borg, considerándolo una etapa donde la belleza se eleva a su punto más álgido, antes de que una mujer alcance de lleno la vida adulta. Esos momentos en que la crisálida deja de ser oruga para convertirse en mariposa, le parecían irrepetibles. La transformación ocurría tan rápido que debería aprovecharse al máximo. Extraerle el jugo, antes de que la embriaguez de una prematura madurez, se desvanezca estropeando el encanto de la siempre compleja transformación de niña a mujer.

Entrar en su ordenador para una hacker como Jane, resultó un juego de niños. Las fotografías que encontró archivadas la dejaron anonadada. El doctor solía fotografiar a sus pacientes, mientras les mandaba tumbarse en el diván y cerrar los ojos. Eso en sí, no suponía delito alguno, pero si estas eran realizadas sin el consentimiento de la paciente, la cosa cambiaba. En realidad Jane no tenía pruebas de que intentase abusar de ninguna de sus pacientes. El doctor Borg no era un estúpido, pero también estaba claro que buscaba la manera de hacerles la vida imposible para que ellas terminasen doblegándose a sus deseos.

Acusarla de esquizofrénica era muy fuerte. Jane necesitaba la alta médica

para poder ingresar en la academia de policía; sabía que si quería ayudar a los animales del bosque, de poco le serviría hacerse guarda bosques: los agentes forestales tenían un poder muy limitado a la hora de proteger la naturaleza. Solo como agente de policía podría tener acceso a todo tipo de archivos y así desenmascarar a los responsables de incendiar el bosque. Estaba agotada de transformarse en la Jane mala, había llegado la hora de la Guardiania del Bosque, dejaría atrás sus complejos de niña mala y comenzaría a revolver en la basura burocrática para atrapar a los verdaderos culpables de la catástrofe ecológica mundial. Los guardianes necesitaban a gente infiltrada en la policía y con verdaderas ganas de cambiar el mundo.

—Hablemos claro señor Borg —dijo Jane, irguiéndose y sentándose sobre el borde del diván—. He visto toda la pornografía que guarda en los archivos de su ordenador. Me ha sido muy fácil entrar y descargarla en mi portátil. Le será difícil explicar para que guarda imágenes más y de otras jóvenes de mi edad, tumbadas en su diván, mientras enciende esa maldita grabadora y se pone cachondo con el sonido de nuestra voz.

El doctor se quedó pálido, sabía que Jane lo había descubierto y el juego que se traía con ella, comenzaba a volverse peligroso. Se acercó a la muchacha, estaba a punto de golpearla, cuando Jane hizo algo que él no esperaba. Separando las piernas, desabrochó los botones de sus tejanos y se los bajó, quedándose en bragas. El doctor se detuvo sorprendido, Jane le pidió permiso para ir un momento al baño, antes de entregarle algo que sabía que él apreciaría. A sus cincuenta y seis años con una barba rubia llena de claros y una incipiente calvicie, Borg era consciente de que tarde se le presentaría otra oportunidad semejante de catar a una crisálida a punto de convertirse en mariposa como aquella. Su erección era más que patente.

—Está bien pero vuelve pronto, mientras yo me voy desnudando —dijo Borg.

El servicio estaba situado en la entrada de la consulta a mano derecha. Abrió el bolso, sacó una gasa de algodón que empapó en cloroformo y la ocultó en el torso de la mano, cerró de nuevo el bolso y salió rápido del lavado. El doctor estaba sentado en el diván en calzoncillos esperándola con gesto sádico. Jane apenas pudo fingir un amago de sonrisa, se le acercó y pasándole el brazo por detrás de los hombros, le rodeó el cuello, apretando

con fuerza la gasa contra su boca. El doctor cayó sobre el diván sin conocimiento por el efecto de la droga. Una vez desvanecido, lo ató con unas correas a la base del sofá, donde ella terminaba de tenderse para escuchar su diagnóstico. Las correas las llevaba en el bolso preparadas para la ocasión. Abrió también el estuche donde guardaba la jeringa con la dosis mortal de cianuro y esperó hasta que se despertase. Antes apagó la grabadora y la colocó encima de la mesita de cristal junto al estuche.

—¿Qué diablos haces Jane? —preguntó el doctor Borg al recuperar el conocimiento, muy asustado al verse inmovilizado.

—Es cierto que he mentido alguna vez en el blog, pero lo hice a costa. Eso no significa que sea una esquizofrénica, cabrón. Es verdad que los cuartos del orfanato están preparados para dos personas, pero cuando me ingresaron a mí estaban todos a tope, por eso las monjas me pusieron una cama supletoria en la habitación de Alison y Erika. Alison es un apodo por eso no figura su nombre en los archivos de la época, realmente ella se llama Alice Stone, para abreviar todo el mundo le llama Alison. Así que esto desbarata su teoría de que soy boyera, por lo tanto nunca le he robado la identidad a Alison para acostarme con Erika y además jamás he tenido ningún tipo de fantasía de carácter lésbico con ninguna de ellas. Lo que conté en el blog respecto a mis amigas es todo tan real como la vida misma, solo he mentido en una cosa en todo el blog y es algo que concierne a lo referente a la muerte de mi madre.

—¡No lo entiendo! —dijo Borg, mirando asustado la brillante aguja de la jeringa que Jane portaba en la mano— ¿Qué diablos es eso?

—Esta pequeña dosis —le explicó Jane, golpeando con el índice el cristal de la jeringa para darle más dramatismo a la escena— impedirá que el oxígeno que portan tus glóbulos rojos llegue a las demás células de tu organismo y te irás muriendo poco a poco, mientras tus extremidades se vuelven de color azulado.

—¡Maldita sea! —exclamó el doctor—. Es cianuro, lo mismo que utilizaste para matar a tu madre. En eso también has mentido en el blog.

—Es la única mentira que he contado, no podía escribir la verdad porque si no terminaría en la cárcel. La policía siempre pensó que había sido mi padre.

En realidad no se molestaron en comprobar que papá no regresó a casa hasta la cinco, para entonces mi madre ya estaba muerta y yo de regreso en la escuela. La cosa fue sencilla, aproveché la hora de la comida para ausentarme de clase, corrí todo lo que pude para recorrer los dos kilómetros que separaban la escuela de nuestra casa. El veneno lo conseguí por internet y se lo inyecté en vena, después de darle un beso de despedida. No soportaba verla sufrir más, se había convertido en un vegetal y yo no podía hacer nada por ella, salvo aliviarle el sufrimiento.

—¡Estás loca! No pensaste en las consecuencias que ese acto podría tener para vuestra familia, tu padre terminó suicidándose por tu culpa —explotó el doctor Borg.

—Lo sé y nunca dejaré de torturarme por ello, pero mi única intención fue aliviarle el sufrimiento a mi madre. Una vez le inyecté el veneno, regresé a la escuela y nadie sospechó nada. Mi padre regresó dos horas más tarde, dejando sus huellas por toda la habitación que, luego utilizó la policía como prueba para acusarle de la muerte de mi madre. No consigo imaginarme lo que pudo sufrir al encontrarse a mi madre sin vida, él la quería. Supongo que perdió el dominio de sí mismo y comenzó a conducir como un loco, ignoro si llegó a perder el control del coche accidentalmente o se arrojó adrede por el barranco donde perdió la vida. Llevaba una temporada deprimido, la enfermedad de mi madre estaba terminando con él. Usted no se imagina, lo que pudo suponer para mi madre no poder valerse por sí misma a la hora de hacer sus necesidades, tuvo que ser humillante para ella, verse de repente convertida en un despojo humano por culpa de la ELA. Ni siquiera podía levantarse de la cama para ir al baño. ¡Maldita sea! Una mujer tan vitalista como era ella, de repente se vio como una impedida, incapaz de realizar las tareas más básicas de la vida diaria —explotó Jane desesperada, al tener que revivir todo aquello.

—Entonces, después de matar a tu madre con el cianuro, tu padre se suicidó por tu culpa. No pudiste soportarlo comenzaste a tener alucinaciones con tu padrastro y lo acusaste injustamente de tratar de abusar de ti. ¡No ves que estás enferma...!

—¡Cállese! Mi padrastro era un perverso de mierda como usted. Nunca he sufrido alucinaciones, pero le inyectaré el cianuro si no me entrega la alta

firmada.

—Está bien, firmaré lo que sea, pero te lo suplico, estoy a punto de ser abuelo, no me mates, por favor. Te prometo que no volveré a fotografiar a ninguna de mis pacientes mientras las interrogo —dijo Borg, jadeante y muy asustado.

Jane se sentó en el sillón con ruedas giratorias del despacho del doctor, puso en marcha el ordenador y cubrió todos los datos para tramitar su alta médica, liberando la cláusula de enfermedad mental de su D.N.I electrónico, que le impedía entrar en la academia de policía y poder comprar armas legalmente en cualquier lugar del país. Al terminar libró una de las correas que sujetaban sus muñecas para que el doctor pudiese firmar el documento y luego volvió a atarlo. Después cerró el estuche con el veneno, recogió su plumífero y antes de salir del despacho, le recordó al doctor que le convenía mantener la boca cerrada, ella guardaba copias de todas sus fotografías de las chicas y si decía algo de lo que habían hablado en su consulta a la policía, las utilizaría contra él. Borg le juró que guardaría el secreto médico paciente hasta la tumba y que jamás volvería a molestarla.

Entonces la Guardiania del Bosque decidió perdonarle la vida, al fin y al cabo aquel sujeto no suponía ninguna amenaza para la flora y la fauna de Alaska. Sabía que el doctor no tardaría demasiado tiempo en liberarse de las correas que lo mantenían prisionero en su propio diván, para cuando lo consiguiese, ella ya se encontraría lejos. Al revivir el recuerdo de la muerte de sus padres, Jane sintió que algo se desquebrajaba en su interior, por eso de regreso a casa se detuvo en la misma licorería que de haber lo hecho tan solo quince minutos antes, se encontraría accidentalmente con el inspector Swann que, tras no lograr alcanzar el avión en que viajaba su esposa rumbo a Seattle, decidió comprar todo un arsenal de botellas de cerveza para beber hasta lograr matar el dolor que le produjo su marcha.

El dolor que sentía Jane era mucho más intrínseco y profundo que el de Swann, por eso compró una bebida con muchos más grados de alcohol que la cerveza. El dependiente del local que era un tipo con el pelo entrecano, le aconsejó que bebiese el tequila con moderación, pues el alcohol es mal remedio para curar las penas, pero sí bueno para matar todos esos gusanos que uno va acumulando en el intestino con el paso de los años. Ella no le dijo

nada, pagó la cuenta y se llevó las botellas, dispuesta a encerrarse en su apartamento para emborracharse, sola, en medio de la más absoluta oscuridad.

## XXXII

El año que sucedió a la muerte de su padre Brian sufrió terribles pesadillas, tenía diez años y todavía estaba cursando primaria. Lo peor que puede pasar a esas edades es no poder dormir, sin reposo sus notas empeoraron y tuvo que sufrir la ignominia de repetir curso. Al despertarse de las pesadillas se sentía aterrorizado, pero evitaba contarle nada a las dos mujeres de la casa: su madre y su hermana ya tenían bastante con superar la pérdida del cabeza de familia. Además ahora él era el único hombre de la casa y no debía mostrar debilidad alguna. Ellas no tenían por qué saber nada de sus problemas, evitaba preocuparlas demasiado, bastante tenían con mantener la economía doméstica a flote y ocuparse de las tareas del hogar. A pesar de que le había quedado una buena paga de viuda, su madre era una mujer muy orgullosa y le gustaba codearse con la alta sociedad. No tardó en aprovecharse de la amistad de su difunto marido con el gobernador de Alaska para solicitar todo tipo de ayudas que, normalmente le eran concedidas —sin trámites previos— haciendo más llevadera la ausencia del héroe muerto en combate.

Los tres vivían en Juneau en una casa de madera pintada de rojo con los cantos en beige. La video consola le ayudaba a pasar los ratos muertos, pues Brian no mostraba ningún interés por la lectura, tampoco era amigo de los deportes, solo le gustaban los juegos y las películas con escenas muy violentas. Igual que su padre odiaba a los negros, los indios, los budistas, los musulmanes, los maricas, las lesbianas, los abortistas, las feministas y los ecologistas. Para el Señor, ninguno de ellos podría considerarse hijo de Dios y merecía entrar en el reino de los cielos. Su padre había dado la vida por salvar a la patria de esa escoria y Brian no descansaría en paz, hasta vengar su muerte.

En medio de una tormenta de arena su brigada acorazada quedó emboscada entre unas dunas. No podían avanzar, y carecían de visibilidad para hacer

frente a las fuerzas iraquíes. Su padre abrió la escotilla del tanque en que viajaba para tratar de localizar al enemigo y disparar la ametralladora desde el exterior. Las partículas de arena que arrastraba el viento le cegaron y no vio en ese momento como un beduino le lanzaba una granada que le alcanzó de lleno: la explosión le destrozó el lado derecho de la cabeza, dejándole los sesos esparcidos por todo el semblante. A su madre le costó reconocerlo, por mucho que trataran los forenses al amortajarlo de recomponerle el rostro, antes de mandarlo de vuelta a los Estados Unidos, su semblante estaba destrozado y mostraba una imagen deplorable. La granada le succionó la mitad de los músculos faciales, dejando parte del cráneo a la vista. La brecha producida por la detonación, le daba el aspecto de un demonio salido de los confines del averno.

Al dormirse, Brian podía sentir su presencia entre el follaje del bosque, escuchaba el ronroneo del motor de su blindado acercarse a su casa, derribando varios árboles a su paso. Brian se había levantado de la cama y recorriendo las cortinas, lo observaba asustado desde la ventana, con la nariz pegada a las vidrieras de su habitación. Su padre iba sentado fuera del tanque, al lado de la escotilla y le saludaba con la mano; lucía galones de sargento en la pechera de su uniforme de camuflaje y sonreía con el lado bueno de la cara, exhibiendo una dentadura a la que le faltaban la mitad de las piezas, dejando unos huecos enormes en la boca como entre los postes de un cierre a los que le han arrancado la alambrada. El ruido del tanque era ensordecedor y su padre sostenía en la mano la cabeza de un soldado iraquí, ofreciéndosela a su hijo. Brian aterrado regresaba a la cama y encogido se tapaba los oídos, hasta que cesaba de escuchar el sonido del carro de combate, despertándose, después de orinarse encima producto del pánico.

Tras las pesadillas no conseguía volver a quedarse dormido y se pasaba el resto de la noche en vela hasta llegar la madrugada. Aguantó mucho tiempo sin contarles nada a su madre y hermana: no obstante el sueño era muy recurrente y continuaba meándose encima a menudo. Al principio le riñeron y amenazaron con ponerle un pañal, luego acordaron en solucionarlo, cubriendo la sábana bajera con un plástico para evitar mojarla. El plástico no evitaba el hedor de la orina y apenas la absorbía, por lo que al poco tiempo, lo sustituyeron por un empapador que extendieron en la cama a la altura de sus genitales. La ignominia le dominaba y eso hizo que odiara más todavía a los



que mataron a su padre. Al hacerse mayor dejó de orinarse encima, pero aunque las pesadillas remitieron bastante, todavía alguna vez soñaba con su padre, aunque de manera menos dramática. En vez de un carro de combate, conducía un lujoso Mercedes de color gris oscuro y tenía la cara bien recompuesta, solo le quedaba una extraña cicatriz de la vieja herida de guerra que le atravesaba la cabeza desde la barbilla hasta la nuca, parecía que los cirujanos del Más Allá habían hecho bien su trabajo. En vez de la cabeza de un iraquí, en la mano portaba un ramo de flores para su madre, y no cesaba de insistirle a Brian que se las entregara de su parte. Cuando Brian se acercaba para recogerlas: no podía evitar despertarse y su padre parecía enojarse con él al otro lado del sueño.

## 16.45h

Esa tarde Brian Butcher entró intrigado en el capitolio, respondiendo a la llamada del gobernador, pasó al lado de los dos plafones de cerámica que decoraban las paredes, ilustrando la caza de los caribús como si de un par de nabos surgidos de la tierra se tratara, simbolizando la cosecha de los campos de Alaska. La ornamentación de las vigas del techo, tampoco se quedaba corta: un pez para la pesca y la caza, un pico y una pala para el oro y el petróleo, un árbol para la silvicultura y un iglú representando a los nativos que pueblan los bosques de Alaska. Subió por las escaleras a la planta superior y se dirigió a la cámara legislativa, donde se reúnen los senadores y los representantes del gobierno. La sala es enorme y Brian tiene que recorrer un buen trecho antes de llegar hasta junto el gobernador. Le estrecha la mano, antes de sentarse.

—¿Qué tal estás amigo? —dice Cameron a modo de saludo.

—Muy bien señor, aunque un poco cansado de espiar a estos puñeteros ecologistas de mierda —contesta Brian.

—Debes tener paciencia es muy importante que te mantengas activo como

agente infiltrado dentro del club alpino. Espero no te hayan comido demasiado el coco con esa estupidez del coche eléctrico —dijo riendo el gobernador.

—Sí, casi cada día. No tienen ni idea. El coche eléctrico no hace ningún ruido. ¿Qué es eso? ¡Eso es una mierda! Lo que en realidad me gusta, es escuchar ese ronroneo que producen los coches de gasolina, cada vez que pisó el acelerador: *rommm, rommm, rommm, rommm*. Ese sonido es maravilloso. Tenemos que continuar contaminando el planeta hasta extinguirnos. ¿Qué mierda es eso de cuidar el medio ambiente?

—Me gustan tus ideas chaval, vas por el buen camino. Así llegarás lejos. Si tu padre viviese estaría orgulloso de ti. Ahora debes escucharme, tengo que proponerte algo muy importante.

Cameron no tardó mucho en ponerlo al tanto de sus intenciones de asesinar a Jane, después de relatarle lo sucedido en la pasarela esa mañana con el oso. Medio millón de dólares por matar a alguien con sangre india, era demasiado dinero, incluso para un patán como él. Lo haría incluso gratis, pero Cameron insiste: los padres de James, Noel y Philip abonarán la suma gustosos. Sin embargo, le advierte, todo debe hacerse con la máxima discreción, sin levantar sospechas y debe parecer un accidente. Brian asiente, será pan comido, mientras ella no sospeche nada. En la montaña, los accidentes ocurren muy a menudo y escalando todavía más.

El trato está zanjado, todo se realizará con la máxima discreción: le da cincuenta mil dólares por adelantado y se despiden con un fuerte apretón de manos. «¡Maldita india! Ha apuñalado a uno de los nuestros, merece morir; todos los indios merecen morir; solo los puros de corazón alcanzarán el reino de los cielos». Se persigna antes de abandonar el capitolio y se dirige a su cita con Erika. No debe variar sus planes, sino pretende despertar sospechas.

Una vez en la calle marca el número de Jane en su móvil, trata de concertar una cita con ella para ir a escalar en hielo, un anticiclón se acerca a la costa de Alaska y dispondrán de una semana con los cielos despejados. Jane acepta, se reunirán mañana a la tarde en el refugio del club, pasarán allí la noche y saldrán a escalar de madrugada, en cuanto despunte el alba. Los días de

invierno en Alaska son muy cortos y deben de aprovechar al máximo la luz. Jane le comenta que estuvo esa tarde con Erika, y le contó lo de su reunión con el gobernador para preparar su campaña política.

—Sí es cierto, soy republicano como mi padre, pero no soy racista, ni xenófobo; solamente me gusta vivir bien y pienso que Cameron Thompson es lo mejor para la economía de este estado. Ya sé que los ecologistas lo culpáis de los incendios, pero te recuerdo que hay estados bajo mandato demócrata que también arden con frecuencia.

—Es verdad —contestó Jane— pero lo que pasó este verano fue un auténtico genocidio forestal. ¡Discúlpame! No tengo ganas hoy de platicar sobre política, he tenido un día horrible. El cabrón de mi psiquiatra por fin me ha dado la alta médica, pero me ha recordado la muerte de mis padres, tú también perdiste al tuyo en la guerra de Irak; así que ya te imaginarás como me siento.

—¡Es una putada! Supongo que lo de salir a escalar te ayudará. Erika me contó que estás de vacaciones.

—Sí, gracias, me has animado el día, pensaba cogeme un pedo mortal y ya no voy a hacerlo. Estuve de juerga anoche con Erika y creo que lo mejor es que descanse, estoy deseando salir a escalar contigo —respondió Jane.

—¡Bien hecho! Olvídate de lo que te dijo el psiquiatra, ¡qué se joda!, debes descansar, lo pasaremos muy bien, ya lo verás.

Al colgar Brian sintió una especie de excitación. La tenía en el bote. Matarla en la montaña escalando sería un enorme placer, le cortaría la cuerda y la empujaría al vacío. Al llegar las autoridades, les contaría que no le quedó otro remedio, aguantó cuanto pudo pero se había quedado colgada en una pared lisa, sin posibilidad ninguna de sujetarse, después de ayudarle a balancearse para tratar de alcanzar una brecha donde anclar las manos sin éxito, se quedó suspendida de nuevo en el aire. Le costó horrores mantener su peso a esa altura, sin anclajes de seguridad y pendiendo de un saliente: si no cortaba la cuerda se matarían los dos. Así que no le quedó otro remedio que hacerlo. Al menos él salvaría su vida. La excusa perfecta, para el asesinato perfecto. Medio millón de dólares por liberarse de esa maldita india. Qué más

se le podía pedir a la vida.

Al entrar en el piso de Erika, la excitación de la muerte, lo puso cachondo. Se lanzó sobre ella como un depredador sobre su presa. La desnudó con ansía, las prendas fueron quedando tiradas por todo el pasillo y la poseyó sobre el sofá del salón, entrando y saliendo de ella como un ciclón, mientras se imaginaba la expresión de angustia del rostro de Jane al caer desde lo alto de la montaña. Lentamente iba desgarrando la cuerda con el filo de su navaja de montaña y ella le suplicaba que no lo hiciera. Al final la cuerda se rompía y ella caía desde gran altura rompiéndose el espinazo contra la cresta de un iceberg. Su cuerpo quedaba tendido sin vida sobre la enorme y dura placa de hielo. Se le ponía dura, pensando en Jane precipitándose en el vacío, mientras él sonreía y se preparaba para llamar a emergencias. Estaba a punto de convertirse como siempre había deseado en un hombre muy rico.

El gobernador además le había prometido trabajar con su hijo Peter; podría ganar mucha pasta, incendiando bosques o investigando sobre la vida de los rivales políticos de su padre. Seguiría siendo una especie de agente secreto, al servicio del gobernador de Alaska, tendría mucho dinero y todas las mujeres del mundo que deseara. Aunque antes, compraría una flota de coches deportivos muy caros, un yate, una casa enorme con jardín, piscina y cancha de tenis; además encargaría un anillo de diamantes, para pedirle matrimonio a Erika. Aquella celadora lo volvía loco, le encantaba someterla a toda clase de juegos sexuales. Un hombre rico necesitaba una esposa para presentarse como alguien respetable en sociedad. Sus tetas lo excitaban terriblemente y no paraba de correrse cuando se movía encima de ellas.

Erika se puso en pie y dándole la espalda, se inclinó hacia delante hasta casi tocar con las manos los dedos de los pies. Contoneando las caderas con las piernas separadas y el culo levantado, se preparó para recibirlo. Al sodomizarla, la golpeó con la mano abierta en los glúteos, consciente de que aquellos azotes le dejarían la piel rosácea y lo pondría todavía más cachondo. A ella no pareció gustarle tanto y le pidió en compensación que le introdujese la lengua en el ano. Brian le explicó que esa zona no era necesario estimularla oralmente, pues en ella no se encontraba ningún punto erógeno interesante.

—No tienes ni idea: el inmenso cosquilleo que sentiré me hará correr — dijo Erika.

—No me gustan nada estas cochinadas —protestó Brian.

—¡Vamos hombre!, no seas escrupuloso, mira por mi agujerito, ¡qué está bien limpito! —dijo Erika.

Brian miró a través de aquel pequeño agujero fecal y se vio asimismo de jovencito desvirgando un par de cabras en la granja de su tío. Había sido su primer contacto sexual con un ser de sexo opuesto, aunque se tratase de alguien no humano. Pero aquello de comer culos no era lo suyo. Él era un caballero y no un come culos. Más tarde un profesor de filosofía en la universidad le contó que aquello de comer culos era considerado un arte por algunos grandes sabios de la historia como Sócrates, que se lo comía a su esposa y resultó ser un buen remedio para los resfriados, después de tirarse a su suegra ante la furiosa mirada de los dioses desde el Olimpo. Ese profesor de filosofía era conocido por frecuentar a diario los prostíbulos más famosos del estado de Alaska. Se comentaba entre sus amistades más allegadas que el beso negro era el preferido de sus juegos sexuales.

Según aquel profesor, si el gran filósofo Platón viviese, explicaría al mundo porque el orificio del ano era la ventana perfecta para llegar a contemplar y comprender el alma de las personas, así como algunos médicos o curanderos suelen observar con cautela el iris de sus pacientes para descubrir sus males, les sería mucho más efectivo mirar por el agujero del culo para desmembrar el estado de salud exacto de sus pacientes. Si al final del largo túnel del recto hallaban una explosión de luz multicolor, eso significaba que el paciente se encontraba en perfecto estado. Si en cambio contemplaban alguna que otra almorra, eso significaba que algún tipo de problema o enfermedad les atormentaba. Desde luego para su maestro el arte de la videncia estaba muy relacionada con los grandes filósofos griegos. Nunca logró convencerlo con su cábala. A pesar de lo que le dijera aquel chiflado de profesor, Brian era uno tipo demasiado remilgado para someterse a las excentricidades de su amante y el beso negro no entraba dentro de su repertorio. A pesar de que se consideraba sexualmente muy abierto ciertos límites prefería no sobrepasarlos. Pero esta vez no le quedó más remedio que cerrar los ojos y deslizar la lengua bordeando el ano de Erika suavemente, hasta sentir como ella se deshacía en un orgasmo interminable.



## XXXIII

17.50h

La sensación de que todo se le venía abajo invadió la mente de Jane antes de colgar el teléfono. La llamada de Brian la dejó desconcertada. No por el hecho de que la invitara a escalar a solas, sino por lo extraño de la coincidencia de que lo hiciese en ese preciso momento en que terminaba de verse con el gobernador. Entró en su apartamento y colocó las botellas en la nevera, el tequila le gustaba frío. Hasta ahora nunca se había entregado a la bebida estando sola, pero terminaba de maniatar a un prestigioso psiquiatra para que le diese la alta médica. ¿Y si realmente tenía razón el doctor Borg y estaba loca? Ahora solo le faltaba ver los fantasmas de su madre persiguiéndola en una silla de ruedas y de su padre con el cuerpo abrasado por las llamas, como consecuencia de la conflagración provocada por la explosión de su coche en el fondo de un barranco. Estaba a punto de tomarse un chupito de tequila, cuando su teléfono sonó de nuevo. Seguro que era el fantasma de su padre que la llamaba desde el Más Allá.

Se trataba del inspector Swann, Jane lo puso al tanto de sus sospechas de que Peter la había reconocido en la pasarela y podría haber informado a su padre sobre ella. Swann la tranquilizó diciéndole que habían alcanzado un acuerdo con el gobernador de no agresión y de que no corría ningún peligro. Jane no se fiaba, tenía miedo a dormir sola esa noche y que la degollasen mientras soñaba, cualquiera podría forzar la cerradura y entrar en su apartamento. Pensó en contarle sus sospechas sobre Brian; no obstante seguro que tampoco la creería; quizás su amigo solo quería realmente disfrutar de escalar a su lado como tantas veces en el club alpino; tal vez se estaba volviendo paranoica o todo fuese producto de la esquizofrenia como creía el doctor Borg.

—Los dos hemos tenido un día de perros, ¿por qué no te tranquilizas, te vienes hasta mi apartamento y nos tomamos una birra juntos? —propuso Swann.

—Está bien, me encuentro fatal, estaba a punto de emborracharme yo sola, mejor hacerlo en compañía.

—No creo que sea muy buena compañía esta tarde, mi mujer acaba de largarse a Seattle probablemente para follarse a un músico mucho más guapo que yo —dijo Swann.

—¡Ufff! —exclamó Jane— Creo que usted no se encuentra mucho mejor que yo. Está bien me acercaré hasta ahí, si me promete que no se tirará por la ventana antes de que llegue.

Después de comprometerse a no hacer ninguna estupidez, Jane anotó la dirección de Swann en el bloc de notas de su móvil y se dirigió allí caminando. Hacía un frío horrible. Antes de llegar se detuvo en una armería regentada por un matrimonio muy singular. Ella llevaba el pelo muy abultado como el casco de una nave espacial: la permanente de color platino la hacía parecer una mujer de otro tiempo; tenía el cabello sujeto con un tocado dorado a la nuca similar al que llevaba la reina de Inglaterra en la época de los Kennedy. Ese look no la favorecía en absoluto, pero si alguien se atrevía a cuestionar su imagen se enfurecía y lo ignoraba. Al lado de semejante pivón, su marido que la superaba en edad claramente, rozando la cincuentena, tenía la piel curtida por los años pasados en la marina, también había sido cantante de orquesta y estibador en el puerto, antes de casarse y montar con su esposa la armería. Era un hombre de la marisma, de carácter vivaracho, con el acento porteño muy marcado y un vocabulario de lo más soez que, no se cortaba a la hora de contar chistes verdes a los clientes.

En una ocasión en su etapa de cantante, actuó en un local a rebosar de gente. Era la típica sala de fiestas donde los jubilados y también algunos horteras iban a ligar y buscar pareja. Al finalizar la actuación, le preguntó al guitarrista donde quedaba la salida.

—La salida es aquella rubia de allí —contestó el guitarrista, señalando a una cincuentona de lo poco saludable que había en la sala.



—¿Y la de emergencia? —le preguntó de nuevo.

—La de emergencia es aquella morena que está junto a la columna de los vinilos —contestó el guitarrista, en referencia a una de las cuarentonas que quedaban en la sala cuyas ubres rebosantes, llenaban de una manera exagerada las perneras de unos pantalones de lino que, podrían desquebrajarse debido a la presión de sus chichas en cualquier momento.

Esa anécdota se la estaba contando el señor Merrick a un cliente en el momento en que Jane entró en el establecimiento. La atendió su esposa, que con aquella permanente tenía aspecto de farmacéutica, le enseñó los distintos modelos de armas como si le estuviese vendiendo unos supositorios. Jane se decidió por una Glock, debido a su portabilidad y que podía ocultarla fácilmente en cualquier lugar. Un arma ligera y poco pesada. Se fijó en los diferentes que eran ella y su marido a la hora de expresarse. Era como comparar a un miembro de la familia real —una princesa o duquesa— con un lobo de mar de aspecto rudo y fiero, que ya había toreado en muchas plazas y era avieso en el difícil arte de buscarse la vida para sobrevivir en cualquier parte. Jane supuso que él le daba la chispa en la cama que ella necesitaba para pasárselo bien. Los chistes picantes del señor Merrick parecían exabruptos en comparación con la exagerada delicadeza de su esposa. A Jane ese matrimonio tan peculiar sin nada en común le recordaba a la bella y la bestia.

La señora Merrick comprobó la legalidad de su documentación para portar armas y Jane después de pagar con su tarjeta de crédito, guardó la Glock con la munición en el bolso, antes de abandonar la tienda. Apuró el paso hasta llegar al edificio en que vivía Swann. Se había olvidado el gorro en casa y la cabeza se le estaba congelando. Al acercarse la noche en Alaska, las temperaturas descendían de una manera vertiginosa. Había sido un error olvidarse del gorro, el frío siempre entra por la cabeza antes que por cualquier otra parte del cuerpo. Se puso la capucha del plumífero para intentar amortiguarlo en parte. Tal vez Swann consiguiese hacerla entrar en calor pensó. Los negros la tenían muy grande y eso la asustaba, además era demasiado mayor para ella. Entonces pensó en la diferencia de edad que había entre el matrimonio de los Merrick que regentaba la armería y cayó en la cuenta que era más o menos la misma que había entre ella y Swann. «Estás loca, no te vas a tirar a toda la comisaría. Además el pobre hombre termina de

abandonarlo su esposa». Swann vivía en un edificio antiguo de ladrillo rojo con un jardín en la entrada donde destacaban las flores de un rododendro que, no solo aguantaban estupendamente las bajas temperaturas, sino además florecían especialmente en invierno.

Entró en el portal y se dirigió al ascensor. Al llegar al segundo piso pulsó el timbre de su apartamento. Swann la recibió con una americana gris a cuadros, camisa blanca y unos Levis ajustados de pitillo. Al entrar en aquella casa y ver el caos que había por los suelos, Jane entró en cólera.

—¡Pero cómo puedes tener la casa hecha una pocilga! —exclamó estérica y fuera de sí.

Sustrajo de un armario unos sacos para la basura y comenzó a recogerlo todo. Las cajas de pizza vacías, botes, botellas, envases de tetrabrik, cartones de huevos, tappers de comida para llevar, vasos de plástico... Estaba todo hecho una porquería. Swann impresionado por su reacción le ayudó en todo lo que pudo. Una vez recogida la basura, Swann la bajó al contenedor, mientras ella barría, fregaba los suelos y limpiaba la cocina, dejando los muebles relucientes como el cristal. No quería ni pensar en el estado que se encontraría el cuarto de baño. Llenó un caldero de agua con lejía y en cuanto regresó el inspector de tirar la basura, le ordenó sin titubeos limpiar el aseo a fondo. Aterrada por los pelos y las bacterias que podía haber allí: no se atrevió a entrar hasta que todo estuviera limpio. Obediente Swann se puso unos guantes de látex y comenzó a restregar con un cepillo el suelo, limpió a fondo el inodoro y la ducha, ordenó sus cosas de aseo personal y una vez estaba todo reluciente, la llamó a ella para que lo inspeccionase con cautela.

—Y esta mierda —dijo Jane, retirando los cepillos de dientes y enseñándole el culo del vaso de plástico donde los guardaba—. ¡Huélelo joder! ¡Está negro! ¡Eres un guarro! ¡No me extraña que tu mujer te abandonara!

Swann se apresuró a limpiarlo y ruborizado, se sentó al terminar junto a Jane en el sofá sin decir nada.

—¿Qué haces? ¿Ya has terminado? —le interrogó ella.

—Creo que sí —respondió Swann.

—Y el maldito polvo, coge la aspiradora y pásala por todas partes —dijo Jane, dando una palmada sobre uno de los cojines, que levantó una nube de polvo que se extendió por todo el salón como el rocío en la madrugada.

Swann pasó la aspiradora, ella lo observaba enojada, nunca había visto tanta mierda en un piso, parecía que el inspector tenía el síndrome de Diógenes, seguro que no le funcionaba bien la cabeza. En cuanto él aspiraba el polvo, ella se puso a limpiar los cristales como una loca: no pararon de trabajar hasta convertir aquel lugar en un sitio habitable. Al terminar estaban exhaustos, afuera estaba oscureciendo y comenzaba a vislumbrarse una luna hinchada, que destacaba sobre los tejados nevados de los edificios más elevados.

Jane observó su colección de vinilos y cds, colocados en una estantería junto a otra colección barata de novelas policiacas. Se preguntó para qué coño quería todo aquello, ahora que salía tan barato contratar Spotify y podías escuchar la música que querías, sin necesidad de ocupar ningún espacio físico en el apartamento. En otra estantería había una colección de películas en DVD del año de la polca. «Este tío es un cavernícola, con el sueldo que cobra, porque narices no contrata Netflix, no me extraña que su esposa se aburriera en casa como una ostra; desde luego parece el hombre antediluviano. ¡Maldita sea! ¡Ni siquiera recicla!».

Hojeó una de las novelas policiacas eran muy viejas, debido a su exposición a la humedad, el papel estaba amarillo. Era de Agatha Christie, tenía una letra minúscula, necesitaría unas gafas de culo de botella para poder leerla. Supuso que la editorial había hecho una tirada muy larga. Se trataba de una edición barata que solían regalar con el New York Times los domingos. Se preguntó si tendrían que talar tantas hectáreas de bosques para hacerla como con la segunda edición de Harry Potter, antes de que debido a la protesta de los ecologistas, se decidiesen a imprimir en papel reciclable. Ella siempre había leído en digital, pero le gustaba el tacto de aquellos ejemplares, acarició sus páginas como si se tratase de esos valiosos códices antiguos cuyo valor era incalculable, que solían reposar en una peana en iglesias y museos.

En una bandeja de mimbre verde, situada frente al sofá encima de una

mesita de madera de pino; sobresalían una Tablet, un Ebook, un portátil y un teléfono celular. «¡Vaya, parece que al menos hay indicios de que el inspector no vive del todo en la Edad de Piedra!», pensó Jane. En una hora, entre ambos le habían dado una vuelta gorda a su piso. Se sentaron en el sofá y abrieron unas cervezas. Swann le ofreció un vaso, pero Jane prefirió beber por la lata, todavía no le había dado tiempo de lavar la vajilla y viendo cómo se encontraban el resto de cosas del departamento a su llegada: no se fiaba de que los vasos estuviesen libres de gérmenes. Swann le sirvió unos cacahuetes en un balde con la cerveza que ambos devoraron como monos.

Antes de que pudieran relajarse, sonó el móvil de Swann, era la subinspectora Norah McCann, al parecer había desaparecido la hija de Stephen en el bosque. Estaban organizando unas patrullas para buscarla entre la espesura. Había desaparecido hacía unas horas durante una excursión escolar por el Glacial Mendenhall, ya habían avisado a todos los miembros del club alpino para ayudar en la búsqueda, necesitaban a gente con experiencia en la montaña y bien equipada. Swann acercó a Jane a su casa, para que recogiese su equipo de escalada por si tenían que atravesar alguna zona de hielo, sortear alguna brecha o trepar por una cornisa. Al parecer la niña se había separado del grupo, mientras caminaban por el bosque sin que los profesores se dieran cuenta; cuando hicieron el reencuentro al llegar al autobús, Angie Ross ya no estaba. Tenía solo cinco años y llevaba varias horas desaparecida. Era imposible que sobreviviese a aquel frío infernal por mucho tiempo, si no la encontraban pronto moriría congelada.

## XXXIV

En lo más profundo de su madriguera, un oso grizzli se mueve inquieto despertándose de una pesadilla; presiente que algo malo está sucediendo afuera. Sabe que el invierno será largo y su pelaje pardo lo protege de las bajas temperaturas. Su compañera duerme a gusto a su lado, evita despertarla, no quiere asustarla. Por algún motivo que desconoce se siente el responsable de la supervivencia de su grey. Es más de media noche y afuera solo se escucha el sonido del viento. La boca de la guarida está medio taponada por los témpanos de hielo que la cubren y resultaría muy complicado de localizar para nadie, de todas no se fía demasiado, la luna está llena y le trasmite una extraña inquietud. Le costó mucho que su compañera lo aceptara, normalmente las hembras no permiten que los machos se refugien con sus cachorros en la misma guarida, muchos de ellos intentan matar a sus propios cachorros para evitar una futura competencia a la hora de aparearse con ellas. Por eso las hembras, salvo casos excepcionales, no suelen permitirles pernoctar cerca de sus vástagos.

A partir de los dos años de edad, los machos se las arreglan por sí solos y abandonan la guarida de la madre para no regresar jamás, convirtiéndose en animales solitarios. Es posible que su compañera nunca lo aceptase en su madriguera, si no llega a ser por la intervención del hombre de la cabaña. Vivía unas millas al norte de su guarida y les traía salmones a ella y a los cachorros. Así se ganó la confianza de su pareja, luego lo invitaba a él a participar en el festín. Con el tiempo el macho grizzli comenzó a ir a pescar salmones con el hombre de la cabaña, la osa estaba contenta por su colaboración con el humano y le permitió invernar con sus cachorros en la cueva. Pero el macho Grizzli sabía que no todos los animales de dos patas eran tan buenos como el hombre de la cabaña. Algunos eran muy peligrosos y portaban armas que escupían fuego por la boca, por eso siempre debería permanecer atento para proteger a su familia de los cazadores furtivos. Sabía que si encontraban su guarida estaba perdido y terminarían matándolos a

todos. Esa noche el macho intuyó que el peligro estaba cerca y decidió salir a la intemperie para enfrentarse a sus enemigos, antes de que encontraran su refugio y no tuviesen ninguna posibilidad de salir. Algo le olía raro en el ambiente, solo los humanos solían desprender esos efluvios que presagiaban una catástrofe, y se preparó para enfrentarse cara a cara con la muerte.

Ya estaba bien avanzada la madrugada cuando se decidió a salir de la guarida. En medio de la reinante oscuridad: no se percató de que uno de los cachorros lo había seguido. Escuchó el sonido de las detonaciones y comenzó a correr montaña abajo. Los cazadores que ya se habían cobrado la vida de su cachorro no lograron abatirlo. Lo siguieron con los esquís hasta llegar al recodo donde habían aparcado las motos de nieve. Luego lo persiguieron durante mucho tiempo con aquellas máquinas infernales. Le dispararon muchas más veces durante toda la madrugada, pero la fortuna quiso que lograra salir ileso de aquella cacería y terminase salvando la vida de Jane, cuando ellos trataron de violarla cerca de la pasarela.

## 06.30h

La nevada caía en gruesos copos, golpeándole en el hocico. Avanzaba, dando zancadas, emergía para volver a hundirse en el banco de nieve. Entre sus fauces, resbalaba corrediza la sangre del hombre que terminaba de dejar sin un pedazo de muslo de un bocado. Avanzó de nuevo bajo la línea del teleférico que ascendía desde el puerto hasta lo alto de la sierra, la caída era impresionante. En época estival los turistas observarían al cuadrúpedo desde la cabina, galopando por la superficie nevada, sin embargo en invierno y a aquellas horas el teleférico permanecía cerrado. El lugar era tremendamente empinado y el animal desapareció por la vertiente de la montaña ante sus ojos. Nunca antes se había atrevido a llegar tan lejos. En realidad, de no ser porque llevaban horas acosándolo con las motos de nieve, no se hubiese acercado tanto a la ciudad. A pesar de que no había comenzado la temporada de caza, James Taylor y sus secuaces, llevaban tiempo persiguiéndolo por todo el bosque. Ahora el oso había cobrado su venganza, terminando con la vida de

uno de sus perseguidores. Después del ataque, Philip no logró contener la hemorragia y rápidamente murió desangrado.

El plan era que mientras James y Noel, lo perseguían con las motos de nieve, Peter y Philip, esperaban en un punto previamente determinado, escondidos en unos agujeros escavados en la nieve con los rifles dispuestos para disparar. Las temperaturas en Alaska de noche en aquella época del año, solían superar los veinte grados bajo cero. La única manera de aguantar tanto tiempo quietos sin congelarse, era aparte de abrigarse con la ropa adecuada, consumir alcohol en grandes dosis. Por eso, cuando pasó el oso por su línea de fuego, no lograron alcanzarlo. Le dispararon más de diez veces, ¡difícil fallar!, el cuadrúpedo logró salir ileso, gracias a la mala puntería de unos cazadores demasiado ebrios para acertar con un blanco en movimiento. El oso medio desconcertado por el estruendo de las armas y las motos de nieve que lo perseguían, descendió por la pendiente, siguiendo la estela de las luces de la ciudad en la lejanía.

James y Noel, recogieron a Peter y Philip con las motos de nieve y trataron de seguir al oso. Durante un tiempo no hallaron rastro de él, pero eran muy perseverantes y finalmente lo localizaron en lo alto de una loma, intentaron alcanzarlo y abatirlo a tiros, hasta que sus huellas desaparecieron entre los matorrales. Los cazadores no se atrevieron a perseguirlo por una zona tan frondosa y se dieron la vuelta. Lo dieron por perdido, con aquella nevada, sería imposible alcanzarlo. Descendieron hacia la ciudad con las motos, alejándose del bosque. Aparcaron cerca de la presa y caminaron por la pasarela de madera, deteniéndose en un rincón para fumarse unos canutos. El oso desorientado les observaba inmóvil al otro lado del río. Entonces, apareció la muchacha, caminando resuelta por la pasarela y comenzaron a perseguirla.

El oso avanzó asustado por el revuelo, siguiendo los pasos de Jane. En el momento que la acorralaron al otro lado del puente, la bestia ya estaba preparada para atacar. Una vez que dejó fuera de combate a Peter, se abalanzó sobre Philip, sin medir las consecuencias. Su mordedura resultó letal a la larga, mientras Noel emprendía la huida, tropezando y destrozándose el cráneo contra una piedra en la entrada del puente. Jane tuvo tiempo de armarse y cruzar el puente para apuñalar a James. El oso había alcanzado su objetivo,

logró salvar a la muchacha: el instinto le avisó de que corría peligro y no dudó en arriesgar su vida, atacando a los hombres que intentaran abatirlo a tiros unos minutos antes.

## 06.45h

Respiró con fuerza a través de las ventosidades de su hocico y avanzó largo rato por la vertiente de la ladera, dejando atrás glaciales de un azul aciano que se desvanecían, entre los afilados picos de las montañas. Se perdió en la superficie nevada, alejándose de la ciudad, consciente como era de que los cazadores regresarían para abatirlo y la próxima vez, no errarían sus disparos. El oso ignoraba que después de su ataque tan solo uno de ellos había sobrevivido. Avanzó por un sendero nevado, pendiente arriba, atravesado una estrecha brecha que se abría camino hacia un desfiladero. Al cabo de un trecho se encontró con un torrente congelado. Un grueso tronco caído lo cruzaba, la nieve se desplazaba impulsada por el viento, diseminándose en pequeños remolinos a ambos lados del árbol derribado.

El oso sabía que no era buena idea cruzar por allí, sin embargo no pretendía dar demasiados rodeos y temía que lograsen acorralarlo. El tronco tenía medio metro de diámetro y comenzó a avanzar despacio hacia él. La corteza estaba congelada, cubierta por una capa de hielo azul plateado que brillaba con intensidad. Se subió sobre el tronco a cuatro patas, aplastando la corteza con el lomo que se descascarillaba a su paso al arrastrarse. Trató de clavar las zarpas en la madera congelada, avanzando centímetro a centímetro por la superficie cilíndrica; sintió como el hielo del torrente se desquebrajaba bajo el tronco, amenazando con rasgarse y terminar cediendo bajo el peso de su enorme envergadura. Era consciente de que si el hielo se rompía, acabaría cayendo sobre las gélidas aguas, arrastrado por la corriente. A pesar de su pelo y la grasa que acumula en invierno, el chapuzón resultaría muy desagradable, debido a las bajas temperaturas del agua y podría quedar indefenso a merced de sus enemigos.



El hielo crujió, el tronco se hundió de nuevo, partiéndolo, formaba charcos de agua en su superficie. La capa no aguantaría demasiado, el tronco parecía respirar bajo sus pies. Un fuerte chasquido lo previno de que debería apurarse antes de que todo se derrumbara, el hielo se abriese y lo tragase. Tan solo le quedaban dos metros, gateó deprisa, arañando la corteza y logró alcanzar la otra orilla, antes de que el tronco se hundiese definitivamente en las aguas, desapareciendo río abajo. El oso siguió avanzando, una vez superado el torrente helado, se sentía mucho más seguro.

La ciudad y el recuerdo de lo sucedido, parecía lejano en el tiempo. Al otro lado de las montañas, cerca de la frontera con Canadá estaba su guarida. Los cazadores lo sabían, por eso lo habían estado hostigando con las motos de nieve durante toda la noche. Él había salido de la guarida, sin reparar que lo seguía el más osado de sus cachorros. Un error fatal que su compañera nunca le perdonaría. Se encontraban en un repecho del bosque atravesando un claro, cuando surgieron de la nada los cazadores con los rifles. Les dispararon y él no pudo protegerlo. El cachorro cayó herido de muerte por los disparos y los cazadores se lo llevaron. Él logró escapar colina bajo, internándose en los árboles. Llevaban muchas horas persiguiéndolo y se encontraba agotado. Jamás recuperaría a su hijo, al menos había logrado salvar a la chica.

Al llegar a la madriguera, emitió un triste y agónico gruñido que atrajo la atención de la osa. Ella se acercó gateando, seguida de los dos cachorros supervivientes de la cacería. Al oler su aliento, ella lo comprendió todo, los osos tienen muy buen olfato y el olor a humano es el que más les aterra de todos. Habían sido ellos, los animales de dos patas; los que se habían cargado a su oseño. Llevaban armas que escupían fuego y quitaban la vida. Las lágrimas resbalaban por su enorme hocico y se acercó a la hembra para consolarla. Los oseños eran todavía demasiado jóvenes para comprender lo que le había pasado a su hermano. Ella olió la sangre del humano que su compañero había atacado y supo de inmediato que los hombres regresarían con las armas de fuego para vengarse.

El oso entró en la guarida excavada en la base de un roble y desapareció por su boca, junto a su pareja y los cachorros. Durante horas lloró la muerte de su oseño y sintió una terrible angustia atravesarle el pecho. Él sabía que no todos los hombres eran malos como los cazadores. Algunos eran amigos y solo

querían ayudarles. Se pasaban horas observándolos con las lentes ópticas de sus cámaras. Nunca se acercaban demasiado a ellos, ni tampoco los molestaban, simplemente sabían que estaban allí y punto. Después conoció al hombre de la cabaña que logró granjearse su amistad, ese era el único contacto directo que había tenido con los humanos. Luego llegaron los cazadores furtivos y el hombre de la cabaña, les había disuadido disparándoles flechas. Los cazadores no regresaron por un tiempo, hasta aquella desdichada jornada.

El hombre de la cabaña había ido a pescar al otro lado de la montaña y no los escuchó llegar. Esa mañana al despertar, después de atusarse la barba, calentar el café y tostar un trozo de pan a fuego lento, el hombre de la cabaña salió al exterior. Llevaba un plumífero rojo que le llegaba hasta las rodillas, y unos pantalones negros de nieve con líneas amarillas y verdes a la altura de los muslos. Tiró de las correas de su mochila para ajustarlas a la espalda y avanzó con su rifle al hombro hasta la guarida de los osos. Al sentirlo llegar, los oseznos salieron a recibirlo.

«¡Maldita sea, falta uno!», pensó.

Al ver el rostro afligido de los padres, el hombre de la cabaña, lo comprendió todo:

«Furtivos».

Nada podía hacer por el pobre cachorro. Trató de consolar al padre, acariciando su lomo.

—Lo siento amigo. Si yo estuviese aquí, jamás lo hubiese permitido.

El Grizzli movió el dorso nervioso y comenzó agitar la cabeza, tratando de comunicarse con el hombre de la cabaña. Las lágrimas no cesaban de resbalar por su hocico. El hombre le rodeó el cuello con el brazo y acarició su cabeza. Ambos sabían que la guerra no había hecho más que comenzar. Los furtivos volverían y nunca tendrían paz en el bosque. El hombre de la cabaña había vivido mucho tiempo entre sus semejantes, antes de convertirse en una sombra de su pasado. Harto del egoísmo, maldad y codicia de sus coetáneos, escogió abandonar la civilización para vivir en el bosque. Alaska estaba repleta de

gente así de extraña.

Llevaba tanto tiempo viviendo en tierras salvajes que ya apenas recordaba su nombre y de donde venía. El aislamiento lo había convertido en una sombra de su pasado, solo bajaba a la ciudad para abastecerse de víveres y provisiones. En aquella zona no había cobertura, por lo que no tenía móvil, ni radio, ni televisión. Vagaba como un alma en pena, buscando el calor de los osos, sus únicos amigos de verdad. En ocasiones entraba en su guarida y dormía con ellos. En otras eran los osos los que lo acompañaban y se quedaban a pasar la noche en su cabaña.

No tenía demasiado espacio, la cabaña era pequeña, constaba de una cocina con salón y una habitación. Cocinaba en un trébede, bajo una chimenea de piedra. Los platos los guardaba alineados en un alzado y los cubiertos en una cajonera de formica. Poseía un sofá viejo y un par de estanterías como único mobiliario en el salón. La cama y el armario de la habitación eran de madera de pino. Al lado de la cabaña había construido una alacena elevada sobre unos pilares para evitar el contacto con la humedad del suelo y que los lobos se llevasen sus provisiones. Le había dado la altura suficiente para que no pudiesen alcanzarla. Allí guardaba las conservas y los embutidos. Debido a las bajas temperaturas: no necesitaba congelador. Las cosas se congelaban solas en Alaska.

En ocasiones se hartaba de su aislamiento y le costaba dormir por las noches. Echaba de menos su anterior vida, otras parecía adaptarse, jugaba con los oseznos y se iba de paseo con sus padres. Llegó un momento que para facilitar la comunicación con los animales, les puso nombre: al grizzli adulto le llamaba Ernt y a su pareja Lila. A los oseznos: Mandy, Mos y Rudy. Ahora Mandy estaba muerto, lo echaba de menos.

Ignoraba que Ernt se hubiese vengado de los cazadores, salvándole la vida a Jane. Eso que trató de comunicárselo, irguiéndose sobre las patas traseras con sus más de dos metros de envergadura; mostrándole el lomo blanquecino y agitando las fauces, imitaba los movimientos de un humano gruñendo con fuerza. El hombre de la cabaña no captó el mensaje, interpretó que estaba dolido y quería vengarse de los cazadores. Nunca pensó que en realidad, Ernt ya lo había hecho.

En circunstancias normales, durante el otoño los osos se guarnecen en su guarida, preparándose para pasar el invierno y no salen hasta primavera. La hibernación nunca es completa, porque a diferencia de otras especies, ellos no interrumpen por completo sus funciones vitales, aunque su temperatura desciende por debajo del punto de congelación, siempre permanecen alerta en caso de peligro. De esta manera, Ernt logró detectar la presencia de los intrusos en el bosque y decidió salir de su guarida, antes de que la localizasen y los cazadores, los abatiesen mientras dormían. Después de consolarlos por su pérdida, el hombre de la cabaña permitió que los animales regresasen a su guarida, para continuar su hibernación hasta la llegada de la primavera. A partir de entonces estaría más atento para vigilar que nadie perturbase de nuevo su descanso.

## XXXV

14.30h

Una densa capa de niebla cubre la costa, poco apoco, se va disipando según avanza el día, dejando entrever a intervalos las copas de los árboles más frondosos del bosque y las cascadas de hielo de los icebergs que se desmoronan en el mar para que los osos puedan recorrerlos en busca de comida; esos enormes plantígrados peludos con las patas levantadas y la enorme boca abierta, asustando a cualquier turista impertinente que se atreva a molestarlos con el flash de su estúpida cámara de fotos, durante sus caminatas por la salvaje naturaleza de uno de los parques más bonitos del mundo. Liam prepara el trineo y mete el hornillo de gas con sus pertenencias en el fondo de su mochila.

Los perros ya estaban en su posición, atados con los arneses, eran seis y la carga que llevaban, consistía básicamente en el propio peso de Lobo y su mochila. Normalmente, cuando trabajaba en la refinería, en el estrecho de Bering, los dejaba a cargo de Doris y Owen, hasta su regreso a tierra. La noticia del ataque del oso le sorprendió, venía en primera plana en todos los periódicos. Era tan extraño que un oso atacase a cuatro hombres en los arrabales de la ciudad, seguro que los periodistas no contaban toda la verdad. Dos de las víctimas eran hijos de Adam Taylor, dueño de la refinería donde él trabajaba. Ahora no eran más que fiambres. Uno de los cuatro había sobrevivido al ataque y prefería permanecer en el anonimato.

Según informó la inspectora jefa Alanis Morgan a la prensa, al ser atacados Noel se abalanzó sobre el oso puñal en mano para tratar de liberar a su amigo James de la embestida de la bestia que lo alcanzó después de perseguirlo al otro lado del puente, con tan mala fortuna que tropezó en una mata de hierbajos debido a la oscuridad que reinaba en el lugar a aquellas horas de la madrugada y terminó accidentalmente clavando el puñal hasta la empuñadura

en el vientre de su amigo que no sobreviviría a la mortal herida. En la caída —tras apuñalar accidentalmente a James— Noel se destrozó el cráneo contra una roca y pereció al instante. Philip había sido el primero en morir previamente a consecuencia del ataque de la bestia. Eso al parecer era lo que había podido deducir la policía, tras la declaración del testigo protegido que se encontraba en esos momentos recibiendo tratamiento psicológico. Al tratarse del único superviviente de aquel incidente, prefería mantenerse en el anonimato para evitar la persecución de la prensa mediática y recuperarse cuanto antes del trauma sufrido.

Liam no se lo acababa de creer: un oso no podía aniquilar a tres personas sin dejar huella. Al parecer los cuatro amigos se encontraban paseando, camino de la senda que comienza al otro lado del puente de piedra, y forma parte de una ruta senderista que une la ciudad con el glaciar Mendenhall. Actualmente la senda permanece infranqueable por la maleza, y no la limpiarán hasta que comiencen a llegar los primeros cruceros cargados de turistas en primavera.

Su intención era alcanzar la fábrica de la luz para refugiarse de la tormenta de nieve. Los hombres estaban dando un paseo, después de pasar la noche de fiesta, cuando los sorprendió el oso. Lobo no era tonto y sabía que todo aquello era solo una trama de mentiras. La policía en Juneau estaba manipulada por el gobernador y le contarían a la prensa lo que Cameron Thompson quisiera. Tal vez después de ofrecerles algún ascenso previamente, sin haber hecho ninguna clase de méritos para ello; salvo mentir a los medios y ocultar pruebas a la justicia que, desvelarían los verdaderos motivos por los que el oso atacó a los cazadores.

El aviso de un Email del hombre de la cabaña, sorprendió a Liam esa mañana en su móvil, mientras desayunaba unas tostadas con beicon, un zumo de naranja, dos plátanos, un par de kiwis y un café con leche en su casa de Juneau.

*El hombre de la cabaña*

*Elhombredelacabaña@gmail.com*

*Asunto: furtivos.*

*Muy buenos días.*

*El lenguaje corporal de los animales a veces es un poco difícil de entender. Esta mañana tardé en captar el mensaje de Ernt, su agitación era tal, que temo intentara comunicarme lo peor. Es posible que después de ser hostigado por unos cazadores toda la noche, no le quedase otro remedio para defenderse que atacar a los furtivos. Sus fauces olían a sangre humana, mucho me temo que pudo meterse en un buen lío. He bajado hasta el refugio del club, para poder conectarme a internet con el portátil y escribirte. He leído las noticias, al parecer se ha cargado a tres de esos cabrones. Sabes que antes han matado a su cachorro Mandy. Ernt ha hecho bien vengándose. Debemos prepararnos por si las autoridades realizan alguna batida por el bosque y defender a los animales. Sé que dos de ellos eran hijos de tu jefe. ¡Lamento su pérdida! Pero, qué diablos hacían cazando osos en pleno invierno, a pesar de las prohibiciones de medioambiente. En parte se lo merecieron.*

*Un cordial abrazo.*

*El hombre de la cabaña.*

*Liam (Lobo)*

*Loboelguardiándelbosque@gmail.com*

*Re: furtivos*

*Hola amigo.*

*Ya estoy enterado de todo por la prensa, me acercaré con los perros al refugio y nos veremos allí en un par de horas.*

*Otro abrazo fuerte.*

*Liam (Lobo)*

## **12.05h**

Los perros tiraban del trineo y comenzaron a vadear la sierra, alejándose de la ciudad. Eran animales fuertes y resistentes, se fiaba más de ellos que de la moto de nieve. Además en ocasiones competía en carreras de trineos y había ganado varios trofeos con ellos. Los pinos en invierno permanecían desnudos, ocultando sus atributos con una espesa capa de nieve. Estaba deseando la llegada de la primavera para que brotasen las flores blancas de los cerezos de su finca. Al llegar al refugio, aparcó el trineo y libró a los animales del tiro, para que pudiesen descansar sobre la nieve.

El hombre de la cabaña recibió a Lobo con un enorme abrazo. Los dos habían vivido muchas aventuras juntos en el pasado y llevaban tiempo sin verse. En una ocasión durante una de sus excursiones por la montaña con los perros, se encontraba atravesando una gruesa capa de nieve, cuando su trineo alcanzó una zona de hielo y Liam perdió el control de las riendas, los perros tiraron con fuerza tratando de sacarlo del peligro, pero el trineo terminó volcando y precipitándose sobre el agua congelada de un arroyo. La corriente lo envolvió y Lobo se precipitó río abajo, tratando de nadar inútilmente contracorriente. El hombre de la cabaña que se encontraba casualmente por la zona cazando con su arco, liberó a uno de los perros del tiro de carga del trineo y ambos echaron a correr detrás de Lobo, siguiendo la ribera del río. Se trataba de un husky siberiano de gran envergadura, el hombre de la cabaña le había sujetado una cuerda al arnés y el perro se lanzó al agua en pos de su amo. Lobo estaba a punto de precipitarse por una catarata enorme de más de diez metros de altura, donde podría haber perdido la vida, cuando el perro llegó nadando a su altura. Lobo se sujetó con fuerza al lomo del animal y el hombre de la cabaña, ató el otro extremo de la cuerda al tronco de un viejo abedul y comenzó a tirar con fuerza, hasta sacar a Liam y el perro del agua. Luego, aterido por el frío, Liam terminó perdiendo el sentido. Al recuperarse,



el hombre de la cabaña lo llevó hasta el trineo y ató de nuevo el perro con los demás. Se pusieron en marcha y se dirigieron al refugio del club, encendiendo un fuego para calentarse. Así se conocieron Lobo y el hombre de la cabaña, entablando una gran amistad que duraría muchos años.

Aquel ser hurraño y desconocido, no quiso desvelarle a Liam su verdadera identidad. Le contó que en su pasado había trabajado con algunos sistemas informáticos y terminaba de crear una web denominada [losguardianesdelbosque.com](http://losguardianesdelbosque.com) y necesitaba a alguien que le ayudase a darla de alta en internet. Lobo se ofreció voluntario para realizar aquel cometido y se uniría a su cruzada para proteger el bosque y sus habitantes del continuo hostigamiento del ser humano. Desde entonces, ambos se unieron para luchar contra los abusos de madereros, incendiarios, tramperos y furtivos.

Lo peor había ocurrido cuatro meses atrás, cerca del final del verano, cuando se declaró un incendio de dimensiones gigantescas que amenazaba todo el ecosistema que rodeaba Juneau, Sitka, Petersburg y Ketchikan entre otras poblaciones. El corazón del bosque más grande de Estados Unidos estaba en peligro. Los incendios habían sido provocados por Peter Thompson el hijo del gobernador y sus amigos Philip, James y Noel con cocteles molotov, desde una furgoneta robada para la ocasión. El hombre de la cabaña los había visto con los prismáticos desde la distancia y desconocía por completo la identidad de los pirómanos. Además se encontraba demasiado lejos para distinguir sus facciones. Luego hicieron un trasbordo de material inflamable desde su vehículo a una ranchera y se largaron en la furgoneta, dejando solo a un tal Henri Vanger que viajaba con ellos hasta entonces de incognito en el vehículo.

Lobo se encontraba por la zona, después de recibir un Email del hombre de la cabaña para intentar plantar acebos, fresnos, robles, hayas y abetos, en un intento de regenerar la foresta de una zona calcinada por los incendios en años anteriores. Liam había subido en un *quad* a la montaña desde la ciudad y se encontraba junto al hombre de la cabaña, cuando los incendios sucedieron. Lobo persiguió al conductor de la ranchera durante largo rato. Al alcanzar un alto, Henri se bajó de la ranchera y puso en funcionamiento, girando la llave del helio, uno de los diminutos globos aerostáticos, que se elevó de inmediato. El hombre de la cabaña iba sentado a la espalda de lobo y rodeando su

cintura, viajaba en el quad junto a su amigo. Tardaron casi veinte minutos en alcanzar el lugar donde, Henri había hecho volar casi todos los globos aerostáticos. El fuego se estaba propagando a una velocidad de vértigo. El hombre de la cabaña, armó su arco de fibra de vidrio y disparó una flecha, tratando de derribar alguno de los globos que todavía quedaban en el aire.

—¡Es inútil! —le advirtió Lobo—. Están compuestos de material inflamable y al caer, incendiarán igualmente el bosque.

El hombre de la cabaña dejó de lanzar flechas y se dirigió enfurecido seguido por Lobo hacia donde se encontraba Henri, tratando de hacer despegar los últimos globos. Estaba tan ensimismado en su cometido que no los vio venir. Al llegar a su altura, se abalanzaron sobre él, hasta inmovilizarlo. Entonces, mientras Lobo lo sujetaba, el hombre de la cabaña ató las muñecas y los tobillos de Henri con una cuerda y lo subieron en el remolque de la ranchera. Se dirigirían a la ciudad para entregarlo a las autoridades. De pronto se vieron rodeados por el fuego, el humo era tan denso que apenas podían respirar. Los incendios se habían propagado a una velocidad de vértigo y los tres corrían peligro de acabar abrasados por las llamas.

Optaron por liberar a Henri de sus ligaduras. Ellos no eran unos asesinos y ya Dios impartiría justicia. Al soltarlo, Henri sacó un cuchillo que llevaba oculto en una bota e intentó apuñalar a Liam, que logró esquivar el ataque. Luego ayudado por su amigo lograron reducirlo y quitarle el arma. Volvieron anudarle la cuerda, inmovilizándole los tobillos y muñecas de nuevo, y trepando a un abeto, Lobo la pasó por una de las ramas más altas. Al bajar del árbol, ambos amigos tiraron de la cuerda, hasta que Henri quedó colgado boca abajo y afianzaron una soga alrededor del tronco, antes de largarse de allí escopeteados. El fuego estaba devorando la ranchera que acababa de explotar dejando el vehículo calcinado. Se subieron al *quad* y cegados por el humo, Liam comenzó a dar vueltas buscando una salida entre el cerco de llamas. Al fin encontraron un hueco y lograron alejarse del incendio.

Nunca tuvieron intención de dejar atado allí a aquel pobre desgraciado, pero de lo contrario terminarían todos calcinados por las llamas que el mismo había provocado y que a la postre terminaron con su vida. Si Henri no les hubiese atacado con el cuchillo, no se verían obligados a maniatarlo y lograrían escapar del incendio con la ranchera, antes de que se les echaran

encima las llamas. Por lo que se consideraban inocentes de su muerte. Esta la habían causado las llamas que él mismo había provocado con los globos aerostáticos. Cuando apareció el cadáver calcinado, la policía no pudo conseguir ninguna prueba que los implicara. Nadie los había visto, por lo tanto el bosque escondería su secreto.

Ninguno de los dos volvió a mencionar nada sobre el incendiario fallecido, tanto Lobo como el hombre de la cabaña preferían ignorar un asunto tan escabroso, del que no se sentían para nada orgullosos. De todas maneras eso ya había sucedido hacía algunos meses y era hora de pasar página. Barrieron el refugio con escobas hechas de retamas, deberían adecentarlo, pensaban alojarse allí por algún tiempo. La situación privilegiada del refugio les permitía tener unas vistas espléndidas, tanto del glacial como de todos los caminos de acceso desde la ciudad a la madriguera de los osos. Si algún cazador furtivo se atrevía a volver intentar alterar el descanso de los animales, lo freirían a tiros, tenían todo un arsenal de armas oculto en el refugio. El tiempo fue pasando deprisa, cortaron un montón de leña, que guardaron en un pequeño cobertizo adosado a las perreras. Los animales se encontraban más agitados de lo normal, ladrando y revolcándose en la nieve. La nevada parecía remitir según avanzaba la tarde, todo les hacía presagiar que los cielos terminarían despejándose. Una vez terminaron con todas las tareas, antes de encender el fuego para preparar la cena, jugaron una partida de póker. Lobo más ducho en el arte de los naipes, ganaba casi todas las manos. Ambos estaban muy tranquilos e ignoraban que pronto tendrían que abandonar de nuevo el refugio, viéndose involucrados en una nueva aventura con los perros. Una niña desaparecida sería la causa de sus desvelos.

Pocos pueden imaginarse como una criatura de cinco años puede desaparecer sin dejar rastro, delante de sus compañeros y profesores, en medio de una excursión por el parque nacional de Alaska. Las cosas más extrañas suelen suceder en ocasiones en un breve periodo de tiempo, dejándonos aterrados sin comprender del todo sus verdaderas causas. En cuanto recibieron la noticia, Lobo y el hombre de la cabaña, cargaron el trineo con sus equipos de escalada y engancharon los perros al tiro. Se pusieron rápido en marcha, impulsados por los perros, se alejaron del refugio para

perderse en medio de aquellas tierras salvajes.

### 19.14h

Las escarpadas laderas se precipitaban en pendientes pronunciadas, desde las elevadas cimas de las montañas hacia el glaciar Mendenhall. La nieve blanda sin pisar dificultaba el avance y Lobo se vio obligado a echarse una cuerda al hombro, ayudando a los perros a remolcar el trineo. Los patines se atascaban en la hondonada, sin conseguir avanzar, mientras el esfuerzo lo estaba dejando sin resuello y comenzaba a dolerle el hombro. El hombre de la cabaña le aconsejó que librase el trineo de las provisiones o no cesaría de hundirse en la nieve. Lobo libró de peso el trineo, cargando con los equipos de escalada sobre la espalda, se dirigió hacia el exuberante bosque, surcado por un ancho sendero donde la nieve estaba más dura y podrían avanzar más deprisa. Llevaban una hora fuera del refugio, cuando comenzaron a ascender por un intrincado camino dirección a la madriguera de los osos.

El aviso de la desaparición de la hija de Stephen les llegó estando en el refugio, cuando se encontraban asando una carne de vacuno sobre las ascuas ardientes. Lobo había encendido el fuego con unas piñas y leña de roble seca, la parrilla tenía un sistema hidráulico que si giraba la manilla de latón a la derecha la alejaba de las brasas y si lo hacía en sentido contrario la acercaba, solo debía calcular la distancia correcta para que se asara rápido la carne, sin llegar a quemarse. El truco estaba en bajar la parrilla lo suficiente al principio y cuando estuviese bien dorada la carne, subirla de inmediato para que se mantuviese caliente sin quemarse.

La niña se había perdido en medio de una excursión del colegio, ¡pobres profesores, si no aparecía pronto sana y salva, les caería el pelo! El glaciar Mendenhall era enorme, encontrar a Angie con vida, resultaría casi imposible. Deberían localizarla cuanto antes o moriría congelada. El hombre de la cabaña entró en la boca de la madriguera de los osos, desapareciendo entre las raíces de un roble centenario. Al poco tiempo salió acompañado de Ernt,

llevaba una foto de la niña en el móvil y se la enseñó al oso durante largo rato. El cuadrúpedo la estuvo observando hasta memorizarla, era una niña preciosa, de piel pálida, el pelo rojo como su padre y unos ojos verdes que relucían deslumbrados por el efecto del flash de la cámara. Ernt, consciente de que el hombre de la cabaña no lo molestaría de no tratarse de un asunto de importancia vital, asimiló rápidamente que algo grave le había sucedido a la pequeña. El Grizzli agitó el lomo marrón en señal de asentimiento, haría todo lo posible por encontrar a la niña.

Los perros ladraban asustados ante la envergadura del oso, tratando de soltarse de sus arreos, Liam trató de calmarlos. Ernt sabía que podría librarse de ellos fácilmente de unos zarpazos, pero también era consciente de que estaban atados, y no suponían ningún peligro para él y su prole. Extendiendo un mapa en el suelo, Liam y el hombre de la cabaña, decidieron repartirse para peinar las zonas más escabrosas del glacial, iban parapetados con sus equipos de escalada, por lo que quedaron de reunirse en un punto donde, la vertiente se abría en una brecha que desquebrajaba la superficie granítica, quebrando la montaña en dos partes totalmente asimétricas. En esa zona deberían encordarse para acometer su descenso. Sincronizaron los relojes, se encontrarían allí dentro de una hora. Se separaron descendiendo hacia el glacial por distintas caras de la vertiente montañosa, Liam guiaría a los perros entre piceas y peñascos, en cuanto el hombre de la cabaña, acompañaría a Ernt por rincones más abruptos, hasta que terminaría perdiéndolo de vista, pues se veía incapaz de seguir el ritmo del animal.

# **Las horas de la noche**

## XXXVI

20.55h

Se habían organizado varias partidas de búsqueda para localizar a la niña por todo el glacial. Brian y Jane debido a sus conocimientos de escalada peinarían las zonas más abruptas. Ambos avanzaban por un terreno complejo e inestable con la mochila y el casco puesto para protegerse de los agentes erosivos que podrían provocar un desprendimiento, condicionados por elementos tan extremos como la meteorología, la latitud, la ventisca, la humedad, la altura sobre el nivel del mar o la crudeza de las heladas. Estaban lejos de las demás partidas de búsqueda de la niña y en caso de accidente, tardarían demasiado tiempo en localizarlos en medio de aquel temporal. La oscuridad se cernía sobre ellos, imbuidos en un infierno de nieve y hielo, caminaban solo guiados por el estrecho haz de luz de sus frontales.

Se encontraban aislados de cualquier ápice de civilización, ascendiendo por una vertiente de un sotobosque, cuando Brian se detuvo en un punto, donde localizó un girón de tela del color del abrigo de Angie, la niña debió golpearse con la cabeza en las ramas del arbusto y quedar atrapada en medio de la maraña de sus hojas. Al tratar de desprenderse parte de la prenda se desgarró y quedó presa en el ramaje del arbusto. Al lado de la tela había huellas de un cuadrúpedo gigantesco, por su tamaño y forma Brian dedujo que debía pesar más de trescientos kilos y sin duda, se trataba de un oso grizzli.

Se dirigió a Jane pensativo: los dos se encontraban solos con el equipo de escalada a la espalda en medio de la nada.

—Si la ha atacado el oso, ya debe de llevar tiempo muerta.

—No lo creo —repuso Jane—. No hay restos de sangre, debemos seguir

las huellas del oso bosque arriba.

—¡Es inútil, nunca lo alcanzaremos! Nos lleva mucha ventaja —matizó Brian.

—Tienes razón, siguiendo las huellas, nunca lo lograremos. Atajaremos, escalando por la montaña.

—Está bien, me alegro de que volvamos a escalar juntos, aunque tenga que ser de noche y no pasado mañana como teníamos programado. De todas maneras lo más importante ahora es encontrar a la niña —expuso Brian.

La pared era bastante vertical, Brian iba soltando cuerda, mientras Jane ascendía usando los crampones y piolets como si fueran las garras de un mono. Jane hizo trampas, en vez de atarse la cuerda al arnés, la llevaba sujeta a uno de los piolets, por si Brian trataba de tirar de ella e intentaba arrojarla al vacío de un tirón traicionero. Al alcanzar una arista se encarama a ella y trepa hacia lo alto de una cornisa, donde abriendo la manivela de un tornillo, le da varias vueltas hasta enroscarlo en el hielo. Asegura la cuerda a una cinta amarrada al tornillo y le hace señas a Brian para que ascienda.

Brian se encordó con un nudo de ocho al arnés y comenzó a ascender por la pared vertical por la que había subido previamente su compañera; cuando estaba a medio camino de la cima, colgado en la mitad de la nada; ella comenzó a golpear la cornisa, donde se encontraba el tornillo que aseguraba la cuerda con la hoja del piolet, hasta que terminó desprendiéndose y provocando una avalancha de nieve que en su descenso, alcanzó de lleno a Brian, que terminó perdiendo el equilibrio y cayendo al vacío desde una altura superior a cincuenta metros, sepultado en un montículo de nieve.

Jane calculaba que si no había fallecido por el impacto de la caída, lo haría en poco tiempo producto de la congelación. Lanzó un SMS a emergencias con el punto exacto, marcado en el GPS de su móvil, en que se había producido el accidente. Luego guardó el teléfono en el bolsillo lateral de su pantalón y extrajo de la mochila unos primaticos de visión nocturna para buscar las huellas del cuadrúpedo. Las encontró en una ladera cercana. Con aquel frío no había ninguna posibilidad de que la niña continuase con vida, salvo que llevase las prendas térmicas adecuadas para aguantar las bajas temperaturas



que exigía la alta montaña.

Cortó la cuerda con una navaja y la lanzó al abismo en que había quedado sepultado su compañero. Nadie sospecharía nada, todo parecía producto de un accidente. Si ella no lo hubiese provocado, él intentaría deshacerse de ella a la menor ocasión. Era la ley de la supervivencia. Comenzó el descenso por la otra vertiente de la montaña hacia la ladera donde se encontraban las huellas del oso. En algunas zonas el hielo estaba muy resbaladizo y se vio obligada, para tallar algunos escalones que le facilitaran el descenso, a usar la pala del piolet. La masa congelada era un elemento muy complicado de trabajar, pero actuar con prisas en la montaña podría costarle la vida. Consciente de ello se esforzó lo máximo posible, reparando en los detalles con la profusión de un avezado escultor y tratando de serenar su respiración, se olvidó de que terminaba de matar a un hombre, llevando su tarea al límite de lo meramente artístico.

El color del hielo la advertía de su dureza: si se mostraba opaco era debido a la abundancia de aire en su interior y eso era bueno para escalar; sin embargo su transparencia era síntoma de fragilidad. La calidad del hielo era previsible, si se sabía las condiciones meteorológicas previas y la altura de la isoterma. La temperatura disminuía con la altitud y eso ayudaba a la formación del hielo. En invierno era probable que se produjese una inversión de temperatura, al quedar atrapadas grandes masas de aire frío en valles y llanos; estas solían dar lugar a la formación de una capa nubosa sobre el aire frío conocida como mar de nubes o incluso a la aparición de una línea azulada de calina o neblina, que separaría las masas de aire congelado, aislándolas.

Al alcanzar las huellas, Jane avanzó lo más rápido posible en pos del oso. Seguía sin encontrar rastro de sangre de la niña. Llevaba la Glock cargada en una redecilla en el lateral de la mochila, preparada para defenderse, en el hipotético caso de que el animal la atacara. Ello supondría una lucha a muerte entre ella y la bestia. Debía encontrarse a gran altura, muy lejos de la ciudad, si le ocurría algo nadie la encontraría. Las huellas en algunos tramos casi desaparecían debido a la dureza del hielo. Llegó un punto en que se perdían en un corredor y comenzó a ascenderlo a golpe de piolet, hasta que volvió a discernir restos de huellas en una plataforma en la que se detuvo para rastrearlas; efectivamente era del plantígrado. La plataforma estaba protegida

del viento por una grieta en la roca que tenía aspecto de la entrada de una cueva. Al volverse hacia ella, el corazón le dio un vuelco; tan solo había un par de metros entre ella y la bestia. Si la embestía, le bastaban un par de zarpazos para enviarla a un abismo similar al que acababa de perder la vida Brian hacía unos minutos. Aunque el corredor no era tan pendiente como la pared que ambos habían escalado antes, si no lograba frenar el envite con los piolets, terminaría cogiendo velocidad y rompiéndose la crisma contra las peñas nevadas del fondo.

Se quedó inmóvil, mirando fijamente al oso, se trataba de un ejemplar adulto, de más de trescientos kilogramos de peso. Le extrañó su peculiar postura, se encontraba sentado sobre el tren trasero con el culo apoyado en una roca. Las fauces cerradas entorno al vientre como si estuviera alumbrando a una criatura. En esa posición no parecía suponer amenaza alguna para ella. Jane arrojó los piolets al suelo, para que el oso no los viese como una posible arma. Fijó la vista en su vientre, entonces fue cuando vio una diminuta cabeza humana asomarse entre las fauces del animal. El oso con su pelaje logró mantener la temperatura corporal de la niña activa, salvándola de morir congelada.

Al verla, Angie se deshizo del abrazo del oso y corrió a los brazos de Jane. Se abrazaron con fuerza, la niña lloraba y aseguraba que se estaba muriendo de frío, cuando el oso la sujetó con las fauces por la chaqueta y la levantó en peso, cargándola sobre su lomo, la llevó hasta la plataforma, luego la arropó con su pelaje para protegerla del frío. El oso, loco de contento, se puso a agitar el lomo y la cabeza al reconocer a Jane. Era la chica a la que había salvado de ser violada, tan solo unas horas atrás en la pasarela. Al ver al plantígrado gesticular, Jane lo comprendió todo.

—Las dos te debemos la vida amigo, muchas gracias. Estaremos siempre en deuda contigo —dijo Jane, todavía algo intimidada por la corpulencia de la fiera.

Al desviar la mirada al corredor, Jane descubrió a un hombre que estaba descendiendo con una cuerda por la enorme brecha que se abría entre las paredes de hielo y nieve. Era el hombre de la cabaña. El único responsable de sacar a Ernt (así se llamaba el oso) de la madriguera y hostigarlo para que buscara a la niña. Stephen lo había avisado de la desaparición de su hija por

teléfono, cuando se encontraba en el refugio del club alpino con Lobo.

Desde la cima del corredor, Liam más conocido como Lobo, iba soltando cuerda, mientras el hombre de la cabaña se detuvo en un saliente, situado unos cincuenta metros por encima de la posición de Jane y esperó hasta que su compañero descendiese hasta allí.

Nada más verlo descender, Jane reconoció al grandullón por su tamaño y estilo haciendo rápel. Al llegar a la altura del hombre de la cabaña, Lobo se detuvo a su lado en el saliente. Poniendo las palmas de las manos rodeando la boca para amplificar el sonido, Jane comenzó a gritarles, el eco de su voz reverberó en toda la canal.

—¡Lobo! ¡Soy Jane! ¡La niña está aquí! ¡También hay un oso grande!

—¡El oso se llama Ernt! ¡No os hará nada! ¡Ahora bajamos! —contestó Liam.

Buscaron un trozo de hielo lo suficientemente grande para enroscar un nuevo tornillo y una vez bien amarrada la cuerda, Lobo fue el primero en descender hasta la posición de Jane. Nada más llegar a la plataforma, se abrazó a ella con fuerza y luego le sonrió a la niña, haciéndole una carantoña. Angie que ya lo conocía, pues había estado con su padre muchas veces en su casa, se alegró mucho de verlo. Lobo trató de ponerse en contacto con Stephen para informarlo de que su hija se encontraba a salvo, pero en aquella zona no había cobertura. Entonces optó por mandarle varios mensajes, en cuanto tuviesen cobertura, Stephen los recibiría. El hombre de la cabaña alcanzó la plataforma y se puso a acariciar la cabeza y el lomo del oso. Llevaba el pelo largo y casi todo el rostro cubierto de una espesa barba.

—Este es el hombre de la cabaña, el verdadero creador de los guardianes del bosque —hizo las presentaciones Lobo.

Súbitamente Jane se había quedado perpleja, luego aquellos rasgos comenzaron a hacerse familiares y su corazón se sobresaltó. Solo fue capaz de emitir una palabra de dos sílabas que no dejó lugar a dudas.

—¡Papá!

—¡Hija mía! —respondió Robert Barret.

Gélidas lágrimas resbalaron por los rostros de ambos, casi cristalizando en hielo, cuando se abrazaron.

—¡Estás vivo! —exclamó Jane.

Al regresar a casa y ver a su mujer muerta producto del cianuro, Robert supo que su hija la había envenenado. Luego después de despedirse de su esposa entre lágrimas, cogió su vieja ranchera y se dirigió lejos de su barrio, deteniéndose al borde un barranco, colocó la palanca de marchas en punto muerto y puso una piedra sobre el pedal de aceleración. A continuación impulsó la palanca hasta meter primera, después se salió del vehículo mientras este salía despedido por un precipicio, dando muchas volteretas antes de detenerse cerca de la orilla del río y estallar en llamas. Robert descendió a trompicones por el barranco hasta llegar al lado del coche. Una vez allí, acercó el brazo a las llamas, hasta que prendieron en su camisa, provocándole varias quemaduras de diversa consideración, pero que no revestían demasiada gravedad. Cuando no pudo soportar más el dolor, hundió el brazo en el río, apagando el fuego que lo estaba abrasando. Luego se deshizo de la ropa con restos de su piel calcinada adherida a las prendas y la arrojó dentro del coche, consciente de que encontrarían allí, como la firma de un abogado demente, restos de su ADN impreso. Así evitó que su hija fuese a la cárcel y consiguió que todos creyesen que era el culpable de la muerte de su esposa. Además y lo más importante de todo, era que también lo darían a él por muerto. Nadie sobrevive a una explosión de ese tipo dentro de un vehículo. En realidad solo una cosa lo motivo para realizar semejante montaje: salvaguardar el futuro de su hija, aunque para ello tuviese que hipotecar el suyo propio.

Antes de precipitar la ranchera por el precipicio, Robert Barret sacó del remolque una mochila con todo lo que necesitaba para sobrevivir en la montaña. Para superar la crudeza del invierno, durante el verano trabajó hasta la extenuación para construir una cabaña, donde se ocultaría del mundo durante mucho tiempo hasta volver a ver a Jane.

—Papá te quiero —dijo Jane.

—Yo también te quiero mi niña.

—Siento lo que tuve que hacerle a mamá.

—No sientas nada, hiciste lo correcto. Yo tampoco soportaba verla sufrir así —dijo Robert.

—Por mi culpa, has tenido que vivir todo este tiempo como un indigente, solo, en medio de la naturaleza —lamentó Jane.

—No te preocupes, estoy bien aquí con mi amigo Ernt —dijo en referencia al oso—; además podrás venir a visitarme cuando quieras.

—¡Arruinaste tu carrera por mi culpa! —se desesperaba Jane.

—Te equivocas, ahora estoy más cerca de los animales que nunca. Aparte soy el fundador de los guardianes del bosque, me buscaré una identidad nueva y legalizaremos todo. Los gobiernos no nos permiten federarnos, pues a ningún político le interesa una asociación independiente que defienda la naturaleza. No nos podrían controlar y eso les da miedo. Por lo que hemos decidido privatizarnos y montar como una especie de agencia de detectives que lucharan para defender el medio ambiente de sus agresores. Me alegro tanto de verte. Hoy es el día más feliz de mi vida, después de la muerte de tu madre.

—Ahora lo entiendo, por eso Lobo estaba siempre tan pendiente de mí, tú lo mandabas protegerme. Él lo sabía todo, desde el principio era consciente de que tú eras mi padre.

—Al principio, cuando nos conocimos, no quise decírselo, pero más tarde cuando caí en la cuenta de la bondad de su corazón, terminé desvelándoselo todo. Necesitaba a alguien que mirase por mi pequeña en la ciudad. Por eso cuando me enteré por la web del club alpino que estabas entre sus socios, me puse en contacto con Liam para que te protegiera. Él es el único miembro del club que conoce mi verdadera identidad y debe seguir siendo así de momento. Nadie salvo nosotros tres, debe saber que tú eres hija mía. Al menos en cuanto no me consigan una documentación falsa para legalizar mi situación. Para el resto del mundo es como si estuviese muerto, pero lo único importante, es que para mi niña, a partir de ahora estaré más vivo que nunca.

## XXXVII

22.15h

La montaña estaba esbelta y misteriosa, la subida hasta el refugio del club, resultó una ocasión providencial para disfrutar de las vistas de los glaciares desmoronándose en el mar. La niña iba subida a los hombros de Lobo que estaba abriendo huella para todos, seguidos de Jane y su padre. Antes de llegar al trineo Jane se despidió de su padre con un fuerte abrazo, Stephen y el inspector Swann, estaban esperándoles en el refugio del club y nada sabían de la identidad de Robert, de momento era mejor que siguiera siendo así, para ellos solo era el hombre de la cabaña. Robert le rogó a su hija que lo dejara marchar y se ocupase de la niña, se volverían a ver en cuanto las circunstancias fueran más propicias. Luego tomó rumbo a su cabaña y se alejó de ellos.

Jane, Liam y Angie se subieron al trineo y se dirigieron hacia el sur. Los patines se deslizaban por la nieve con fluidez a lo largo del camino. Los perros avanzaban a buen ritmo, internándose en el bosque. La noticia del rescate de la niña ya se había hecho viral en las redes sociales y Jane Barret fue considerada una heroína por todos. La policía de rescate en alta montaña halló el cuerpo de Brian, que según resaltaba la prensa había dado la vida por salvar a la niña. Lo encontraron aplastado bajo un alud de nieve y hielo, justo en el punto que les había señalado Jane en el GPS.

Al llegar al refugio, Angie se bajó del trineo y corrió a los brazos de su padre. La niña era muy fantasiosa y le gustaba jugar con seres imaginarios. Así se despistó en su excursión por el glaciar, abandonando la fila de sus compañeros, para perderse en el bosque mientras hablaba con el Hombre de las Nieves, hasta que se encontró con Ernt, el oso Grizzli que le salvó la vida.

Su madre nerviosa estaba temblando al lado de su padre, se trataba de una pelirroja de largas trenzas de carácter dominante que parecía avergonzada por no haber estado pendiente de su hija y dejarla ir sola a la excursión, sabiendo de sus dificultades para relacionarse con los demás. Últimamente estaba arrepentida de haberse separado de Stephen, sobre todo por la niña, pero en la pareja se había abierto una brecha emocional muy difícil de suturar; sin embargo parecía que la desesperación por la desaparición de la niña los había unido de nuevo, y ambos estaban dispuestos a hacer borrón y cuenta nueva por el bien de su hija. Era posible que su separación hubiese afectado a la pequeña y la llevase a comportarse de una manera tan extraña; buscando amigos imaginarios para olvidar el daño causado por la traumática ruptura de sus progenitores.

Además de Stephen y su hermano Ethan, Lila, Doris y Owen que habían colaborado dirigiendo varias partidas de búsqueda, también se encontraban allí. Estaban todos agotados y hambrientos. La mujer de Stephen asó unas hamburguesas en la parrilla para todos y trataron de reponer fuerzas. Luego Swann y Jane se despidieron de ellos y regresaron en una moto de nieve a la ciudad. Por la mañana tendrían que madrugar para prestar declaración en la comisaria de lo sucedido esa noche con la niña.

Swann conduce por un camino bordeando la ladera de la montaña que se estrecha de modo progresivo para terminar convirtiéndose en un sendero de hielo. Alcanzaron un letrero indicativo de madera que señala el camino de regreso a la ciudad, pasaron bajo una frondosa arboleda y bajo una línea de tendido eléctrico; desde ese momento la ruta acomete una subida zigzagueante por una zona rala de monte, en los últimos tramos de la ascensión, Jane se aprieta fuerte contra la espalda del inspector por miedo a caerse de la moto, se dirigen hacia un altozano desde donde podrán contemplar las serpenteantes luces de la ciudad.

Al poco rato abandonaron aquel paraje y tomaron rumbo al apartamento del inspector que, con tanto esmero habían ordenado ambos hacía unas horas. Al llegar Jane se tumbó en el sofá y al rato se quedó dormida, Swann le quitó con delicadeza las botas de montaña y los calcetines que sustituyó por otros secos. Al verla dormir tan plácidamente, le recordó a Lisbeth cuando se quedaba dormida en la misma postura viendo la televisión. Lisbeth ya no regresaría y

debía tratar de olvidarla. Jane era realmente hermosa, estaba en esa edad en que la juventud estando en su máximo esplendor su belleza resplandecía, deslumbrante, encogida como un caracol parecía que se enroscaba en su propia concha, ante el enfoque de la mirada de Swann, que se deleitaba escuchando el sonido de su respiración; surgiendo de su laringe como un susurro; irrumpía en medio del silencio de la sala como si se tratase del latido de un hada en el bosque.

La tapó ligeramente con una manta y envolviéndola bien con ella, la agarró con sus enormes brazos y la transportó a su habitación, donde había abierto previamente las sábanas de la cama para depositarla sobre el mullido colchón sin que se despertara. Si alguien tenía que dormir en el sofá esa noche, sería él. Se dio una ducha y se dirigió a la habitación de invitados, donde tenían instalado un sofá cama, para que descansasen las amigas de Lisbeth cuando se quedaban a dormir en casa. Tiró de la parte baja y, las patas del somier se desplegaron como una capsula espacial del motor de propulsión, antes de perderse en el espacio. El colchón era demasiado pequeño para su estatura y debía dormir encogido. Los muelles eran muy blandos y hacían un ruido espantoso cada vez que se movía. Al final el cansancio venció a la incomodidad y logró quedarse dormido. Si Lisbeth hubiese regresado en ese momento y encontrado el apartamento tan limpio, y una chica tan joven como Jane ocupando su cama, su sorpresa sería mayúscula. Desde luego Swann la echaba mucho de menos y no se encontraba preparado para acometer una nueva relación, menos aún con una niñata como aquella.

Al terminar de cenar en el refugio, Jane se llevó un momento al inspector, aparte, lejos del resto del grupo y le contó lo que realmente le sucedió a su madre y que terminaba de encontrarse con su padre, después de llevar años pensando que estaba muerto. Demasiada información para decírsela a un agente de policía. Era evidente que él la había dejado escapar esa mañana para que no se viese implicada en lo del apuñalamiento de James. Los dos estaban más fuera que dentro de la ley. Jane no le había dicho nada del incidente con Brian, pero Swann sabía de la estrecha relación del escalador con el gobernador. Aquello no pudo ser un accidente, Swann sabía que tenía una asesina en serie en casa, primero había matado a su madre envenenándola con cianuro, luego a James en la pasarela, para terminar provocando la avalancha que terminó con la vida de Brian.



## 02.45h

Swann se despertó de golpe, pareció escuchar un ruido como si alguien girase el pomo de la puerta de la habitación donde dormía Jane. Se levantó sigiloso y sustrajo la Glock del bolsillo de la chaqueta con suavidad, temía que alguien entrase en el apartamento, forzando la cerradura de la puerta de la entrada, armado con un silenciador para matarlo, pensando que se encontraba allí durmiendo en vez de Jane. Sujetó el arma con las dos manos y la movió en el aire, marcando su progresión por la vivienda, antes de salir raudo de la habitación, tropezó con el marco de la puerta y salió despedido del cuarto, cayendo sobre la mesa de centro que estalló en mil pedazos; despertando a Jane que se levantó sobresaltada y gracias a ello esquivó una bala que iba destinada a su sien y terminó hundiéndose en el colchón de plumas que, se desplegaron por toda la habitación dificultándole la visión al intruso.

Jane de un rápido movimiento extrajo la Glock de las bragas, donde la había ocultado al regresar de la expedición en el refugio, y, antes de que su asesino tuviese tiempo de reaccionar le insertó todo el plomo que pudo en el cuerpo, mientras el inspector Swann observaba la escena, todavía aturdido por el golpe desde el quicio de la puerta. Los cristales de la mesa le habían hecho varios cortes en las manos y el antebrazo.

—Lo has dejado frito, ahora no podremos interrogarlo —apuntó Swann, limpiándose la sangre con un algodón empapado en alcohol de los cortes del brazo, de paso que desinfectaba las heridas.

—¡Claro! Si llego a esperar por ti ya estaría muerta, menudo policía estás hecho —le recriminó Jane.

—Tropecé con la dichosa mesa, cuando hicimos la limpieza, la colocamos demasiado cerca de la puerta de la habitación de invitados, lejos de su posición habitual, no contaba con ella.

—Fue lo mejor que pudimos hacer, si no llegas a tropezar, llegarías tarde para salvarme, el ruido no me hubiese despertado y yo estaría muerta.

—¡Lo siento! Debía de ser un profesional muy sigiloso, para desconectar la alarma y desmontar la cerradura de doble cierre, sin que lográramos escucharlo, solo la fortuna quiso que me despertase en ese momento —se excusó Swann.

—¡Dios mío! Es el tercer hombre que me cargo en un solo día, iré a chirona seguro —se lamentó Jane.

—Aquí nadie va a ir la cárcel, esto será lo que contaremos. Los dos estábamos durmiendo en la misma cama, cuando entró el intruso y nos disparó, errando el tiro. Alcancé el arma que tenía depositada encima de la mesilla y le encasqueté varias balas en el cuerpo. Me alegro de que comprases la misma arma que utilizamos en el cuerpo, la munición y el calibre son iguales a los que uso yo. Nadie sospechará de ti, soy un agente de policía, mucha gente quiere verme muerto.

—Si estábamos durmiendo juntos, todo el mundo interpretará que somos una pareja —apuntó Jane.

—Eso es lo que nos interesa que crean, me tumbaré en la cama por si sacan huellas, mientras tú recoge la habitación de invitados, nadie debe sospechar que pasé allí la noche.

Jane hizo lo que le dijo Swann. El sicario de origen hispano tenía sobre cincuenta años, patilla larga, tez oscura, prominente barriga, mediana estatura y vestía un traje oscuro, típico de los asesinos a sueldo de las películas. Había caído de bruces encima de la cama y manchado la funda del plumas toda de sangre. ¡Mierda! Tendría que tirarla a la basura. Era la favorita de Lisbeth, no conseguía recordar la de veces que habían hecho el amor encima y debajo de ella. Solían copular con prisas como lo hacen los leones marinos, abandonando a su pareja cuando un grupo de ballenas los acosan cerca de la playa; se alejan de la orilla, arrastrándose con movimientos abdominales, impulsados por sus patas en forma de aletas, hasta ponerse a salvo de los depredadores más grandes del planeta. Swann la tomaba por detrás, inmovilizándola con su cuerpo, sin tener en cuenta su voluntad, la diferencia

de tamaño hacía inútil cualquier conato de resistencia por su parte; lo único que los distinguía de una pareja de leones marinos, era que los machos mientras duraba la época de reproducción no se alimentaban, pasando más de diez días seguidos de ayuno copulando, debido al intenso ejercicio, su peso quedaba reducido casi a la mitad.

Era curioso lo que Lisbeth había tenido que soportar en una postura poco gratificante para ella, ahora Lisbeth creería que Jane ocuparía su posición; debido a la gravedad del crimen, la noticia saldría en todos los periódicos. Eso les traería mucho papeleo, tampoco les convenía demasiado. Lisbeth terminaría enterándose por la prensa de que eran pareja. Eso le provocaría celos, la haría sufrir y Swann no pretendía hacerle daño. ¿Y si hacía como si Jane nunca hubiese estado allí? Podría haberse marchado antes de que el sicario realizase los disparos. Afortunadamente Jane se encontraba dormida en el lado opuesto de la cama, al que había caído el sicario. Antes de tumbarse, limpió las sábanas con un trapo y un líquido especial para borrar huellas. Luego lo pasó por todos los sitios que había tocado Jane. Al terminar la mandó marcharse, sería como si ella nunca hubiera estado allí. Después de explicarle el cambio de planes a Jane, ya no necesitarían hacerse pasar por una pareja, se vistió y se preparó para avisar a sus compañeros de comisaría. Así Lisbeth nunca se enteraría de que habían pasado la noche juntos en su apartamento.

—Si Brian tenía intención de matarte, supongo que a estas horas el gobernador sabrá lo de su accidente y mandará a alguien a tu casa para volver a intentar deshacerse de ti. Al parecer, le estorbamos vivos. ¿Tienes algún lugar dónde esconderte que no sea tu piso? —preguntó Swann.

—¡Tranquilo! Cogeré la moto de nieve y regresaré al refugio. Allí se han quedado todos a pasar la noche con la niña, les contaré lo sucedido y esperaremos a que vengas —dijo Jane.

—En cuanto termine con todo este jaleo, me reuniré con vosotros. Mientras no te muevas de allí. Recuerda que esta noche nunca has estado aquí, te quedaste en el refugio con los demás. Mañana iré a buscarte, probablemente tenga que tomarte declaración por lo de la niña y debes acompañarme a comisaría. Antes pondré orden en este caos, mira como me ha puesto la cama llena de sangre —dijo Swann.

—Mejor tomarlo por el lado bueno; mejor él que nosotros —lo tranquilizó Jane, desapareciendo en la noche.

## XXXVIII

**23.00h**

La vivienda de Cameron Thompson, situada en las faldas del monte Roberts a las afueras de Juneau, destaca por su fachada ventilada de paneles de fibrocemento de color grisáceo que aíslan la construcción de la humedad y las bajas temperaturas. En los laterales del tejado, sobresalen los aleros como el anillo de una nave espacial, dándole un aspecto futurista a la vivienda que no pega nada con el paisaje que la rodea. El diseño es obra de Mikel Thompson, uno de los hijos del gobernador, como la mayoría de las obras de carácter modernista de la ciudad. Desde la terraza se pueden atisbar unas espléndidas vistas del canal Gastineau y la isla Douglas. En la planta baja, el servicio ha instalado una mesa que ocupa gran parte del macro comedor donde se servirá la cena.

En el lado derecho se sienta el magnate del petróleo Adam Taylor que, con gesto compungido tras acudir al velorio de sus dos hijos, James y Noel, parece no dar salido de su mutismo. A su izquierda está sentado Enzo, padre también del fallecido Philip Blomk, dueño y señor de una importante empresa aeronáutica que se encarga de la extinción de incendios en todo el territorio de Alaska. Adam y Enzo parecen muy conmovidos por la muerte de sus hijos. Los sexagenarios, claman venganza y no se conforman con la cabeza de Jane, quieren también eliminar al agente Swann y a todos los miembros del club alpino, por eso han contratado a los hermanos Rodríguez: Cesar y Alejandro. Los hermanos Rodríguez son conocidos miembros del cartel de Juárez y terminan de aterrizar en el aeropuerto de Juneau en un vuelo privado con veinte de sus sicarios, todos asesinos a su servicio, contratados para librarse de Jane y sus amigos. Los hermanos Rodríguez también están presentes en la mesa esa noche, junto con el gobernador y el agente federal Bruce Parker.

El agente del FBI se había comprometido con Enzo y Adam a conseguir la

grabación que contienen las imágenes de sus hijos fallecidos, persiguiendo a Jane por la pasarela y destruirla, siempre que los hermanos Rodríguez y sus hombres se encargaran previamente de eliminar al agente Swann y a la chica. Del primero se encargaría su mejor hombre: Eduardo Sánchez, más conocido como el *Chef* por su afición a cocinar platos caros y de diseño. Tenía tan buena mano con la cocina como empuñando su Baretta negra, cada vez que apretaba el gatillo era como si le añadiese el punto de sal justo a cada plato; también le gustaba ejercer de camarero y lo hacía con sutileza y gran destreza. Esa noche apareció portando una bandeja con los aperitivos y se presentó ante los comensales con gran solemnidad:

—Mi nombre es Eduardo Sánchez y hoy voy a ser vuestro camarero. A pesar de las tristes circunstancias que nos rodean, trataré de hacerles la velada lo más agradable posible. Para empezar les he preparado un succulento plato compuesto por blinis de papa, caviar, gajos de luna, cilantros; adornado con flores de Begoña y Borroja. Además nuestro honorable gobernador, el señor Cameron Thompson ha escogido para esta ocasión un vino de Burdeos, se trata de un Chateau Latour del año 2014, curado en barrica de roble y con un toque afrutado que espero sea del refinado gusto de sus paladares.

Sosteniendo la botella con la mano abierta por su base, fue sirviendo con un ligero giro de muñeca las copas de una en una, sin derramar una sola gota sobre el immaculado mantel. Esto sorprendió al agente Bruce que no conocía los atributos del *Chef* y cuando estaba preparándose para servir la última copa, no pudo evitar soltar un comentario que desconcertó a Eduardo.

—¡Menudo profesional! Sirves el vino agarrando las botellas por el culo, si llego a intentarlo yo, terminaría derramando parte del vino por la mesa.

Sus palabras debieron poner nervioso al *Chef*, que al servir la copa del gobernador, vertió un par de gotas en el niveo mantel como si se tratase de la sangre de alguna de sus víctimas, luego para disimular la ignominia que su error le produjo, los invitó a poner música de fondo en el LCD que estaba conectado a internet, dándoles la clave wifi que les permitiría entrar en Spotify o, si lo preferían conectarse a Netflix para visionar una película. Bruce Parker se apropió del mando de la tele, entró en Spotify y buscó una selección de temas de la cantante de New Age, Enya; una música tranquila que les ayudaría a aligerar las penas del alma. Comieron en silencio, cuando

reapareció de nuevo al poco rato Eduardo con una bandeja llena de tostadas untadas con huevos de pez volador sobre una base de crema de calabaza.

Los hermanos Rodríguez llevaban la cabeza rapada, medían sobre un metro ochenta y solo se llevaban un año de diferencia. A pesar de que el mayor era Cesar, desde lejos casi no se distinguía el uno del otro. Los dos eran parcos en palaras pero letales con un arma en las manos. Tenían la piel morena como casi todos los mejicanos y los brazos tatuados con una cobra que representaba la fuerza y vitalidad del espíritu del carácter. Estaban dispuestos a atacar el refugio del club alpino y cargarse a todos esos jóvenes ecologistas que estaban alterando la tranquilidad en Alaska. Atacarían esa madrugada, sospechaban que Jane se encontraba oculta allí, no dejarían a nadie vivo. A ciencia cierta sabían que dejar testigos con vida, solo les traería problemas a la larga.

—No más, nos cargaremos a todos esos chingue cabrones. Ustedes no deberán preocuparse de nada. Solo deben ingresar medio millón en la cuenta que le hemos dado y el otro medio, cuando enviemos al infierno a esas ardillitas del demonio —dijo Cesar en referencia al símbolo del club alpino, donde figuraba una ardilla, subida a la rama de un abeto.

—El dinero entrará en su cuenta dentro de veinte minutos. No puede quedar ninguno de esos malnacidos vivo. Yo sé que la mayoría de ellos no tienen la culpa de la muerte de mis hijos, pero pagarán caro su amistad con esa maldita muchacha. Además quién nos asegura que ella, no les ha contado ya todo lo ocurrido en la pasarela con el oso la madrugada pasada. Pueden testificar en contra nuestra durante un probable juicio. Los miembros del club que se encuentran en el refugio esta noche, deben morir antes de que amanezca. Los mataréis uno por uno, mientras duermen —dijo Adam Taylor.

—No se preocupe usted, una vez matemos a esos hijos de puta, los sepultaremos bajo el hielo y no aparecerán más —dijo Alejandro Rodríguez el menor de los hermanos.

—Mejor es que disolváis los cuerpos en ácido hasta que se descompongan. Aquí el clima es muy frío y cuando venga el deshielo los cadáveres pueden reaparecer de nuevo. De todas maneras, si algo se tuerce, vosotros nunca habéis estado cenando aquí y no nos conocemos de nada —ordenó Adam

Taylor.

—¡Disculpe patrón! —lo interrumpió Cesar—. Los hermanos Rodríguez nunca fallan, llenaremos de plomo los cuerpos de esos desgraciados, después los meteremos dentro de unos barriles de acero inoxidable y les daremos un baño de sosa caustica, el resto de los huesos que no logremos descomponer los calcinaremos en un horno a una temperatura superior a novecientos grados y no quedará nada de ellos. Los de la científica tendrán que buscar los restos de su ADN en la concha de su madre. Solo tengo una pregunta: ¿si usted me lo permite?.

Adam Taylor asintió con un movimiento de cabeza. Tenía el pelo canoso y la frente surcada de arrugas debido al inexorable paso del tiempo que había hecho más mella en él que en el rostro de su amigo Enzo, muy a pesar de que lo superaba claramente en edad.

—¿Qué hacemos con la niña? ¿Nos la cargamos no más? —lanzó Cesar la pregunta que en realidad eran dos.

—Claro, debéis matarla por el bien de todos. Esa niña un día crecerá y querrá vengarse de los que mataron a sus padres. Al salvarle la vida el oso, Angie se ha convertido en un fenómeno social en las redes. El cuerpo de la pequeña no debe aparecer jamás o tendremos a la prensa alborotando a nuestro alrededor como las moscas en la mierda —advirtió con malevolencia Adam Taylor.

—No se preocupe patrón, nosotros no somos unos chapuceros, nos libraremos de todos los cuerpos sin dejar rastro alguno —aseveró Cesar Rodríguez.

En esos momentos, los interrumpió Eduardo el *Chef* que, reapareció para servirles un bacalao a la alasqueña con un toque mágico de salsa Oleí. Estaba tierno y como tenían mucha hambre, después del largo viaje en avión desde México, no les duró mucho la comida. Pronto regresó de nuevo el *Chef* de la cocina con un exquisito magret de pato y granada. En ese plato les presentó la granada de tres maneras diferentes: cruda para aportar más frescura, en salsa con un toque agridulce y en gelatina que parecía que se deshacía en la boca. Comieron en silencio, solo se escuchaba junto con la música de fondo, el



tintineo de los cubiertos y el tic tac del reloj del salón que parecía contar los minutos que faltaban, antes de que se desatara, toda una vorágine de violencia. No tardó en regresar Eduardo el *Chef* con el plato final.

—Señores espero todo haya estado a su gusto —dijo Eduardo.

—Está todo exquisito amigo —respondió el gobernador.

—Para terminar, si me lo permiten, les serviré un soufflé de carne y verduras. La ternera ha sido asada en un horno de piedra diez horas a fuego lento, y luego en otro horno cerámico a temperatura media durante una hora, debería estar muy jugosa —dijo Eduardo.

—La verdad es que está todo muy bueno, pero con el cuerpo de mi hijo Philip todavía caliente dentro de su ataúd de madera, no tengo demasiado apetito, aunque la probaré igualmente —dijo Enzo, tenía el rostro ovalado y le faltaba bastante pelo en la coronilla.

—Les he traído también para acompañar la carne, unas tiras de salmón ahumado montado con huevos de codorniz para que expandan la yema por el salmón, verán que el jugo que se forma está delicioso —añadió Eduardo.

—A mí ya casi me sobra la comida —apuntó Bruce—, pero si el *Chef* se va a cargar a ese cabrón de Swann de un disparo en la cabeza, habrá que celebrarlo. Ese negro no merece vivir, era un paquete jugando al baloncesto en la universidad y espero que lo siga siendo como policía.

Adam Taylor obvió los comentarios del agente federal y golpeó una de las copas de cristal de bohemia con una cucharilla, tratando de llamar la atención de los allí presentes. Una vez lo logró, se dispuso a dictarle las órdenes pertinentes.

—El plan para esta noche es el siguiente. Eduardo nuestro querido *Chef*, después de forzar la cerradura y desactivar la alarma que sin duda se le da mejor que preparar un soufflé, entrará en el piso de Swann sobre las 2.45h, una vez dentro de la vivienda de ese negrata, se colará silencioso en su habitación y le disparará mientras duerme un tiro en la cabeza. Una vez salga de la vivienda, después de limpiar todas las huellas, se reunirá con los

hermanos Rodríguez y sus hombres; tengo preparada una flota de motos de nieve para que os dirijáis todos juntos al refugio del club.

»Es posible que hasta altas horas de la madrugada no alcancéis la zona, debéis antes aparcar las motos en el bosque, lejos el refugio. No os acerquéis demasiado o el ruido de los motores podrá despertarlos. Lo importante es que seáis silenciosos, debéis desmontar la cerradura de la puerta del refugio, de eso se ocupará Eduardo, es su especialidad. Una vez dentro, los matareis uno a uno mientras duermen, será coser y cantar. Luego uno de mis hombres os esperará cerca del refugio en una máquina de nieve con un remolque cargado de varios toneles de acero inoxidable, donde bañaréis en ácido dentro los cuerpos de esos malditos ecologistas hasta que se desintegren y desaparezca todo rastro de ellos sobre la faz de la Tierra. No podéis cometer errores, por eso os hemos contratado, porque sois los mejores.

—Eso no lo dude señor Taylor, pronto ese negro, la india y sus amigas las ardillitas arderán en el infierno —dijo Alejandro Rodríguez.

—Yo y Enzo pasaremos aquí la noche, después de la que se va a montar estaremos más seguros que en nuestras casas. Nuestro amigo el gobernador tiene varias torretas de vigilancia en el exterior y un par de francotiradores de guardia por si alguna de esas ardillas descarriadas se le ocurre hacernos una visita —concluyó Taylor.

—Será un placer alojar a tan respetables huéspedes —dijo Cameron Thompson el gobernador de Alaska.

El *Chef* trajo los cafés y los sirvió con rapidez, antes de disponerse para retirarse, Cameron Thompson le hizo una señal para que se sentara a la mesa con ellos. Eduardo obedeció y se sirvió otro café. Enzo y Adam lo observaban, pensando que serían las manos de aquel cocinero las que ayudarían a los hombres de los hermanos Rodríguez a vengar la muerte de sus hijos. Ambos padres desconocían que sus pensamientos estaban muy lejos de la realidad. Unas horas más tarde, el cuerpo sin vida del *Chef*, sería retirado por la policía en una bolsa de plástico con cremallera del piso de Swann, abatido por los disparos de la Glock de Jane. El inspector Swann en cuanto la científica terminó de levantar el cadáver, abandonó su piso para dirigirse con su moto de nieve, acompañado de Norah McCann al refugio del club, donde

estaba a punto de librarse una verdadera batalla. Las pesquisas del levantamiento del cadáver y el acordonamiento de la escena del crimen, se prolongaron demasiado y para cuando Swann y Norah llegasen al refugio, para bien o para mal, probablemente todo habría terminado.

## XXXIX

03.50h

Aceleró, internándose en un denso bosque repleto de robles, abetos, avellanos y hayas, que ofrecía cobijo a mamíferos tan singulares como el oso negro, el buey almizclero, el ciervo de cola negra o la marmota caligata que, anida en las laderas alpinas y emite un estridente silbido a modo de señal de alarma para avisar a sus compañeros roedores de cualquier peligro. Continuó ascendiendo paulatinamente hacia un collado por una pista nevada que bordeaba un iceberg cercano. Al llegar a la cima, comenzó el descenso, cogiendo una curva cerrada a la derecha; pisa el acelerador a fondo para evitar que los patines derrapen en la nieve y no logra ver un enorme alce que se cruza en su camino. El impacto resulta demoledor, la moto se detiene en seco y Jane sale despedida, chocando de costado contra el tronco de un abeto. Le salvó no llevar puesto el cinturón de seguridad, la inercia del golpe que hizo levantarse la moto de la parte de atrás, si no llega a salir despedida, terminaría por aplastarla contra el animal, y debido a la velocidad que iba, lo más probable era que partiese las costillas o la crisma producto del impacto.

Se encontraba mareada, intentó incorporarse, pero no lograba mover el brazo. La moto había quedado volcada en medio de la pista: si alguno de los matones del gobernador la veía, irían a por ella y con el brazo herido no podría dispararles. Trató de serenarse y cayó en la cuenta de que por suerte se trataba del brazo izquierdo, todavía le quedaba el derecho libre para defenderse, pero en aquel estado resistiría poco. Tenía que sacar la moto de la pista para que no la viesan o estaría perdida. No podía mover el brazo herido, seguro que estaba roto. Ahora todo lo tendría que hacer con el derecho. Al menos era diestra. Mejor el brazo que la cabeza, pensó. Se incorporó con cuidado y alcanzó la pista, las luces de la moto de nieve estaban todavía encendidas y le iluminaron el camino. Lo que vio le rompió el corazón, el alce

había quedado totalmente destrozado, con las patas delanteras quebradas no tendría ninguna posibilidad de sobrevivir. Se trataba de un macho de grandes dimensiones con una cornamenta enorme como un par de antenas parabólicas. Trataba de ponerse en pie, pero no conseguía levantarse, al acercarse Jane, levantó el cuello para observarla y ella pudo discernir el sufrimiento más extremo proyectado en sus dilatadas pupilas.

Al ver a Jane el alce se asustó y logró impulsarse con las patas traseras fracturadas, arrastrando el vientre un par de pasos para salirse de la pista y adentrarse en la espesura, ocultándose de su vista, dispuesto a morir en un lugar tranquilo, lejos de los humanos y sus máquinas infernales. En el suelo niveo se extendía una enorme mancha de sangre. Jane comenzó a llorar: «Lo siento en el alma, ¡Dios mío! ¡Qué he hecho! ¡No te había visto, lo juro!». La moto continuaba con los patines boca arriba y la luz de sus faros se reflejaba en la nieve. Olía a gasolina y hacía mucho frío. Levantó la moto con el brazo sano y la empujó fuera de la pista. En ese momento el sonido atronador de otras motos de nieve que se acercaban la sorprendió, tiró del manillar de la moto y la lanzó por un barranco fuera de la pista. Luego se ocultó tras un roble, rezando para que los hombres del gobernador, no deparasen en las manchas de sangre del camino. Parecían ir muy deprisa, eso favorecía sus intenciones, afortunadamente pasaron de largo.

Era un grupo numeroso como de veinte hombres, seguro que se dirigían hacia el refugio, creyendo que ella se encontraba allí. Debía avisar a la gente del club alpino, puede que sus vidas corriesen un serio peligro. Buscó el móvil en su mochila de montaña, de la cual no se había desprendido a pesar de la caída, ya que la llevaba sujeta a la espalda. ¡Mierda! El cristal estaba roto y no funcionaba. No podría siquiera avisar a emergencias y el brazo comenzaba a dolerle horrores. Aquel trasto ya no servía para nada, con el pico del piolet arrancó una rama pequeña de un acebo, la enderezó y la alisó con una navaja. Luego con un golpe seco contra el tronco de un abeto, trató de recolocar el hueso, el dolor resultó insoportable y le hizo derramar más lágrimas. A continuación con la cuerda de escalar ató lo más fuerte que pudo el brazo al palo que terminaba de alisar, eso al menos frenaría la hemorragia y evitaría que el hueso se fragmentara más.

Su padre llevaba más de dos años viviendo como un animal. Él, un

prestigioso biólogo, tan joven y con la vida arruinada por su culpa. Nunca debió inyectarle el cianuro a su madre, ni asesinar a James en la pasarela. Sus actos tuvieron consecuencias: el aislamiento de su padre fue la primera y la muerte de Brian la segunda. Ahora esos hombres se dirigían hacia el refugio del club para asesinar a sus amigos. La culpa le golpeaba con fuerza el pecho. Con la moto de nieve averiada y el teléfono hecho papilla, nada podría hacer por ellos, los matarían como a conejos en su madriguera mientras dormían.

Entonces comenzó a verlo todo negro. Todavía conservaba el estuche con la jeringa y el cianuro en la mochila. Podría confesar todos sus crímenes, así su padre recuperaría su antiguo puesto de trabajo. Luego se inyectaría el veneno y se borraría del mapa. Antes de ello, colgaría una nueva entrada en el blog, donde exculparía a su padre de la muerte de su madre; contaría toda la verdad: que había sido ella quien le inyectó el cianuro; así su padre recuperaría su antiguo puesto de trabajo y podría ayudar a salvar las vidas de muchas especies de animales en peligro de extinción. Una vez publicase la nueva entrada en el blog con su confesión, les enviaría un enlace a todos sus contactos, incluida la policía, luego se quitaría la vida.

Pero ella no quería morir, no sin volver a ver los enmelados ojos del inspector Swann. Sacó una manta térmica y se la puso sobre los hombros, bajo la mochila. Regresó de nuevo a la pista y comenzó a caminar dirección a Juneau. Si no se movía, terminaría congelada. El refugio se encontraba demasiado lejos para plantearse siquiera intentar alcanzarlo, mejor idea era regresar de nuevo a la ciudad. Comenzó a descender la cuesta que terminaba de ascender con la moto de nieve y se internó en el bosque andando, la mochila le pesaba horrores pero la necesitaba. Su equipo de escalada le había costado un dineral y no era cuestión de tirar con algo tan valioso. Era posible que el inspector Swann no regresase hasta el amanecer y para entonces todos estarían muertos en el refugio. Llevaba más de una hora caminando, se encontraba agotada, el brazo le dolía horrores y comenzaba a nublársele la vista.

Cuando estaba a punto de desfallecer, le pareció ver una luz mortecina sobre la nivea superficie del camino. Ante ella, se presentó un cuerpo etéreo, sin volumen ni forma, producto de un destello resultado de la interacción del campo magnético terrestre con las partículas solares, un ser boreal de

hidrogeno y helio con un rostro que le resultó familiar. Iba vestida con un atuendo tradicional de su tribu. Jane la reconoció al momento, no podía ser otra, se trataba sin duda de Sheila Peterson, su madre. Se alegró de que hubiese recuperado la facultad del movimiento. Al menos al morir se liberó de su maldita enfermedad, nadie se llevaba una esclerosis lateral amiotrófica o un cáncer terminal para el otro mundo.

«¡Madre! ¿Eres tú?», preguntó Jane, sin ser consciente de que estaba delirando. El brazo le dolía tanto que se encontraba a punto de perder el sentido. «Yo no quería matarte, pero ya no soportaba más verte así, ahora la policía ha culpado a papá y vive como un ermitaño».

La imagen de su madre al moverse provocaba el movimiento de las hojas. Era una criatura de la naturaleza, un puente que unía el mundo de los muertos con los vivos que, se había abierto en medio de la semiinconsciencia de Jane. Si alargaba la mano podría atravesar aquel cuerpo de mujer que carecía de vísceras o músculo alguno.

Era posible que Sheila desde el Más Allá estuviese tratando de mandarle un mensaje. Las piernas de Jane comenzaban a flaquearle, seguro que aquellas visiones solo eran producto de la esquizofrenia que le había diagnosticado el doctor Borg. Nadie regresaba de entre los muertos para hablar con los vivos. En cambio ella en medio de su alucinación la veía perfectamente, clara y nítida, su madre le sonreía, y de pronto pudo escuchar aquella voz celestial dirigirse a ella desde el inframundo, sintió su mirada atravesándola como un rayo. Una especie de aureola la rodeaba y Sheila se acercó a Jane como si tratara de salvaguardarla de todos los peligros de este mundo.

«Debes sobrevivir, tu padre te necesita más que nunca. Jane, tú y yo, somos lo mismo, criaturas del bosque, partes de un todo; pero de momento tu sitio está ahí entre los vivos, junto a tu padre, ya tendrás tiempo de cruzar a este lado cuando te mueras. No tengas prisa, debes aguantar lo máximo posible entre los vivos y cuidar de él, de sus animales y de la madre naturaleza, porque todos estamos hechos de la misma materia orgánica que las hojas, la lluvia, el viento...»

Un ruido irrumpió en la noche y la imagen de su madre comenzó a desvanecerse en su mente. De pronto recuperó el sentido, como si su madre le

hubiese dado un empujoncito desde el mundo de los muertos para que regresase de nuevo a la vida. Sus palabras no dejaban de reverberar en su cabeza. El sonido de los motores comenzó a aumentar, seguido del deslumbramiento de unas luces omnidireccionales de color azul claro, Jane sabía de quién se trataba, estaba salvada. Se quitó el frontal, tirando de la cinta de nylon de la frente y comenzó a hacerles señales con la mano. El inspector Swann y la subinspectora Norah detuvieron las motos de nieve a su lado.

—¡Dios mío Jane, estás blanca como un cadáver! ¿Qué diablos te ha ocurrido? —la interrogó Swann.

—Choqué contra un alce enorme, casi me mato. Después vi pasar un montón de motos, debían de dirigirse al refugio. Creo que son gente peligrosa, podía tratarse de asesinos a sueldo al servicio del gobernador, deberíamos avisar a la gente del club que está durmiendo allí —dijo Jane.

—No creo que los haya contratado Cameron Thompson. Un político antes de unas selecciones nunca se arriesgaría tanto. Aunque después de la muerte de sus hijos, si lo harían sus socios: Adam Taylor y Enzo Blomk. Estarán furiosos y el gobernador no hará nada para frenarlos, los necesita para poder sufragar los gastos de su campaña electoral. Trataré de ponerme en contacto con la gente del refugio, pero en esta zona de la montaña no hay cobertura. Tú regresa con Norah, debes curar bien ese brazo antes de que caiga preso de la gangrena.

—Es más urgente acercarse antes al refugio: la vida de ellos corre peligro —protestó Jane.

—Yo me ocuparé, tú regresa con Norah, de nada nos servirás tullida en el futuro; debes ir rápido a que te curen el brazo —dijo Swann, luego dirigiéndose a Norah, le comentó en voz baja para que Jane no la oyese—. No te separes de ella hasta que yo vaya al hospital y protégela con tu vida, si es necesario.

—No se preocupe jefe, estaré atenta, suerte con esa pandilla de asesinos —le deseó Norah.



—¡Iros ya! —ordenó Swann—. Yo me ocuparé de la gente del club, si es que todavía queda alguno con vida.

Swann puso en marcha la moto de nieve y desapareció de su vista, mientras Jane se subía a la espalda de Norah y tomaban rumbo hacia el hospital. El brazo le dolía horrores, por eso agradeció la decisión de Swann, sin quererlo se estaba enamorando de aquel negro cabezota que siempre tomaba en el momento más oportuno, la mejor decisión para todo. Lástima que el inspector todavía estaba prendado de su mujer, pero la vida da muchas vueltas y en uno de esos giros impredecibles, puede que sus destinos terminaran por volver a cruzarse en algún momento en que él lograra dejar atrás su pasado para replantarease una nueva vida a su lado. Aunque Jane tampoco parecía estar dispuesta para ello, de momento lo único que le importaba era recuperarse lo antes posible de la ruptura de su brazo y volver a reencontrarse con su padre; debería cuidar de él, tal como le había sugerido su madre en su visión, cuando estaba delirando, desde el mundo de los muertos.

## XL

### 4.45h

Aparcaron las motos al lado de la máquina de nieve que contenía en su remolque una docena de toneles de acero inoxidable, donde después de asesinarlos, bañarían en ácido los cuerpos de los miembros del club alpino. Se encuentran en la entrada de un encajado valle que sirve de morada a robles y píceas. Según avanzan parapetados por las verticales paredes pobladas de arbustos, donde en la parte más elevada se halla enclavado el refugio, los hermanos Rodríguez dan las órdenes pertinentes para que la progresión de sus hombres se realice con la mayor cautela posible. Lamentablemente, tras conocer la noticia de la muerte de Eduardo Sánchez, supuestamente a manos del inspector Swann, deberán echar la puerta abajo a culatazos, pues carecen de las habilidades del *Chef* para forzar la cerradura.

El refugio es una construcción de madera casi rectangular con una planta superior saliente que ocupa un tercio de la superficie de la base de la construcción y hace funciones de dormitorio. La planta baja está dispuesta de la siguiente manera: un enorme salón, gran parte ocupado por una mesa gigante que alberga casi la totalidad del espacio, dejando un rincón libre para una chimenea y un sofá de tres plazas; una cocina amueblada con una placa de gas de tres fogones, un armario de cajones, una pila para lavar los platos y un frigorífico; y finalmente un almacén donde guardan todo el material de escalar y que también hace funciones de armero. Inconscientes de la amenaza que les acecha, Ethan, Lila, Doris, Owen, Angie, Stephen y su exmujer, duermen a pierna suelta después de un fatigado día repleto de sobresaltos.

Los hermanos Rodríguez cuentan con la ventaja de poseer un gran número de hombres armados y el factor sorpresa como su mayor aliado. Cesar y Alejandro Rodríguez, avanzan dejando el cauce del río a la derecha, hundiendo las botas en la nieve, iluminados por la luz de los frontales en su

cabeza. El sendero empieza a empinarse, sortean unas coquetas cascadas de hielo y continúan reduciendo la distancia con el refugio. Nada más verla, Cesar Rodríguez ha comprendido que la construcción se encuentra en un enclave privilegiado, que le recuerda a esas alcazabas del medievo fortificadas en lo alto de una atalaya. En caso de que se produzca un tiroteo, si consiguen devolverles el fuego, contarán con la enorme ventaja que les proporciona el terreno. Los dos hermanos ignoran si sus víctimas están armadas. Lo dudan, pues a los montañeros no les gusta la caza. Todo resultaría más fácil si no llevasen armas, pero por el momento lo desconocen.

Se encuentran a unos doscientos metros del refugio, avanzando al descubierto. En esa zona se abre un enorme claro y no hay ningún árbol en el que parapetarse. La nieve es tan profunda que les cuesta un mundo avanzar. Mientras tanto en el refugio todos duermen, menos Stephen que todavía no ha logrado quitarse de encima el susto por la repentina desaparición de Angie, y observa a su exmujer y a su hija que duermen abrazadas en una litera. El sonido de sus respiraciones parece tranquilizarlo y devolverlo a la realidad. Baja hasta la cocina para fumarse un cigarrillo y tratar de calmar la ansiedad. Su hija se encuentra a salvo, todavía no termina de creérselo: un oso le ha salvado la vida.

De repente en el exterior los perros comienzan a ladrar como locos despertando a todo el mundo en la planta de arriba. Es raro ese comportamiento en los animales, deben haber detectado algo anormal en el exterior. Liam y Ethan son los primeros en bajar a la cocina. Abren el armero y cogen varios rifles, subiendo a la parte alta donde se ubican los dormitorios, Stephen les sigue de cerca con otra arma. Se colocan cerca de las tres ventanas superiores ignorando quién anda afuera. Lila, Doris y Owen también bajan por más rifles. Es posible que haya lobos por la zona y por eso se asustaron los perros, afuera no se ve nada por lo que deciden encender los reflectores exteriores para ahuyentar a las fieras y que se alejen del refugio. Nada más encender los reflectores que iluminan completamente el perímetro del refugio, deslumbrando a sus asaltantes, reciben la primera ráfaga de disparos; las balas rebotan contra las paredes haciendo añicos los cristales y astillas la madera. Todos se arrojan al suelo.

Al intentar responder a los disparos Stephen recibió un balazo en el pecho

y otro en la yugular. Los hombres de los hermanos Rodríguez iban armados con modernos fusiles de asalto y sabían disparar. La sangre caía a borbones empañando el cuello y el pecho de Stephen que cayó fulminado al suelo, su hija y su exmujer trataron de zarandearlo para que se recuperase. La niña se agachó cuando el silbido de otra bala le destrozó la cabeza a su madre. Al instante los antiguos conyugues perdieron la vida producto de sus respectivas heridas de bala, empapando con su sangre a la pequeña. Stephen era el que más sangraba, la herida de su ex había entrado limpia por la sien y se le estaban saliendo los sesos por ella. Angie lloraba angustiada en medio de un charco de sangre que terminó con la vida de sus padres. Lobo se lanzó en plancha y arrastrándose por el suelo para esquivar las balas, reptó, llevándose a la pequeña lejos de todo aquel horror. Se la entregó a Doris y las mandó bajar a la cocina. Sabía que sus enemigos todavía se encontraban a cierta distancia del refugio, calculó que si continuaban disparando a ese ritmo, pronto se quedarían sin munición. La nieve era profunda en esa zona y a los intrusos no les resultaría fácil avanzar, pero tampoco retroceder. Una vez cesaron los disparos, Liam se situó de nuevo cerca del quicio de una de las ventanas e hizo señales a Ethan y Owen para que ocuparan las otras dos ventanas.

Debían dispararles con rapidez y luego ocultarse cuando les devolviesen el fuego, para provocar que gastasen más munición. Estaban demasiado lejos para acertarles sin apuntar bien, pero efectivamente ellos les devolvieron el fuego de inmediato. Los hermanos Rodríguez no eran tontos y habían captado su estrategia. Así que decidieron ahorrar munición y trataron de protegerse enterrándose en la nieve. Lobo, Owen y Ethan, tuvieron tiempo de apuntar mejor y alcanzaron a dos de sus sicarios. Asustados por la ventaja estratégica que les daba el refugio, los hermanos Rodríguez ordenaron la retirada a sus hombres. Al intentar huir se hundían en la nieve y los guardianes del bosque abatieron a varios más de ellos. Los demás consiguieron ocultarse entre unos matorrales que apenas les ofrecían protección, los arbustos más cercanos se encontraban bastante lejos del perímetro del refugio. Con cada disparo la nieve se teñía de sangre y ellos no pararían de disparar hasta vengar la muerte de Stephen y su exmujer. Todos querían mucho a Stephen en el club: la rabia los consumía de tal forma que continuaban disparando para tratar de mitigar el dolor que su pérdida les producía.

Los hermanos Rodríguez nunca se habían visto en una encerrona igual, de momento habían conseguido esquivar las balas excavando un agujero en la nieve. Maldijeron no haberse quedado en Acapulco, tomando unos daiquiris y acostándose con alguna muchacha. Aquello era un infierno blanco, no estaban preparados para resistir aquel maldito frío que les entumecía los huesos, ya habían perdido a la mitad de los hombres y su posición estratégica era penosa. Se sentían como platos en un campo de tiro, esperando que una bala los partiera en dos. Todo se habría terminado rápido para ellos, sino llega a ser por la intervención de los federales. A su espalda comenzaron a escuchar el sonido de una flota de motos y máquinas de nieve. Nuevas luces se encendieron alumbrándoles por la retaguardia. Aquello no entraba en sus planes e ignoraban que pintaban allí los federales. El agente Bruce Parker comenzó a hablarles por un megáfono:

—Alto el fuego, les habla el FBI, tiren las armas y salgan con los brazos en alto. Están todos detenidos por intentar asaltar un refugio de la federación alpina nacional, utilizando la fuerza armada.

—¡Maldita sea hermano! Bruce nos ha traicionado, nos ha vendido a los federales, nunca debimos fiarnos de un agente, incluso los más corruptos cambian de bando con facilidad —dijo Cesar.

—¡Hemos perdido a diez de nuestros hombres! ¡Estamos jodidos hermano!  
—exclamó Alejandro.

—No queda otra que rendirse si no queremos salir de aquí en una caja de pino —respondió Cesar.

—¡Mierda! Debimos pensarlo antes, aquí están acostumbrados a matar alces desde niños, pecamos de ignorantes pensando que se trataba de un grupo de simples aficionados al montañismo. Esta gente parece muy preparada, donde pone el ojo pone la bala —añadió Alejandro.

—Lo mejor es que entreguemos las armas y, esperemos que no haya habido muertos en el otro bando, de lo contrario estamos jodidos —expuso Cesar.

—Yo mismo le he dado en la cabeza a alguien, creo que era una mujer porque llevaba melena y mis hombres abatieron al menos a otro de ellos —le informó Alejandro.

—¡Me cago en la leche! Ya podías tener peor puntería hermano, ahora nos pudriremos en la cárcel.

La voz del agente Bruce interrumpió su dialogo, avisándoles que si no arrojaban las armas lejos de su posición comenzarían a dispararles, había más de cien agentes federales rodeándoles. Los hermanos Rodríguez ordenaron a sus hombres obedecer y arrojaron sus fusiles sobre la nieve. Los agentes federales con unos plumíferos oscuros con las palabras FBI en amarillo reflectante a la espalda, comenzaron a avanzar con raquetas de nieve para no hundirse en la blanca superficie y se llevaron esposados a todos los asaltantes.

—¿Qué son esas cosas que llevan en los pies para no hundirse en la nieve?  
—preguntó Alejandro a su hermano, antes de ser esposado.

—No tengo ni idea, pero caminan como Jesús sobre las aguas del mar de Galilea. Nunca debimos venir al norte hermano, este territorio está embrujado. ¿Cómo se puede explicar uno que la gente camine por la nieve sin terminar hundiéndose como un pollo en el fango? —respondió Cesar con otra pregunta.

—Son raquetas de nieve y sirven para equilibrar el peso de una persona sobre las acumulaciones de nieve blanda y así evitan que uno se hunda en ella —respondió uno de los agentes.

—Yo que pensé que esos artilugios solo servían para jugar al tenis —comentó Cesar.

—Se equivoca amigo, debieron equiparse mejor, antes de viajar hasta aquí.

—Tiene razón señor agente, nunca debimos venir a esta maldita tierra de nieve y hielo. La única nieve que he visto hasta ahora es la cocaína y no se parece en nada a todo esto —añadió Cesar Rodríguez, mientras el agente le ponía las esposas.

—Es cierto igual le ocurrió a Napoleón cuando trató de invadir Rusia con

sus tropas en pleno invierno, paradójicamente más de un siglo después Hitler cometería el mismo error, siempre debe uno tener en cuenta la situación meteorológica antes de acometer una misión de ataque como esta, e ir preparado según las condiciones del terreno —apuntó el agente por decir algo.

—Ese Napoleón y ese Hitler debían ser dos tíos muy burros, tanto como nosotros —maldijo su suerte Cesar Rodríguez.

En el refugio reinaba una tensa calma, cuando los sanitarios se llevaron los cuerpos de los padres de Angie. Por el resto no había ningún herido. La niña necesitaría asistencia psicológica durante mucho tiempo y probablemente nunca olvidaría aquella tragedia. La sangre de su padre escurriéndose entre sus manos y los sesos de su madre aplastados contra sus diminutos dedos; toda esa masa viscosa cuyo recuerdo la acompañaría a partir de entonces en su peores pesadillas, la atormentaba por dentro.

Varios helicópteros aterrizaron en la plataforma cementada situada a la izquierda de las perreras. Se bajaron más agentes y se llevaron a todos los miembros del club alpino que había en el refugio. Luego los alojarían en un hotel escoltados por el FBI, donde descansarían unas horas, acompañados por unos psicólogos especializados, que les ayudarían a asimilar lo sucedido, antes de declarar en comisaría. Les preocupaba especialmente la situación de la pequeña, que no volvió a abrir la boca desde la muerte de su padres, encerrada en un lógico mutismo, sin separarse un segundo de Doris que trataba de consolarla, acariciando con ternura sus suaves cabellos. Al ver elevarse el helicóptero, Angie se apretó todavía más contra el pecho de Doris, asustada por el ruido de las hélices.

Ethan también estaba muy afectado por la muerte de su hermano Stephen y su ex cuñada. Se sentó detrás del piloto acompañado de Owen y Liam. En el asiento trasero viajaban Lila, Doris y Angie; las tres estaban rotas, la muerte de la pareja les había conmocionado de una manera que no sabían cómo interpretarla. En realidad todavía no se lo acababan de creer, les llevaría mucho tiempo asimilarlo. Los seis supervivientes del ataque estaban muy apenados, Stephen, al tratarse de uno de sus socios fundadores, era muy querido por todos los miembros del club y su pérdida les había convulsionado el alma.

Iluminadas por la tenue luz de las estrellas, divisaron las montañas nevadas que les separaban de Canadá. Justo antes de tomar rumbo hacia la costa: el aparato titilo por unos segundos al arremeter contra las corrientes marinas. El cielo se estaba despejando y pudieron observar el asombroso espectáculo del glacial formando una gruesa barrera de hielo contra la que se estrellaba el oleaje. Visto desde arriba todo parecía ínfimamente diminuto y a la vez inmenso. El enorme iceberg destacaba por su azulada blancura contrastaba con el gris verdoso del océano.



# XLI

## 6.05h

Levantó la cinta que los federales habían colocado en torno a la escena del crimen y avanzó, mostrando sus credenciales a varios agentes. En esos instantes el helicóptero que llevaba a los supervivientes del club alpino a la ciudad se encontraba despegando de la plataforma cementada. Los detenidos estaban siendo introducidos en un vehículo blindado con bastidores de oruga para circular por la nieve. El agente Bruce Parker le informó de lo sucedido. Lo cierto era que podía haber sido peor, tan solo habían muerto dos personas del refugio. Del lado de los narcotraficantes, se podían contar diez bajas: cuatro de ellos habían fallecido, dos se encontraban en estado grave y otros cuatro quedaron fuera de combate con heridas de diversa consideración. Los supervivientes pasarían a disposición judicial en cuanto se recuperasen, para ser sometidos a un intenso interrogatorio; y todos eran conscientes de cómo se las gastaban los chicos del FBI.

—¿Cómo sabías que pretendían atacar el refugio? —preguntó el inspector Swann.

—Se trata de una operación secreta que yo dirijo y lleva varios meses en funcionamiento. La investigación comenzó este verano, después de los desoladores incendios que ocurrieron por la zona, sabíamos que necesitábamos recadar información sobre los cuantiosos beneficios que las empresas dedicadas a la extinción del fuego, obtuvieron tras la mayor catástrofe ecológica sucedida en Alaska en este siglo. Dichas empresas estaban a nombre de Enzo Blomk e hijos. Por lo que se convirtió el máximo sospechoso de provocar los incendios. Hasta ahora nunca habíamos logrado probar nada, pero sabíamos de la estrecha relación de Enzo con el gobernador. Así que me dediqué a presionar a Cameron Thompson para que nos entregara a Enzo Blomk. No tenía pruebas para poder acusar a su socio por los

incendios provocados durante el verano pasado. Entonces ocurrió lo del incidente con el oso y la chica, Cameron estaba nervioso, si se descubría la implicación de su hijo, además de arriesgarse a perder las elecciones podrían terminar ambos en la cárcel —le explicó Bruce Parker.

—¿Cómo diablos sabías lo de la chica? —preguntó Swann.

—Muy sencillo, un dron nuestro que sobrevolaba la zona esa madrugada, lo grabó todo con cámaras de visión nocturna. Al final hicimos un trato con el gobernador, si nos entregaba a Enzo Blomk y al magnate del petróleo Adam Taylor, borraríamos las imágenes del dron para evitar la implicación de su hijo Peter Thompson en los incidentes de la pasarela. El gobernador aceptó el trato y organizó una cena invitando a Enzo Blomk y Adam Taylor en su casa, que realmente era una encerrona para atraparlos. Previamente llenamos el comedor de micros y todo lo que se habló durante la cena quedó grabado. No podíamos probar nada de su participación en los incendios, pero si podríamos acusarlos de inducción al asesinato. Yo me hice pasar por un agente corrupto y les dije que me encargaría de conseguir las imágenes que fueron grabadas por las cámaras situadas en torno a la zona de chalets que bordea la pasarela, donde estaba grabada la escena de la persecución de la chica y la borraría. Aunque supongo que tú ya te has encargado de tenerla escondida a buen recaudo.

—Esas grabaciones eran mi seguro de vida, pero aun así intentaron asesinarme esta noche en mi piso. Supongo que eso también lo sabías y no hiciste nada por impedirlo —le recriminó Swann—. Se supone que si les prometiste encargarte de conseguir las grabaciones que yo ocultaba, ya no tenían ningún motivo para que yo continuase con vida. Se puede decir que me vendiste a esos cabrones.

—Lo siento, llevábamos demasiado tiempo con esta operación, si interveníamos para evitar tu asesinato, ellos sospecharían y echarían por tierra nuestros planes de cogerlos en algo más gordo como es el ataque armado a un refugio federal. Las penas de prisión serán ahora mucho más grandes —le explicó Bruce.

—Ya aunque para conseguir el éxito de vuestra operación, no solo han podido matarme a mí, sino que también a todos los miembros del club alpino

—dijo enojado Swann.

—Por suerte solo han perdido la vida Stephen y su exmujer —repuso Bruce.

—Claro no pudiste intervenir antes para evitarlo —protestó Swann—. Han dejado una preciosa niña sola en este mundo que deberá crecer sin sus padres.

—Lo siento llegamos tarde, no me resultó fácil desplazar a más de cien agentes federales a una zona de Alaska tan remota —replicó Bruce.

—¡Hipócrita! Ya lo tenías planeado todo de antemano, supongo que no pensabas intervenir hasta que ellos atacaran el refugio y causasen cuanto mayor número de bajas mejor. Así podrías acusarlos de más asesinatos y sus penas carcelarias serían más grandes. Aunque no contabas con la resistencia de la gente del club dentro del refugio, como tampoco esperabas que yo sobreviviera al ataque de Eduardo Mendoza más conocido por el *Chef*.

—Lo lamento, te aseguro que no es nada personal, son cosas de la operación —se excusó Bruce.

—¿Qué pasará ahora con Jane por apuñalar a uno de sus agresores en la pasarela? —preguntó Swann.

—En cualquier tribunal federal la absolverían, calificando el caso de defensa propia, ellos intentaron antes violarla —apuntó Bruce.

—Ya pero, ¿cómo piensas proteger a la chica de ese energúmeno de Peter Thompson?

—De la protección de la chica se ocuparán mis hombres, tú solo debes entregarme las imágenes de las grabaciones de la pasarela, si no pretendes que te suspendamos de empleo y sueldo.

—Tampoco me dejarás ver las imágenes que grabasteis vosotros con el dron; desde luego uno no puede ir a cagar tranquilo en el parque nacional sin que lo grabe todo el mundo.

—Esas también las borraré, ese es el trato alcanzado con el gobernador.

—A cambio dejareis a un tipo que es un violador, un cazador furtivo y un incendiario en libertad —dijo el inspector Swann en referencia Peter Thompson.

—En fin Peter no llegó a violarla y le hemos quitado la licencia para cazar por diez años. En cuanto a lo de incendiario, Peter Thompson nunca ha sido un pirómano, lo hizo para ayudar al padre de su amigo Phillip. El gobernador nos ha prometido que ni él ni su hijo Peter volverán a intervenir nunca más en los negocios de Enzo Blomk. Además si gana las selecciones como anuncian las encuestas: no renovara las concesiones de la extinción de incendios a sus empresas. Tal vez su hijo Peter sea un bala perdida, pero Cameron Thompson no era tan mal político antes de aliarse con la escoria de Enzo Blomk y Adam Taylor. Una vez encerremos a esos dos entre rejas, esperemos que las aguas vuelvan a su cauce. Te aseguro que con todos sus defectos es mejor persona Cameron Thompson que su sustituto en caso de que el dimita. Así que debemos tener paciencia, no siempre se puede encerrar a todos los malos, algunas veces interesa dejar libres a los menos malos para evitar males mayores.

—Ya y además deberé renunciar a mi ascenso a inspector jefe —dijo Swann.

—Por supuesto, nuestro nuevo trato con el gobernador anula el vuestro. De todas maneras no te veo con el culo sentado todo el día en un despacho. Te necesitamos en la calle. No pensarías que íbamos permitir ascender a un negro a un cargo de tanta responsabilidad como es el de inspector jefe, ¡por Dios Swann, estamos en los Estados Unidos de América!

—Se supone que vivimos en el país de la igualdad —protestó Swann.

—Lo siento amigo. Todos los ascensos serán denegados, tanto el tuyo como el de Norah McCann y Alanis Morgan, vuestro trato con el gobernador queda invalidado. Y suerte que nos os degrademos por intentar sobornar a la autoridad. Ahora somos los federales los que nos ocupamos del caso.

—Nunca pretendimos sobornar al gobernador, lo hicimos para salvaguardar la identidad de Jane y evitar que Stephen terminase en chirona

por el atropello de una niña.

—Lo sé, pero de paso aprovechasteis la cobertura para pedir unos ascensos, eso es corrupción policial.

—En la vida la corrupción en dosis pequeñas no hace daño, en grandes puede matar —dijo a modo de excusa Swann, sin resultar demasiado convincente.

—Lo siento esta vez no habrá ascensos. De todas maneras date por contento, vamos a encerrar a dos peces muy gordos —replicó Bruce.

—Por supuesto, supongo que no tendrás la cortesía de dejarme asistir a su detención.

—Lo haré, si mañana me entregas las grabaciones de la pasarela —dijo Bruce.

—¿Acaso tengo otra opción? —preguntó Swann, encogiéndose de hombros.

—No la tienes amigo ¡Acompáñame! Partiremos ahora en helicóptero, puedes dejar aquí la moto, uno de mis agentes la llevará de vuelta a comisaría —contestó Bruce.

Caminaron por la nieve en silencio hasta la plataforma cementada que hacía funciones de helipuerto, el piloto ya había puesto los rotores a funcionar y Swann debido a su alta estatura tuvo que agacharse bastante para evitar ser arrollado por las palas de la aeronave. Una vez en el interior del helicóptero, el movimiento de las hélices no pareció calmar su ansiedad. Nunca le había gustado mucho volar, prefería mantener los pies sobre la tierra. Trató de serenarse mientras se elevaban lentamente como si flotaran en el aire. La luna estaba llena e iluminaba tenuemente las montañas en el horizonte. El viaje se le hizo corto debido a la magnitud del paisaje desde esas alturas. Sobrevolaron el glaciar y bordeando la costa, aterrizaron en un helipuerto privado, situado en el interior de la finca del gobernador a la izquierda de la vivienda.

Los agentes del FBI entraron acompañados de Swann por la puerta trasera

de la mansión, Cameron Thompson había dado instrucciones al servicio de no cerrarla para que procedieran a la detención de sus huéspedes, sus habitaciones se encontraban en la tercera planta, tuvieron que subir varios tramos de escaleras para alcanzarlas. Enzo y Adam dormían en cuartos individuales con baños independientes, separados por un estrecho tabique, tan fino que podía escucharse perfectamente el sonido de la cisterna cada vez que el de al lado tiraba de la cadena.

No supuso ningún óbice para Swann, observar como los agentes informaban a los empresarios de su detención. Se quedaron pálidos, contemplando la cara de aquel inspector negro regresando de entre los muertos para vengarse de ellos. Estaba claro que el gobernador Cameron Thompson había obviado adrede informarles del fracaso de la misión del *Chef* que pagó con su vida. Swann sonreía mostrando su blanca dentadura, primero había entrado en la habitación de Enzo Blomk, para que aquel cabrón incendiario no se olvidase de su jeta fácilmente. Esperaba provocarle terribles pesadillas mientras se pudría en la cárcel. Luego hizo lo mismo, haciendo acto de presencia en la estancia de Adam Taylor. A pesar de que aquellas detenciones eran mérito del FBI y no suya, se sentía igualmente feliz al comprobar que aquellos cabrones pagarían por sus crímenes.

Les dieron cinco minutos para vestirse, luego los esposaron y se los llevaron detenidos con los cargos de inducción al asesinato en primer grado. Las grabaciones realizadas durante la cena por los micros instalados en la vivienda del gobernador por los chicos del FBI, dejaron constancia de que ellos fueron los que emitieron la orden de disparar y pagaron a unos sicarios para ejecutarla. Además al estar Bruce Parker de cuerpo presente en dicha reunión, actuaría de testigo. A esos cargos deberían sumar el de intento de homicidio y allanamiento de morada, al atentar contra la vida de un agente de la ley, entrando en el domicilio de Swann para matarlo. Enzo y Adam prefirieron no declarar nada, sin la presencia de un abogado. De poco les serviría, los tribunales federales tenían sus propios métodos y las pruebas eran claras y concisas. La idea original era imputarlos por inducir a terceros para provocar los incendios del verano pasado, sin embargo era algo casi imposible de probar. En cambio su implicación en las muertes de Stephen y su exmujer, debido a las pruebas obtenidas a priori, conllevaría una condena mucho más larga que provocar un incendio. No era justo, las personas pueden

defenderse, los árboles no. En un mundo donde el hombre no da valor a la naturaleza, las leyes parecen hechas a su propia imagen y semejanza, sin tener en cuenta los graves daños ecológicos que el fuego provoca y que afectan de manera atroz al medio ambiente. Algún día la naturaleza se revelará contra la tiranía del ser humano y nos eliminará de la faz de la tierra. Ese día el inspector esperaba reencarnarse en un roble y servir de refugio para muchas criaturas del bosque.

Llevaba toda la noche despierto, informó a Bruce del accidente de Jane con la moto de nieve al chocar contra el alce. Pensaba acercarse al hospital para relevar a Norah y velar por la joven. Bruce lo convenció para que se retirara a descansar a un hotel, ya que su vivienda habitual se encontraba precintada por los chicos de la científica, hasta que terminaran de analizar a fondo su apartamento tras la muerte de Eduardo Sánchez y le permitieran regresar a casa. Era la manera de proceder de los chicos de la científica tras una muerte violenta. Bruce se ocuparía personalmente de relevar a Norah y velaría por la seguridad de Jane. Además era consciente de que Peter Thompson se encontraba ingresado en el mismo hospital que ella y se encargaría de que no hubiese ningún tipo de conflicto entre ambos.

Bruce le prometió informar a Jane del acuerdo alcanzado con el gobernador. Ya no debería preocuparse más de su hijo Peter, pues el acuerdo incluía que no se acercara nunca a ella, a cambio de concederle la libertad sin cargos. Nadie más volvería a intentar asesinarla, Bruce Parker se ocuparía de ello, se tomaría la seguridad de la chica como un asunto personal. El inspector le preguntó el motivo de su repentina preocupación por la seguridad de Jane, Bruce le contestó que no era asunto suyo y que se retirase a descansar, mañana debería entregarle las grabaciones de la pasarela y declarar sobre la muerte de Eduardo Sánchez.

El inspector se encontraba agotado y decidió seguir su consejo. El hotel Driftwood se encontraba a dos calles del capitolio y todas sus habitaciones disponían de Wifi, televisión con cable, cafetera, utensilios de planchado y una pequeña cocina. Aparcó cerca de la entrada, la fachada era muy sencilla, de madera con escaleras exteriores de acceso a las plantas altas. En invierno sus peldaños estaban muy resbaladizos por la nieve y resultaba más seguro utilizar el ascensor o las escaleras interiores. El conserje le dio una llave y

pagó en efectivo. Antes de subir a su habitación, le sorprendió el sonido de un piano que provenía de la cafetería. Le extrañó que permaneciese abierta a esas horas, pero recordó que esa noche ya era sábado de madrugada y siempre había algún alma más descarriada que la suya perdida en la oscuridad más difusa.

En una esquina un pianista negro tocaba una balada romántica, tumbados en un sofá de cuero había una pareja dándose el lote. El camarero iba vestido con una americana roja, camisa blanca y corbata negra. Observó a una joven apoyada sobre la barra, sentada en un taburete, llevaba un vestido negro corto que mostraba unas piernas largas y un escote generoso, donde nadaban unos succulentos pechos. Lo mejor de todo era que no llevaba sujetador. La chica se volvió para mirarlo con movimientos lentos, comedidos, sin perder un ápice de seducción. Swann tomó asiento a su lado y pidió un wiski solo. Ella estaba tomando ron con cola. El inspector que a pesar de que había engordado un poco, todavía mantenía una atractiva presencia, la recorrió de arriba abajo con la mirada de manera insinuante.

—Me llamo Swann —dijo tendiéndole la mano a modo de presentación.

—Yo Erika, un placer conocerlo. Lo he visto casualmente en las noticias, increíble lo ocurrido con el oso esta madrugada.

—Es cierto, señorita, sino es indiscreción, puedo preguntarle qué hace una chica tan joven y bonita como usted bebiendo sola a estas horas de la noche.

—Me acabo de enterar de que Brian, un antiguo novio termina de fallecer, tras sufrir una caída escalando con una amiga mía, ambos trataban de localizar a la niña desaparecida, al menos me alegro de que uno de ellos terminara encontrándola.

—¿Es usted amiga de Jane? —preguntó Swann, como si la información que le había transmitido Erika, no terminase de entrarle en la sesera.

—Sí, Jane es mi amiga y a Brian pensaba tirármelo esta noche —contestó Erika como si nada.

—Ahora caigo, claro, sales en el blog de Jane, acabo de leerlo esta



mañana, disculpa la omisión, no me daba cuenta, llevo un día de perros. ¿No será usted periodista por casualidad? —interrogó Swann, sin dejarse intimidar por el desparpajo de la joven.

—No, soy celadora, pero tengo curiosidad por saber de qué conoce usted a Jane —indagó Erika.

—La conozco desde hace casi dos años, yo tramité la denuncia de su padrastro —dijo Swann, supuso que era mejor no dar demasiadas explicaciones delante de una desconocida.

—Es usted muy atractivo, ¿pero que hace solo en un hotel en plena madrugada?

—La verdad es que a estas horas de la noche no me apetece darte demasiadas explicaciones, supongo que lo comprenderás cuando veas las noticias por la mañana. Es una suerte que todavía continúe con vida —respondió Swann.

—Por lo que veo tiene usted muchos enemigos —replicó Erika.

—Bueno, al menos ahora creo que los más peligrosos están todos muertos o en la cárcel. Espero no tener que detener a nadie más esta noche —concluyó Swann.

—¡Qué pena! Yo que me había hecho ilusiones con que me esposara contra la cabecera de la cama —comentó Erika toda mojada.

—Creo que no será necesario, aunque si quiere puedo registrarla en su habitación para asegurarme de que no va armada —añadió sin más preámbulos Swann, todavía demasiado excitado por su frustrado encuentro con Lisbeth esa tarde, desde su separación no había vuelto a tener relaciones con ninguna otra mujer y aquella jovencita lo ponía cachondo.

Nada más entrar en la habitación, ella desabrochó los botones de su bragueta con premura salvaje y se metió su enorme miembro hasta el epigastrio, obturando cualquier posible entrada de aire a sus pulmones. Podía aguantar así mucho tiempo, sintiendo la viscosidad del glande ahogarla. Nunca

había visto una polla tan larga, estaba dura y lista para el combate. Ella engullía aquel astil hasta la base, empapando su verga de saliva. Luego le lamió los testículos, dejando que él, le bajase las sisas de su vestido. Sus pechos rematados en un enorme pezón, tenían forma de pera, todo natural, nada de silicona. Los buscó con la boca, como si se tratase de los pezones de Luperca, la loba que según la mitología amamantó a Rómulo y Remo fundadores de Roma, hijos de Marte y Rea Silvia. Al descubrirlos Amulio capturó a Rea y ordenó que fueran ahogados en el río. El cesto donde fueron depositados los niños en vez de hundirse, llegó a las orillas de la ribera de un monte, donde milagrosamente fueron rescatados y amamantados por Luperca.

## XLII

06.15h

El traumatólogo todavía tardaría una hora en operarla. La radiografía había confirmado que la fractura había empeorado al tratar de recolocar el hueso ella sola golpeando el brazo contra el tronco de un abeto. Le habían quitado previamente el entablillado provisional que se había fabricado con la rama de un acebo y la cuerda de escalar. Ahora el brazo le colgaba laxo sobre un vendaje sujeto al hombro. Se había roto el húmero por la mitad, sin embargo podía mover el antebrazo y doblar el codo con dificultad, aunque sentía un agudo dolor al hacerlo. La subinspectora Norah McCann se encontraba sentada a su lado en la sala de espera del hospital. Jane le confesó que también le dolía horrores el vientre, producto de la ansiedad que le había producido la caída y que se pasaría un rato en el baño tratando de liberar los intestinos. La subinspectora le dijo que se tomara el tiempo necesario, ella no se movería de allí.

Los aseos se encontraban al final de un largo pasillo, situados a la derecha de los ascensores. Llevaba ya puesto un camisón azul abierto por la espalda, la pulsera de ingreso con su código de barras, unas chancletas blancas y un bolso de lona azul colgado del cuello, donde guardaba sus objetos personales. Al llegar a los aseos giró a la izquierda y descendió por unas escaleras interiores hasta desembocar en otro pasillo más amplio, pasó al lado de la farmacia y los laboratorios, conocía el camino perfectamente de su reciente visita al hospital hacía tan solo unas horas y sabía cómo evitar las cámaras de seguridad. Logró pasar desapercibida, debido a que había poco personal de guardia a aquellas horas de la madrugada. Subió al segundo piso e introdujo de nuevo los números del código de entrada a la planta donde se encontraba ingresado Peter Thompson. Una voz de su cabeza parecía guiarla: eran las palabras del fantasma de su madre que la inducían a matar al hijo del gobernador. Le hablaba desde el otro lado; desde el mundo de los espíritus:

*Si no lo matas tú primero, cuando se recupere irá a por ti y a por los*

*osos. Debes hacerlo para protegerlos, también a tu padre que vive ahora en el bosque con ellos.*

Ella sentía su presencia empujándola pero no podía verla, sabía que estaba allí, aunque no distinguía sus contornos.

La silueta de su madre pareció moverse detrás de un carro de curas, agitándolo, las ruedas se deslizaron solas por unos metros como impulsadas por unas manos invisibles. Una bolsa con gasas, un bote de suero y un empapador cayeron al suelo. De pronto la sombra se diluyó en la nada como si nunca hubiese estado allí. Al pasar al lado del carro, recogió el paquete con las gasas y lo metió en el bolso. La silueta de su madre, que hacía unos instantes había ocupado ese espacio, se había evaporado como por arte de magia; tal vez todo era producto de su imaginación. ¿Por qué ella veía cosas que los demás no podían ver? Tal vez se tratase de alucinaciones como le había diagnosticado el doctor Borg. No lo creía, su presencia era tan real y efímera al mismo tiempo, como el viento gélido que te golpea en la cara cuando abres una puerta que da al exterior y al cerrarla de pronto desaparece. La presencia de su madre parecía estar más dentro de ella que fuera. Solo tenía que abrir esa puerta para comunicarse con ella, su imagen parecía estar atrapada en el interior de su mente, reducida a un recuerdo del que nunca podría desprenderse.

La planta estaba vacía, salvo por tres enfermeras que se encontraban tras el mostrador, comentando los modelitos que se habían puesto el día de su graduación. Sus risas le llegaron lejanas, amortiguadas por una especie de estallido dentro de su cabeza, una vena le palpitaba en la sien y todo a su alrededor parecía desvanecerse. Se le estaba levantando una jaqueca de mil demonios, trató de recomponerse atusándose el cabello y continuó su periplo por la planta.

Las enfermeras no depararon en ella, cuando giró suavemente el pomo de la habitación 202, para no despertar a Peter Thompson. La suerte quiso que al tratarse de un paciente Vip, disponía del privilegio de tener una habitación para él solo, sin testigos todo resultaría más sencillo. La respiración del paciente se mezclaba con un profundo ronquido cuyo sonido rebotaba contra las paredes del cuarto. Empapó una gasa en cloroformo y se la puso en la boca, previamente tuvo que girarle un poco la cabeza, pues dormía con la cara

aplastada contra las sábanas que ocultaban parcialmente su barbilla. Al tener el brazo izquierdo fracturado, todo lo tenía que hacer con el derecho. Una vez aplicada la droga, ya no le resultaría posible despertarse: los ronquidos cesaron, volviéndose su respiración más pausada por los efectos del cloroformo. Sacó la jeringa con el cianuro y se la inyectó en una vena del brazo.

El veneno comenzó, inmediatamente, a circular por su sangre, impidiendo que el oxígeno portado por sus glóbulos rojos, llegase al resto de las células de su organismo. La homeostasis celular resulta letal, afectando principalmente a los órganos donde el consumo de oxígeno es vital y necesitan mayor irrigación como son el corazón y el cerebro. Jane observa cómo se obturan sus pulmones, provocando una parálisis respiratoria inmediata que precede a los estertores de la muerte. Las pupilas se dilatan aumentando de tamaño y su cuerpo comienza a convulsionarse. La cabeza de Jane da vueltas, el dolor en sus sienes se ha convertido en un horrible martilleo, siente como se le nubla la vista, se ve obligada a retroceder tratando de recuperar el equilibrio; debe tranquilizarse: Peter Thompson termina de perder la vida. La muerte por envenenamiento de cianuro es rápida, ahora solo tiene que terminar el trabajo.

Antes de irse abre una de sus manos muertas y la cierra en torno a la jeringa, así todos creerán que se ha suicidado. Luego sale cautelosa de la habitación, cerrando la puerta con cuidado. Las enfermeras siguen charlando de espaldas al mostrador, desde esa posición no disponen del ángulo suficiente para poder verla. Sale de la planta, sigilosa, como si nunca hubiera estado allí, marcando de nuevo la contraseña, debe desandar de nuevo el camino para regresar a la sala de espera, antes de entrar arroja el guante de látex que termina de utilizar para cometer el crimen en una papelera alta de latón, cuyo extremo superior hace funciones de cenicero. Al sentarse se encuentra pálida, Norah la tranquiliza, diciéndole que no se preocupe, pronto vendrá el traumatólogo para operarla. Lo cierto es que le da igual, por fin terminó de ejecutar su venganza. Ninguno de esos cabrones que trataron de violarla sigue con vida. Ahora todos están en las sombras junto a su madre, seguro que algún día regresarán del Más Allá, para llevársela a ella también con ellos.

Una enfermera con expresión anodina la manda acompañarla, termina de quedar libre un quirófano en traumatología. Una vez tumbada en la camilla, siente el líquido de la anestesia circular por su interior. Los párpados le pesan y la arrastran a un largo sueño del que tardará mucho en despertarse, mientras la abren para ensamblarle el hueso y escayolarle el brazo. Al recuperar la conciencia Norah ya no está, ocupando su lugar se encuentra un hombre de unos treinta y poco años, de estatura alta, cabellos oscuros, una fina barba recorre su mentón, uniéndose al bigote cerca del borde de unos rosados bellos. Era muy atractivo, sus ojos marrones la traspasaban cada vez que se cruzaban la mirada. Llevaba una gabardina gris sobre una camisa azul con una corbata roja anudada al cuello. Se sentía ridícula al lado de aquel desconocido con el brazo escayolado. El hombre tenía aspecto de policía o detective privado; no obstante quedó gratamente sorprendida, cuando se presentó a ella como un agente de los federales. Desde niña siempre soñó con llegar algún día a ingresar en su academia, por desgracia era algo que económicamente actualmente no podía permitirse.

—¿Ya te encuentras mejor? —le preguntó Bruce Parker.

—Sí, al menos ahora ya no me duele tanto el brazo; aunque todavía estoy un poco aturdida por la anestesia —respondió Jane.

Bruce la puso al tanto de lo ocurrido en el refugio y de las detenciones de Enzo Blomk y Adam Taylor. Luego le contó que mientras ella se encontraba en la sala de operaciones, Peter Thompson se había suicidado inyectándose una dosis de cianuro, también la informó del acuerdo alcanzado con el gobernador para borrar las imágenes grabadas por ellos en un dron, donde se veían claramente a los cuatro cazadores furtivos persiguiéndola y lo sucedido posteriormente con el oso.

El gobernador se encontraba totalmente destrozado por la muerte de su hijo. Nunca creyó que a Peter le remordiese tanto la conciencia por lo ocurrido a sus amigos en la pasarela como para quitarse la vida. Ignoraba si alguno de sus contactos le había proporcionado el veneno o lo había adquirido a través de internet. Cameron Thomson suponía que ya nunca se sabría. No importaba si lo pensaba bien, Peter solo le había traído problemas desde su nacimiento. Le entristecía que un vástago suyo terminara así, pero tenía otro hijo maravilloso que nunca se metía en líos y unas elecciones estatales por delante.

La prensa sabía que su relación con su hijo Peter no era muy buena, usaría esa excusa para desvincularse lo más posible de su muerte. Si su hijo estaba tan loco como para quitarse la vida, qué diablos podría hacer él para evitarlo.

En cuanto pudo levantarse, Jane se vistió con el brazo sano, mientras Bruce Parker la esperaba en el pasillo. Posteriormente la llevó a su casa en su coche. Al entrar en su apartamento Jane, preparó un par de cafés bien calientes que ambos se bebieron en silencio. Luego se dirigió a su habitación para descansar unas horas. Estaba agotada y todavía un poco atontada por el efecto de la anestesia, colocó la alta médica en la mesita de noche y se quedó de inmediato dormida.

Bruce Parker se quedó solo en el salón y se sentó en el sofá pensativo. Le impresionó lo bien ordenado que estaba todo: las estanterías estaban cargadas de manuales de informática, electrónica y geriatría. Aquella joven a pesar de su palidez, tenía una belleza subliminal que no parecía de este mundo. Conocía sus habilidades de hacker consumada, varias veces había entrado en los archivos del FBI, burlando todos sus cortafuegos. Hacía tiempo le habían seguido las huellas y la tenían localizada. Al principio pensaron en detenerla, pero la información a la que había accedido no era demasiado confidencial y carecía de importancia para la seguridad nacional, más bien era documentos relativos a la formación de los nuevos agentes, por lo que descartaron la idea.

Esa mañana al enterarse de su incidente con el oso, Bruce había leído su blog en internet y decidió entrevistarse más tarde con Liam. Los guardianes del bosque nunca se habían entrometido en las cosas del FBI, de momento no suponían ningún peligro para la seguridad nacional, pero un hombre que vivía solo en una cabaña era algo muy distinto. Bruce llevaba tiempo investigándolo, después de leer el blog de Jane, comenzó a atar los hilos de aquel complicado engranaje. Un hombre solo interactuando con los osos en medio de la montaña: no podía ser una casualidad. Ellos sabían que el padre de Jane había trabajado con osos como biólogo para el servicio de caza y pesca en Alaska. Sus sospechas se confirmaron, cuando en una imagen tomada varios meses atrás por uno de sus satélites, donde aparecía tumbado sobre la hierba en una pradera acompañado de un oso, reconocieron sus rasgos.

Al principio sopesaron la posibilidad de detenerlo por la muerte de su esposa Sheila Peterson, pero luego analizando concienzudamente el caso,

depararon en graves errores de forma en la investigación: las huellas de Robert Barret encontradas en la vivienda conyugal eran muy posteriores a las analizadas en la hora del fallecimiento de su esposa. Las huellas sustraídas de las sábanas mortuorias eran de la propia Sheila, las de Robert habían sido tomadas dos horas después de su muerte. Por lo tanto no suponían ninguna prueba condenatoria contra él. La investigación había sido una auténtica chapuza, contenía graves errores de bulto. Las pruebas demostraban claramente que Robert Barret no se encontraba en la casa cuando el cianuro entró en las venas de su esposa, por lo tanto no era responsable de su muerte.

Según el informe policial, Jane se hallaba en ese momento en clases, tenía una sólida coartada, solo había abandonado la clase media hora para comer, tiempo suficiente para llegar a su casa e inyectarle el cianuro a su madre. Jane convenció a una amiga para que declarase que habían comido juntas. Bruce suponía que cualquiera realizaría un falso testimonio para liberar a Jane de la culpabilidad en un juicio por eutanasia, solo por librar a su madre del inefable sufrimiento que traía consigo vivir en aquellas agónicas condiciones, mientras era devorada por una enfermedad tan terrible como la ELA.

A Bruce no le costó mucho reabrir el caso, alegando que en un momento de lucidez, la enferma logró recuperar el movimiento e inyectarse ella misma el veneno para quitarse la vida. Después de demostrar la inocencia de Robert Barret y su hija Jane ante un juez federal, liberándolos a ambos de las acusaciones de eutanasia por la muerte de Sheila Peterson, el juez atribuyó su muerte a un acto reflejo de la enferma que logró inyectarse el cianuro sin ayuda de nadie. Bruce sabía que eso era imposible, debido al estado avanzado de la enfermedad, pero ningún tribunal del mundo tenía como objetivo descubrir la verdad. El sistema judicial no estaba pensado para ello, simplemente se conformaba con maquillarla de forma que favoreciese los intereses de los más poderosos. En Estados Unidos los federales eran los que mandaban y al agente Bruce Parker no le interesaba nada que Robert Barret o su hija Jane terminaran entre rejas.

Bruce le entregó un documento a Liam para que se lo entregara a Robert, donde se le exoneraba de cualquier responsabilidad en la muerte de su esposa. El viejo biólogo podría recuperar su antiguo trabajo en el departamento de investigación de caza y pesca. Ya nadie podría apartarlo nunca más de su hija.



Lobo se encontraba en esos momentos descansando, luego se desplazaría hacia la frontera de Canadá con los perros en el trineo, hasta llegar a la cabaña de Robert e informarlo de su nueva situación de ciudadano americano libre con plenos poderes para hacer con su vida lo que le viniese en gana. Bruce aguardó unas horas hasta que Jane se despertó, y la puso al tanto de la nueva situación de su padre. Jane se alegró tanto que se abalanzó sobre Bruce para abrazarlo con el único brazo que tenía sano. Una vez calmada su euforia, le comunicó la decisión de la agencia federal de, sufragar todos sus gastos para poder ingresar en la academia del FBI. Al escucharlo, Jane se echó a llorar de emoción, ¡al fin sus sueños se hacían realidad!

El agente Bruce estaba embelesado por las aptitudes de Jane como programadora a la hora de penetrar en diferentes sistemas operativos. No tenía ninguna duda de que sus habilidades informáticas les serían muy útiles en la agencia. Llevaba tiempo queriendo tramitar su ingreso en la academia del FBI, situada en la base militar de Quantico (Virginia) para instruirla como futuro agente federal, tanto en leyes como en el manejo de las armas. La quería trabajando en su equipo, luchando contra el crimen, los delitos fiscales y el terrorismo. Aunque Bruce era consciente del peligro que suponía tener en sus filas a una ecologista empedernida, miembro de los guardianes del bosque y partidaria del ecoterrorismo para salvar el planeta. Era también consciente de que la lucha de los jóvenes contra el cambio climático, podía impulsar a la creación de una nueva célula, compuesta por agentes de la edad de Jane, dentro de la oficina federal para luchar por su cuenta, contra la ceguera de los jefazos a la hora de admitir los grandes problemas medioambientales, producto de las abusivas emisiones de CO<sub>2</sub> a la atmósfera.

Unos meses más tarde Jane ya estaría recuperada de la ruptura del brazo, se la imaginaba vestida con pantalón caqui y polo azul, enfrentándose cada día a una jornada de diez horas diarias de intensivo entrenamiento tanto físico como en el manejo de las armas y en la adquisición de conocimientos legales. Jane no tardaría en superar todas las pruebas para convertirse en agente federal con éxito, sacando casi todos los programas de entrenamiento específicos adelante con amplias puntuaciones, sobre todo en lo referente a las operaciones de espionaje e inteligencia extranjera, así como en los ciberataques y crímenes de alta tecnología. Sus conocimientos de escalada también le ayudarían a entrar en los grupos de élite, pues de una manera u otra la agente Jane se las

arreglaría para permanecer ligada en operaciones que se realizasen en el mayor contacto posible con la naturaleza.

En cuanto a Robert Barret, Bruce había decidido permitirle trasladarse con Jane a Virginia temporalmente para estar cerca de su hija, mientras durase su entrenamiento en la academia y así se verían más a menudo. Ello supondría un hándicap muy grande para ella y podría disfrutar de la compañía de su padre en su tiempo libre. Cuando Jane se convirtiese en una brillante agente del FBI, Robert podría trasladarse a la costa Oeste para continuar trabajando como biólogo o, incluso podría plantearse aceptar alguna de las ofertas que le podían llegar del extranjero, donde tenía muchos contactos en diferentes países: no descartaría decantarse por alguna de ellas, aunque para ello tuviese que atravesar el océano y aprender a hablar en otros idiomas. Le seducía la idea de trabajar en el estudio de especies tan interesantes como el oso pardo o el lince ibérico. Eso sí, aprovecharía cada minuto que tuviese vacaciones para volver a reencontrarse con su hija; además la llamaría por teléfono todas las semanas con el objeto de mantener el mayor contacto posible.

Bruce Parker estaba orgulloso de su nueva adquisición, era una chica muy talentosa y le esperaba un futuro muy prometedor en la agencia. En sus ratos libres Jane, solía charlar por skay con su amiga Erika, que permanecería trabajando de celadora en el mismo hospital donde ella se terminaba de operar del brazo. Erika acababa de comenzar una nueva relación sentimental con el inspector Swann y, ocuparía el puesto de Brian colaborando en la campaña electoral de Cameron Thompson, para que saliese reelegido como gobernador de Alaska. A Erika a diferencia de Jane le importaba un comino el medio ambiente, era consciente de que le había tocado vivir en una época de consumismo abusivo, y trataría de disfrutar de cada momento como si se tratase del último.

Se gastaba parte del sueldo en comprar ropa que solo se ponía una vez, en su enfermiza obsesión por obtener más seguidores que sus competidoras en la red. Como influencer Erika estaba acostumbrada a lucir distintos looks de diferentes marcas, incluidos los modelos low cost; con los que pretendía convertirse en una de las instagrammers más cotizadas, sin importarle el espacio que ocupaban las prendas en los armarios, hasta que inevitablemente se convertían en un engorro y terminaban en el cubo de la basura, lo que

generaba un montón de residuos textiles, intensificando el deterioro del medio ambiente. Últimamente Jane le había reñido por ello y Erika trataba de reducir sus compras, adquiriendo solo ropa ecológica. Al fin y al cabo ahora que estaba enamorada, tampoco necesitaba lucir tanto su tipo en la red. Eso le ayudó a madurar y sentirse mejor consigo misma, poco a poco, las modas pasan, en cambio los buenos actos siempre permanecen.

*Ourense, 11 de julio de 2019*

## UNA NOTA DE JAVIER

En primer lugar quiero darte las gracias por leer *La guardiana del bosque*. Si te ha gustado, te agradecería mucho que escribieras una reseña en Amazon. No hace falta que sea larga, basta con dos líneas, pero para mí significa mucho y sirve para que nuevos lectores vayan descubriendo paulatinamente mi obra.

Si quieres recibir información de anteriores o nuevas obras o hacer algún comentario a través de mi correo, puedes contactar conmigo en la sección de contactos en mi página web: [ww.javiermontes.com](http://ww.javiermontes.com), trataré de responder lo antes posible. Seré breve y solo os enviaré información en momentos puntuales. En Twitter (@jMontesEscritor) me encontrareis fácilmente y podéis seguirme. En la siguiente página os dejo una lista de otros títulos míos publicados en Amazon por orden de importancia. Gracias de nuevo por acompañarme en esta maravillosa aventura y estaremos en contacto. Un gran abrazo.

JAVIER MONTES

## **OTROS TÍTULOS DEL AUTOR PUBLICADOS EN AMAZON.**

Novelas:

Atrapada bajo el hielo

El Hombre Errante

Cinco Lobas

La reina del Noroeste

The Queen of the Northwest (traducción)

El refugio de Vegabaño.

Narrativa:

La sombra del maestro.

Selkie.

[www.javiermontes.com](http://www.javiermontes.com)